

MANSEDUMBRE

K. 10. 2-10

Juan R. Muñoz y Pabón, Pbro.

MANSEDUMBRE

NOVELA

EN CINCO LIBROS



SEVILLA

IMP. Y LIB. SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43-47

Es propiedad. Queda hecho
el depósito de ejemplares que
la ley previene.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Maura

Honorabilísimo Señor:

Pretender saldar literariamente la deuda de gratitud literaria que contraí con Vd. a raíz de la publicación de «Oro de Ley» es el honrado porqué de esta dedicatoria, prometida en un momento de buen deseo, quizás con más buen deseo de manifestarme reconocido, que con cabal juicio y exacta idea de lo serio del compromiso que contraía.

Dígolo, señor, porque cuando veo llegada la hora de cumplir el ofrecimiento, tal me parece la ofrenda de endeble, desmedrada y canija, que, de no haber de por medio una palabra empeñada, a fé que no me atreviera a consumir el ofertorio... Hay que ver quién y cuál es el dedicatario, para justipreciar el valor que supone irle con una convidada como esta.

¿Quiere esto decir, sin embargo, que reputo yo el libro que le ofrezco como un

retroceso en mi historia literaria y algo así como un fracaso en mi carrera de novelista?

Insincero sería si tal dijera y hasta, si a mano viene, desconsiderado con Vd. dedicándole a sabiendas una obra de avería y de refugio. No señor: MANSEDUMBRE—que tal es la gracia de la obra—no desmerece de las otras mías a mi entender ni el canto del pensamiento, y hasta si me apuran mucho, quizás y sin quizás las aventaje aunque acaso no sea más que el salto de una pulga; pues si bien faltan en ella portentos y maravillas de urdimbre o trama, para lo que resueltamente no me doy arte, y primores y exquisiteces de factura, de lo que tampoco anduve nunca muy allá, desenvuélvese en sus páginas un tipo de mujer, la más bella a mi juicio de entre todas mis creaciones femeninas: personaje, entre real e imaginario, en el que he puesto entera y plena, juntamente con mi ahinco de educador de las costumbres, toda mi alma de artista... «muñeco», como hoy se dice, del que he acabado por enamorarme sin sentir, volcando en él de un porrazo la artesa de todas las imaginables perfecciones:

que en esto nos parecemos a Dios los novelistas, y pase la irreverencia del símil: en que no somos movidos a amar a nuestras criaturas por el bien en ellas preexistente: sino que en el mero hecho de decidirnos a amarlas vamos poniendo en ellas el bien que hemos de amar y que han de amar los otros, siendo este bien y hermosura consecuencia y no causa del amor que derramamos en nuestra obra. A la manera—puede decirse—que las criaturas son «como» Dios las ha amado, así los tipos novelescos son como los ha amado el novelista.

Quizás no sea mi heroína de ahora, por lo alambicadamente fina de sentires y lo heroicamente desinteresada de proceder, de lo más corriente en el mundo... Las pepitas de oro tampoco lo son entre las arenas de los ríos. Pero el que un tipo, ora físico ora moral, no sea corriente, no quiere decir que no sea posible, y con que «pueda ser» tiene bastante el novelista.

¿Hay nada más inverosímil que la vida de los santos, ni nada, sin embargo, más real ni más «histórico»?

Yo no sé lo que tiene el heroísmo, que

siempre se nos antoja inverosímil, sobre todo a los que no tenemos temple de héroes.

Y sin embargo: el heroísmo existe y lleno está de héroes el escenario de la vida, siquiera para los más de ellos no haya otro monumento ni otra láurea que la nota, como hoy se dice, que va tomando en el libro eterno de la cuenta, a fin de no dejar a ninguno sin su corona, «el Padre celestial que ve en lo oculto.»

Por algo la Santa Madre la Iglesia, que tanto sabe y que tan justa es, ha instituido en mitad de su liturgia la fiesta de Todos los Santos: los conocidos y los anónimos: los que se destacaron como los cedros del Líbano, y los que vivieron ocultos como el musgo de la barranca; los que tropezaron en su camino con cronistas o historiadores que escribieran su gesta portentosa y los de quienes nadie llegó a tener noticia, más que su ángel custodio.

¡Hay algo más en el mundo que obtener honores, y es merecerlos! Los héroes anónimos tienen bastante con merecer el de la inmortalidad, siquiera no se den de cara

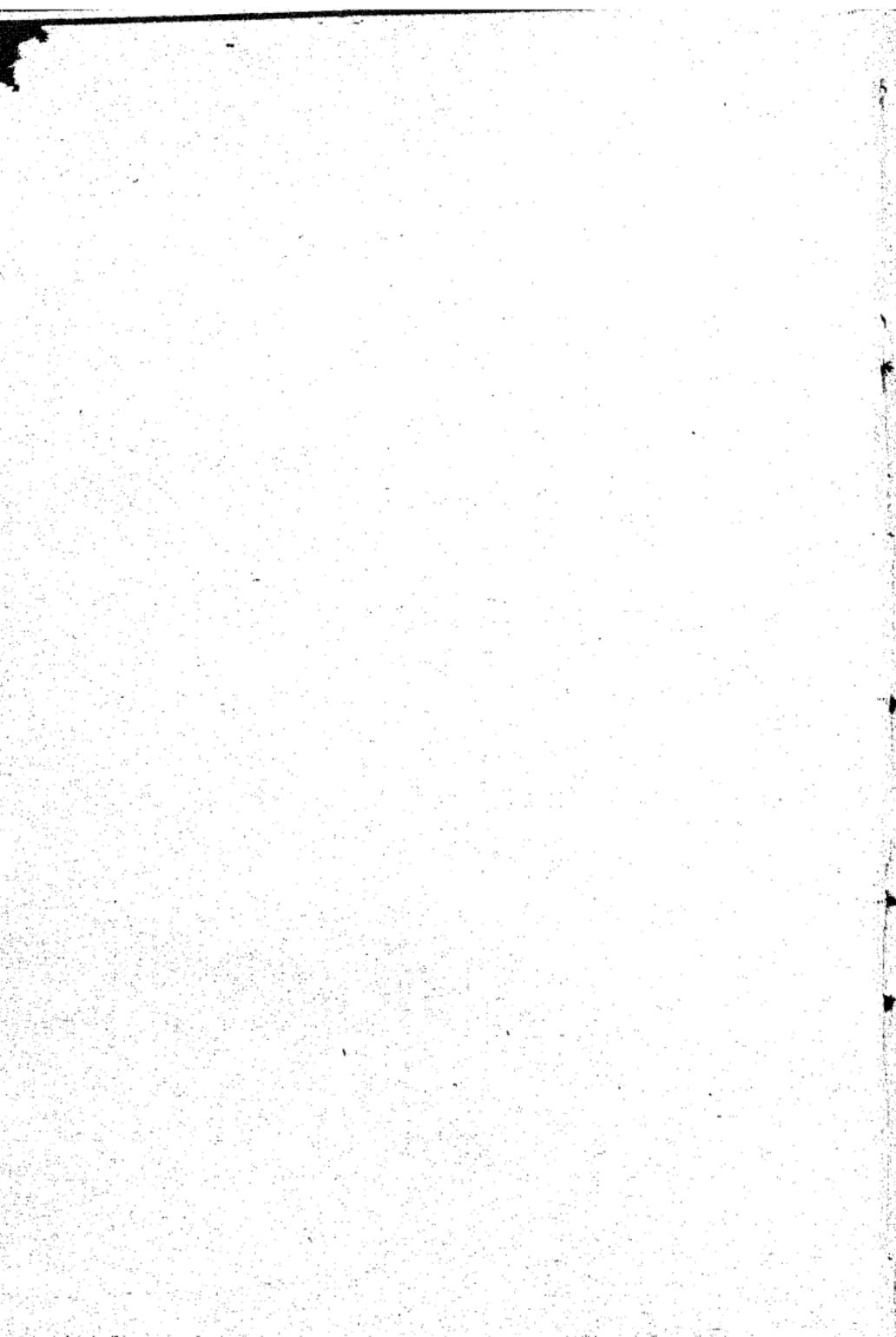
con quien se lo tribute... Pero, anda: a bien que hay un Dios en el cielo y una Iglesia en la tierra: Aquél, para remunerarlos con la posesión inamisible de Sí mismo, y estotra, para rendirles culto, siquiera sea en esa «turba magna, que nadie podrá enumerar, de todas las gentes y tribus y pueblos y lenguas, de pie junto al Corde-ro»

Que el tipo central de MANSEDUMBRE esté encajado en los patrones de la verdad posible y la obra proporcione a Vd. un rato de esparcimiento, y se dará por bien remunerado en su trabajo al escribirla el que, si discutible como artista, nunca lo fué como amigo de los suyos.

Eslo de usted y servidor y capellán, q. l. e. l. m.

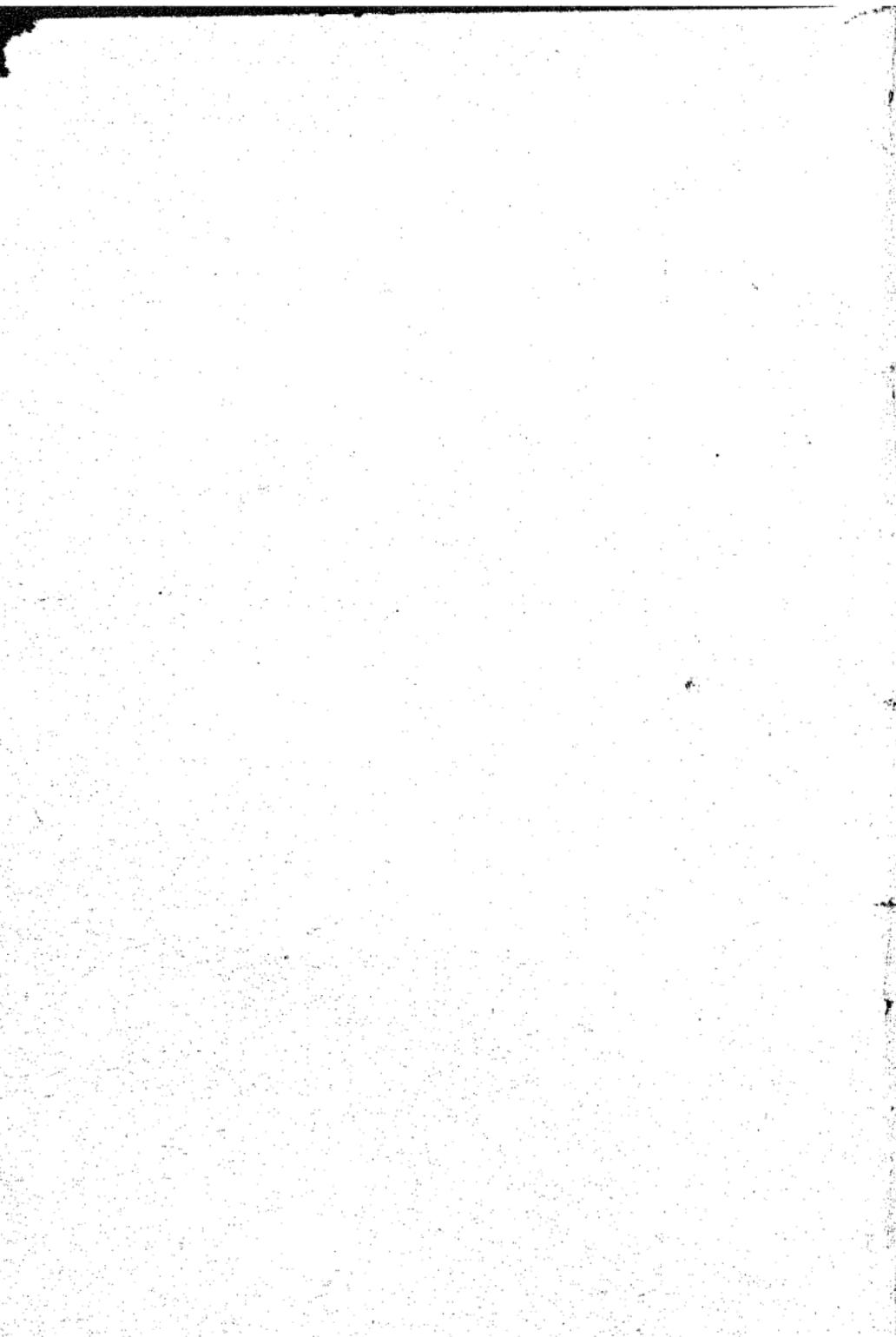
JUAN F. MUÑOZ PABÓN

Sevilla, 19 de Marzo 1920



LIBRO PRIMERO

LA TUTORÍA





CAPITULO I

La Labrantíos

—Cuando debiera usted haberla conocido es ahora treinta años; cuando la conoció el marqués. Una belleza despampanante, de esas que quitan «como er sentío» y cuando vuelve uno en sí es cuando ya está de retorno de la vicaría.

Hoy está ya hecha una jamona: un vejestorio indecente, como usted y como yo, y como para un museo de arte retrospectivo; pues, aunque se emperejila, se acicala y se compone, lo que toca los dos cincos no hay quien se los quite de encima, y de ahí el remoquete de «Las Delicias Viejas», con que la denomina el chismorro.

De lo que está muy bien es de *cum quibus*

sabe usted? Labrantíos le dejó toda su fortuna entera y plena, y por un lado los barcos y por otro el hierro han estado dando unos rendimientos archibrutales con esto de la guerra, y ahí la tiene usted con un capitalazo enorme y sin saber qué hacer con lo que tiene... ¡Allá sus veinte millones de pesetas, que se dicen de una vez!

Como se cae de su peso, dada la desvergüenza de la humanidad caída, no faltan golosos, que le hagan sus cucamonas y le escriban sus madrigales como a una tobillera. Ella tiene el buen sentido de reirse a carcajada limpia de... «las lilas de octubre», como llama a los amores otoñales, con lo que excuso decir a usted el disgustazo tan atroz que les da a los sobrinos.

—¿...?

—Sí, hombre: los de su vecina de usted: los hijos de la hermana: ¡la viuda de Almonasteriol... Un Carlitos, que ejerce de «Mayordomo Mayor de Palacio» y de «Administrador del Real Patrimonio» en una pieza, y un par de sobrinitas, ya treintonas, que le sirven de damas de honor.

Ahí el caballo de batalla está, para que usted se entere, en ver quién se lleva el gato cuando ella cierre el ojo: de modo que ríase usted del secuestro del niño del Tagarete. (1)

El que las chicas no pernocten en la casa, sino que se retiren a la suya con la mamá, no bien acaba la cena o termina el espectáculo de la noche, tiene tres pares de perendengues. Y es que, como ella padece del corazón ¿sabe usted?, el sobrino, que está en todo, quiere que... duerma tranquila... En fin y por remate, amigo mío: que hay ahí la gran novela y, si no la gran novela, el gran estudio de caracteres: ella, toda bondad y culto a su decoro, porque se cae de buena y se pasa de señora: la hermana, toda... «gañote», porque es que no tiene hartura: las hijas, todas celos entre sí y recelos para con todos los demás, pues hasta los mismos dedos se les antojan huéspedes, y

(1) Célebre secuestro de un niño, debajo de la Alcantarilla de las Madejas, que consternó a toda Sevilla, hará unos cuarenta años.

si es el «peine» del Carlos, todo cálculo y egoísmo, sangre fría y ambición.

¿Qué va a pasar ahí el día en que la tía empine el rabo? Pues el que más pueda de todos, será el que se alzaré con el santo y la limosna; y entretanto, esquilmarla a la infeliz, como negocio tomado por contrata.

¡Lástima que mujer tan rica y tan independiente me la tengan metida en un zapato, como quien dice! ¡Ojalá hubiese uno por ahí que acabara de entrarle por el ojo, y le diera al mequetrefe del tiranuelo un puntapie «allí donde las espaldas empiezan a perder su honesto nombre» que lo mandase al mismísimo muñeco de la Giralda.

¡Que no estuviese yo como estoy, hecho un carcamal, y tuviese ganas de rengancharme, que no tengo malditas!... Vería usted como a esa le tenían que leer otra vez la epístola de San Pablo y salían volando todos, desde el primero hasta el último, como puñado de moscas.

Crea usted que hasta se hacía una obra de caridad... ¿No es una de las bienaventuranzas (sic) redimir al cautivo? Pues eso es lo que ahí se impone: uno que empuñara

un látigo, como Jesús en el templo, y espaventara a cintarazo limpio a esa cuadrilla de ladrones.

El otro día se lo estuve diciendo, por cierto que se me rabistió muy indignada: —Como el pueblo que es esclavo merece serlo, la mujer como tú que se deja dominar por nadie merece la cadena.— ¡No sé por qué digas eso!—me replicó, saltándome a los ojos como una gata.— ¡En mi casa mando yo, y nada más que yo!—Pues no son esas las voces que corren por ahí.— ¡Pues enteramente falso! Lo que tiene es que me pasa lo que dice San Agustín que le pasa a Dios: que es paciente, porque es eterno... Si transijo con cuatro pequeñeces y hasta deajo pasar, si a mano viene, carros y carretas, cuando llegala hora de poner pie en pared bien que lo pongo.

—Entonces usted la trata con intimidad según veo. ¿.....?

—Siempre hemos sido amigos. Y aunque apenas nos tratamos ni nos vemos, más que de higos a brevas, porque los salones de la gente «bien» han llegado a hacérseme insoportables, la verdad: nos queremos. Ella

es muy agradecida, y no puede olvidar nunca que cuando su noviazgo con Labrantíos, el único aristócrata de Sevilla que se puso de su parte fui yo, así es que me lo ha pagado siempre con el más franco agradecimiento.

Yo la conocía muy a fondo, ¿sabe usted? Su padre era administrador de mi tía Aldonza, que fué quien me recogió a la muerte de mi madre, y como la señora les daba casa en el pabellón del jardín, puede decirse que nos criamos juntos. ¿Ve usted esta cicatriz que tengo en la frente? Pues de una caída que dí de un naranjo, por cogerle un nido.

Así es que cuando se armó en Sevilla con la boda el chiscarral que se arma siempre entre la gente aristocrática, cuando se cierne en el horizonte de la «crema» el nubarrón de un matrimonio morganático, yo me harté de decir barbaridades, como tengo por costumbre (quizás más que por amor a la justicia, por el íntimo placer que me ha causado siempre decir desvergüenzas) y ¡vaya! que le abrí calle. Eso de que se transija con la patulea, ¡y tan repatulea, algunas veces!

cuando tiene dinero, y en cambio se le niegue la sal y el agua cuando no lo tiene, aunque «se traiga» una historia como la de esa criatura y una estampa y reliquia como la que ella tenía por aquel entonces, (porque aquello era emperamente la Santa Justa de Goya, que hay en la Catedral,) es cosa que me ha sacado siempre de mis casillas, haciéndome soltar toda la trompetería de mi oratoria.

Después... lo que pasa siempre: un año de hacerle el vacío, y otro, «de medio luto»... ¡Hasta que, amigo, colgó un jamón en la puerta de la calle, y entonces, a ahogarse en la bulla como en la misa de primal... «Nuestra buena sociedad» se reconcilió con ella,—¡oh poder taumatúrgico del jamón en dulce!—y hasta se puso de moda frecuentar su trato, (adivina lo que tendrá que ver con esto el cocinero)... Labrantíos era riquísimo como él solo y aficionado a lucir y a figurar como ninguno y ni hubo en toda Sevilla casa como su casa, ni fiestas como sus fiestas, ni trenes como sus trenes...

¡Con decirle a usted que hasta llegaron a copiarse los caprichos de «Flora»...! ¡Re-

cuerda usted unos vestidos, hechos de pañuelos, que se pusieron en el ocho por aquel entonces? Ocurrencia fué de ella, para unas carreras de caballos.

Era mucha la ingénita elegancia y distinción suprema de la flamante marquesita y retেমuchísimo el garabato macareno que le había dado la Virgen de la Esperanza: con un... entre jacarandoso y mayestático modo de ser y de hablar y de tenerse y comportarse, que hacía de ella un hechizo: un... no sé como decirlo que lo exprese bien: un así como conglomerado delicioso de reina de dos mundos y de chula de Triana: chula, para llevarse de calle con su charla y el zarandeo de su abanico a todo bicho viviente y reina, para tener a raya en la última grada de su trono a todo el que no fuera su César, y Su «César» era «Labrantíos».

Porque eso sí: honradez, hasta el ensañamiento si vale la expresión, eche usted y no se derrame. Eso de entrar con todas como la romana del infierno, achaque tan frecuente en los advenedizos, que beben los vientos por codearse con gente empingorotada y copetuda, eso lo descartó ella de su progra-

ma desde el primer instante. A quien ella puso el veto no se lo levantó jamás, y de ahí la campaña contra ella por parte de tres o cuatro preteridas, que hacían como que renunciaban a la mano de Doña Leonor, siendo Doña Leonor la que les había dado con la badila en los nudillos.

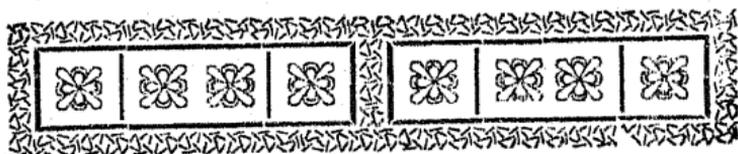
Me parece que la estoy viendo en la fiesta que celebraron la toma de la almohada: un «baile azul», de toda aquella aristocratiquez de cuando nosotros moceábamos: no esta chabacanería de ahora, en que lo primero que le sacan a usted a relucir a todo triquitraque es la falda de percal, el mantón de Manila... catalana y la peineta... de celuloide; y por remate de miserere y como nota de suprema inventiva, el maestro de baile tal o cual, con su coro de fregonas, poniendo en caricatura lo mismo nuestros trajes que nuestras danzas. ¿Se hace hoy en Sevilla agasajo a Príncipes ni homenaje a Rey, en que falte el dichoso numerito? ¡Como si no hubiera en Sevilla otra cosa que presentar y que lucir, que un grupo de bailarinas descoyuntadas y un tío «virtuoso», del cante jondol... ¡Y luego nos quejamos de

los que no conciben otra Sevilla, que la Sevilla de panderetal

Pues sí: parece que la estoy viendo con aquel traje azul, de perciopelo y gasas, de diferentes tonalidades, y aquel collar y diadema y aderezo de zafiros, mandado hacer exprofeso para sólo aquella noche, y regalado al día siguiente a las de Aguirre, que eran las que en aquella época actuaban de damas de honor, pues todavía las sobriñas no andaban por el mundo... ¡Para que no se pudiese en moda frecuentar su trato! Tenía, y sigue teniéndolos, gestos de reina...

Conque si usted no manda nada, aquí está uno que se las pira en busca de la puchera, o séase ¡oh dolor! en busca del medio litro de leche y del par de yemitas de San Leandro... ¡Mire usted yol... ¡Habitante de la vía lactea ¡yo, que he digerido piedras de molino!!... ¡Para pensar uno en madrigales, ni a la diosa Venus!...

...¡Quien no vió un retepajolero águila!... ¡Pa tafetanes está la Magdalena!... ¡Ayl...



CAPÍTULO II

Díptico epistolar

«Excma. Sra. Marquesa de Labrantíos.

Muy respetada señora mía: Como ya he dicho a usted en mis dos anteriores, a que no he tenido contestación, su señor hermano de usted Don Enrique, médico que fué de esta villa, pasó a mejor vida el día 16 del pasado, confortado con los santos sacramentos y con una muerte realmente edificante, dejando en el mayor desamparo a su hija Maravillas.

Aunque yo la he recogido en ésta su casa y aquí no le estorba a nadie, el difunto nombró a usted tutora y curadora de la huérfana, para todos los efectos de la ley: por lo que he molestado a usted con mis

otras dos cartas y ahora con la presente, que le envío certificada, por temor a un descamino, como el que seguramente habrán padecido las anteriores a que me refiero.

Bien sabe Dios que no me mueve a ello otra cosa, que el deber de caridad de poner a usted en autos del asunto, y no sacudir el hombro a la carga que voluntariamente me he echado sobre ellos (con permiso por supuesto de mi esposo,) de atender a todas las necesidades de la pobrecita huérfana, como si fuera hija nuestra.

Usted, como tutora, dispondrá lo que haya de hacerse: en la plena inteligencia de que a mí no sólo no me pesa la pobrecita, sino antes bien, me ofrece ocasión de corresponder a Dios por muy grandes misericordias recibidas de su mano.

De usted respetuosa servidora, que la saluda con la mayor consideración,

María de la Cruz Almonte,
de Diosdado. »

La carta sentó a Carlos como una cantárida en la boca del estómago. Una carta certificada no es para arrojada al cesto de los

papeles como las sin certificar, y ya no había más remedio que adoptar una resolución.

¡Ah! ¿Por qué se morirían los padres, dejando hijas pobres .. o, ya que las dejaban, se las habían de endosar, so pretexto de una tutoría, a quien maldito si debía importarle el que se las llevaran todos los demonios?... ¿De modo que, porque la Marquesa era buena y rica, tenía que cargar con todos los mochuelos que quisieran colgarle, incluso la huérfana de un hermano, a quien nunca había conocido y que porque jamás se había dado arte para juntar un real, le larga *in extremis* la plepa de una niña, con la noche y el día por único patrimonio?...

¡Eso era muy socorrido, hombre!: traer hijos al mundo, sin mirar el día de mañana, para a la hora de la muerte endosárselos al vecino y que éste tuviera que cargar con ellos, so pena de quedar a los ojos de la sociedad por un desalmado... ¡Cuidado con la conciencial! ¡Pues dijérale usted cómo le daba a su tía aquella puñalada, ni cómo dejaba de dársela (porque la Doña María de la Cruz, por lo visto, era de arinas tomar, y esa, resuelta a sacudirse la mosca de la niña,

era capaz hasta de venir del pueblo a vérselas con la Marquesa cara a cara) y dijérale usted, por otra parte, qué se hacía uno con una niña mocita, sola en el mundo, como no fuera... matarla, o tener que recogerla, «con todas sus consecuencias» o sea: con detrimento de los intereses creados de todos los demás, sólo porque el vivo de su padre se había acordado a la hora de la muerte de que tenía una hermana marquesa y rica.

¡Si esto no era un robo en despoblado, que viniera Dios y lo viera!... ¡un trágala que le daban de sopetón, y cuando más seguro estaba él de su absoluta supremacía sobre «la casa y estados de Labrantíos!...»

¿María de la Cruz Almonte, de Diosdado?

... ¡Si! la golfa del arroyo, que se había casado con Miguel, erigida por lo visto en ángel tutelar, de todas las famélicas de los contornos... La palurda Maritornes, trocada en protectora, a costa ajena por supuesto, de la juventud desvalida... La zafia fregatriz de ayer de mañana, metiéndose a heroína de la caridad, a fin de codearse con títulos y con grandes....

¡Pues a ver quién podía más: si ella con

sus diplomacias de... sacristía, si él, con su «plenipontenciaridad» de faraute y privado y apoderado, y *factotum* de la Marquesa!

¿No decía el refrán que a la zorra, candilazo? ¡Pues que se chupara esa la tal Doña María de la Cruz!

«Sra. Doña María de la Cruz Almonte, de Diosdado.

Señora mía: Mi tía, la Excma. Sra. Marquesa de Labrantíos, de quien tengo el honor de ser apoderado, está enfermísima del corazón y con el triste pronóstico de una muerte segura, en cuanto tenga el menor disgusto o el más leve sobresalto. De aquí mi obligación *de conciencia* de evitarle todo género de impresiones dolorosas, y que no me haya atrevido a darle la puñalada de la muerte de mi llorado tío Enrique, por quien hasta tendré el sentimiento de no llevar luto, a fin de no alarmar a la señora,

Sin embargo: conociendo, como conozco, los humanitarios y cristianísimos sentimientos de mi poderdante, acepto en nombre suyo la carga de subvenir a las necesidades de la huérfana. Y, pues está recogida en una

casa como esa suya, y garantizada por el prestigio de toda una señora, como lo es usted, he resuelto, después de pensarlo mucho y hasta de consultarlo con el médico y con el confesor de la paciente, que permanezca ahí la huérfana, mientras su tía y tutora no esté en disposición de resolver por sí misma; pues, para mayor quebranto de cuantos la queremos, padece por estos días un recrudecimiento en la dolencia que, más tarde o más temprano, la llevará al sepulcro.

Ni que decir tiene que son de cuenta de la señora todos los gastos de la huérfana. Usted será quien señale la pensión que haya de correrle, desde el mismo día del óbito del difunto, o sea: lo que tenga a bien poner de pupilaje, así como lo que estime decoroso para sus alfileres. ¡Harto hace usted con tenerla recogida.... y prestigiada!

De usted obligadísimo servidor, que sus pies besa.

Carlos de Almonasterio.

P. D. Sus cartas anteriores, a que alude, no han sido recibidas en esta casa!*



CAPITULO III

Tal para cual

El claro entendimiento de Maricruz hizole leer entre renglones el infame secuestro de qué estaba la Marquesa siendo víctima y la suerte que aguardaba a la infeliz pupila, de cruzarse ella de brazos y esperar a las *kalendaras graecas* del restablecimiento de la dama. Sin perjuicio, pues, de someter a la censura de su marido cuando éste volviese de Los Llanos, lo que quiera que su minerva le dictase, se sentó a su mesita de escritorio y escribió lo que sigue:

«Sr. D. Carlos de Almonasterio.

Muy Señor mío: Lamento sobremanera el estado de salud de mi señora la Marquesa, no sólo por lo que a su Señoría se refie-

re, sino por la inseguridad en que quedan los destinos de la pobre Maravillas. La señora, y no usted (dicho sea con el mayor respeto) es quien tiene que aceptar, o nó, la tutoría de que se trata, razón por la cual insisto en que debe hacérsele sabedora, tan pronto como de ello esté capaz, de esta disposición de su hermano, desde el lecho de la muerte. Es lo que deseo en caridad y pido a usted en justicia.

Por lo demás, ni esta casa, que con permiso de mi marido ofrezco a usted, acostumbra a cobrar pupilajes, ni faltan en ella medios, gracias a Dios, para atender a los alfileres de la huérfana. Con el consuelo que nos da, de poder mostrarnos en ella agradecidos para con Dios, paga con creces el pedacito de pan que se come y los modestísimos lutos que ha consentido en su extrema delicadeza que se le compren.

De usted atenta y segura servidora,

María de la Cruz Almonte
de Diosdado.»

¿Qué demonio de mujer era aquella,— pensaba Carlos— que se explicoteaba con

tanto desenfadado, y le tiraba a la cara con tanta gallardía la pensión con que creyó él poner una pica en Flandes, desbaratándole de aquella suerte la combinación de la «ignorancia invencible» en que quería tener a todo trance a la tutora de la huérfana?

Desde luego que no era una mujer vulgar la que escribía con aquel desparpajo, ni un espíritu apocado al que se le podía intimidar con la enfermedad de la Marquesa, ni aun con el espantapájaros de los horripilantes pronósticos facultativos... Aquella era... una mujer de pelo en pecho, que «había hecho cuestión de amor propio largarle a la otra el jicarazo de la tutoría de la huérfana,» y esa era capaz de plantificarse en Sevilla el día menos pensado a ponerle las cartas boca arriba, y armar la de Dios es Crito.

¿Qué más podía haber hecho él, en cuanto apoderado de la Marquesa, que haber aceptado la malhadada tutoría y hasta abrir a la chica cuenta corriente... ¡todo lo que no fuera meterla de puertas adentro, como parecía ser el decidido propósito de «la madrina de agua de bacalao», que le había salido a la «interfecta»?

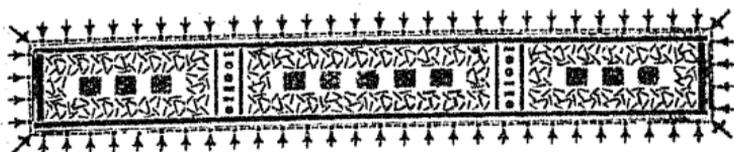
Pues lo que era esa, que se la liase al

dedo la tal Doña Cruz, o ¡Doña Diablos... coronados!.. En la casa de su tía no entraba nadie, porque no, y eso tuviera que ver, hombre!: que tuviese él a respetuosa distancia a sus hermanas mismas, para que una advenediza, una indocumentada, una cualquiera viniese a lo mejor... ¡o a lo peor! con sus manos lavadas a arrebatarle el cetro y la corona.

Antes que eso... ¡vamos!: meterle fuego a la casa por los cuatro costados y aventar las cenizas... ¡¡Todo, antes y con antes, que una suplantación, remota, pero posible, si la nena asentaba sus reales en la casa, y el trato, que es el que engendra el cariño, hacía que la Marquesa se prendase de la chica!..

¡Que no! ¡¡De ningún modo!.. Primero plantear la cuestión de confianza, y atenerse a las resultas, que el *regium exequatur* a un enemigo. No había enemigo pequeño!.. Y de puertas adentro, Dios nos asistiera... ¡Que no, hombre: que no! Y en lo de volver a cartearse con aquella mujer peligrosa, bueno estaba un botón para muestra. Así pues, que esperase sentada.

—*Quod scripsi, scripsi.*



CAPÍTULO IV

El jicarazo.

La Labrantíos tomaba el té aquella tarde, como todas las tardes a aquella hora.

Se había puesto de moda «la institución», por influencia de la Reina en las costumbres elegantes, y era muy *com-il-faut* la Marquesa, para no implantarla en su palacio. ¿Que no le gustaba el té al principio? ¡Ya se le iría educando el paladar!... Tampoco gustan al principio la cerveza ni el tabaco, y ya ven si tienen aficionados.

Mucho más, cuando no es necesario de todo punto que haya precisamente de ser té lo que se tome. Quien dice té, dice caté, o

chocolate, y con el té o el café o el chocolate, las tostadas, los emparedados, los pasteles y los fiambres; las mermeladas y los helados... la merienda, para decirlo de una vez (o sea: el perro de siempre, con el collar de moda) servida en el *boudoir* o en el salón, a fin de que no tenga que ser Mahoma quien vaya a la montaña, sino que sea la montaña la que venga al Profeta: esto es: siendo la refección la que venga a buscar los comensales, y no éstos los que tengan que tomarse la molestia de ir al comedor, ¡tan relejísimo como está en algunas casas!...

Claro que esto da lugar a que se luzcan la profusión de mesitas de mil tamaños y hechuras... las primorosas mantelerías de incrustaciones de encajes... el aéreo aparador montado sobre ruedas... la plata, la porcelana o el *vermeille* del servicio... las cien mil chucherías elegantes (muchas de ellas más costosas, que realmente elegantes) que introducen a diario en el mobiliario de las casas y en el desenvolvimiento de las costumbres los dictadores de la moda que «decretan» desde las columnas de las revistas ilustradas, encontrando en cada lector un

autómata y en cada lectora una sacerdotisa, que hacen o dejan de hacer, de arrinconar en los desvanes o de usar *ipso facto* todo lo que se lleve o haya dejado de llevarse, sin más iniciativa para ello que la copia servil de lo que hagan los demás, ni otra razón ni motivo para andar de cabeza y con la lengua fuera, como quien dice, que ser esto o estotro lo que se ha convenido ultimamente ser lo hiperelengante y ultrachic.

Hay quien toma tan a pechos la elegancia, que ríase usted del ahinco con que toman los místicos su santificación.

La Marquesa—volvemos a decir—tomaba el té aquella tarde, como todas las tardes a aquella hora.

—¡El Señor Barón de Castañares!—anunció con una ceremoniosa cortesía el uniformado criado, desde la puerta de la saleta.

—Que pase:—contestó la dama, agradablemente sorprendida por el anuncio. Y apareció, rechinante de limpio, peripuesto y bienoliente, el caballero sesentón, a quien oímos hablar en el primer capítulo de estos apuntes.

Saludó muy cortesamente a la Marquesa, besándole la mano. Ceremonioso, a la hermana de la señora, o séase: a la viuda de Almonasterio, que iba todas las tardes sin faltar una, a la hora de merendar, y jovial y campechano a las «damas de honor», como él las había denominado en la puerta del casino.

—¿Qué vas a tomar, Javier?

—Hija: ¡buenos consejos!, si hay un buen alma que me los quiera dar, a sabiendas de que voy a echármelos por la espalda... Estoy ahora avecindado en la vía láctea, con este maldito estómago, y aquí me tienes en perpétuo ayuno... Pero ¡anda: después de todo, el mismo día me tengo que morir!. Que me sirvan unos emparedados y un sorbo de café. Lo que es el té no me conviene ¿qué quieres que te diga?. ¡Una tontería caliente!

¡Oye, Floral: ¿y tu hermano Enrique?— empezó el caballero, mientras ponía azúcar en el café, despachados, que despachó, tres o cuatro emparedados de *foie-gras*—Hace que no sé de él la mar de tiempo. ¿...?

—Pues de médico lo tienes en Pimpollares, viudo y con una niña.

—¿Y hace mucho que no viene por ahí?

—Ahora va a hacer dos años. Dejé la titular de Atalaya, por esa de Pimpollares, y al paso por aquí, me trajo la chiquilla para que la conociera. Después, ni pelo ni hueso, como quien dice... Una carta en los días de santos y otra por pascua,ⁿ y ahí tienes toda nuestra correspondencia... La verdad es que parece mentira que un amor como el de hermanos de padre y madre acabe por consunción. Tú sabes lo quijotillo que fué siempre y lo que ha extremado la nota del desvío con todos los que él cree en planos superiores...

—¿Entonces no sabes si se puso bien del todo de la angina de pecho que padecía?

—¿Una angina de pecho? ¡No sé nada!...

—¡Ah! Pues yo creí que tú supieras... Pues sí: estuvo a la muerte.

—¡Pues, hijo: no sé nada! Créete que es la primera noticia que tengo... ¿Sabéis vosotras algo?—preguntó a su corte.

—¡No!

—¡Nada!

—¡Nada!

—Pues ahora le ha repetido, no hace mucho, y ha estado... ¡vaya! en un tris si se va, si se queda.

—¡Oye, Javier: basta de preparación de ánimo!—replicó la Marquesa muy alarmada—¡Tú sabes algo, que te ha hecho venir por aquí, siendo así que no vienes en tu alma! ¿Es que se ha muerto quizás, y eres tú el encargado de comunicarme la noticia?

—Pues mira: desgraciadamente así es. ¡El dieciseis del mes pasado!

.
Aquí, un franco plañido de la Marquesa, una simulación de lo mismo por parte de la hermana y unas caras muy compungidas por parte de las sobrinas.

—¡Pues créete, Javier, que yo no he sabido nada ¡pero nada!

—¡Ya yo me hacía cargo!... Y como, la verdad: debes saberlo, porque en Sevilla se sabe en todas partes y estáis en ridículo, es por lo que me he atrevido, créelo, a darte el mal rato. De modo que perdóname, aunque no sea más que por la buena intención.

—No sólo no tengo que perdonarte, sino

que agradecerte el que me hayas puesto en autos de la cosa... ¡Ya ves: quizás creerán por ahí que lo sabemos, y que, porque ha muerto pobre, nos avergonzamos de él y ni le ponemos luto!

Y la Marquesa tornó a llorar, con el mayor desconsuelo.

—¡No, mujer; no seas así! ¿Quién, que medio te conozca, va a creerte capaz de semejante incorrección? Desde luego nadie cree que tú lo sepas, y ni a venir a darte el pésame se atreve nadie. Mis hijas son las primeras, que están queriendo venir, desde que lo supimos... ¡Tienes muy bien asentado tu pabellón de gran señora!

—¿Y la niña?... ¿Y la huérfana?—Insistió la Labrantíos, tornando a sus lamentos:—¿Qué habrá dicho la infeliz, de despego semejante?... ¡Por más que bien podía el angelito—añadió muy airada—haber mandado una mala razón, aunque hubiera sido con el cosario.

—Pues mira, Flora: si la noticia no ha llegado a tu conocimiento, no ha sido por defecto de la huérfana, ni de la persona que la ha recogido.

—¡¡¡Ay qué vergüenza!!!

—Tu hermano, te ha dejado tutora curadora de la nena, y se ha hecho lo indecible por que la cosa llegue a tu noticia.

—¡Pues aquí no ha llegado ni el menor barrunto! ¡Te lo aseguro, Javier, por mi decoro! ¡Yo no he sabido palabra, hasta que tú te me has entrado por las puertas!

—No tienes que asegurarlo por tu decoro, ni por nada. Te conozco desde que naciste, y sé que tu palabra es una escritura..... Pues sí: la mujer de Miguelito Diosdado.....

—¡Sí! —subrayó una de las sobrinas;— ¡La golfa esa del arroyo, con la que se casó o lo casaron a los trompicones!

—¿Cómoooo? ¿qué dices? ¡La mujer más de bien y más hermosa, que se ha casado en el mundo como se casan las santas, querrás decir!—replicó el caballero, como tocado de un resorte.—¡La pobrecita recogida del arroyo como has dicho, pero no como una paletada de fango; sino como pudiera recogerse una flor que en él hubiera caído sin mancharse; para ponerla en el búcaro para el que fué creada! Pues sí: la mujer de Miguel

Diosdado, que es quien la ha recogido, es la que me ha escrito ayer, cansada de escribirte, según me dice, para que te ponga en antecedentes de la cosa. Y, la verdad: ni puedo dejar en el aire la súplica de una dama—y recalcó la palabra con la intención de un toro mirando a las Almonasterio—ni consentir por más tiempo que estés en entredicho en el concepto de la gente. No es que a ella le pese (asegura) tener a la chica, podridos de dinero como están. Sino que, siendo tú para todos los efectos de la ley la tutora, ella no la quiere retener ni un instante en su poder, sin tu explícito consentimiento. Mira qué párrafo:—y desdobló una carta y leyó: «¡Ojalá la señora Marquesa me la dejase para siempre! De ese modo correspondería yo a Dios a lo muchísimo que sabe V. que le debo, y que no acierto a acabar de pagarle, por más que hago.»

—¡Oye, Carlos!: (al sobrino que entraba en escena y saludaba al Barón) ¿tú sabes de la muerte de tío Enrique?

—¿¿Por dónde lo has sabido??—replicó el mozo, como si le hubiesen colocado un par de banderillas de fuego.

—Por Javier, que acaba de darme la noticia.

—¡Pues sí: lo sé!... Y por evitarte el mal rato consiguiente, no he querido decirte una palabra. Pero todo está proveído, ¿sabes?... La huérfana está acogida, desde luego por tu cuenta, y no carece de nada. ¡Creo que no he podido hacer más, adivinando tus deseos como siempre! La mujer de Miguel Diosdado, que es quien se la llevó a su casa, terminado el entierro, tiene orden de señalar ella misma la pensión, y hasta lo que ha de asignársele para alfileres... ¡Descuida: que mientras yo intervenga en tus asuntos, no quedas en mal lugar! Sé el honor que te debo y estoy en todo... ¿A qué amargar-te la vida, mientras puedan sorteársete los disgustos?... ¡Ya ves lo que dice Alburquerque: que te evitemos toda impresión desagradable!... Ahora: si hay quien se goza en repartir disgustos a domicilio...

—¡Eh, caballero!: —replicó el de Castañares hecho un basilisco con la indirecta:—que si yo he tomado cartas en este asunto, es porque hay de por medio la súplica de una señora: fijate bien: ¡la sú-

plica de una señora!; el porvenir de una huérfana, a la clemencia de Dios, y el decoro de una amiga de la infancia, como tu tía, puesto en tela de juicio en todas partes, por esta resolución de su señor mayordomo. ¿Es un perro quizás lo que se le ha muerto, para que una señora, tan correcta siempre, ¡tan señora! no le lleve luto, como si se deshonorase de ser su hermana?... ¡No dudo de tu cariño, ni de tu buena intención! Pero hay cosas que se deben saber, por dolorosas que sean, y esta es una, siendo así que la noticia ha venido en los periódicos.

—¡¡¡Ay qué vergüenza!!!—repitió la Labrantíos, cubriéndose el rostro con las manos.—¡El pobrecito mascando tierra, y nosotras tan orondas ayer tarde en la *kermesse!*...

Y otra llantina, quizás más que de dolor, de vergüenza y de coraje.

La viuda de Almonasterio está indignada con las intromisiones del Barón. Las chicas contrariadísimas, y el Carlos, furibundo..

Reina en la estancia uno de esos silencios

embarazosos, que dicen con su mutismo que alguien está allí de más...

--Pues nada, nena:—epilogó el de Castañares, poniéndose de pie y tendiendo la mano a la Marquesa:—cuenta con mi sentimiento (tú sabes que es de verdad) y perdona, hija mía, el jicarazo.

—Adios, y muchas gracias... Eso hacen los amigos de verdad.

Y con otro apretón de manos a las demás señoras, y con otro al caballero, salió de la saleta... acordándose del bicarbonato.

—¡Valiente peine!—fué todo lo que se le ocurrió «epifonemar» al montar en el coche...





CAPITULO V

En familia.

—Bueno: pues tú dirás qué ha sido esto.

—Pues nada. Que le llegó la hora, y pagó su tributo. Y como a la hora de la muerte se acordase de que tenía una hermana, Marquesa y rica, la quiso «honrar» con la tutoría de la huérfana.

—¡Pues bien podías haber dicho algo!

—Te quiero demasiado para darte un mal rato a sabiendas, y por eso no te he dicho una palabra. Por lo demás, la huérfana está atendida, como te he dicho, y con cuenta corriente en el escritorio, interpretando tus deseos.

—Pues nada: a esa criatura es menester recogerla.

—¿Pero no está recogida?

—¿Recogida?

—¡Recogida!... ¿O no es estar recogida estarlo en casa de Miguel Diosdado?... Allí está desde el momento de la muerte de su padre, y desde luego por tu cuenta.

—Mira, Carlos—se arrancó la Labantíos, con trémolos de ira en el acento:—tanto va el cántaro a la fuente, hasta que se rompe. ¡Una cosa es rodearte de prestigios, y otra cosa consentir que hagas mangas y capirottes de mi decoro! ¡Yo he debido saber la muerte de tu tío desde el instante mismo en que tú la supiste, y yo, que no tú ni nadie, aceptar la tutoría, o renunciar a ella! Los poderes que tienes recibidos no se extienden a tanto. Y ahora mismo, ¡pero ahora mismo!, a escribir a esa buena señora, dándole las gracias por su comportamiento, y a esa pobrecita niña, dándole el pésame y diciéndole que aquí tiene una madre y una casa... ¡Pobrecita de mi alma, desvalida en el mundo y recogida por unos extraños por amor de Dios! ¡La hija de un hermano de la

Marquesa de Labrantíos,—añadió con la altivez de una reina a quien se le ofreciese una limosna—de hueso en ninguna parte??
¡Vamos, vamos!

—Pero mira, tía Flora:

—¡No tengo que mirar nada, nada más que mi conciencia y mi decoro! Y eso es lo que la una me dicta y el otro me reclama: compadecerme del pobre y tender mi mano al huérfano, no dejando a quien lleva mi apellido a la caridad de nadie.

—¡Pero si la has recogido: criatura,

—¡¡Pero no en mi casa!

—y estás saliendo a todas sus necesidades!

—¡Pero por segunda mano! ¿Por qué aceptar favores de gente extraña?

—¡Es que los estás pagando!

—¡Es que no los quiero pagar! Sino hácermelos a mí misma y por mí misma, sin tener que agradecerseles a este ni al otro. Así pues, al escritorio ahora mismo, ¡pero ahora mismo! a escribir esas cartas. ¡Pero en mi nombre, ¿sabes?! ¡Para firmarlas yo!... Tú, Concha: a disponer que se entorne la puerta, y a la servidumbre, que se vista de

ja, haz tú lo que quieras, pues rein a y señora eres de lo tuyo. Pero, la verdad: en tu casa me parece arriesgadillo; sobre todo: sin saber cuáles serán las condiciones de la nena. Yo, en tu lugar, a un internado... ¿Podrá nunca una niña lugareña, con el pelo de la dehesa la infeliz, alternar con las gentes de tu clase? ¡Por tu mismo decoro, que tanto invocas, debes cerrar los ojos, y a un colegio! ¡Así: un año; dos años; cuanto sea menester!, y ya el tiempo irá diciendo la regla de conducta que haya de seguirsel... Ahora: abandonarla, ¡nuncal... Por algo es nuestra sangre la pobrecita... y por algo su padre, que en gloria esté, te deja de tutora curadora.

—Si no fuera indiscreción que yo metiera mi cuarto a espadas,—empezó a decir Concha—yo la mandaba a París, al Sagrado Corazón, a que aprendiera el francés correctamente y luego a Irlanda con las Madres de Loreto a que aprendiera el inglés con perfección. Y, cuando estuviera educada y perfilada, como lo debe estar una sobrina tuya, entonces a tus salones y con la gente de tu trato. Una niña de pueblo di-

ciendo gansadas y cometiendo pifias a troche y moche ¡vaya! que no encaja en el marco de distinción suprema que ha sido siempre el de la casa de Labrantíos. Lo de menos es que sea pobre: ¡ya ves: nosotras no tenemos donde caernos muertas!... Pero estamos educadas y somos «bien», y ni en el mismo palacio real desentonamos... ¿Querremos nosotros para tí, sino rodearte de prestigios?... Pues ya que no te los demos, no robártelos siquiera... ¡Figúratela en tu platea del teatro de San Fernando, en tu palco del hipódromo, y quien dice en el hipódromo, dice en la plaza de San Francisco una tarde de cofradías, porque supongo que no te la vas a traer a tu casa, para tenerla de Cenicienta.. Yo que tú, digo lo que maná: yo, a un colegio, así tuviera que quitármelo de la boca. Lo que es aquí de buenas a primeras y en matas y por rozar, me parece aventurado. Pero en fin: eso tú allá, que libre eres para hacer de lo tuyo lo que te dé la gana.

—Y además,—insistió la viuda de Almonasterio:—que yo no sé hasta qué punto vestirá bien una niña mocita y un hombre

soltero, dentro de una misma casa... Claro que Carlos es muy correcto y está muy educado y ella será una muchacha de juicio, que hasta extremará la nota, si a mano viene, de la corrección y del desvío. Pero la gente es muy mala y la maledicencia está a la orden del día, y será una triste gracia que un nombre como el tuyo vaya a traerse y llevarse por los desocupados, a última hora... ¡No es menester que haya nada ¿sabes? Ni Carlos es capaz de extralimitarse, ni con el pensamiento, ni quizás la pobrecita dé lugar a que se sospeche de su virtud... Pero a Segura lo llevan preso, y siempre se ha dicho y con razón que más vale un por si acaso, que cien mil veces quién pensara... ¡No lo que pase ¿está?, pues yo soy la primera que pongo la mano en el fuego!; sino lo que a la gente se le antoje decir: y el descrédito es descrédito lo mismo por lo que es, que por lo que se dice. ¡Con verdad o con mentira, lo que hay que pedir a Dios es que nos libre de una mala lengual...

--Pues nada:--reasumió la Labrantíos, con la contrariedad en el semblante y la ironía en el acento:—puesto que sois tan amables,

que me dejáis en libertad de hacer lo que quiera, la niña, por primera providencia, vendrá a la casa. Y, cuando esté en la casa, y veamos lo que hay que hacer, ya se hará lo que proceda.





CAPITULO VI

Tresillo de cartas que honraria a cualquiera.

--No me gusta; la verdad... Anda: ponte y escribe:

«Sra. D.^a María de la Cruz Almonte, de Diosdado.

Señora y amiga mía: Agradezco a usted con toda mi alma, la hospitalidad que ha dado a mi sobrina Maravillas desde el fallecimiento de su padre (q. s. g. h.): noticia que me habían ocultado hasta este momento, por lo muy quebrantado de mi salud.

Acepto desde luego la tutoría con que mi pobre hermano me distinguió en su lecho de muerte: y en uso de ella dispongo que

permanezca la huérfana en esa hospitalaria casa de usted hasta el día trigésimo del óbito, en que iremos a esa a asistir en un funeral que quiero que se haga en sufragio del difunto y a recoger de camino, para tenerla a mi lado, a la pobrecita mía.

Como sé perfectamente quién es usted, no le infiero el ultraje de hablarle de los gastos que la huérfana haya hecho. Esas cosas se agradecen en el alma y no se intentan pagar con otra moneda, que la de la reconocida amidad, que yo le ofrezco desde ahora.

Crea usted que le viviré eternamente agradecida y que no sé cómo expresarle todo lo profundo de mi reconocimiento.

Tiene el honor de ofrecerse a usted como su incondicional amiga y obligadísima servidora,

C. La Marquesa V. de Labrantíos.»

—Otro pliego y escribe:

«Srta. Maravillas Bohórquez y Sanjuán.

Mi queridísima niña: No sabes, hija mía, lo que te compadezco en tu orfandad, ni lo que te acompaño en tu dolor. Mientras más grande sea éste, más honra al difunto

y más te honra a tí. Así pues, lo respeto y no intento ni consolarte.

Aunque apenas te he tratado, basta que seas hija de tu padre, para que yo te quiera, viendo en tí para todos sus derechos la persona de un hermano tan querido, como tu padre q. e. p. d. lo era para mí.

Como digo con esta fecha a tu bienhechora, Doña María de la Cruz, el día dieciseis del corriente, en que iremos a esa tus primos y yo a un funeral que quiero que se haga por tu padre, me entregaré en tí para siempre, a fin de traerte a mi lado y retenerte conmigo como a mi hija.

Adios, pobrecita mía: te quiere como una madre tu tía que llora contigo tu infortunio y abrazarte desea.»

«Flora.»

«Sr. Cura Párroco de Pimpollares.

Respetado señor mío: Tengo el honor de dirigirme a usted con el fin de encargarle para el día dieciseis del corriente un funeral, todo lo más decoroso que ahí pueda hacerse, en sufragio del alma de mi pobre hermano, Don Enrique Bohórquez, médico que fué

de esa villa y a quien Dios llamó a sí el dieciseis del pasado.

Todavía deseo más de usted, y es que mande labrar mil hogazas de pan para los pobres, cuyos vales, después de quedarse usted con los que usted quiera, me hará el favor de entregar de mi parte a la señora de Don Miguel Diosdado, así como cien mantas, otros tantos refajos y otras cosillas que mandaré comprar mañana mismo y que le remitiré lo antes posible por medio de un criado de esta su casa.

Adiós, hasta el dieciseis por la mañana, en que agradeceré a usted mucho que me tenga hecha la cuenta de todo, pues deseo volverme de seguida.

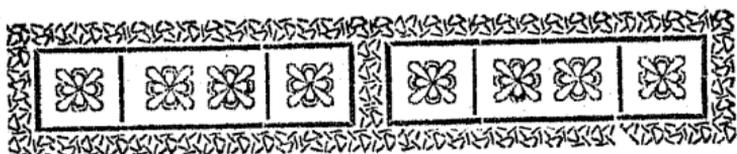
De usted reverente servidora, que en sus oraciones se encomienda y le besa la mano,

C. la Marquesa V. de Labrantíos.»

—Al correo de seguida.

Por la señal...





CAPÍTULO VII

En la íntima intimidad.

—¿Os parece el «frescales» de vuestro tío?—empezó la viuda de Almonasterio al encerrarse en su cuarto aquella noche con sus hijas:—¡Es que lo estaba viendo venir!...: ese estira la pata el día menos pensado, y le endosa la huérfana a su hermana la Marquesa.

Y lo de menos es lo que eso pueda costarle, pues para eso lo tiene, y como dice el refrán: del lobo, un pelo. Lo de más es que le tome cariño, y venga una desconocida a hacer os sombra.

—¡Toma!: por eso fué lo de insistir yo en lo del colegio ¡y en Irlanda nada menos!... Al amor tierra o pared, y ojos que no ven corazón no quiebran... Pero ya viste por dónde se ha descolgado: con meterla en la casa de hoz y de coz, lo que no ha hecho nunca con nosotras.

—¡Como que qué sobre sí está con esos dineros!... Yo es cosa que la aguanto solamente por ustedes y mirando el día de mañana. Si no ¿crees tú que en mi genio iba yo a tolerarle la mitad de lo que le aguanto? Pero, amigo: está de por medio vuestro porvenir, y los hijos duelen mucho.

—Lo que no sé es cómo Carlos, que tan listo es, no ha tomado la cosa con tiempo y ha conjurado la tormenta.

—¿Y qué iba a hacer, más que lo que ha hecho? Ahora: si el metomentodo del Barón se ha atravesado en su camino, nadie tiene la culpa. ¡Ese!: ese es el que merecía que le sacasen la lengua!... ¡Venir a una mujer, puntillosa y tan engreída como ella, con que si estaba en ridículo en todas partes!... ¡Más valía que, en lugar de chismorrear por ahí, se metiera a administrar lo suyo, que se es-

tá quedando a la cuarta preguntal... Pero es que se perece y se ha perecido siempre por dar un mal rato a domicilio y por sacarle a la gente los colores a la cara.

—Por lo visto, se gusta en el papel de Diógenes del Padre Coloma.

—Sólo que aquél, enmedio de todo, era un gran señor y éste no es ni más ni menos que un reverendo títere.

—¡Y que lo digas!

(Pausa.)

—Y eso digo yo: ¿qué papel se le adjudica a esa criatura?

—Pues, hija: más claro, agua. El papel de sobrina, de puertas adentro. ¿Crees tú que tu tía ¡y en sus humos! se la va a traer para tenerla de doncella? No conoces tú a tu tía, si crees que va a contentarse con menos que con tenerla en el rango en que a vosstras.

—Pero una «cateta» de pueblo ¿qué va a saber de trato, ni a entender de buen tono...

—¡Pues haciendo y diciendo mil burradas y poniéndonos a todos en ridículo!

—¡Al que asó la manteca no se le ocurre semejante alcaldada!

(Pausa).

—Si quisiera que yo me la trajera aquí, aunque a la larga entrara en turno con ustedes... y, lo que es más que en turno: ¡en particiones el día de mañana que llegase el caso!! Ya veis: aunque no sea más que una parte como ustedes, ahí es nada el pellizco que os viene a quitar de una mano a otra... Eso, si ella en su conciencia, porque cuando le da el arrechucho, Dios nos asista, no se líe la manta a la cabeza, y le deja a la intrusa la mitad del capital, y a ustedes me los despacha con la otra mitad entre los tres.

—¡Pues eso estaría muy mal!

—¡Y tan remal!

—¡Y Sevilla entera se lo censuraría!

—Pero, como cuando se abren los testamentos es cuando lo mismo le da a uno por las que van que por las que vienen (¡figúrate tú al que está mascando tierra los cominos que le importarán los chismes y hablarías de los que quedan por aquí!...) ahí me las den todas, dirá ella, después de haber hecho su gusto como siempre.

—¡Como que qué soberbial

—¡Como que qué despotal

—Me alegro de que la vayáis conociendo.
(Gran pausa.)

—Bueno: pues lo que aquí se impone es sitiarse la plaza y no dejar avanzar al enemigo ni un palmo de terreno. Y nada de guerra abierta ¿estáis? Sino sabiduría, y suavidad y diplomacia... A ver si la aburrimos entre todos y se larga con viento fresco con el pingo de *Doña* María de la Cruz. ¡A cualquier cosa le llaman las patronas chocolate! ¿«La señora de Diosdado» semejante jarambel?

—Cata ahí una cosa que no espero yo: que se aburra y se vaya. ¡Cualquierilla la hecha a esa, en cuanto meta en la casa las narices! ¡No es nada el cambio: un pueblucho, por un Sevilla; un zaquizamí, por un palacio y la posición de hija de un médico titular, por el rango de sobrina de una Labrantíos!...

—Ahora era la ocasión de que la que estuviese de semana se quedase allí, y Carlos era el primero que debía hacerlo cuestión de gabinete... Eso de liar el petate todas las noches y venirnos a dormir a casa, como unas suplentas, no lo consiente en el mundo

más que él, que parece mentira que sea así, y con sus propias hermanas... ¿Creerá quizás que no se le conoce el juego? ¡Pues que sepa que por lo menos a mí no me la dá, y que cuando él va ya yo vuelvo!

—¿Qué queréis, hijas? Así lo ha hecho Dios, y así tiene que morirse. El pobre ha sido siempre muy egoísta y no lo puede remediar... Transijamos con esa debilidad, pues al fin es nuestro hijo y hermano, (aquí venía de molde un «respectivamente» pero la señora no lo puso y los diálogos nos gustan al gramófono) y mejor es que sea él el que tenga la sartén por el mango. Demasiado, después de todo, arrima el ascua a nuestra sardina. De modo que siempre hay por qué darle gracias a Dios. (Pausa).

—Pues ahora, apechugue usted con un luto, sin maldita la gana, y métase usted en casa todo el verano y todo el otoño y gran parte del invierno, tan agradables como resultaron el año pasado las comidas en el hotel y los téns en los casinos: y, por si le parece a usted poco todavía, quédese usted sin los festejos de Semana Santa y feria, si en sus exageraciones decreta un año... ¡Es

que hay gente imprudente hasta para morirsel

—Y que lo digas.

—En fin: que por dondequiera que se mire la cosa, nuestro «malogrado» tío ha venido a hacernos un pie agua con su «irreparable pérdida...» Y póngase usted muy compungida cuando le den el pésame, y hasta tome usted nota del que no se lo dé para resentirse... ¡Cuando te digo que este mundo es un fandango!...

—¡Y que lo digas!







CAPITULO VIII

«El Noticiero» de Pimpollares.

—¡Como que la tenía sobre mi corazón, lo mismitito que una gota serena en un ojo! Por supuesto: que inquisición más renegra, que una niña mocita ar bentestate, no se ha visto en er mundo ni se verá, a lo meno entre cristianos.

Gracia que cayó en manos de esa mujé: ¡de esa... Santa Vicenta de Paú (por que eso es la caridá de Dió, pagando céula e vecindá en Pimpollare), y así ha tenío el arma mía casa y jogá, ande está lo mismísimo que una reina en sus palacio.—Na, hija: tú no te apure:—le decía cá istante:—si tu tía te

quiere arrecogé y te arrecoge, en su derecho está. Si dá la callá por repuesta, (porque le escribió tres cartas na meno (lo cuá que no se las daban a leé, porque tiene una norisma en er corazón)) si tu tía no te arrecoge, que no te arrecoge, aquí tienes unos padre, escapaces de quitárselo der comé, si e sementé, pa que tú no escaezcas e na... ¡Y cudiao, cudiao, como me jaces en la casa lo más mínimol! Tú no has venío aquí de doncella ni de niñera: na más que de amiga. Así es que tus obligacione en la casa, ya las sabe: amá a Dio sobre todas las cosa, y a tu prójimo como a tí mismo, amén.

Ya irán por Jelo-cabirido, si es que no han pasao ya de Murmujo, porque esos urtomóvile corren como maginación, y de ahí esas tortillas 'e ricos que se armana lo mejón, que da horró de leé lo que vienendiciendo los diario, diario tos los días, que ¿por cuánto en er mundo me subía yo en uno? ¡Míastú yo, que cuando vy ar Rocío, vy andando, porque de las carretas es, y me armareo!...

Po un vacío ha dejao en la casa el arma mía, que paece que han sacao er cadave de un muerto. ¡Mentira parece que se haiga

dao a queré como se ha dao, que han llo-
rao en la espeía jasta las piedra!

Es una niña mu güena y de my güenos
prencipio. Más humirde que la tierra y más
agraecía que la Santa Crú de Mayo, que con
tó lo que se le pone está bonita. Y alospué,
lo rescatá: que lo mismo es mirarla un
hombre, que ya está colorá como una ama-
pola, no como esas niñas de ahora, que se
meten por los ojos e los hombres, que er
que má y er que meno resurta preten-
díó...

La que má me ha gustao ha sio la
tía. ¡Vaya una mujé hermosísima y rete-
bién conservá! ¡Mía que ni media canita! Y
alospué aquer sombrero, con aqué ribete
blanco, y aquer velo echao poncima, que
rejastallí er señorío con que le arrecorgaba.
La Marquesa e los Labraos, dice mi señorita
que se llama y que ni ella misma sabe lo
que tiene. ¿Tú no has oído decí: ese tiene
un barco por la ma? ¡Po ella los tiene a
piaras, que dicen que parece la batalla de
Lepanto, que está pintá en la ilesia!

Con quien lo han jecho muy bien a sío
con er padre Cura. ¡Le han pagao toa la

cuenta sin rechistá y alospué le han dao cuatro mi reale pa los pobré y dos mí reale pa las misas e San Gregorio!... A nosotra, cinco duro a cá una y otros cinco ar mozo de comedó. La verdá que el armuerzo se lo merecía, porque tú sabes mejón que naide como se jacen las cosas en aquella casa... En un lao la Señora, con la Marquesa a la derecha, y a la dizquierda er sobrino. Al otro lao, la Señorita, con la sòbrina de la Marquesa a la dizquierda y a la derecha er padre Cura, y alospué en las cabecera, er Señorito y la Señorita Maravilla... ¡Te digo que pa un retrato, ¡iluminao!!

Toa la plata por de contao ar retortero y toa la vagilla e china y er juego de café sobredorao, que como es de doce tazas ha habío de sobra.

Se le pusieron sus entremese: acitunas en reina, remolacha aliñá, langustino, mantequilla y embuchao... Alospué, su consumié en tazas, con picaillo de ilan... Alospué, sus güevos en cubilete, (aunque a mí me gustan más, fritos con sus ajitos a reó, como Dios manda)... Alospué... ¡qué fué, Bruna?... ¡Ah! ¡ya! ¡sí!: su carne de ternera con.. ¡contral

que nunca me acuerdo, ni pueo encarruchá como se llama: una cosa como sarampión (1), na má que viene en latas e conserva, pero son jongo.. Alospué, po filetes e lenguaos con bersamela, y aluego sus perdices, asás ar jorno, con su ensalá de repolle por tó ar reó. Sus postres de durces fino... sus queso de tres clase, con su dulce de armiba de cabello de ange y su fruta der tiempo, ¡miá tú qué atraso tan regrande: encima de un confite, unas ciruelas blanquillas más esaborías que el agua er pozo y unos níperos más agrios que er vinagre que le dieron a Cristol)... Su café y sus licore, y pas *Christi* y más ná... ¡Ah! ¡Y su chinpán!...

Asín es que se han dío, tan reagraeciásimos a los señore, que cuanto te diga es poco, ¡Es que empiezan y no acaban!

A mí con lo que me han puesto una corona, que ni la de la Virgen del Rocío, es con er regalo que le han traío a mi niña de mi arna. (Llora)... Una caenita, como de plata: na má que es de un metá nuevo de ahora, que dice mi señorita que vale más

(1) ¿Champignon?

caro que el oro, fina como er pensamiento (porque con seguridá no tiene más gordó que un jilo de bordá) con una crú de brillantes, der gordó de pimientas, y una mealla de oro der Señor der Gran Podé con puntitas de diamante por to ar reó.

¡Por supuesto, que está la criatura, como pa que se le caiga la baba con ella a los ángele der cielo, con tantísimo como sabe! ¡Mieo: ¡mieo me da, de lo que sabe el arma mía!—¡Muna!—¿Qué quieres, mi arma?—¡Me da use, y te tero?...

Asin es, hermanita, que anque luego me riñan los señore, titito er que pueo arrecogé se lo guardo al arma mía. (Llora.)

¿Qué me había yo de comé ¡ni un aníl, asin me lo mandaran de penitencia? Tititos los dulce que me tocan de postre se los guardo a mi corazón y mi centraña, (porque con habé arrecogío la llave de la despensa la señorita, cabarmente por esto, es semenesté un antejo de larga vista, pa poé en aquella casa columbrá un dulce fuera de las comías.)

¡Y esa manera de criá a los niños de

haora, no me gusta a mí! ¿Qué entienden los angelitos de método de Eslava?

¡Las criatura son criatura y lo que quieren son golosina los angelito, y en una está darle gusto, aunque no sea ná más que porque sabrá Dios lo que le esperan! ¡Las carnes! ¡las carnes me se abren de que vaya a dí a pará er díade mañana a manos de quien no le jaga un artá mayó, con su Majestá manifestó! ¡Hija de mi arma, criá como una princesa, pa que venga un charrán a judiqueá con ella!... (Llora).

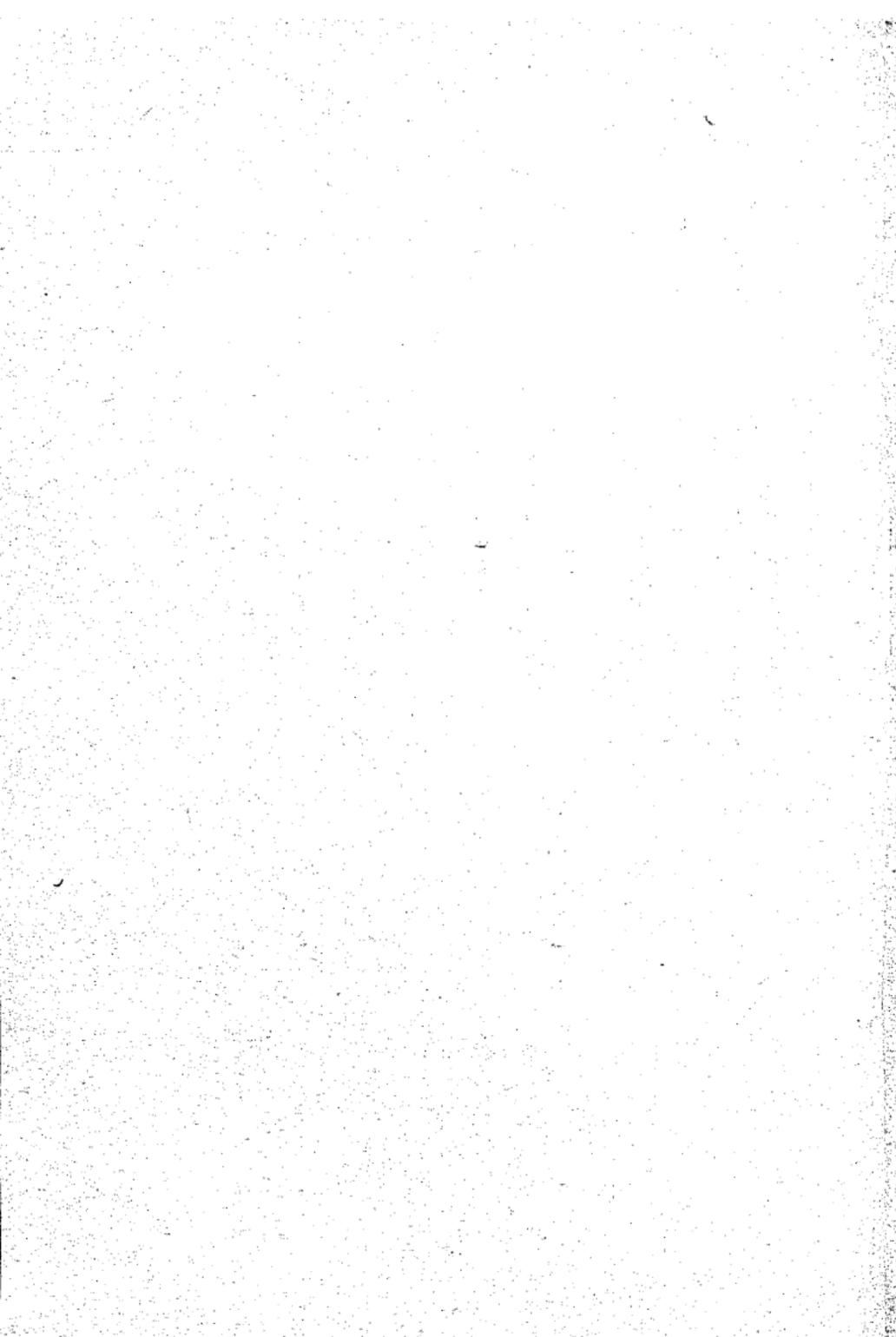
De moo y manera, hermanita... ¡Contra! ¡Las seis e la tarde, y me dijo la señora que gorviera volando!! ¡Miá que es crú no poé una hablá tó lo que a una se le antoje, como si eso tamié hubiá subió con la guerra!... Y es que he salío a llevarle a Iné la der Chato unas lonjita de jamón en dulce porque con el desjano tan reatró que tiene no pué pasá ni agua la infelí, y la Señorita, Dios se lo pague, le manda tos los días de lo más florío que hay en la casa y me entretuve ahí más arriba con la Pilonga, que nos himos criaio casa arriba, casa abajo, como tú sabe, y siempre que nos trompezamos por ahí, po

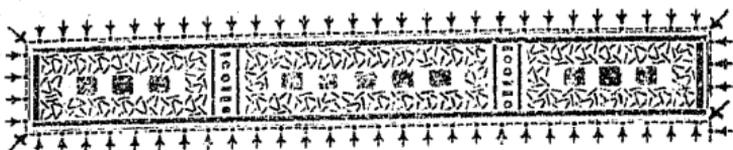
echamos nuestro rato de palique, sin ofenderle a nadie, porque yo, no es alabancia ni cosa parecía: pero yo miro mucho por la honra de mi prójimo y no me gusta de faltarle a nadie, ¡vaya! ni con el pensamiento, que es lo último: no como más e cuatro, que tú sabe y yo no inoro, que ande ponen la lengua no nace la yerba en un año, que paece como mentira que haiga gente en el mundo sin temó de Dios. ¡Por la lengua debían estar corgá más e cuatro, como er pescao de San Rafaé; no, una, que si habla más o meno, nunca es pa ofendé ni a un mosquito; porque rescatá pa hablá las habrá en er mundo, pero como yo no hay otra, mejorando lo presente... ¡Contra! ¡Manué a llamarme ...



LIBRO SEGUNDO

COPLAS DE AMORES





CAPÍTULO I

Copla primera.

Desprendiéndose estaba de la cabeza el velo de luto, con que había ido a misa en compañía de su tutora, cuando uno de los criados de la casa, en su bandeja de plata por supuesto, tras un —¿da la señorita su permiso?—le presentó una carta... o mejor que una carta, un sobre hasta lacrado y dentro de él un pliego con las iniciales M. P. habilmente enlazadas en la esquina superior izquierda y esta copla popular, escrita con caracteres enérgicamente masculinos:

«Desde que te ausentaste,
Sol de los soles,
Ni los pájaros cantan,
Ni el río corre.
¡Ay amor mío!
Ni los pájaros cantan
Ni corre el río.»

¡Madre: y qué llantina tan regrandísima la que le entró con el demontre de la copla!... Ni que le hubiesen dicho perra judía la hubiese puesto más colorada al empezar a leer, ni le hubiese producido mayor vergüenza: vergüenza, o lo que quiera que fuese, que le preñó los ojos de lagrimones como garbanzos y le hizo soltar el trapo, una vez acabada la breve lectura, como cuando de sobre el cadáver de su padre la arrancó momentos antes del entierro Doña María de la Cruz.

M. P.: Manolo Ponce: el hijo del Notario de Pimpollares, que desde que salió de compadre con ella aquel otro invierno, había estado con ella tan.... fino, pero nada más... ¡Manolo Ponce, que se había portado tan bien—¡Dios se lo pagaral—lo mismo en la

enfermedad, que en la muerte y que después del entierro; pero tan a distancia siempre, siempre, que lo mismo podía ser todo aquello cariño... de compadres, que caridad de entrañas cristianas con un prójimo atribulado y desvalido!

¿Que él fué el que a la vuelta del sepelio le entregó la llave del ataúd?... ¿Que le apretó mucho, mucho, la mano al entregársela?... ¡La caridad cristiana, que es muy expresiva!... ¿Después?... Nada. La visita de pésame, con su padre y con su madre, a la casa de Diosdado... La asistencia puntualísima, y en el duelo, tanto en el funeral que ella dispuso, como en el mandado hacer por la Marquesa... La despedida, otra vez en compañía de sus padres, cuando estaban en los postres del almuerzo el día de la salida de Pimpo!lares, y ahora, al cabo de los cuatro o cinco meses de estar ella en Sevilla, aquella copla escueta, monda y lironda, sin el menor encabezamiento ni la más simplificada firma, sino:

«Desde que te ausentaste,
Sol de los soles,

Ni los pájaros cantan
 Ni el río corre.
 ¡Ay amor mío!
 Ni los pájaros cantan
 Ni corre el río.»

¿Sería aquello una pretensión?...

Si en efecto lo era: ¿por qué en aquella forma tan despegada... es decir: tan despegada, nó: había allí un

«¡Ay amor mío!,»

que, sí señor: sería de la copla y exigencia del consonante: pero que ella no podía leer, sin parecerle oír la voz de su compadre... aquella voz tan varonil y tan bien timbrada... ¡tan de plata cuando hablaba, como cuando reía, como cuando, finalmente, en la noche de compadres le habían hecho cantar el aria final de «Tosca.»

—¡Amo la vita!!--

.
 Y por si era pretensión, o no lo era, allá va otro aperreo de mil demonios... hasta que cayó en la cuenta de que era la hora de almorzar, y, guardando el «documento» en

la cajita misma en que guardaba la llave del ataúd,—¡Los sitios tan... diabólicos, que destinan las mujeres a ciertas cosas!—se refrescó los ojos enrojecidos, y se fué a pasos menudos, a causa del encerado del pavimento, hacia el *boudoir* de la Marquesa.

—¡Hija!, ¡no he visto pena como la tuya!—le dijo su prima Clotilde, al verla entrar—Créete que para amargarle a una la existencia te pintas sola. Esta gente de pueblos creen que tienen la exclusiva del sentir y que como no lloren siete veces al día en el primer año del luto, cuatro al siguiente y dos al tercero, son tan desalmados como los de las capitales, que muerto el perro se acabó la rabia. Pues sábetete para tu gobierno que tía está ya hasta el pelo con tantas lágrimas. Yo no te digo que no sientas. Pero tanto gimoteo no es ni de tono. ¡No sé como no andas por la casa con un pañuelo a la cabeza, como la gente de los cortijos!

—¡Si no lo puedo remediar, Clotidel... Es que—siguió entre pucheros—andando con unos papeles en el cajón alto de la cómoda, me he tropezado con la llave del ataúd de mi papá, y...—Y a cuan-

ta de la llave del ataúd de su papá, otro re-
vezo de llanto.

—¡Pues dí tú que ha venido Dios a ver-
nos con ese dón de lágrimas por vitalicio!
Pues lo que toca yo, se lo digo a tía: ¡o de-
jas de llorar a troche y moche, o yo me voy
a mi casa y allá que te aguante otro!

—¡Por lo que tú más quieras en el mundo,
no me hurgues en la espina! ¿Qué querré yo,
sino no contristaros ni disgustar a tía Flo-
ra?... ¡Puedo hacer más para contenerme
que morderme los labios, que los tengo he-
checitos una carnicería, ¡míralos!—Y era la
verdad—y lavarme los ojos siempre que llo-
ro, para que no se me conozca?... ¡Tía en el
corredor, Virgen santísima!... ¡Por Dios no
le digas nada, mientras me lavo otra vez!—
Y por la puerta de la saleta, se fué hacia sus
habitaciones.

—¿Qué es eso? ¿A dónde va esa?—Pre-
guntó la Labrantíos, entrando en el *bou-
doir* envuelta en elegantísimo echarpe de
crespón, negro por la parte de afuera y blan-
co por la de adentro, con finísima aplica-
ción de piel de mono en los extremos, com-
prado unos días antes a uno de los modis-

tos de París que vienen al comienzo de todas las temporadas:

—A su cuarto a lavarse los ojos, para que no le conozcas que ha llorado. ¡Te digo que es una delicia un huésped así!

—¿Y qué va a hacer la pobre después de todo?

—Pues hija: ¡hacer de tripas corazón, aunque no sea más que por respeto y consideración a tí! ¡Pagarte, aunque no sea más que reprimiéndose, lo que estás haciendo por ella! ¡Conmigo podía dar: que le iba a echar la misma cuenta que a las coplas de Calainos! ¡Pero ya lo creo!: como sabe que tú la compadeces y que te haces una jalea en cuanto la ves llorar, de ahí que está abusando de tu corazón de madre. Que tú te apenes por causa de ella: eso es lo que sentimos los que te queremos. Y ya que podías estar viviendo en la gloria, como has vivido siempre, que no te amarguen la existencia como te la está amargando ese angelito... zangolotino.

—Bueno. Pues paz y concordia entre los reyes y príncipes cristianos es lo que yo quiero y he querido siempre. Dejemos a la infe-

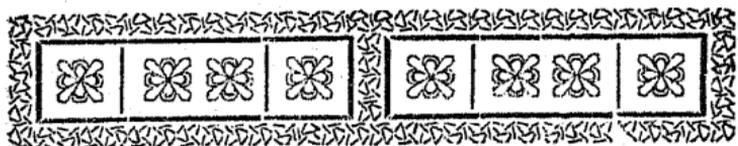
liz que sienta a su manera, que no es tampoco un perro de la calle lo que ha perdido. El tiempo lo lima todo y ya llegará el día en que ría y retoce, porque está en la edad. Por lo pronto, respetemos su dolor, que el dolor por la muerte de un padre es muy sagrado.

(El criado de comedor desde la puerta:)

—Su Excelencia está servida.

—A la Señorita Maravillas, que la esperamos.





CAPÍTULO II

Que pueden muy bien pasar por alto las lectoras, por que no trata más que de quién era Manolo Ponce y de cómo y hasta qué punto se enamoró de Maravillas.

Era el tal Manolo Ponce un muchacho muy apocado de espíritu, a pesar de su carrera de Ingeniero de Montes y de sus veinticuatro años a la cola; con el horror más cervical que imaginarse pueda a todo género de calabazas, como rasgo distintivo de su carácter.

Por horror a las que en institutos y universidades se cosechan, estudió como un de-

sesperado, a pesar de no haber sentido nunca lo que se llama una gran vocación al estudio. Y por horror a las que suele obtener el niño ciego, cuando no se va con pie de plomo en su demanda, frisaba en los cinco lustros, sin haberse decidido a una pretensión formal... Cuando él se decidiera, había de estar persuadido no sólo de no dar en hueso, sino de que «aquella» era la escogida entre millares, la su suprema, la única... ¿Un revolcón a sus años, o una desilusión al día siguiente?...

Con más que mediana estampa —las mujeres lo ponían en la categoría de guapo— hijo único de unos padres en voz de ricos y luego con su carrera, no hay que decir que andaban a las botetadas por él no sólo las muchachas de Pimpollares, sino todas y cada una de las del Condado; sin que tanto partido y predicamento fuese parte a que nuestro hombre se arrancase de una vez, con algo más positivo que una frase bonita, de las que tenía un diccionario... enciclopédico, o una galantería, de las que era inagotable su repertorio.

—¡El templador del Rocío: que templando la guitarra salió y volvió!

—¡Sangre más gorda!

—Eso será que le parecemos poca cosa las muchachas de pueblo.

—Pues él no es de París de Francia que yo sepa.

—¡Verás si vamos a tener aquí la maña de las gallinas: hacerle asco al trigo, para irse al estiércol!

—Pues muy bien empleado que le estaría... Tentón... Descontentadizo... ¡El enano de la venta: ¡caigo o no caigo? y sin acabar de caer!...

Casi a la vez que la conclusión de su carrera, fué el establecimiento de médico en Pimpollares por parte de Don Enrique, padre de Maravillas. Y aunque la nena le pareció a primera vista un hechizo, ¡un serafín!, ¡¡la Virgen de la Esperanza de la Macarena, andando por las calles de Pimpollares!!, le resultaba tan niña, comparada con él,—ya ven: diecisiete años—que cohibido y temeroso de ser desdeñado por viejo, dada la frivolidad de las mujeres a esa edad, se limitó a codiciarla a distancia y a seguirla con el

pensamiento a todos lados, hasta ver qué casta de pájaro era el que había venido a anidar a Pimpollares, pues lo mismo podía ser lo que parecía: esto es: una niña educada, sesuda, buena, que... una de tantas bellas calamidades, como andan por ahí en dos pies, aunque, eso sí: muy menudos y además muy bien calzados, ¡hasta con tacón Luis XV muchas veces!...

El padre parecía a la legua todo un gran señor y venía precedido de muy buen nombre como médico. Tenía una ilustración nada común y una conversación muy amena, y sin visos de bajumbra, se pasaba de correcto y servicial con todo el mundo. Diríase ser un príncipe venido a menos, que quería agradar. ¡La muchacha! ¡El primor de los primores! ¡Para liarse la manta a la cabeza, y aquí que no pecó!... «¡Pa quearse esmoreció!!»

Y, lo que pasa siempre que llega una forastera, y más si es del trapío de nuestra biografiada, a pueblos del jaez de Pimpollares: que todos los muchachos se la disputan, hasta ver quién es el guapo que se la lleva... siquiera una vez alcanzado el lauro del

apetecido *si*, venga con la posesión el hastío, con el hastío el desamor y con el desamor el rompimiento...—Las forastera—decía Bruna a este propósito—son como los caballo: que empiezan paseando reye, y acaban, hermanita, acarreando istierco.

La muchacha, sin gazmoñerías ni altiveces, pero con muy buen sentido, fué oseándose las moscas como Dios le dió a entender. Y como su contestación definitiva no era otra, sino que mientras no se vistiese de largo no era decente contraer compromiso, el enjambre de golosos se fué dispersando poco a poco (con íntimo regodeo de Manolo Ponce) y educada y correcta y hasta expresiva con todos, ninguno pudo gloriarse ni de la más liviana preferencia... ¡Cabalmente el único que.. «le gustaba un poquito» era «el hurafío» de Manolo Ponce!

En casa de Don Martín, flamante arrendatario de una de las mejores haciendas de Pimpollares, cuya esposa, alegre y jarañera donde las haya, le armaba a usted una zambra en la punta de un alfiler, empezaron a reunirse aquel otoño todas las familias

«bien», a sí indígenas como trashumantes. Y esta tarde un té en los salones de Perencejo y mañana un chocolate en los de Menganito... una noche un tostón de castañas en casa de Don Fulano y otra noche una buñolada en el molino de Don Zetano... hoy a palmitar a los pinares, porque está haciendo un sol como de primavera y es hasta un contradiós quedarse en casa, y mañana un gazpacho en el olivar del verdeo, en celebración del precio de la gordal... el lunes, porque era lunes, y el martes, porque era martes y no iba a ser menos, rara era la semana, en que no había ocasión de reunirse dos o tres veces la gente joven... claro que con sus coqueteos consiguientes, sus «arreglos», o séase: sus noviazgos de primera intención y a toda vela, o sus paces entre algunos desavenidos con su correspondiente parte de casamiento a rota batida... En fin y por remate: que la gente le puso a la señora, «San Antonio», vaya usted a saber porqué, que el mote cayó en gracia, hasta a la misma agraciada y que por «San Antonio» se le conoce *usque in hodiernum diem*.

En este estado las cosas, hé aquí que a la

señora doña Alegría, que tal era su gracia, se le ocurrió dar una cena con ocasión del jueves de compradres. Que a su debido tiempo se echaron las cédulas, y que entre mil coincidencias, algunas chistosísimas, y —¡la verdad!— algunas fullerías, salió la de Maravillas con Manolo Ponce.

Él se puso muy contento, y ella muy colorada, y pare usted de contar... eso sí: que bailaron, formando pareja, su rigodón de honor y que la sombrilla que era el regalo, también sacado a suerte, que el compadre número 5 había de hacer a su comadre, fué de glase color de hueso, con una vara de nardos, pintada por él a la acuarela, y, «a fin de que tuviese algún mérito,» con el cabo de plata oxidada y una M. de esmalte azul en la galleta de la empuñadura... ¡Maravillas?... ¡Manolor! ¡Vaya usted a averiguar lo que una inicial quiere decir! Para él, al encargarla, decía: «Maravillas», aunque para ella, cada vez que la veía, dijera: «Manolo»..

La velada transcurrió amensísima, entre juegos de prendas, charadas representadas, intervalos de música por lo fino—aquí del aria final, de «Tosca»—y «su mijita de

cante jondo,» para más variedad del programa.

—Pues bueno: ahora,—propuso Doña Alegría allá a las tantas de la noche:—¡unas coplitas de sevillanas, que de todo quiere Dios un poquito! Tú, Maravillas: a bailar con tu compadre: que las bailas como los ángeles... Y ¡no! ¡nada de piano!: la verdadera salsa de las sevillanas es la guitarra y los palillos. Toque ustedé, Salvador. Y tú, Rosarito, canta.

Y empezó la «cantaora,» con la intención de un toro:

«Los Manueles son reyes
En esta tierra.
Me he de casar con uno,
Para ser reina».

Y palabra: palabra, que no había habido más entre los dos.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

—¿Entonces lo de «Vara de nardos»...

—Pura galantería. Que él se pasaba de fino con todas las muchachas y como había

de compararla con otra cosa bonita, le puse «Vara de nardos» y «Vara de nardos» se le quedó.

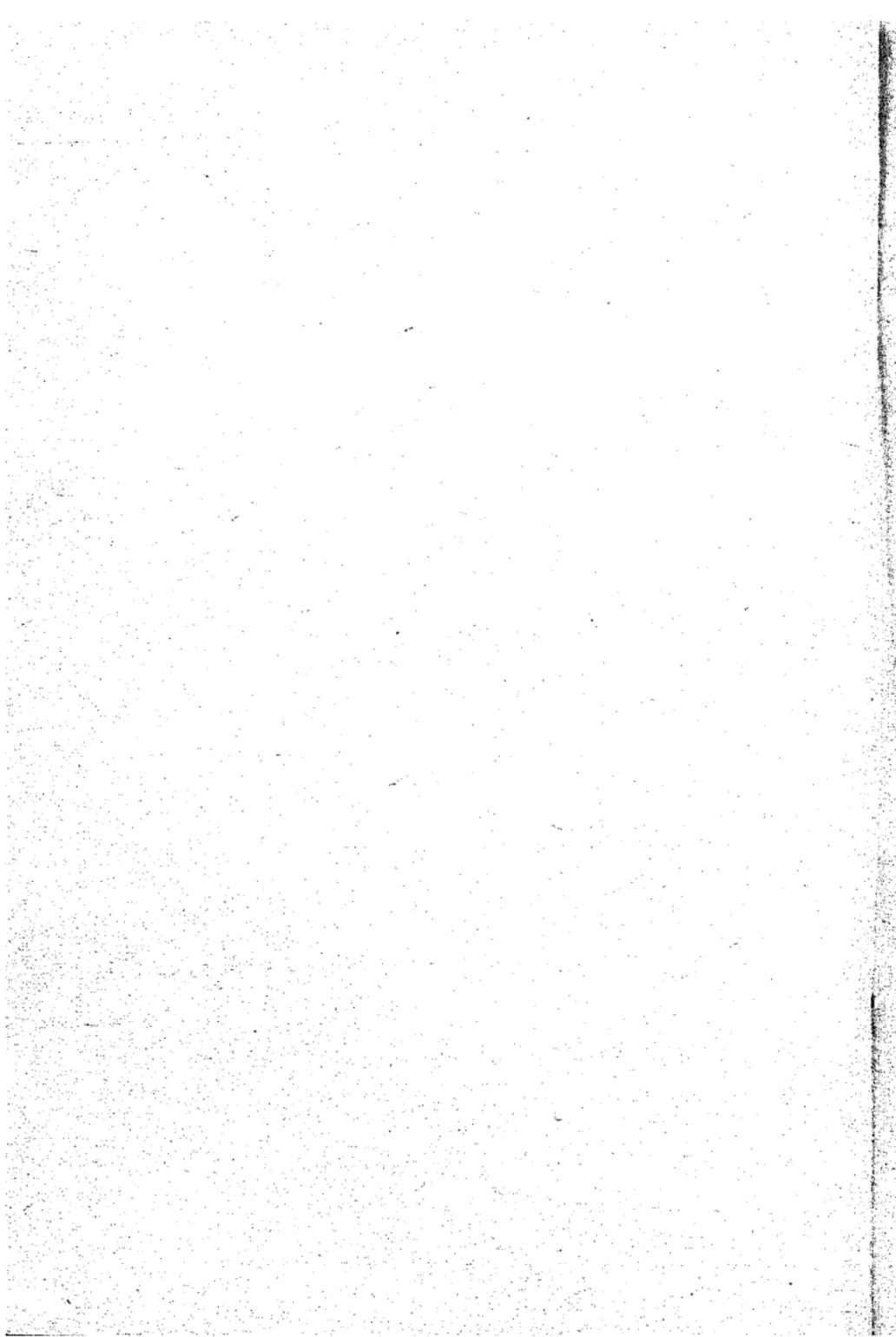
—Entonces ¿cómo se explica la solución que daba él del jeroglífico?

—¿Pues cómo lo explicaba?

—¡Pues diciendo a boca llena y donde quiera que caía, que nada más bello, ni nada más fragante, ni nada más puro, y sobre todo: nada más sin espinas!...

—Cualquierilla puede fiarse de las cosas que dicen los poetas.







CAPÍTULO III

“Más precia el ruiseñor su pobre nido.”

La pobrecita nena se moría de frío y de soledad en el palacio.

¡Había que ver lo que su padre había sido para ella, para poder abarcar todo lo grande del vacío que la muerte de aquel sér tan amado había dejado en su corazón!

Huérfana de madre desde el nacer, su padre lo había sido todo para ella en el mundo: su padre, y su madre... su niñera y su compañero de juegos infantiles... su maestro de primeras letras y su camarada... su guía y su confidente.... la viva voz que la enseñó a rezar y a comportarse... el peda-

gogo, en fin, que con la gran pedagogía del amor, corrigió su ortografía castellana y le enseñó idiomas; le educó las maneras y le modeló el caracter; le infundió, en una palabra, su alma misma con todas sus generosidades congénitas y todas sus delicadezas naturales, incluso el poquitín de altivez e independencia, que le había tenido siempre alejado de su hermana la Labrantíos.

—Que mi hermana sea rica,—solía decir —no me redime de la obligación de ganar mi pan. Prefiero mi posición de médico de pueblo, al papel de lacayo, aunque sea de mi hermana... ¡Aun hay clases en el mundo!

Mientras la nena fué pequeñita, con él dormía hasta en la misma cama. Y cuando la decencia lo podía empezar a reclamar, en el cuarto inmediato, pero con la puerta abierta, a fin de no dejar de sentirse mutuamente.

Diez años contaría, todo lo más, cuando ya llevaba la casa como una mujer: disponiéndolo todo y ordenándolo todo... zurciendo lo zurcible y remendando lo remendable: sorteando las crisis pecuniarias a que la cruel

tiranía del caciquismo por un lado, y por otro, la punible incuria de los gobiernos españoles condenan a los pobres médicos titulares, dignos ¿qué menos? de un pedazo de pan para sí y para los suyos, y sin número de veces sometidos a algo que anda date date, más que con la escasez, con la miseria, mientras el señor de horca y cuchillo del lugar hace viajes y adquiere fincas, costea carreteras y sostiene vicios... ¡deslumbra, en una palabra, con su lujo chillón de rico improvisado y sus prodigalidades de torero... de fines del XIX! Hoy son más elegantes. ¡Los toreros digol! Los caciques continúan tan ineducados, tan tíos y tan salvajes como siempre.

Perder, pues, a su padre Maravillas fué para ella perderlo todo de una vez; quedándole en el alma una soledad tan grande ¡tan infinita!, como sería la de una yerba, que naciera en la sin límites inmensidad de los desiertos...

Únase a esto ser su primera pena en este mundo, y se enteverá todo lo hondo, todo lo vasto de su dolor, *velut mare*: como el mar.

Cierto que la divina providencia, que no abandona ni a los pájaros del aire ni a los lirios del campo, como le dijo el Cura, habíale deparado aquella tía Flora, que le había abierto los brazos en su infortunio y franqueádole de par en par el corazón: pero el no disimulado despego de la otra tía y sus hijas por una parte y por otra la franco hostilidad de aquel Carlos, todo cálculo y ambición y dureza de entrañas, producíanle el efecto de una ducha a cero grados en la nuca, después de la temperatura de nido del comfortable lecho.

De aquí que desde su entrada en el palacio, se sintiese acobardada y que ni a respirar como quien dice, se atreviera; reclusa en su cuarto a la hora de las visitas, de las que era un diluvio lo que tenía la señora y alternando en sociedad, solamente cuando alguien manifestaba deseo de conocerla y era llamada al efecto.

Entonces se presentaba en el *boudoir* con toda su opulenta hermosura nativa y su timidez congénita, poniéndose muy colorada, cuando se le celebraba por tan encopetadas señoras—con lo que adquiría un nuevo en-

canto—y retirándose a su departamento, embolada de vergüenza, a la menor insinuación de la dama de servicio.—¡No estaba presentada!—

Las horas de las comidas eran las que más temía. ¡Azora tánto sentarse a grandes mesas, cuando no se tiene costumbre de ello!... Menos mal que, como siempre se servía la penúltima,—el último era Carlos—cuando ella empezaba a comer, ya la tía y la dama de turno llevaban despachada la mitad de lo servido. Ella se fijaba mucho en el modo de trinchar y de llevarse a la boca, de partir el pan y de servirse los entremeses; en cómo se manejaba el tenedor y cómo, y sobre todo, *cuándo*, el cuchillo... todo, en una palabra, el complicado ceremonial, también sujeto a modas, de alimentarse elegantemente, y con sólo copiar como un espejo lo que veía, no dió lugar jamás a que se le reprendiera lo más mínimo. Un poco más de desenvoltura y de dominio de sí misma, y se hubiese podido sentar con decoro en la mesa de Palacio.

Pero ¿cómo llegar a este dominio de sí

misma, ni a esta desenvoltura, si estaba siempre en vilo?

—¡Estas catetas!

—¡Estas palurdas de pueblo!—eran las jaculatorias de las primas, y su madre.

—¡Esta se ha creído que todo el monte es orégano!—era la muletilla del «Mayordomo mayor» con lo que estaba siempre la infeliz acobardada, sin que ni a respirar, como hemos dicho, se atreviese.

Aceptó lo que le dieron a su llegada tal y como se lo adjudicaron, sin tener para todo más que una sonrisa. Un dato que la retrata de cuerpo entero y que da la medida sin medida de su meticulosa delicadeza: aunque la servidumbre de la casa constituía legión, ella se adjudicó desde el primer día el aseo de su cuarto. Y como quiera que su entrada en los dominios de la Marquesa había sido en verano, los criados no pudieron advertir cuando llegó el invierno con sus fríos que la cama no tenía mantas. Y por no desplegar los labios con una petición ni una «exigencia» se pasaba las noches tiritando, pues la calefacción del palacio, con costar un sen-

tido, no llegaba a las habitaciones de tercero o cuarto orden como era la suya.

Porque una de las disposiciones de la Marquesa fué que todo el menaje de Maravillas se guardase en el desván, con las llaves por supuesto en poder de Carlos. Y por no tener que vérselas con aquel hombre de hiel y de vinagre, no digo ya los fríos de Sevilla, que también suelen ser morrocotudos cuando dicen allá voy; sino los de la Siberia habrían de parecerle auras primaverales. Con todo: no pocas noches se las pasaba de claro en claro y dando diente con diente, acordándose de Jesucristo recién nacido en el portal, todavía peor que ella, (según ella decía para su consuelo) porque ella siquiera tenía cama y él, un pesebre; ella, una habitación hasta alfombrada y todo, y él, el inhospitalario pabellón de la es-trellada noche...

Lo único del equipaje que pasó a sus habitaciones fué un baul con la ropa de su uso, o sea: el vestido de vuela y dos batas de batista, que le había comprado Doña Cruz y otro traje de lana que había tintado en Pimpollares; el velo, el abanico y otras cuan-

tas fruslerías a que también había subvenido la de Diosdado, pues ni para el completo del entierro había en la casa en el momento de la muerte, y la poquita de ropa blanca, que constituía su ajuar en los tiempos de su padre... Todo burdo y plebeyo, aunque decente; pero todo tan primorosamente hecho y repespunteado, que a la señora se le arrasaron los ojos cuando ella se lo enseñó, decretando por primera providencia que le trajesen otro equipo.

—¡Tía, por Dios: que eso es mucho!

—Más se lleva el diablo al cabo del año. ¿Quién ha visto tiras bordadas ni pespuntos a máquina en el equipo de una señorita? Y por lo demás, ya sabes: todo lo que necesites, al escritorio. Una no va a estar en todo como comprenderás, y en casas tan complicadas como ésta, el que no llora no mama. Ya sabes: letra abierta.

Y se marchó a su *boudoir* la señora, al aviso de la doncella de que había visita, dejando a la pupila en la soledad de su aposento.

.
.

Nadie sabe lo largo que es un día, y otro día, sino quien se los pasa a solas, solo en su solo cabo, sin persona viviente con quien conversar, ni libro que leer; sin labor u ocupación en que estar entretenido, ni balcón ni ventana a que estar asomado, sobre todo cuando no se tiene ese espíritu de oración de las almas santas, que las hace suspirar por el aislamiento y la quietud, hasta arrastrarlas a romper con el comercio de todas las criaturas y emprender la caminata de los desiertos.

Maravillas, que no tenía vocación de anacoreta o monge de la Tebaida, se aburría de muerte en el recluimiento de su cuarto; pareciéndole un minuto el ratito en que salía a misa con la Marquesa y sabiéndole a fiesta del gran mundo la coleada por las tiendas, que ocupaba el mañaneo de la señora.

—¡Uy, qué dalias más lindas!—exclamó Concha cierta mañana, deteniéndose y haciendo detenerse a su tía y a su prima ante un puesto de flores:—¡mira, mira, tía, qué variedades tan hermosas! ¡Las granas sobre todo!

—¿Quiere la señorita un *buquet*?—le preguntó muy servicial el florero, que era proveedor de la casa.

—¡Una cesta!—corrigió la Labrantíos, no menos encantada que la sobrina, con las bellísimas dalias de forma crisantemos de que estaba hecho el puesto una delicia.

—¿Y tú? ¿no quieres nada?—preguntó a Maravillas, a quien se le iban los ojos detrás de los nardos.

—No señora. Muchas gracias.—contestó, poniéndose coloradísima por el embuste y arrasándosele en lágrimas los negros ojos, vaya usted a saber por qué.

—¡Andusté, señorita: cojusté lo que usted quiera, que yo se lo regalo a usted con mucho gusto!...

—¡Coge algo y no seas necia!—insistió Concha, un si es o no es contrariada con el contraste.

—Po ya que no escoge usted ná de por sí—terminó el florero—me va usted a hacer favor de acertá esta vara de nardo.

Y entonces sí que tuvo que secarse los ojos con el pañuelo, pero fué de alegría.

—Pero hija: ¿será posible—empezó a de-

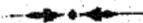
cir la de Labrantíos, cuando echaron a andar camino de la joyería a donde iban por un regalo de casamiento—que hayas de llorar por todo lo de este mundo y lo del otro? ¡Mira que el motivazo de que te regalen una vara de nardos es para un aperreol...

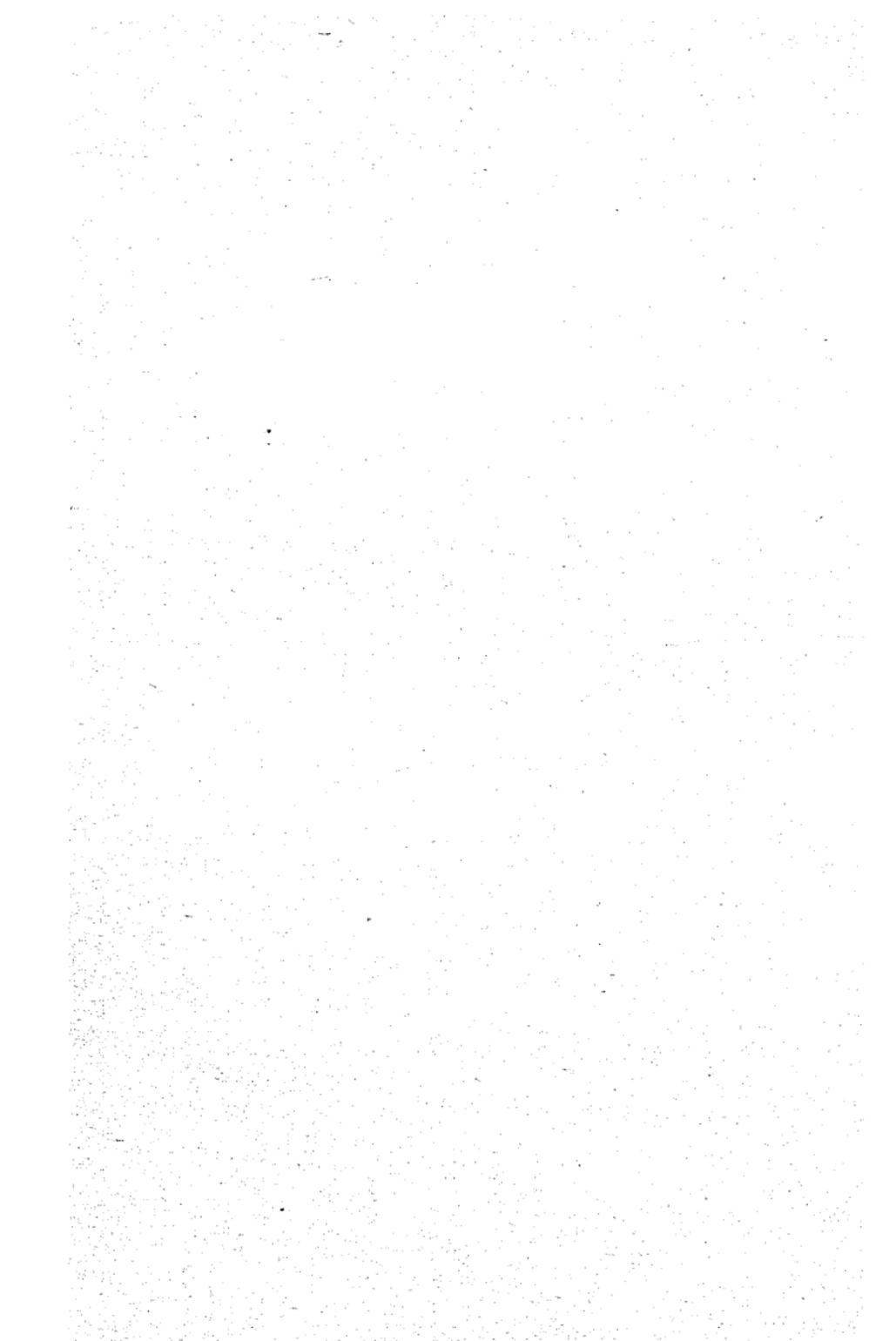
La infeliz no contestaba mucho ni poco, persuadida de la razón que asistía a su tutora para recriminarle, pero sin poder remediar ser tan fácil de lágrimas.

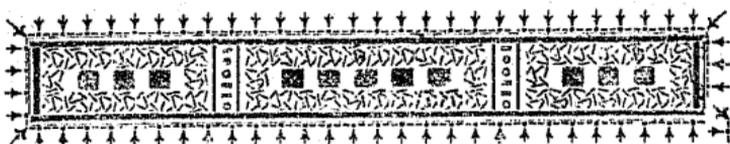
Así es que, inclinando la cabeza de... Dolorosa con peineta, y mordiéndose los labios por no llorar, mirando los adoquines de la calle como si fuera a aprendérselos de memoria y terciada sobre el velo de luto la vara de nardos de la fineza del florero, como pudiera una virgen con su lirio o una mártir con su palma, siguió hacia la joyería a donde iban, no sin haberse santiguado muy devota, al pasar por la puerta de San Juan de Dios.

¿Manolo Ponce, saliendo de calle Agujas, con derechura a Entre-cárceles?

¿Cuándo se moría una, Virgen Santísima?
¡¡Por Dios y por su Madre, que no mirara!!







CAPITULO IV

El caballo de batalla.

La Marquesa, que no tenía un pelo de tonta, empezó por la ley fatal del contraste a hacer comparaciones entre sus damas. Las de Almonasterio, que a decir verdad, nunca le habían entusiasmado en demasía dejaron de serle antipáticas, para hacersele insoportables, y todo cuanto el platillo de estas bajaba en la balanza, otro tanto subía el de la huérfana.

Claro que la señora, cuya exquisita educación social corría parejas con su virtud, lo disimulaba que era un primor y hasta extremaba la nota del disimulo, mostrán-

dose cada vez más obsequiosa con las hermanas y más entregada de pies y manos a Carlos: pero sin dejar de sentir por su pupila una predilección rayana en la idolatría, para ocultar la cual tenía también que hacerse no poca violencia.

Era tan modosita, tan callada, tan sufrida; seguía una política tan contraria a la de las Almonasterio, que era menester ser ciego—y ella no lo era—para no ver la diferencia entre una y otras, sintiendo que el corazón, que instintivamente se va siempre a lo bueno, se le iba y se le apegaba cada día más a la criatura.

El besarle la mano todas las noches al despedirse para acostarse—pero no como puede hacerlo una dama con su reina; sino como un mendigo muy agradecido con quien le da una espléndida limosna—le causaba una sacudida de placer en las entrañas, que le arrasaba en lágrimas los ojos muchas veces; y, aunque se sentía indignada en su humildad de aquella reverente gratitud, era tanto por otra parte lo que, como queda dicho, le deleitaba interiormente, que la dejaba obrar a su talante, pagándole su finura

de sentimientos con un abrazo estrechísimo y una sarta de besos, como no recordaba haberlos vuelto a dar, desde que Dios le arrebató el hijo de sus entrañas.

Menos mal que como esto tenía lugar a última hora, no había testigos de vista y eso íbamos ganando.

De aquí las inquietudes de la dama siempre que se recogía en su interior y se ponía a tirar los jalones para su testamento: el que sus simpatías o antipatías fueran parte a menoscabar los fueros de su conciencia, o séase: que un amor de última hora, siquiera natural, legítimo y honrado, viniese a ser con detrimento de la estricta justicia.

No sabía, así pues, qué hacer, por más vueltas que le daba... Hasta que por fin un día, enviando una esquelita al confesor, este acudió al llamamiento puntualísimo y ella hubo de recibirlo, bajo palio o punto menos. Era tan expresiva, tan cortésana, en la buena acepción de la palabra, que el que pisaba la alfombra de sus salones, recibía más que hospitalidad, un verdadero culto.

—Siéntese, Padre... No, señor: ¡en el sofá!.. ¡A mi derecha!.. ¡Así!

Me he tomado la libertad de hacerle venir, porque, como en el confesonario tiene usted siempre tanta gente, me da fatiga de entretener a usted y de abusar de la paciencia de los que aguardan. Lo que tengo que consultar con usted es cosa delicada y no quisiera hacerla a trompicones.

—Es usted muy dueña, señora, y mi deseo no es otro que hacer bien a las almas.

—Pues, ... quiero hacer testamento.

—¡Nada más justo!

—Y hacerlo, como Dios manda.

—¡Es natural!

—Y por tanto, asesorarme de persona del talento y de la conciencia de usted.

—Muchas gracias.

—Ante todo: yo soy dueña absoluta de todo lo que tengo y ninguno de los que hayan de heredarme es heredero forzoso. Puedo hacer, pues, de lo mío lo que dé la gana: ¿no es así?

—Sí, señora: así es:

—Pues bueno: además de mi alma y la de mi marido, con la fundación de las becas que usted sabe, en el Seminario; la de las misas en la Parroquia; los dotes en perpe-

tuidad en Santa Clara; las escuelas del Ave María y las cocinas económicas, (amén lo del Padre Santo y a la buena prensa, que también quiero llevarmelo por delante, pues lo unico que no he hecho todavía es lo de la buena prensa y eso quiero que sea usted quien me lo especifique para quitarlo de enmedio mientras más pronto mejor)... además de mi alma y la de mi marido, vuelvo a decir, quiero que sean mis herederos,.. ¡aquí está el *busillis!*: o «mis hermanos»: la viva y el difunto, o «mis sobrinos»: los cuatro que hoy tengo. Más claro: o hacer dos partes iguales: una para mi hermana solamente, y otra para la huérfana de mi hermano, o bien, cuatro partes iguales: una para cada uno de mis sobrinos.

De hacer estas cuatro partes, mi hermana, por un lado, sale beneficiada por demás en sus hijos, pues se lleva tres partes de lo que hay, y por otro, perjudicada en sí misma, pues se queda a merced de lo que ellos quieran darle: y si hago dos partes nada más: una para mi hermana y otra para la huérfana, no le quiero decir a usted la que va a armarse, tan... ¡vaya! tan ambiciosillos como son...

Claro está que una mejora a Carlos es de ene. Pues, aunque no me sirve por mi linda cara, sino que tiene su sueldo muy decoroso (ya vé usted: sus doce mil pesetas y casa y boca; su aguinaldo de pascua y su regalo por el día de su santo) ello es que me sirve muy bien y que donde pone la mano es un acierto.

Conque ahí tiene usted en pocas palabras toda la bataola que traigo en la cabeza. Usted, como persona de conciencia y de talento, me dirá qué es lo que hago, para cerrar los ojos desde ahora y hacerlo sin tuteos, con todas las garantías de hacerlo en ley de Dios. ¿¿.....??

—¡Apuradillo es el trance: no crea usted! Por eso, lo mejor sería que en uso de su omnímoda libertad, hiciera usted lo que le viniera en gusto. De ambos modos lo puede usted hacer, *tuta conscientia*. De tratarse de bienes patronales, mi consejo sería dos partes nada más: una para cada hermano: el que deja una hija, por el que tiene tres. Ahora: tratándose de bienes no patronales sino adventicios, pues según tengo entendi-

do todo lo que tiene usted es heredado de su esposo,

—Sí, señor: así es.

—también puede usted hacer tantas partes como sobrinos hay a heredar, aunque lo de la huérfana sea para ella en nuda propiedad desde el primer instante, y lo de los otros tres se lo deje a la madre en usufructo, y así no queda a cara de nadie la señora. Opino con usted que a Don Carlos está muy bien dejarle una mejora, claro que sin lastimar mucho la parte de los demás, puesto que al fin y al cabo habrá de ser heredero con los otros, pero sí digna de su tía que lo mejora y de los buenos servicios que, según usted dice, lleva prestados.

—Yo había pensado esta casa, con cuanto en ella hubiera a la hora de mi muerte, claro que sin los valores.

—¡Pues a fé que no sale mal despachado!

—Pues allá sus cien mil duros vale el inmueble! Y luego el mobiliario y las alhajas, qué se yo... Ahora: un aderezo bueno a cada una, un abanico antiguo, un mantón de Manila y una mantilla buena, eso lo dejaré hasta empaquetado y todo y con el nombre

la destinataria puesto.... A mi hermana, ropa toda de mi uso, que ya es un pico, y a la pobrecita huérfana, en compensación, el mobiliario de mi cuarto y el niño Jesús de la Roldana y cualquier otra cosa que se me ocurra...

En lugar de dejárselo a un sirviente, o a un amigo, o a Perico el de los Palotes, con quien no se tiene nada que ver, como hacen otros, se lo dejo a los míos: ¡a mi sangre! que por algo se ha dicho: a los tuyos con razón o sin ella, y antes es el hospital de la sangre que el del amor de Dios.

—Pues nada: usted allá con su libertad y con su gusto. Lo mismo lo uno que lo otro encaja perfectamente dentro de la más estricta licitud... Y ¿por qué no aprovecha la ocasión de los ejercicios en el Valle (1) y presta oído en ellos a lo que Dios le inspire?... «Llevaré el alma a la soledad, y le hablaré al corazón»... Quiera usted decididamente atinar con lo que Dios quiere, y verá usted cómo El le da a entender cuál es su

(1) Casa de Religiosas del Sagrado Corazón.

voluntad santísima. Dios habla más claramente de lo que nosotros creemos..... Ahora: que muchas veces no conviene a nuestros planes lo que El nos insinúa y le decimos lo del pastor del cuento:—¡Miga del tuyo, que con el aire no oigo! (1)

—Pues nada; cosa hecha. Si va usted por allá,

—Esta tarde precisamente, a dar la bendición.

—díglele usted a la Madre Monjardín que me reserve celda... Y otra, por si quisiera alguna de las niñas.

(1) Eranse dos pastores, cada uno en lo alto de un cerro. Uno de ellos habla hecho el gazpacho para los dos e iba a migarlo.

—¡Oye!—le preguntó a grandes gritos al compañero:—¿migo de tu pan, o del mío?

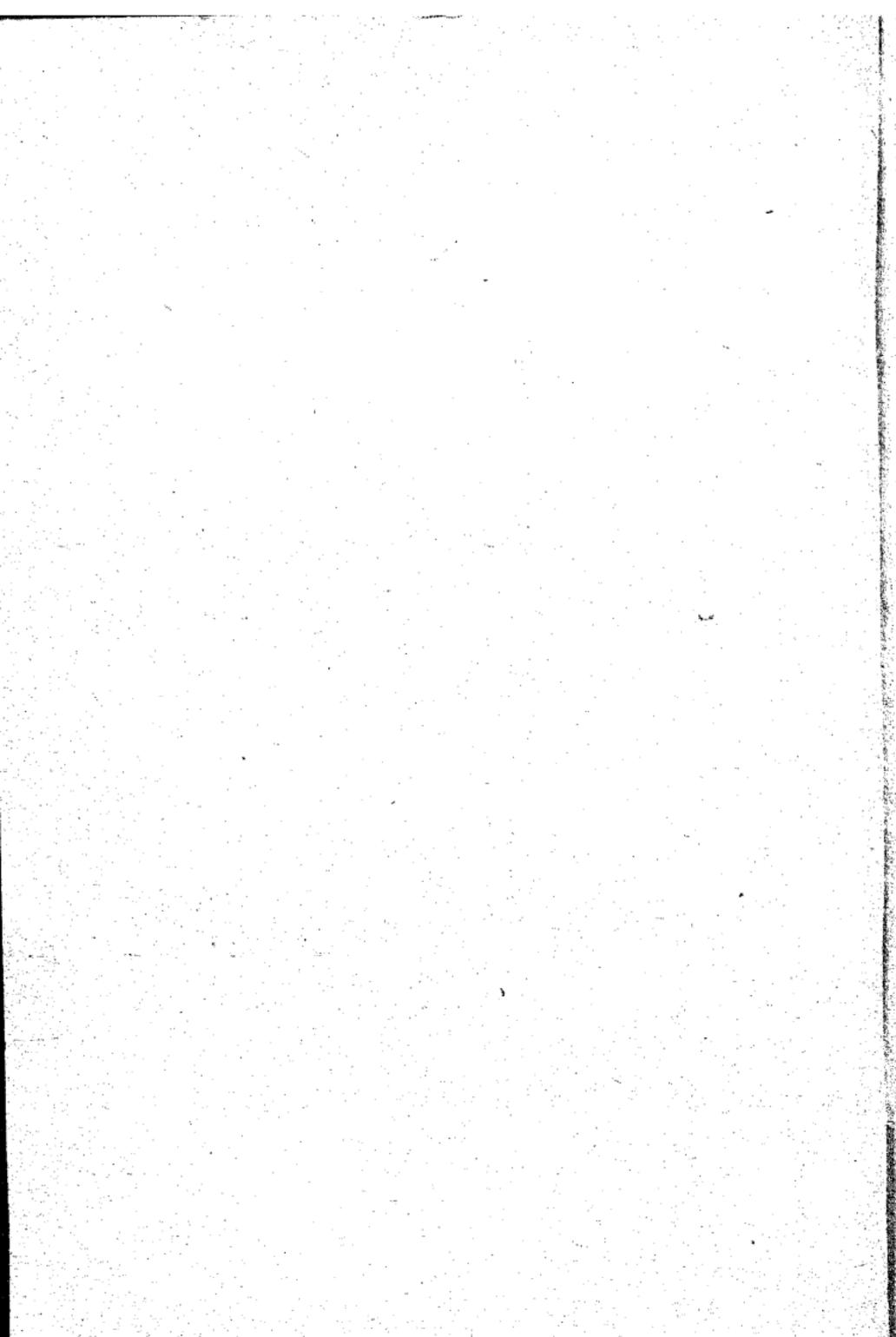
—¿Queeeé?

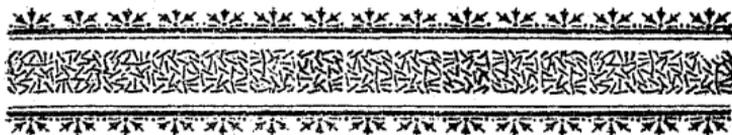
—¡Que si mi migo de tu pan, o del mío?

—¿Queeeéé?

—¡¡¡Que si migo de tu pan, o del mío!!!

—¡Miga del tuyo, que con el aire no oigo!





CAPITULO V

En que prosigue el género epistolar.

«Srta. Maravillas Bohórquez y San Juan.
Mi adorable Maravillas: En realidad de
verdad que así está acaeciendo:

Desde que te ausentaste,
Sol de los soles,
Ni los pájaros cantan
Ni el río corre:

tu ida se ha resuelto para mí en una noche
eterna, y si el río sigue deslizándose por su
cauce, yo no lo veo, y si los pájaros cantan,
yo no los oigo. ¡Todo está como muerto
para mí,

Desde que te ausentaste,
Sol de los soles!

Posible es, amor mío, que dentro tú de un palacio como el que vives y en medio de una ciudad como Sevilla, no eches de menos la desmayada vida lugareña, ni te acuerdes de quien sólo con verte desde lejos y hablarte de cuándo en cuándo tenía suficiente para ser feliz. En cambio yo, vida mía, ando como sonámbulo desde que dejé de verte, repitiendo a cada instante, sin darme cuenta de ello, aquel «*¡amo la vita!*», que tanto parecía gustarte cuando me lo oías cantar en nuestras cachupinadas, quizás porque notarías en mi acento y entreverías en mis ojos que mi vida eras tú y que por eso te amaba como te amo.

¿Tendré la dicha de que me correspondas, siquiera por las sombras de apretada noche, en que me ha sumergido tu ausencia y la insensibilidad a todo lo criado, en que estoy, Maravillas de mi vida, desde que tendiste el vuelo?...

¡Ay amor mío!

¡Ni los pájaros cantan,

Ni corre el río!...

Tuyo, y nada más que tuyo,

Manolo Ponce.»

.....
¡Y metiérase usted, con una carta como esta, recibida aquella mañana misma, a hacer ejercicios espirituales!...

Pero los hacía la Marquesa, y aunque la señora era muy delicada para imponérselos a nadie—las primas no los hacían—, ella quería hacerlos a todo trance, no sólo por hacerlos «a fin de mejorar de vida,» sino, primero: para no separarse un punto de la señora, y segundo y principal: no quedarse en la casa sola con Carlos. Era tan agrio.... tan destemplado... tan despectivo, siempre que estaban solos, que le sonaba luego en los oídos a carcajada de sarcasmo, cuando delante de gente (de la Marquesa sobre todo) le decía sonriente y halagador:—mira, nenita.—

Pues sí: entrárase usted por la quieta Tebaida de unos santos ejercicios, con una carta como aquella, estereotipada en la memoria y la imagen de aquel hombre, aposentada en el mismísimo corazón... tanto más, cuanto más sola y más sin tener a quien volver los ojos del alma se encontraba en el mundo... ¿Doña Cruz?... Una amiga ejemplar,

¡Dios se lo pagara todo!... ¿Tía Flora?... Una tía modelo, mejor que muchas madres... ¿Pero un corazón hermano, un alma gemela, un... «dos en uno solo», como le daba a ella el corazón que había de serlo con Manolo Poncel?... Eso, sólo con él y a ojos cerrados... Y, mientras eso no era ¡si llegaba a ser! echara usted aislamiento y soledad, y ¡un desierto muy grande, muy regrande, con una yerba sola!...

.....
 ¡Manolo Poncel!... ¡La noche de compadres!... ¡La indirecta de la copla de Rosarito:

Los Manueles son reyes

En esta tierra:

Me he de casar con uno,

Para ser reina.,,

Y el ramo de violetas, que se le cayó del peinado la noche de los buñuelos en el molino, y que él no le quiso dar por más que ella se lo pidió... y la malhadada copla, cantada al pie de su reja, durante la serenata de los compadres:

¡Madre, madre que me matan!

¡Yo no me puedo valer!

¡Son dos negros asesinos

Los ojos de esta mujer!

—¡Otra, Manolo, otra! ¡Que con un pie no se andal..

Y cantó el muy... arrastrado, con aquella voz tan hermosa:

—Unos ojos negros fueron

Causa de todo mi mal.

¡No quiero más ojos negros,

Porque tiran a matar!...

¡Todavía no había visto ella asesinos que lloraran!

Pues sí... ¡Manolo Ponce! ¡Tan fino... tan elegante y luego, tan reguapo... tan dispuesto a complacer, sobre todo a las señoras, y sobre todo a ella!.. ¡Lo que había tardado en volver a dejarse el bigote, en cuanto ella dijo que los hombres afeitados le parecían sacristanes!... Y luego la casualidad de haber salido de compadre con ella y la alegría tan regrande que le entró!..

Pues sí: Manolo Ponce... La sombrilla pintada por él: aquella vara de nardos, que olían materialmente...

La enfermedad y la muerte del pobrecito de su papá... La entrega de la llave del

ataúd, con aquel apretón de mano tan... insinuante... La cara de aplanamiento que tenía en la despedida, durante el almuerzo en casa de Diosdado... Y otra vez la sombrilla y otra vez la llave del ataúd y la vara de nardos... y el rigodón de compadres... y la asistencia en el duelo durante el funeral, y la M. de esmalte en la galleta de la empuñadura... y el «¡Amo la vita!» cantando... ¡o arrullado! por aquella voz de plata, y la condenada copla, otra vez:

Desde que te ausentaste
 Sol de los soles,
 Ni los pájaros cantan
 Ni el río corre,
 ¡Ay amor mío!
 Ni los pájaros cantan
 Ni corre el río,

tan maravillosamente glosada o parafraseada en aquella... ¡monumento!, por que aquella carta era un monumento como el de la Catedral, dándole tumbos en el caletre, y tirándole mordicos en lo más vivo del corazón...

Y a todo esto, el Padre de los ejercicios, expone que te expone puntos de medita-

ción, y predica que te predica pláticas y más pláticas.. Y ella, sin enterarse de lo que oía... y muriéndose ¡muriéndose! de remordimientos, por estar desperdiciando aquel derramarse sobre ella a caño libre la gracia de Dios... ¡Madre de los Dolores de su alma: y qué criatura tan perversal ¡Qué alma, más impertinental... Manolo Pon...

Así se lo dijo al Padre en la confesión corrida de vergüenza.

Por cierto que el Padre, no sólo no se horrorizó, como ella esperaba—(donde no hay voluntad no hay pecado—fué toda su contestación) sino que vaya usted a averiguar lo que hablarían, para que el Padre le diese permiso para escribir una carta—¡y en la casa de ejercicios nada menos!—a fin de que de allí saliese, camino de Pimpollares, sin pasar por la aduana del escritorio de casa de la Marquesa.

Y la carta que escribió, claro que hartándose de llorar a medida que iba escribiendo, era tal y como sigue, sin poner ni quitar punto ni coma,

«Señor Don Manuel Ponce.

Apreciable compadre: No puede usted

imaginarse lo que le he agradecido el inmerecido cariño que me tiene y la viveza del colorido con que me lo pinta. Crea usted que toda mi vida, por larga que sea, habrá de parecerme corta, para agradecersele cumplidamente. Estoy muy sola por dentro; y figúrese la alegría, que será para mí, saber que hay quien me quiere como usted dice quererme... ¡Tendría que ser muy mala para no corresponder con otro cariño igual!

Pero es tal el estado en que me ha colocado la divina Providencia, que no puedo hoy por hoy aceptar relaciones. En casa de mi tía yo no puedo de ningún modo abusar de la confianza con que me honra, sosteniendo una correspondencia a espaldas suyas, y es tal, por otra parte, mi falta de confianza o mi respeto a la señora, que antes me moriría, que abrirle mi corazón.

No vaya usted a desprender de aquí que lo autorizo para entenderse con ella sobre el particular, ni siquiera que se lo insinúo: yo no veo claro en mi vocación todavía, y no quiero, ni debo, partirme de ligera, haciendo concebir a usted esperanzas, acaso irrealizables. Yo soy muy irresoluta para to-

do, y su carta de usted, con halagarme hasta lo infinito (ya ve usted si soy franca) ha sido para mí una agradable sorpresa.

Y ahora, una súplica, de rodillas, si es menester: ¡por Dios no vuelva usted a escribirme por el correo! Toda la correspondencia de la casa pasa por el escritorio, y no quiero que sospechen que me entiendo con nadie, sin estar autorizada.

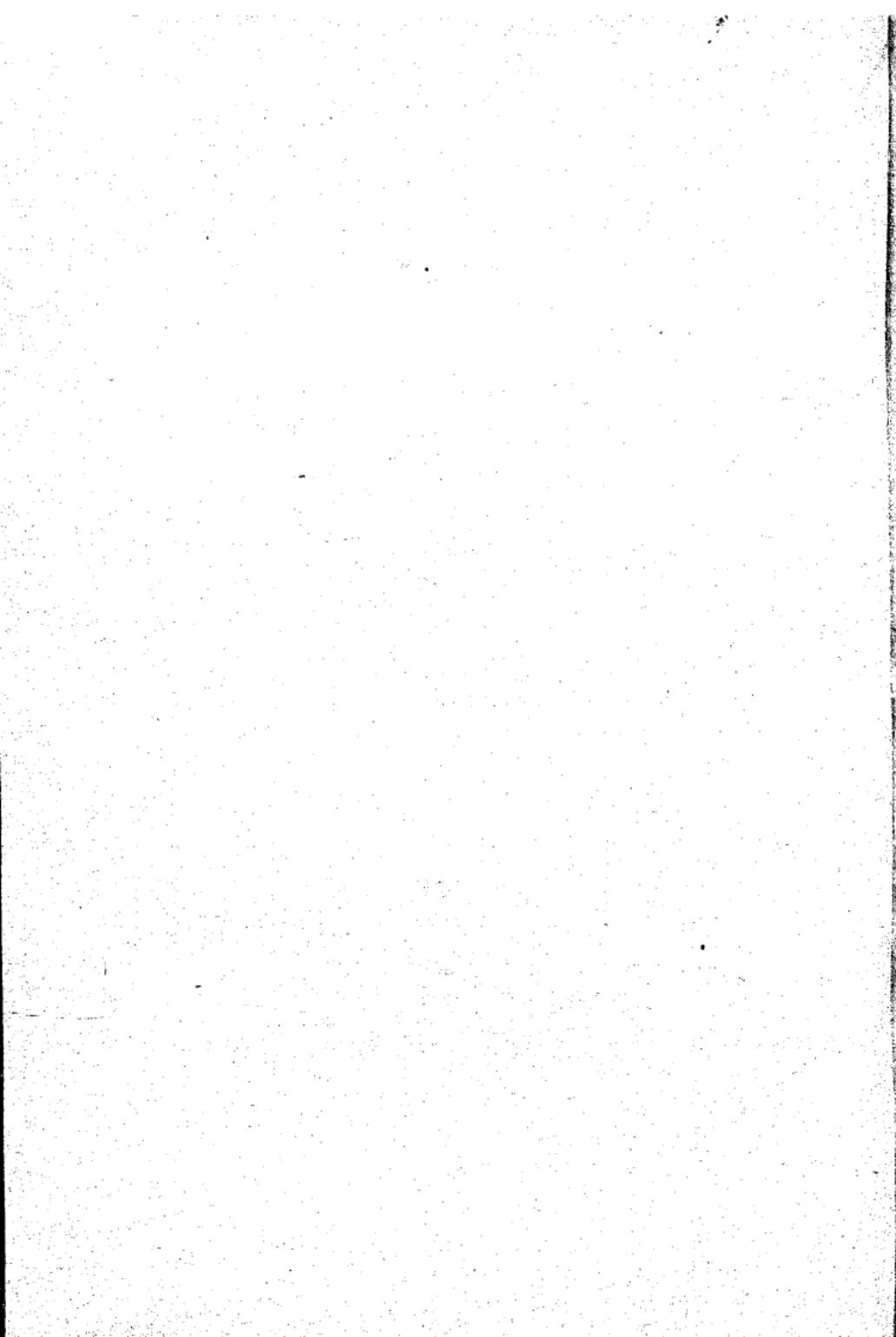
Cuando se está de favor como yo lo estoy, toda delicadeza debe parecernos poca.

De usted afectísima amiga y comadre, que le estima en todo lo que vale, y vale mucho,

Maravillas Bohórquez,

H. de M. »







CAPÍTULO VI

Antipatías y simpatías.

Lo que quiera que Dios inspirase a la Marquesa durante los ejercicios con respecto a sus disposiciones testamentarias, Dios, ella, el notario y los testigos lo supieron. Nosotros, por más que hemos husmeado, no sabemos más, sino que al día siguiente de salir del Valle la señora, se plantificó en la notaría, donde dejó las líneas generales del documento, y a la semana siguiente, previo aviso del notario, volvió a pasar por la casa del funcionario público, donde aguardaban el Padre, el Barón de Castañares y Don Pablo Manrique de Hinojosa, íntimo amigo de Labrantíos.

Se leyó el testamento, del pe a pa. Firmaron todos, y aquí paz y después gloria. La señora, que había entrado con carne de gallina, salió como el que se quita de sobre el pecho una montaña, y todo lo que se permitió decir aquella tarde a la hora del té a su hermana y sus sobrinos todos, reunidos en el *boudoir*, fué esta... pampringada:

—He hecho hoy testamento, *en ley de Dios*, ante Castrillo. Tan pronto como yo muera, él entregará una copia a cada uno de vosotros a fin de que sepáis vuestros derechos. De entierro y funeral no dispongo nada: eso lo dejó a vuestra conciencia y a vuestro propio decoro. Eso de vivir como príncipes y dejar luego para el entierro toda la humildad cristiana me ha parecido siempre un verdadero sarcasmo. O enterrarse como se ha vivido, o vivir como se quiere ser enterrado.

—¡Tía, por Dios!

—¡Tía...

—¡Tí...

—¡Ni una palabra más!

Y, como, cuando la señora echaba la cerradura, no había cerrajero que la desecha-

se, si bien no se volvió a hablar delante de ella de semejante cosa, figúrese el lector los cabildeos de madre e hijas y las saluciones a «la intrusa», que con sus manos lavadas había venido a robarles, ¡así! ¡a robarles! lo que por arte del demonio habría de corresponderle.

—Eso de «en ley de Dios» quiere decir que la iguala con ustedes. Y pásese usted la vida aguantándola y haciéndole la corte como una reina,

—¡Y que lo digas!

—para que a última hora os birlen allá sus tres millones de pesetas, cuando menos. Porque lo que ella heredó de Labrantíos fueron quince, y aun cuando mejore a Carlos, porque eso lo ha dicho siempre, y a mí me deje aunque no sea más que igualada con ustedes, ahí tenéis tres millones, que son los que nos cuesta la broma de la niña.

—¡Eso sin tener en cuenta lo que ella ha aumentado el capital! Pues, aunque Carlos no suelta prenda, a mí que no me diga. ¡Y con la guerra!

—¡Como que parece mentira que sea así

con una!.. ¡La que tenga que espigar por su rastrojo!..

—Yo es cosita—siguió la madre, para desviar la conversación del lado de su hijo — que la tengo sentada aquí—y la señora se señalaba la boca del estómago—desde el primer instante de su sér. Y timos del portugués los habrá en el mundo: pero como el del alma mía de mi hermano Enrique, se cuenta y no se cree. ¡Es mucha cuña una persona metida de hoz y de coz; y siempre se ha dicho que el trato engendra el cariño... ¡De las agüitas mansas líbrenos Dios!; y esa con su mansedumbre sabe a su casa y la de junto... ¡Hipocritona!... ¡Mira que la «so-paensalá» de los ejercicios, ¡y interna! una muchacha que no debía pensar más que en divertirse!... ¡Claro!: para que a la otra se le cayera la baba con la salida de pie de banco, y iros así minando el terreno poco a poco. ¡Cuando te digo..!

Ni era tampoco cuestión de ochavos solamente la mortal antipatía hacia la intrusa, por parte de las primas las Almonasterio. Las Almonasterio tenían treinta y tres, y treinta y cinco años, respectivamente, y Ma-

ravillas, dieciocho; aquellas se hallaban ya desteñidas y en el embebo y estotra, en el apogeo de la más exuberantemente espléndida juventud, y aquellas, por finiquito y remate, eran de ojos saltones y desorbitados y de incisivos prominentes y abiertos como varillas de abanico—y de ahí el mote de «Las Paafueras» con que las designaba el chismorreo de la ciudad,— y la huérfana de Don Enrique era toda una hermosura de conjunto y un dechado de helénica perfección lo mismo en la estructura de su cuerpo prócer, que en todas y cada una de las facciones de su hechicera cara. El Barón, que a pesar de su partida de bautismo y de sus alifafes era alegre de ojos—los ojos siempre son niños—y padecía obsesión por las buenas mozas, se emborrachaba diciéndolo a la tía delante de las sobrinas por supuesto:

—Tu misma estampa, Flora: tu misma estampa. Tu mismo cuerpo y tu misma cara... ¡Hasta tu mismo garabato jacarandoso, en medio de la suprema distinción que ha sido siempre tu nota característical Mírala de perfil, y el retrato que te hizo Ma-

drazo en el viaje de novios... Más que sobrina tuya, parece tu hija... ¡No te pongas colorada, mujer! (A Maravillas) Quien lo hereda no lo hurta... Nadie puede evitar que la Marquesa de Labrantíos haya nacido dos veces. ¡Llorar por eso, chiquilla? ¡Ah, ya! eso es para que veamos que lo mismo eres de bonita cuando ríes, que cuando lloras... ¿Vaya que te canto una saeta?

¡Ven cosa tan tonta, tan baladí? Pues así y todo, sentaba a las Almonasterio como un abucheo, ¡como una rechifla! En cambio a la Labrantíos le sabía a piropo. La Marquesa, como todas las mujeres que han sido hermosas, había hecho siempre de su hermosura un culto, y gustaba hasta el deleite de aquel convenir tirios y troyanos en que su sobrina fuese su propia estampa. ¡Era el más acabado panegírico de lo que había sido siempre su idolillo!

—Así era yo -- decía para sí, mirándola y remirándola, sobre todo, a solas.—Y en verdad que si era así, con razón levanté de cascos al pobre César.

Y así era de verdad la muchacha, ahora que las primas no nos oyen: una hermosu-

ra armónica y de conjunto, que si á primera vista era un verdadero encanto, mirada y estudiada, éralo mucho más. Quizás lo más interesante de toda ella fueran los ojos: negros, rasgados y pestañudos, cobijados por unas cejas, acaso un poco remangadas por su vértice, que le daban aspecto de Dolorosa.

Cuando con la cabeza baja, que era su modo habitual de tenerla, levantaba los ojos para mirar a su interlocutor y porque la conversación así lo reclamase se sonreía, diríase ser la imagen de la resignación, saboreando las mieles del dolor cristiano... o la estampa: la estampa del dolor cristiano, que por venir de manos de Cristo viene ya dulcificado, y sin dejar de ser dolor, place y hasta deleita, llegando a hacer exclamar a las almas del temple de la de Teresa de Jesús:—¡o padecer, o morir!... *aut patí, aut mori...*

Y no: no vaya a deducirse de esto que la criatura estuviese en un grito, como vulgarmente se dice, ni se juzgase desgraciada. En medio de su natural dolor por la muerte de su padre, ella era la primera en bendecir a Dios una y mil veces por haberle depara-

do los maternales brazos de aquella tía, a quien empezó a querer como a una madre desde el primer momento de tratarla y por quien se juzgaba correspondida, — más de lo que merezco — era su expresión a pasto.

¡Que no tenía libertad para nada, — ¡Dios mío, ni llorar! — ¡Delicadezas, o meticulosidades tuyas, pero no cortapisas de la señora! Y si los primos la malquerían y no lo disimulaban, había que tener en cuenta, primero: que sin cruz no estaba nadie, y segundo: que era un consuelo muy grande en medio de la persecución y del tormento, el atestado de su conciencia. de que no lo merecía.

Lo había leído en un libro de piedad y se le había quedado muy impreso en la memoria: cuando la mujer de Sócrates, condenado a la cicuta, se abrazaba a él y le decía entre lamentos: — ¡Yo no puedo tolerar que mueras inocente!

— ¡Querías por ventura que muriese culpado?...

El testimonio, pues, de su conciencia de no merceer aquella guerra sin cuartel hacía tan dichosa en medio del infortunio de tanto desamor, que podía sonreír sin violencia aun en su gesto de Dolorosa.

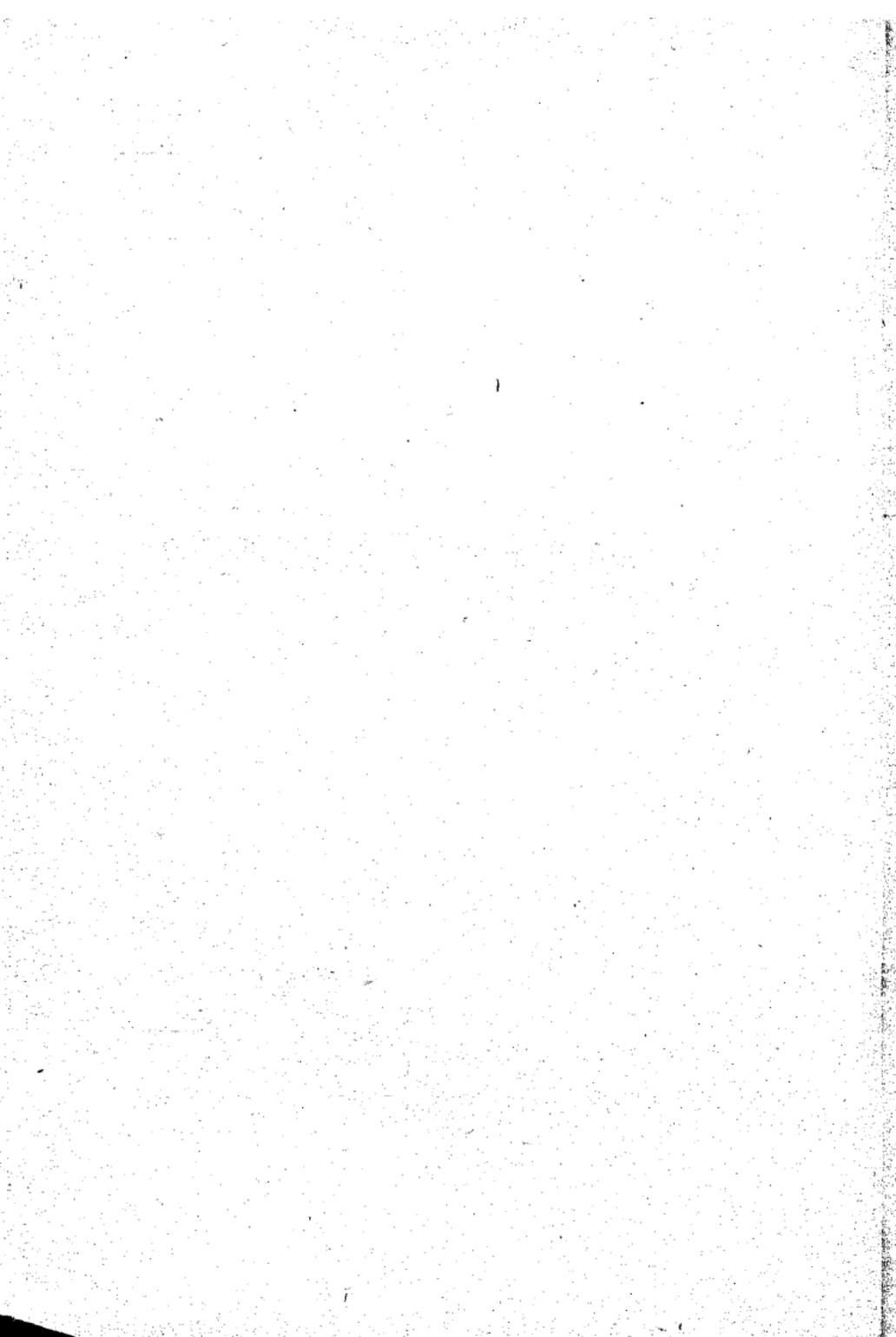
Así era por dentro y por fuera aquella criatura: una niña cristiana, nada más. Una niña, como no se obtienen de ordinario en el *tennis*, ni en los tés del casino, ni en la caseta de regatas, ni en las tiendas de modas—sin que nada de esto sea pecado mortal: conste—sino en el santo retiro del hogar y en la mística penumbra de los sagraios, por la virtud didáctica de la pobreza y del dolor y la influencia taumatúrgica de Jesucristo, que deja un rasgo de su inefable como divina hermosura, en todo aquello por donde pasa.

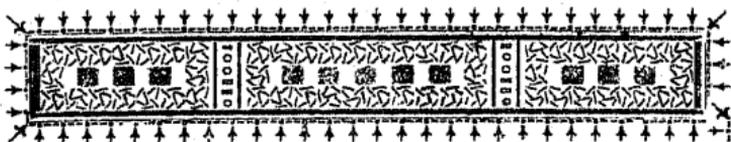
¡Es tan bello, tan bello, todo lo en que influye Cristo!... ¿Cómo no, si todo ello no es más que un reflejo del que es la increada Belleza?... ¡Lo del divino poeta San Juan de la Cruz:

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sólo su figura

Vestidos los dejó de su hermosura!»

Lo que toca a la sobrinita de la Marquesa de Labrantíos, bien vestida que la dejó de su hermosura.





CAPITULO VII

Visita inesperada.

Tomó de la bandeja la tarjeta que le presentó el criado, y por aquellas que eran cruces, que hubiese querido morir de repente.

—¿Quién es?—le preguntó la Marquesa, desde el cómodo butacón Luis XVI en que hacía una chombra de punto de crochet para el ropero de Santa Victoria, de que era presidenta.

—¡Un... amigo... de papá!—empezó a decir con trémolos en la voz y mirando muy fijamente el mundillo en que hacía encaje—un... el hijo del Notario de Pimpollares...

—Pues nada: que pase—contestó la Marquesa al criado, mientras Maravillas pedía a

Dios por la sangre preciosísima de Jesús y las lágrimas de su Madre, que se le metiesen a ella para adentro las que, sin que fuese parte su voluntad a reprimir, pugnaban por salirse de los ojos... ¿¿Qué traería aquel hombre... ¡y con todos delante ¡¡incluso Carlos!!!??...

Y, un sí es no es cortado y vacilante, como todo el que no tiene mucho trato de gentes, cuando se ve de buenas a primeras delante de señoras encopetadas, avanzó el visitante en el diagonal por el encerado parquet del salón de música y penetró en la saleta, donde estaban en familia después del almuerzo.

Saludó en primer término a la Marquesa, quizás más ceremonioso de lo que fuera menester; a las damas de su corte, no menos comedido, y finalmente a Carlos. Y sentándose en el sofá, a la derecha y por indicación de la señora, empezó a decir, cuando se rehizo un poco del natural azoramiento:

—Pues nada. Que he venido a un asunto particular: y al decirle a Maricruz si quería algo para Sevilla, me encargó mucho que no me volviese sin visitarla de su parte y que le entregase en propia mano estas

letritas.—Y le alargó un sobre abierto.

—¿Y cómo está?—Preguntó Maravillas, por preguntar algo, guardándose la carta en el bolsillo del estrecho jaique que, atado con sencillísimo cinturón constituía toda su indumentaria.

—Pues muy bien y cada día más madre de los pobres.

—¡Como que es una santa!

—¡Si viera usted lo que la recuerda y los deseos que tiene de que le cumpla usted la palabra de pasar con ella una temporadita!... ¡Se le quiere a usted mucho... por allí!

—No hacen más que pagarme. ¿Y mi hermanita?

—¿...?

—¡La nena! ¡mi hermanita, como decía Doña Cruz!

—Pues hecha la dictadora del lugar, cuanto más de la casa. Ahora la ha estado enseñando Bruna a bailar las sevillanas, sin que nadie se entere. Donde no lo quiero decir a usted la que se armó la otra noche, a la hora de la tertulia, cuando se presentaron las dos con sus palillos puestos, a bailarles tres coplas a la abuela, en celebridad de su

cumpleaños... ¡A poco hay que aplicarle eter a Doña Juana!

—¿Le parece a usted, tía, que le mande con Manolo el escapulario con las bolsitas de cabritilla, que me regalaron las monjas de Santa Clara?

—¡Y todo lo que tú quieras! Se han portado muy bien contigo, y eso no debe olvidarse nunca. Mañana cuando salgamos le compraremos cualquier friolera que no abulte mucho, a fin de no abusar del señor, y...

—¡Por mí, encantado! No sólo por el destino de lo que sea, sino por el lugar de donde viene.

—Muchas gracias.

Pues entonces, hasta mañana a esta hora, porque el correo de Huelva sale a las cinco... Y nada, Maravillas: con franqueza; eso, y cuanto a usted se le ocurra.... Por algo somos amigos y hasta compadres.

Su rato de parloteo, no muy largo, de cosas indiferentes, y las damas despidiéndolo desde su asiento y Carlos yendo con él hasta el alfombrado vestíbulo en que desembocaba la escalera.





CAPÍTULO VIII

Última copla.

«La carta de Maricruz» (con la cifra M. P. en la esquina superior izquierda y escrita con la letra de Manolo) no decía ni más ni menos:

Es el amor ausente
Como la sombra,
Que mientras más se aleja,
Más cuerpo toma....
Ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande.

¡Señor Dios de los ejércitos, y qué hombre más trapisondista y más lioso! ¡¡Echarle el mochuelo a Doña Cruz, de enredo semejante!!

Palabra, que lo que menos le había pasado a ella por la cabeza era que fuese embustero, y muchísimo menos tan descaradamente. Por eso tomó la carta sin el menor reparo y se la guardó en el bolsillo tan confiada, poniéndose a leerla tan tranquila, no bien se fué el visitante y ella tuvo que ir a su cuarto por un pañuelo. . que no necesitaba lo más mínimo.

Menos mal que en lugar de darle por llorar como la otra vez, le entró un coraje grandísimo de que se la hubiese pegado de aquella manera. Por eso la leyó, nada más que poniéndose muy colorada mientras leía, y sintiendo, al acabar de leer, una laxitud tan grande en todo el cuerpo, como si la hubiesen narcotizado,...

«Es el amor ausente

Como la sombra:

Que cuanto más se aleja,

Más cuerpo toma.»

—¡Verdad y reteverdad!

«Ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande.»

¡Cuidado con el hombre: lo de coplas que sabía, y lo bien que las traía a colación! Lo que tocaba aquella, ¡ni de molde!

Y dijérale usted quién le contestaba, ni quién le daba la callada por respuesta. Callarse era consentir que asegundara con otra visita por el estilo, o que rompiera lindes valiéndose del correo, y escribirle contestándole, hé ahí una cosa que ella no sabía cómo: si picada de lumbre, con la barrabasa de la copla, si dejándole entrever.... ¡No! ¡no! ¡De ningún modo!

—Bueno: ¿y un borrador, porque un borrador no es una carta definitiva?.. Se viene en él todo lo que vaya dictando a una el corazón, y luego puede venir el tío Paco con la rebaja.

Y se puso a escribir, aquella noche al encerrarse en su cuarto el borrador siguiente:

«Mi mal amigo y no mejor compadre:

Yo no sé como se dicen las cosas.

Dije a usted en mi anterior que, mientras

esté en casa de mi tía, no puedo decentemente sostener relaciones a espaldas suyas, ni me siento con valor para ponerla en antecedentes.

Por Dios y su Madre, reprima usted sus impacencias, que lo que está de Dios no falta nunca.

Yo no puedo hacer más, que decir a usted que la ausencia, por lo que a mí se refiere, no ha apagado, ni con mucho, la franca simpatía que siento por usted desde que salimos de compadres, y que ni un emperador que viniera con su corona habría de ser con menoscabo de los derechos que tiene usted contraídos a mi leal estimación.

Descanse usted, pues, en mi formal promesa de no ser de nadie, ni para nadie; pero no me atormente más con sus coplas, que son otros tantos cuchillos que me atraviesan de parte a parte el corazón.

¿No dicen que el amor es sacrificio? Pues demuéstremelo usted con su conducta.

Únicamente así, le perdonaré a usted la jugarreta que le ha hecho, su resentidísima

comadre, que, así y todo le estima de todo corazón.

Maravillas Bohórquez

H. de M.»

—Ahora, su sobre: «Sra. Doña María de la Cruz Almonte, de Diosdado. Suplicada.» y a entregárse la mañana con el paquete de lo que quiera que le compremos a mi hermanita.

¿Que no es lo más correcto? ¡Pues donde las dan las toman!

—Pero vamos a ver, criatura:—le decía su conciencia cuando acabada la carta se arrodilló en el reclinatorio, para rezar sus devociones de última hora:—¿tiene algo de particular que una muchacha como tú, tan... ¡vaya! tan presentable, le guste a un muchacho, aun de tan depurado gusto como Manolo Ponce, ni que un muchacho tan guapo... tan bueno... tan fino... y hasta tan embusterísimo como él, le guste a una muchacha como tú?

Y la razón, ejerciendo de Sibila consultada, contestaba con un—¡No!—como el ¡blan! de la campana gorda de Toledo.

—¿Y tiene algo de particular que, gustándoos y siendo el uno tan pintiparado para el otro, os aceptéis sin regateos ni tiquismiquis y os pongáis en relaciones formales... y os caséis como Dios manda a su debido tiempo, aunque tú te hayas puesto tan colorada, de sólo pensarlo?

Y otra vez la Sibila, con otro —¡no! como... una acera de casas.

—Pues bueno: ¿quién merece más respeto, y más sumisión, y más rendimiento de voluntad?: ¿una tía, aunque sea tan buena y tan bienhechora como la tuya, o un padre y una madre?

—¡Un padre y una madre!—contestaba la razón.

—Pues si a un padre y a una madre se les expone un caso como el tuyo cuando llega la hora, se les pide su consentimiento y hasta se les impetra su bendición, ¿por qué no hacer otro tanto con tía Flora y sacar de una vez ese alma del purgatorio?

La razón se quedaba callada, sin tener nada que decir en contra, y entonces Maravillas se ponía a decir por su cuenta y riesgo:

—¿Y si tía tiene otras miras sobre mí, como, por ejemplo, el hijo del Barón, cuyas deferencias conmigo parece como que no le desagradan a la señora, y se disgusta conmigo porque prefiero un Ingeniero de Montes, aunque sea tan bueno ¡tan rebuenísimo! como Manolo, y encima, tan reguapo, y si no tan reguapo, tan de mi gusto?... A un padre y a una madre, si se les disgusta, se les hacen cuatro zalamerías y se desarman al instante, y una tía no es lo mismo... No por temor a que me desherede, pues bien sabe Su Divina Majestad que los intereses no entran ni tanto así en mi corazón. Sino porque disgustada conmigo ¿cómo sigo en su casa comiéndole el pan, tan retesoberbia como yo soy, ni a quién vuelvo los ojos, tan sola ¡tan resola, Padre mío de los Desamparados, como estoy en el mundo!?

Si este bendito de hombre se me hubiese declarado en vida de papá, y en relaciones con él me hubiese ella acogido, con dejar pasar el primer año de luto riguroso, nos casábamos y estábamos de la otra banda: o sea: ellos, sin el engrudo que están tragan-do conmigo, (porque es cosita que no me

pueden pasar), y yo sin tantas grandezas ni tantos relumbrones; pero con paz y amor y un pedazo de pan como el que sus padres tienen... La verdad es que, pensándolo detenidamente, hasta podía ser esto la solución satisfactoria de todo y para todos...

¡El alegrón que tendrían de verme salir con el baul en la cabeza!... ¿Y por qué esta malquerencia ni esta envidia, vamos a ver?... ¿Les mino yo el terreno? ¿Les hago la menor sombra?... ¿Puedo hacer más, que adivinarles a todos el pensamiento... no pedir ni un vaso de agua, para no molestar... ocupar el último lugar en todas partes y hasta hacer por no ganar en el tresillo, para que no se enfaden?

¿Que todos los criados me quieren?... ¿No han de quererme los infelices, si los trato bien? ¡Que me digan en qué Evangelio está escrito que las señoras no deben corresponder con otro beso al que les dan las criadas! ¡Ni que fueran de otra carne!

Y por estas y otras como estas, esté usted oyendo a cada paso que si ¡lugareña!, que si ¡cateta!, que si ¡palurda!, nada más que porque tiene una entrañas de caridad cris-

tiana con los pobres y una sonrisa de agrado para los infelices que tienen la desgracia de haber de servirnos...

.....

—Pues por eso solamente, aparte todo lo demás,—volvió a decirle la conciencia—lo que debías hacer en ley de Dios era dejar de hacerte de pencas con ese hombre. Abordar la cuestión con tu tía, que no es ningún ogro, o dejar que el otro la abordara. Y si decía que sí, que para luego era tarde, salir de este purgatorio de una vez, y si manifestaba la menor repugnancia, lugar habría entonces hasta... de morirse en un ricón.

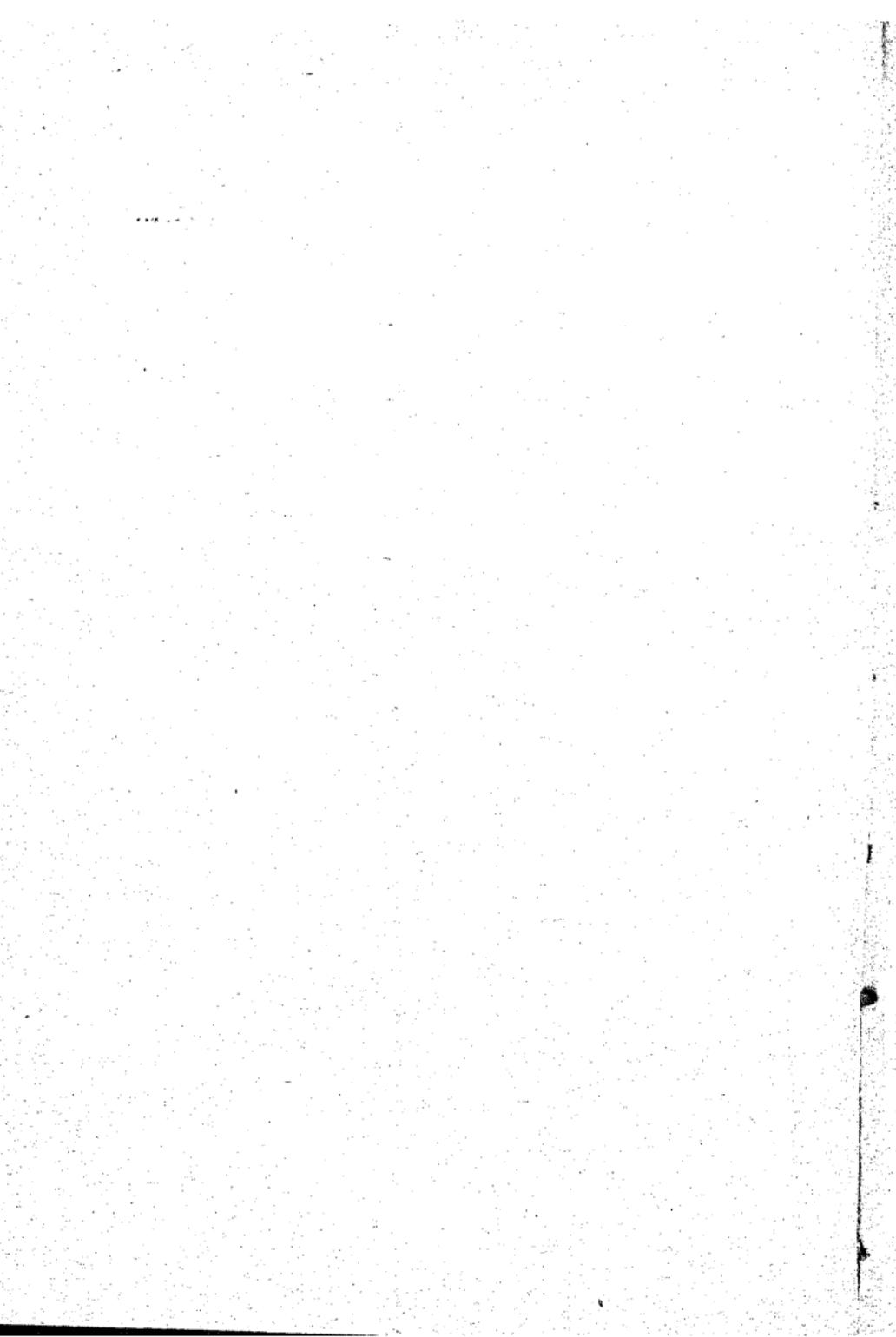
.....

¡Eso es: lloral... ¡Todo lo componen ustedes las mujeres llorando!... ¡Por vida de...! Bueno: llora lo que quieras... ¡Desahógate! Las lágrimas, después de todo, alivian mucho... Anda, Reza y acuéstate.

.....

¿Todavía sin mantas, criatura? ¡Eres tontita, hija!... ¡Para entierro de ángel, ni más ni menos!





LIBRO TERCERO

RENUNCIACIÓN





CAPÍTULO I

Lamentable accidente.

Cortamos de un periódico local.

«Lamentable accidente.

La Excma. Sra. Marquesa Viuda de Labrantíos ha sido víctima de un desgraciado accidente. Una lamparilla de alcohol, de las llamadas vulgarmente infiernillos, que ardía sobre un *etaggere* del cuarto de vestir, se le cayó sobre la cabeza, produciéndole en ella y en el rostro horribles quemaduras.

Estas han sido calificadas «de tercer grado» por el Doctor Alburquerque y de pronóstico reservado desde luego.

Con tan triste motivo, que somos los pri-

meros en lamentar, son muchas las personas de la buena sociedad sevillana que desfilan por el palacio de la aristocrática paciente, a interesarse por su salud.

Hacemos votos por el rápido restablecimiento de la ilustre dama.»

Lo primero que se le ocurrió a la doncella que la peinaba y mientras Maravillas acudía a los desaforados gritos de la paciente, fué derramarle sobre las llagas tinta de escribir, de efecto prodigiosísimo. . para ensuciar la piel y manchar la ropa.

A esto entró el sobrino, de bata y en babuchas todavía, pues se acababa de levantar, con lo que se desató en dicerios contra una y contra otra: contra la doncella, por haber sido la causante del accidente y contra Maravillas, por la burrada (sic) ¡la burrada cortijera! de lo de la tinta. La pobre ni rechistó, y eso que estaba tan libre de lo que se le imputaba, como el cielo de ladrones.

—¡Bestia!... ¡Animal!...

Y al teléfono a escape, a llamar a Albuquerque, que afortunadamente no había salido todavía., y un criado, a avisar a la otra casa, y otro, a revienta caballo a la botica,

por gasas y algodones .. y la casa revuelta de arriba abajo y de cabeza todo el mundo, y la paciente en un grito y el sobrino hecho una furia del averno.

La entrada de la hermana y las sobrinas fué un despropósito de por vidas y de ayes, de imprecaciones a la doncella, a la que debía despedirse en el acto ¡pero así: en el acto! y de denuestos a la pazguata, que no servía para nada, ¡para nada! — ¡Para ocupar una silla y desocupar un plato! — fué una de las expresiones que se dijeron.

Tanto alboroto armaron, que la misma paciente tuvo que sacar la cara por la una y por la otra, diciendo que ella y nadie más había tenido la culpa, pues al ir a batirse el pelo de delante, le dió a la lamparilla con el peine, mientras la doncella sacaba las tenacillas del cajón. Y si era la pobrecita de la nena, que petrificada de susto y muerta de angustia lo oía todo, estaba en sus habitaciones cuando el percance, ni tenía para qué hallarse a aquellas horas en el tocador de la dama.

—Las cosas, en su punto. Y en cuanto a despedir a la doncella, eso, ni por soñación.

—¿Y te duele mucho, mi vida?

—¿Pero ha sido mucho el daño?

—¡Estarás molestísima, ¿no es verdad!?

—¡Es que hasta me he puesto mala!

—Y a Clotilde le da un accidente, y Concha rompe en un llanto histérico, con lo que Maravillas se la lleva a puñados a la saleta y hace por consolarla como Dios le da a entender... y el éter para Clotilde... y a la madre y a Conchā, tila con agua de azahar... hasta que un taco de Carlos, por un lado, y por otro, la providencia de Dios que mejora sus horas, hacen que se encallen los nervios y se calme la tormenta, en el instante preciso de entrar en escena el médico...

Lamenta lo de la tinta, con lo que no hay que decir la nueva letanía de impropiedades que tuvo que soportar la sin ventura, mordién dose los labios y sorbiéndose las lágrimas, por toda contestación... receta una disolución de ácido pícrico que viene a escape de la farmacia, como ida a traer en el «auto»... Lava con la disolución las quemaduras... Y su apósito de gasas, sus algodones y su vendaje, y pare usted de contar.

—Pues ya, hasta la tarde, que vuelva a darle un vistazo por si se presenta fiebre. Mañana levantaremos el apósito.

. . . :
—¿Habrá complicaciones?—le preguntó el sobrino, llevándoselo al despacho y alargándole un habano como una tranca.

—Una, y no chica.

—¿.....?

—Que veremos a ver cómo cicatriza esto, tan diabética como está.

—¡Verdad, que no contábamos con esa huéspedal!

(Pausa.)

—¿Y son muy hondas las quemaduras?

—Las de la cabeza, no, ¡La de la cara es tremenda! ¡formidable!

—Y dice usted que la cicatrización es difícil:

—Difícil, no: ¡imposible! (Gran pausa)

—¡Diga!: ¿y la autoplastia, (aunque esto sea meterme yo en donde no me llaman)? ¿No se llama así el injerto de piel, tomada del enfermo?...

—¿Y quién es el guapo que le arranca piel a un diabético?... Aquí, de injertar piel

(y es la única solución) tiene que ser ajena. Tomarla de la paciente sería abrir otra llaga, para no conseguir que se cerrara ninguna.

—¡Pues ello es menester buscarlo a todo trance!

—La cosa es que eso no se vende en la botica.

—¡Es que en habiendo dinero, hay de todo. De modo que si no es más que eso, pierda usted cuidado.

—¿.....?

—¡Hay mucha hambre!

.
.
—Pues lo que toca esta noche, que quieras, que no,—empezó a decir la viuda de Almonasterio a su hijo apenas hubo salido del escritorio el médico—nos arranchamos aquí. ¡Nosotras no podemos decentemente dejarla en manos extrañas! Tú, que tienes talento, verás lo atinado de la determinación, ¿Que diría toda Sevilla de nosotros, si la abandonamos en un trance así, y qué diría ella misma? Piensa, y verás cómo es un paso que nos conviene a todos. Nos han metido

una cuña ¡pero muy regrande! y hay que defenderse. ¡Hay que no dar armas al enemigo y no dejar el campo libre, para que otro se aproveche! ¡Que no y que no!

Lo primero que hay que hacer es traer una Sierva de María para que la vele con ella, pues como ya yo le he dicho, la que está a las maduras ¡y tan maduras! es menester que esté a las duras... De modo que ellas de noche y nosotras de día, y un turno como el del monumento el jueves santo. Yo me puedo instalar en las habitaciones de la duquesa y las niñas en el departamento de los huéspedes. Y aunque nos echamos a dormir como lirones, si a mano viene, pues las Siervas se pintan solas para cuidar enfermos. (mucho más éste, que no necesitará más que un vaso de leche de higos a brevas) siempre verá todo el mundo, empezando por la servidumbre, que estamos en nuestro sitio.

¡Menudos remoquetes que le daría tu primita de tu alma, si nos fuéramos a nuestra casa a dormir a pierna suelta!

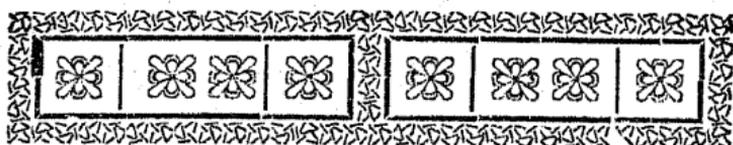
Esa con su mansedumbre evangélica se está metiendo, metiendo, como el aceite en

los hornazos y es menester darnos trazas de que no nos desbanque. De modo que, aunque no sea más que porque ella no se crea precisa ni le amarre las manos a la otra con gratitudes, es menester que estemos hasta en las sopas... Y anda: vámonos para el comedor a tomar el desayuno, que para sentir es menester comer... ¡La pobre! ¡Tan presumida, y con la cara hecha un chicharrón!... Pues a ver por dónde salen estas misas: porque diabética pasada como está ¡echa pan pa la rana, primero que cicatrice!

Y se fué hacia el corredor renqueando, pues los tacones Luis XV de los escotadísimos zapatos de charol la hacían andar con los ojitos de la cara. Pero en este mundo cada uno tiene su idolillo, y ella la daba del pie.

¡Y decía que la otra era presumida!... ¡La paja en el ojo ajeno, sin ver la viga en el propio!





CAPÍTULO II

El sacrificio.

Han transcurrido veinticuatro horas de la primera cura, o sea del levantamiento del apósito: cuarenta y ocho, del acaecimiento del percance.

¿Qué ha pasado entretanto en la casa, ni cómo ha sido el proceso de lo que ha sucedido?...

Más tarde lo sabremos, si tenemos la paciencia de proseguir con la lectura. Por de pronto dejemos al Mayordomo, a su madre y a sus hermanas en derredor del lecho de la paciente y entrémonos en el cuarto de baño de la señora, por la puerta que da al

corredor, con el médico de cabecera, una Sierva de María y Maravillas.

Los dos primeros, están azorados como el que va a cometer un crimen, y la tercera, aunque serena y dueña de sí misma, con los labios exangües y palidez mortal en las mejillas... Aunque hace por sonreírse, su sonrisa es una mueca. ¿...?

El médico, que está nervioso y desatentado, ha salido del cuarto tocador y ha estado hablando con la paciente. Le ha hecho no sé qué cosa en una y otra quemadura, con Carlos de practicante, y ha vuelto al cuarto de aseo.

Mientras el doctor se desinfecta las manos y a una indicación del mismo, Maravillas se ha tendido sobre una mesa de operaciones. Ha mostrado la parte de su cuerpo estrictamente precisa y ha aguardado como Isaac sobre la leña del holocausto...

Y en menos de un cuarto de hora, sin que la enferma se dé cuenta de nada, sino de que se le está aplicando un nuevo apósito, que ha menester unas suturas, ni en el cuarto de baño entre nadie, más que el médico y la sierva, Maravillas sin consentir otro

anestésico, que su firme voluntad de no exhalar un hay y acordándose de Jesucristo en el Calvario, cuando para tenderlo sobre la cruz le arrancaron la túnica inconsútil, pegada a las heridas de los azotes, tolera la más brutal e inhumana de las carnicerías...

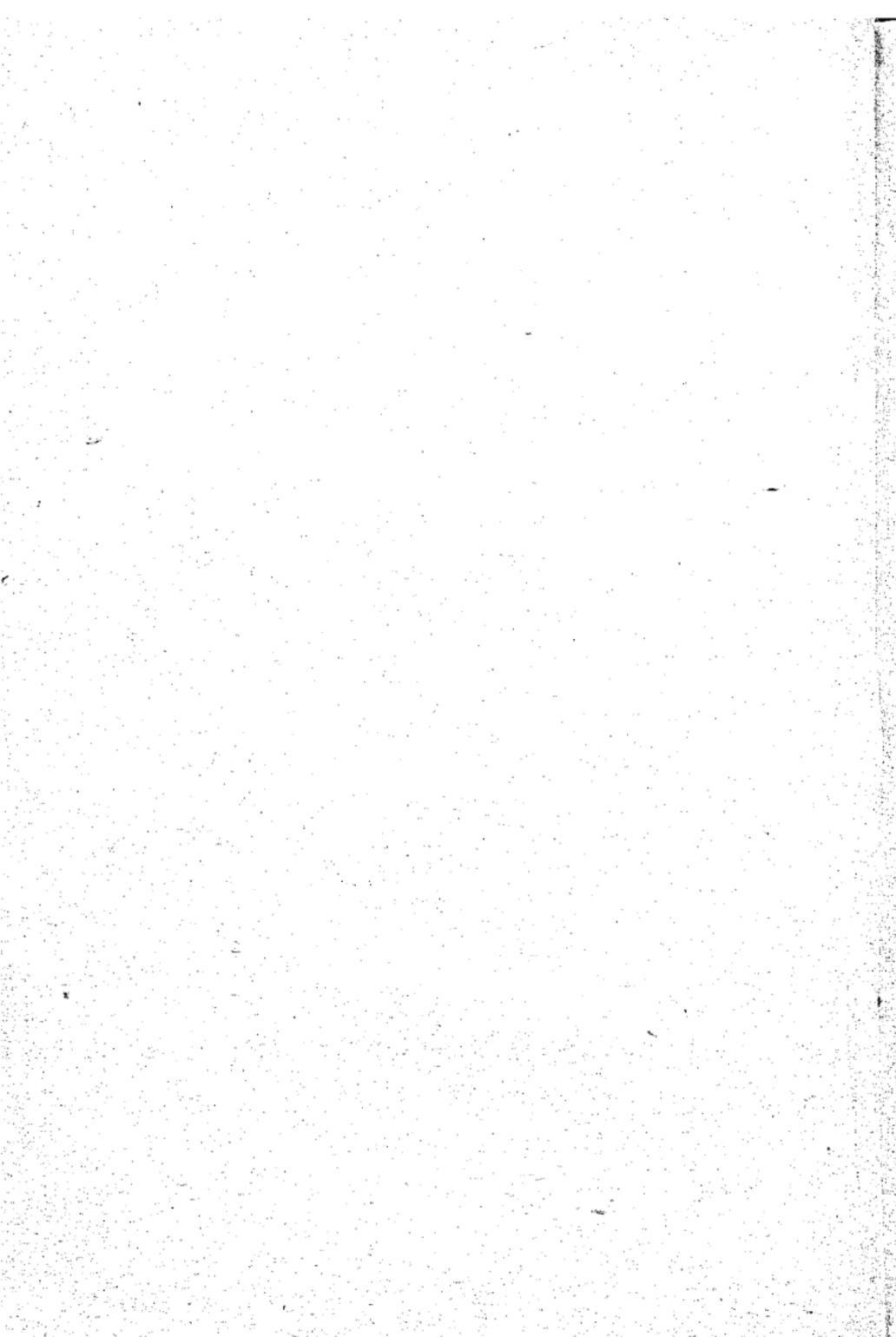
—¿Ya?—ha sido todo lo que ha dicho, cuando ha dejado de sentir el escalofriante desgarramiento de su piel y nota que se le aplica un pelotón de gasas.

—¡Ya!—contestan a un tiempo sus dos acompañantes: el médico, con los ojos vidriados, a pesar de todos sus bigotes, y la Sierva, con carita de pajueta.

Ne quid nimis.

(Telón rápido.)







CAPITULO III

Que merece leerse porque hace historia.

¿Que por medio de qué trámites se ha llegado a esta generosísima inmolación de la huérfana del hermano de la Marquesa en aras de su bienhechora?

Yo no sé si hemos dicho que a la mañana siguiente al lamentable suceso, el médico estuvo a ver a la enferma, haciéndole el levantamiento del primer apósito, con Maravillas y la Sierva de practicantes, pues las otras por haberse recogido más tarde de lo de costumbre, no habían salido aún de su aposento.

Carlos presenciaba la cura, horrorizado

de la carnicería, deshaciéndose en lamentaciones por el accidente y dirigiendo de cuando en cuando frases cariñosísimas a la enferma, augurándole un restablecimiento rapidísimo, en cuanto se le cayesen «las postillillas», que empezaban a formársele...
—¿Verdad, doctor?

La señora ni chistaba, disintiendo cielo y tierra de los optimismos del Mayordomo. La extensión de la quemadura que ella sentía debía cogerle lo menos media cara, y con morirse de pena —¡al fin, mujer! —tenía suficiente.

—Por lo visto esta señorita es la hija de mi compañero Enrique—interrogó el médico a Carlos, mientras se lavaba las manos en el cuarto tocador y Maravillas le presentaba la toalla.

—Servidora:—contestó la aludida, poniéndose como un pavo.

—Pues ¡poco que quería yo a su papá de usted!—dijo mientras se enjugaba.

—Y él al señor lo mismo. ¡Siempre estaba el pobrecito con que si Albuquerque para acá, si Albuquerque para allá!...

—¡Ya vé usted!: ¡toda la carrera juntos,

como dos hermanos!... Por cierto que retrato más parecido, no se vé. Solo que él, como hombre, era bastote y feo, y usted... ¡Mire, mire, Carlos! ¡Mire que pavo tan atrozo! ¿Qué guarda usted, hija mía, para cuando se lo acabe de decir? ¡O es que lo da usted por supuesto?... ¡Pues todo lo que suponga usted es poco!... ¡De rechupetel—Y se dió un beso en las yemas de los cinco dedos reunidos en capullo.

—¡Mira el vejancón este, cómo también se le alegran las pajarillas!—repuso Carlos, a quien los piropos a la muchacha hacían sangre torcida, vaya usted a saber por qué.

—¡Qué quiere usted!

«Apesar de mis años,

Me hacen tilín,»

y hay que ver el ejemplar que teneinos a la vista... ¿Y se puede saber, alma mía, con qué mira usted?... ¡Camará, y qué «candiles» los que se trae la rena para andar por casa!

—¡Mira el cógelas al tiento y mátalas callandol ¡A ver si se entera Angeles, y hay trastos en la cabeza!

—Pues sí: nenita: y permíteme que te ha-

ble de tú, aunque no sea más que porque eres hija de tu padre: basta de media vez que seas hija suya, para que yo te quiera como si lo fueras mía —Y le dió un golpecito en la mejilla de carmín, con los desinfectados dedos...

—¿¿Vas a llorar, mujer??... ¡Tá, tá, tá, tá! ¡la llantina que le ha entrado!... ¡No llores, tonta! ¿O es que te he recordado a tu papá?.. ¡Vaya por Dios! .. ¡Anda: vente con nosotros! —Y la cogió de la mano y se la llevó con Carlos al escritorio, sentándola entre los dos...

—Pues sí. Como dije a usted ayer esto está más feo de lo que parece. El daño ha sido horrible.. El injerto de piel, o mejor: los injertos, porque hay que hacer uno grande en la mejilla y otro más pequeño en la nariz (lo del cuero cabelludo es poca cosa) no hay más remedio que hacerlos. En la piel de la paciente no hay que pensar, porque ni se le puede dar el cloroformo a causa del corazón (por más que eso se sustituiría con la anestesia local) ni, como le tengo a usted dicho, no vamos a abrir una llaga, para hacer por cerrar otra... Se impo-

ne, pues, ir haciendo diligencias de quien se preste al sacrificio.

—¿Y no sabría usted de nadie por ahí? — preguntó Carlos— porque ponerlo en los periódicos, me parece duro: la verdad... Yo ya he deslizado la especie entre la servidumbre, y me parece que he dado en hueso... Por lo menos hasta ahora, ninguno ha rechazado, y eso que he prometido el oro y el moro.

—No son todos los que se prestan a una cosa así. Hay que ver lo que es tenderse en una mesa de operaciones y encasquetarse la mascarilla del cloroformo, aunque se tenga la certeza de que es para una cosa sin importancia... ¡Yo mismo no lo haría, ni por todos los tesoros del universo!

—¡Ni yo tampoco!

(Gran pausa,)

—¡Y ello es preciso de todo punto! — Insistió el médico.

—Pues nada: a ver si usted, por un lado, y yo por otro, hallamos esos centímetros de piel... ¡Usted que conoce tanta gentel... Y no se duela en el precio ¡sabe?...! ¡Aunque sea a... mil duros el centímetro cuadrado!

...¡La cosa es dar con ella!.. ¡Pobre tía Flora, tan presumida como ha sido siempre, tener que resignarse a una cara de leprosa!.. ¡Se moría!

—Pues nada: a ver si muchos amenes llegan al cielo. A ver si usted por un lado y yo por otro, solucionamos el conflicto... Adiós hasta la tarde... ¿Conque quedamos amigos?—preguntó a Maravillas tendiéndole la mano.

—¡Más amigos que el pimiento y el tomate!—como decía una mujer de Pimpollares.—¿No voy yo a serlo de quien lo haya sido de mi papá? ¡Poco que me he alegrado de haberlo conocido!

—Pues adiós.

—Adiós.

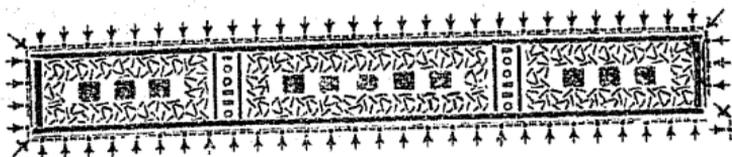
—Adiós.

.....
¡Ah, hombre! ¡Espera!

—¿.....?

—¡El puro!





CAPITULO IV

Que también merece ser leído, porque sigue haciendo historia.

—De parte de la Srta. Maravillas, que haga usted el favor de subir por la escalera de la servidumbre y de entrar en su cuarto antes de pasar a ver a la Señora Marquesa.

—¿Está enferma, quizás?

—No señor: nerviosilla, como lo estamos todos, porque todavía no nos ha salido el susto del cuerpo. Pero mala, no señor: a lo menos, que yo sepa.

.....
Por aquí.

.....
¿Señorita?

.....
Pase usted.

.....
—¿Estás mala, hija mía?

—No señor: gracias a Dios: sino que tenía necesidad de hablar con usted de una cosa reservada, y por eso me he tomado la libertad de molestarle.

—Eres muy dueña para todo lo que gustes.

—Muchas gracias. Pero siéntese.

—Pues tú dirás.

—Ante todo: ¿me da usted palabra de caballero de que no ha de enterarse... ¡ni la tierra! de lo que hablemos?

—¡Palabra de caballero!

—Pues cuente usted con toda la piel que haga falta.

—¡La has encontrado!--(Con visible alegría)

—Sí.

—¿Y quién? ¿quién es quien la cede?... No vaya a ser una piel, que no esté en condiciones y vaya a ser peor lo roto que lo descosido... ¿Quién es, si puede saberse?

—Yo.

—¿¿¿Tú???

—Alguien tiene que hacerlo, y yo soy la más obligada.

—¿Pero tú lo has pensado, criatura?

—Sí, señor: lo he pensado. Y aunque me da mucho apuro tener que descubrirme delante de un hombre, como eso será en el brazo, digo yo...

—¡Eso tiene que ser en... la cara interior del muslo!

—¡¡¡Ay Jesús!!! — y se tapó horrorizada el rostro con las manos.

—¿Y por qué ahí?—preguntó suplicante.

—Porque es la piel más fina del cuerpo humano y la más a propósito para injertos. (Leve pausa).

—Pues... si tiene que ser, sea.—E incli-
cabeza con resignación de mártir— El Señor estuvo desnudo en la cruz por amor nuestro, y era más puro que yo...

—¡Soy médico, hija mía, y viejo y cas tu padre! Al perder el sentido con la acción del cloroformo, confía en mi honradez y en mi cariño, que sabrá velar por tu pudor como tu ángel de la guarda. Quien se prevale de su profesión es un infame.

—¿Cloroformo?

—¡Pues ya se vé!

—¡Ay no, no, no! ¡Con cloroformo si que no me entregol.. No sólo (y usted perdone) por no perder la guarda de mí misma, sino porque quiero que se haga de modo que no se entere ni la tierra, nada más que usted y yo. Usted señala el día y la hora... Sube usted por la escalera de la servidumbre. Me arranca usted cuanta piel sea precisa (mejor que sobren unos cuantos centímetros que no que falte medio), y aquí no ha pasado nada.

—¡Es que eso no puede hacerse con el silencio que tú quisieras!.. Eso hay que hacerlo en la misma habitación del enfermo para, lo mismo sea sustraértela, que injer-társela, y a lo menos la interesada y el practicante se tienen que enterar. Los de la casa, por de contado.

—¿Y cómo, Madre mía de los Dolores, sin que me escopeteen en cuanto lo barruntan??

Y la cuitada se echó a llorar, con uno de esos llantos, callados y profundos, especie de mar de fondo con que salen a la

superficie de la vida las penas más recónditas del alma.

—¿Porqué, hija mía?

—¡Porque... ninguno me quiere ¿sabe usted? ¡Y porque esto que hago, que no es más que justicia y gratitud, de seguro que habrán de tomarlo por cálculo o interés... ¡por todo, señor Alburquerque de mi alma, menos que por lo que es realmentel o sea: correspondencia de un corazón bien nacido a un amor tan de madre como el que la pobrecita me ha otorgado... y, hasta si no fuese eso, caridad cristiana para con quien tiene hechas tantísimas en el mundo.

—Pues eso, nena mía, no puede de ningún modo quedar en secreto. El primero que tiene que saberlo es Carlos.

—¡¡Ay no, por Dios!!

—¿Cómo, si no, le digo que he encontrado la piel? Me preguntará de dónde y cuánto ha costado y algo habrá que decirle.

—Pues dígale que de... una Sierva de María que la da gratis... ¿No lo somos todos de la Señora?... De modo que ni siquiera se miente y bien pudiéramos aparentar que era la que la asiste. . ¡Esol... ¡La Sierva!

—siguió entusiasmada de su inventiva.—
Como alguien tiene que estar con ella durante la operación y como por otra parte, se trata de una religiosa, no debe haber absolutamente nadie, nada más que usted porque es el médico, y yo, porque me he ofrecido a servir de practicante. ¡Sí: sí!: ¡la Sierva!... Usted me despelleja viva como a San Bartolomé si es necesario, en la inteligencia de que no exhalaré ni un quejido aunque me muera, ni se me conocerá en la cara. ¡Pero que no se entere nadie, nadie, ni mi tía menos!: a fin de que me lo acepte Dios, como... sufragio por el alma del pobrecito de mi padre.

¡Lo va usted a hacer ¿no es verdad?—Y la cogió una mano entra las suyas e hizo por besársela—¡Ya ve usted!: ¿qué buen amigo se niega a coadyuvar en un sufragio por el alma de un amigo?... ¡Ande usted:—prosiguió con una zalamería irresistible:—y le digo «papá» que estoy reventandito por decírselo a alguien... que se lo merezca!...

—Pues mira, hija del alma—concluyó el médico enternecido y edificado, y hecho un ovillo:—Yo profeso el principio de que los

heroismos no se le deben imponer a nadie. Pero cuando se tropieza en la vida con un alma con arriscos para llevarlos a cabo, ¡¡¡nojo! que los haga, y caiga el que caiga. ¡Cuenta conmigo!

A costa de unos días de molestias (los que tarde la cicatrización (porque sin cloroformo, o por lo menos anestesia local no te lo hago aunque te pongas en cruz), a costa de unos días de molestias vas a tener el gustazo de pagarle a tu tía todo lo que le debes....

—¡¡Ojalá!!

—...de ponerle a tu padre una corona... ¡que se le va a salir por los pies, de grande que va a estarle!..

—¡Ay! ¡Dios le oiga!

—... y hasta de revolcarte: ¡si señor! ¡de revolcarte! por encima de todos esos indecentes.

—En eso, la verdad: lo he pensado. Mi intención es hacerlo porque alguien lo ha de hacer, y, de hacerlo, hacerlo como deben hacerse las cosas buenas: mirando al cielo, y sin opción a más premio que agradecer a Dios.

—¡Tan noble y tan desinteresada como tu padre! ¡Qué verdad es que el que lo hereda no lo hurta! Pues nada: cuenta conmigo, mi corazón.—Y le tiró un pellizco en la mejilla, que casi le hizo sangre.

—¡Y a Carlos, punto en boca, ¿sabe usted?!... ¡Ni barrunto de palabra, hasta que yo hable con la Sierva!





CAPÍTULO V

‘Idiosincrasias’ del Doctor.

La mujer de Albuquerque había sido siempre muy celosa. Si con razón o sin ella, averigüelo Vargas, ya que dicho buen señor es el averiguador universal. Pero lo cierto de ello era que a Albuquerque se le iban los ojitos de la cara detrás de la mayoría de las hijas de Eva, cada vez más persuadido, ¡mire usted que era fuerte cosal de la justicia, de la equidad de clavo pasado con que tenía lugar la sobredicha simpatía.

Con esta horrenda agravante: que mientras más viejo, más pellejo: mientras más años pasaban, más fácil era para dejarse

prender en las redes de los encantos femeninos, siendo lo más peregrino de la cosa el que se creyese dentro de su fuero interno enteramente irresponsable.

—¿Que me gustan?: ¿y qué? ¿He puesto yo en ellas quizás los encantos que atesoran ni me he hecho yo a mí mismo con perceptibilidad para dichos encantos? Todo lo que puedo hacer es contenerme con la mía y pactar con mis ojos como Job con los suyos: «no excogitar sobre ninguna virgen»... Pero de ahí a que dejen de gustarme va un abismo. ¿Dejar de gustarme? ¡cuando me muestral Esto si no me da por cantar la copla:

Tres años después de muerto
Y de gusanos comido
Tendré señal en mi cuerpo
Del tiempo que te he querido.

Ahí es nada una rubia con el sol por cabellera, con frente de jazmín y ojos de cielo... Y no le quiero decir a usted una morena con tez de caña de trigo, mejillas de amapola de los sembrados y ojos como los de la copla:

Los ojos de mi morena
Se parecen a mis males;

Negros como mis fatigas
Grandes como mis pesares.

¡Lo que tendría que gustarme Angeles, para casarme con ella, dándoles de lado a todas las rubias, incluso a Rosalía!

¿Ven? y eso no lo comprende ella; y si lo comprende, parece no estimarlo; y si lo estimó a su debido tiempo, lo olvidó al día siguiente; pues en el viaje de novios estábamos todavía y ya empezó con la tabarra de si me gustaban las rubias si me dejaban de gustar, como si gustarle a uno el dulce fuera una cosa del otro jueves.

Pues sí señor: ¡me gustan y me regustan, ahora que nadie lo oye! y aunque nos oigan los sordos: ¡me gustan y me retegustan! ¡A ver!

Acaso no entrase en la idiosincrasia del Doctor mucho la atracción del sexo, toda vez que la sobredicha simpatía, lejos de disminuirse como era natural, se le iba acentuando con los años. Lo que no tiene género de duda es que le gustaban a perder mucho más mientras más jóvenes y más bonitas. ¡Cosa más rara!...

El juraba y perjuraba de que la cosa no pasaba de ahí, y que si gustaba de ellas era como puede uno gustar de una flor, de una piedra preciosa, de una planta bien delineada y construída... de cualquier otra cosa, en fin, bella se entiende, de la naturaleza: pero ni él mismo podía explicarse la razón por qué se le llenaba la boca de mieles cuando les hablaba y de ternuras la voluntad cuando alguna le tomaba por su consejero o confidente. Era el mayor favor que podía hacérsele: entregándose tan de lleno a las exigencias de su papel, que se sentía capaz hasta de calentarles las tenacillas.

—¡Sí, hija mía! Lo que tú quieras.

Eso de que un corazón virginal depositase en él un secreto, como si se tratase de un confesor, o le confiase una pena como pudiera hacerse con un padre, escogiéndolo como quien escoge entre millares de entre todos los hombres prudentes y los amigos buenos, cosa era que le henchía el alma de gratitud y el pecho de entusiasmo por la que lo distinguía con su confianza; llegando hasta parecerle joven aunque pasase del in-

vitatorio (1), y un serafín del trisagio, aunque fuese la estampa de la heregía que le mostraba.

La confianza ya no tenía para él edad y sexo... Sus confidentes dejaban de ser mujeres para ser sus amigas, a quienes había que servir de cabeza, defender a capa y espada, celebrar a troche y moche, aun en trueque de provocar las iras de la Doctora, y sobre todo, querer y gustar de ellas.

—¿Quién? ¿Fulana? ¡Preciosa! ¿Escultural!... ¡Para saltársele a uno las lágrimas!

—¿Y esa?—solía decirle la Doctora con las de Caín—¿no se ha vestido de largo todavía?... Porque para tí, por lo visto, ninguna ha hecho todavía la primera Comunión... ¡Dios, y qué viejo más indecente!

—¡Eh! ¡Alto ahí! Cuidadito con hablar de partidas de bautismo, pues si yo soy un viejo, la que me lleva tres meses no debe tener nada de joven. Menos pedradas al tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio, y me parece que no es faltarle a nadie decir

(1) Los cuarenta años.

que la muchacha (la que fuera) está hecha un primor. ¿Tú has visto como está?

—¡Bastante hemos hablado!

Figúrese el lector, por consiguiente, lo que sería para el doctor su encuentro con Maravillas: mujer, joven, bella sobre todo encomio, hija de un amigo y como hermano, malquerida por todos los de la casa, a excepción de la Marquesa, y sobre todo: de la finura de sentimientos y de la grandeza de alma que había dejado entrever en su propuesta.

Pues bueno: a ver si podía constituir pecado ni venial siquiera, según él, prendarse perdidamente de una criatura así; tomarle cariño como de padre y hacerse violencia para no darle un abrazo y un chaparrón de besos aunque fuese en mitad de la calle de las Sierpes.

Porque con ser tan dado a la belleza física, todavía lo era mucho más a la belleza moral. Y aquí: aquí sí que dejaba de gustar de la mujer, más o menos hermosa, como de una de tantas cosas bellas como hay en el mundo, para sentirse enamorar y subyugar hasta volverse tarumba por todas esas he-

roinas de nuevo cuño... de todas esas santas como hay por ahí, sin altar... ¡de todos esos ángeles sin alas, que hacen del mundo y de la vida una especie de escala de Jacob por donde van y vienen, bajan y suben como los del sueño del patriarca fugitivo en los campos de Betel!

Sí señor: hay muchas almas grandes en el mundo, mujeres sobre todo. Mártires del deseo cuando solteras, porque no acaba de llegar el hombre soñado... Mártires de la fidelidad conyugal cuando casadas, porque el que llegó no era el que tenía que llegar, y si lo pareció en un principio, se resolvió en muy otro al poco tiempo... Mártires del esposo o de los hijos, pero mártires siempre, con la sonrisa en los labios, las más de ellas porque no columbre «la otra» que son desventuradas...

¿Y aún habrá quien a sabiendas las haga llorar? ¡Ah! quien hacía llorar a una mujer estaba juzgado.

Saque de aquí el lector la ojeriza que llegaría a tomar el médico a todos los de la casa, persuadido como lo estaba del incuo

tratamiento de todos ellos con la huérfana de su amigo.

¡Ah! luego era verdad lo que le había zumbado en los oídos, de que el pan que se comía la infeliz estaba amasado con lágrimas! ¡Luego eran ciertas las hablillas que corrían por la ciudad, del secuestro de la Marquesa, hasta el punto de ignorar lo que estaba pasando a su alrededor, o sea: el martirio lento que estaba tolerando la inocente!

Pues bueno: allí estaba él para sacar la cara por los fueros de la justicia. ¡Así! para defenderla de aquella tan cruel como sorda persecución, (y el médico sentía en las entrañas algo así como sacudidas de paternidad) incluso exponiéndole el caso a su mujer y llevándose a su casa, si era preciso, aquella hija suya de su alma, tan buena, tan heroica, tan joven... ¡y tan bonita!

¡Cuidado con los ojazos que se traía la nena!...

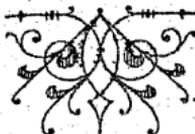
¿No era Góngora el que decía:

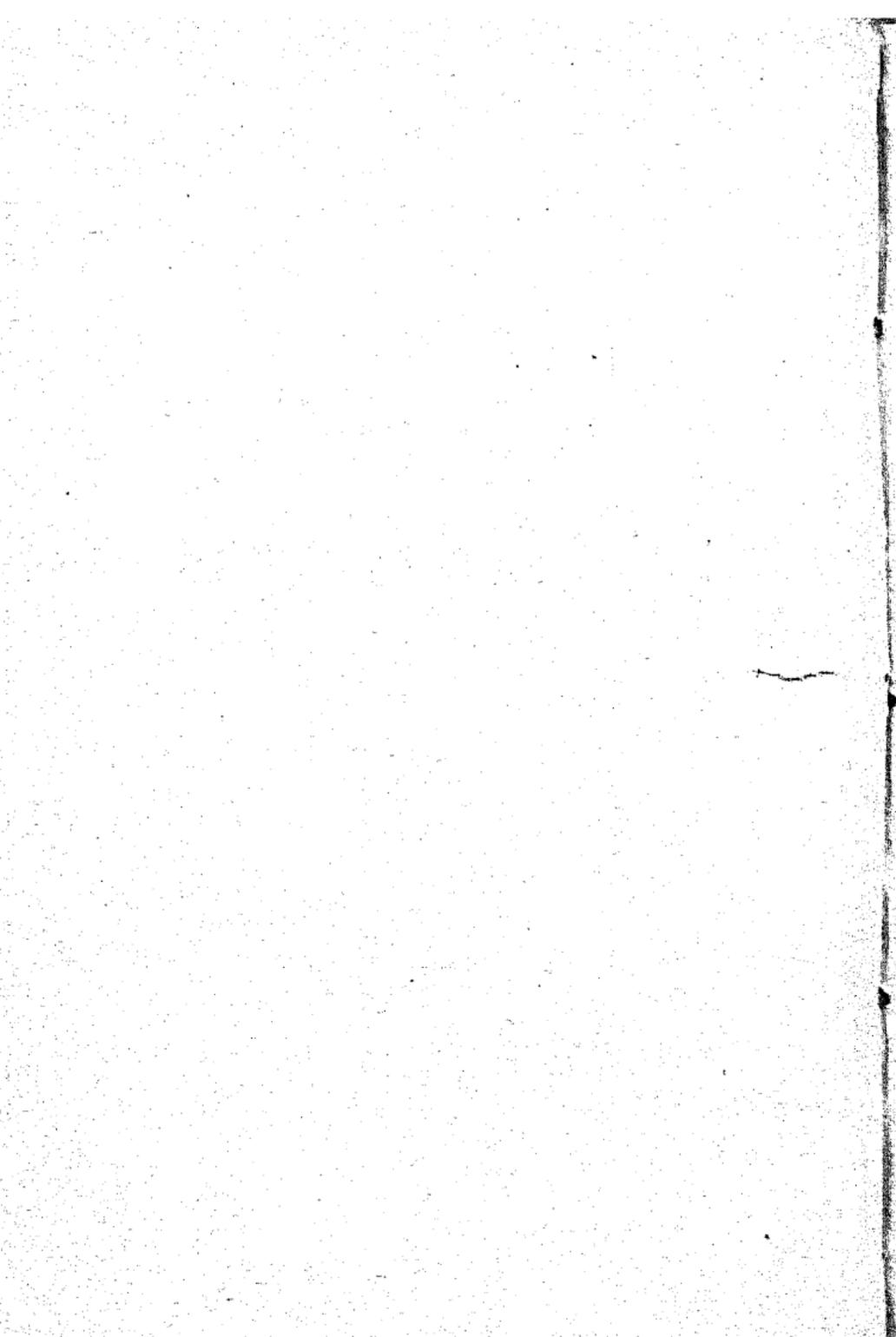
Los ojos con mucha noche?

Pues en verdad que había presentado los ojos de Maravillas.

¿Tú te has fijado, Angeles, en los ojos que se trae la sobrinita de la Labrantfosa?...

—¡Ay: es verdad: dispensa!







CAPÍTULO VI

Un ratito de mística.

— ¡Todo lo que usted quiera, menos eso! Primero, porque es mentira, y ya sabe usted lo que decía San Agustín: que si con sólo una mentira venial fuera posible dejar limpio el purgatorio, ni aun así sería lícito decirlo. Y segundo, porque eso sería ostentar yo una aureola de heroína, que había merecido otro. Además, yo soy hija de obediencia y no puedo tomar de por mí ninguna determinación. Yo me debo al Instituto. Y así como no puedo desdorarlo en lo más mínimo con mi conducta, así tampoco puedo vestirlo con plumas ajenas.

—¡Pero si usted no tiene que decir nada!...

—¡Sí! ¡nada más que consentir que mientan los demás!.. Que me tomen por heroína, no siéndolo, y faltar a la obediencia, obrando por mí y ante mí..

—Pues llamaremos a la Madre y le pedimos permiso... ¡Verá usted como yo la convenzo! ¡Propongo algo malo?

—Simular no es nada bueno. Y arrogarse virtudes que no se tienen, con menoscabo de quien ha puesto la obra meritoria, ya ve usted. ¡De eso a robar no va un paso!

—Pues entonces, Dios mío de mi alma ¿de quién se vale una? Porque que esto hay que hacerlo es indudable. Y como se enteren de que soy yo quien va a hacerlo, o no me lo consienten de ningún modo, o entonces si que me hacen la vida imposible....

¡Ande usted, hermana!: ¡por lo que usted más quiera en este mundo! ¡¡por el amor de Dios!!

—¡Ni aún por el amor de Dios se puede hacer lo que no debe hacerse! No se puede hacer el mal, ni aun por buscar el bien. ¡Diga usted siempre la verdad, que con la ver-

dad se va a todas partes!... ¿Qué teme usted? ¿Que lejos de agradecersele y de estimársele en lo que ello vale, la mortifiquen?... Pues hija: ¡bienaventurados los que padecen persecución por la justicia! Mientras más mal pago nos den las criaturas, más y más bien nos pagará nuestro Señor. Cuando los hombres nos pagan el bien que hacemos, ya hemos recibido nuestro merecido.

¿O es que le duelen a usted más los arañazos que puedan darle en su amor propio, que las tiras de pellejo que le tienen que arrancar en su carne?... ¡Vaya, hija mía!: que tiene usted un amor propio muy fino y es menester darle sus malos ratos.

Una usted al sacrificio visible de su carne el sacrificio invisible de su amor propio, y así será usted hostia perfecta.

Dice un místico (en algo hemos de emplear la noche) que el cristiano perfecto debe ser como el templo del Señor allá en la antigua ley: que tenía dos altares: uno, exterior, en el atrio, donde se degollaban las víctimas; y otro interior, donde se quemaba el incienso. Así debemos ser los que somos de Jesucristo nuestro Señor: un templo

con dos altares: uno en la parte exterior, con la mortificación de nuestra carne pecadora: y otro interior, en nuestra alma donde le sacrificamos nuestra voluntad.

Ya lo dice el Santo Evangelio: «mejor es la obediencia que las víctimas.» Y quien dice obediencia, dice inmolación del amor propio... y de todo lo que tenemos que reducir a humo de incienso, para agradar a Dios, rindiéndole el sacrificio de adoración suprema, que merece por parte de toda criatura.

—¡Pero qué repicotería, Madre mía! ¡Que la hace a una un ovillo, como la déjen hablar!...

—Sí, hijita mía: el mismo que aconseja en el Santo Evangelio que se ayune con la cara lavada y la cabeza ungida; que se ore a puerta cerrada y en lo oscuro, y que se haga la limosna de suerte que ni la mano izquierda se entere de lo que hace la derecha, dice también muy claro: «así brille vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Dios que está en los cielos»... Nada de obrar por vanagloria, ni poner la puntería en el humano aplauso, como los hipócritas

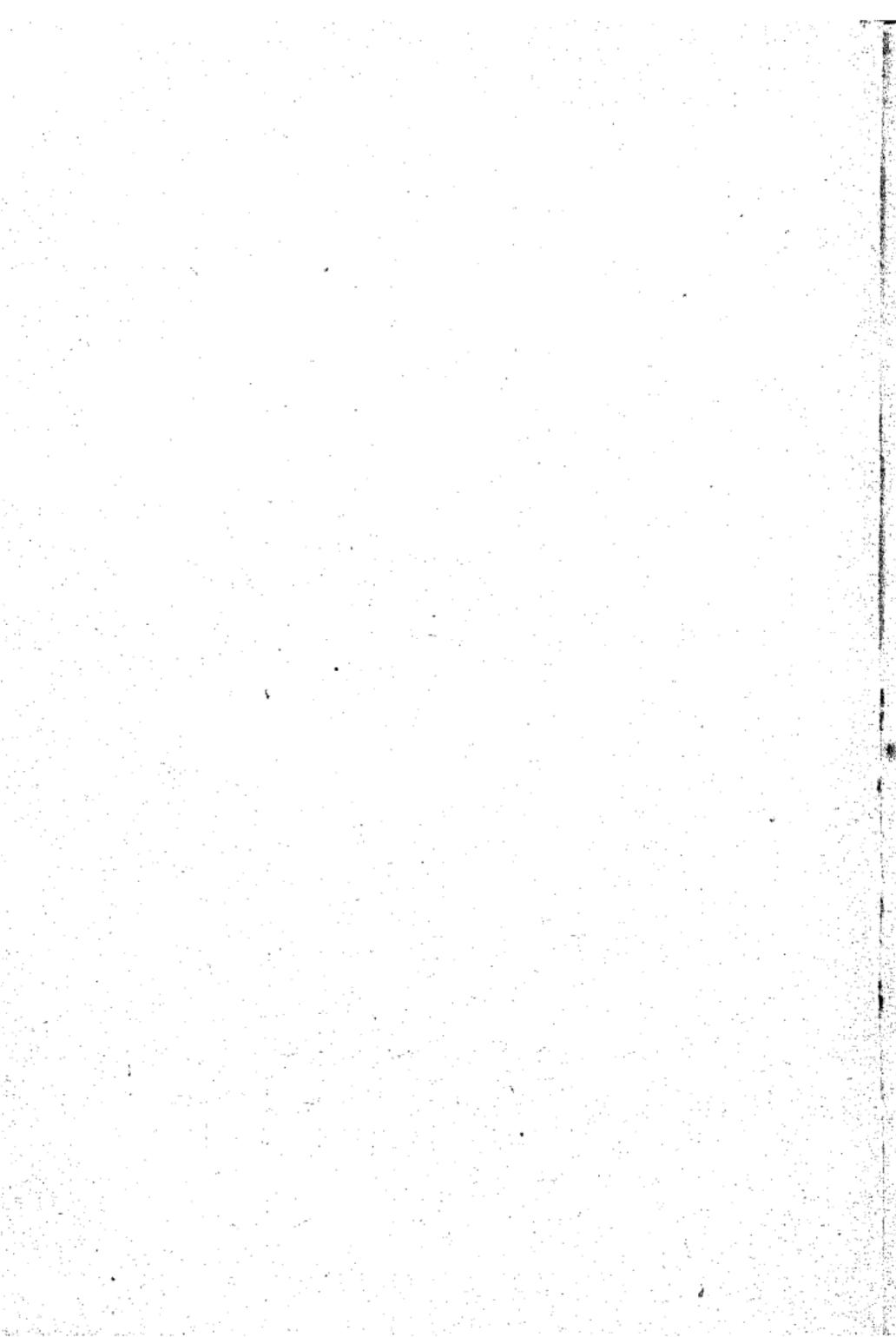
cuando oraban en las plazas y hacían la limosna a son de trompetas... ¿Que nos ven y nos aplauden? De Dios es todo bien, y a El, y solo a El, todo honor y toda gloria... Lo del salmo: «no a nosotros, Señor, no a nosotros: sino a tu nombre la gloria.»

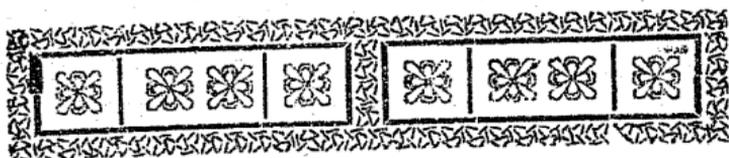
—¿Vaya que no sabe usted lo que estoy pensando?

—¿...?

—Que en lugar de llamarse San Felipe, debiera usted llamarse Chilindrinas... ¡Lo que sabe este cuerpo!







CAPÍTULO VII

En que dan ganas de decir: librenos Dios de caer en manos de un novelista.

Y hora es ya de tomar el escalpelo y hacer un poco de disección en el alma de nuestra protagonista.

Aunque cualquiera, que la haya seguido en su historial, la diputaría por santa, Maravillas no era santa ni mucho menos. Lo primero que hay que exigir en los santos es el móvil sobrenatural de sus acciones, y el móvil de las acciones de nuestra biografiada distaba muchas leguas de lo sobrenatural y lo divino.

Quizá y sin quizá, hundiendo sin compasión el escalpelo, lo primero con que tropezaríamos en su alma sería con un amor propio quintiesenciado y superfino, que nos diera la solución de todo su problema psicológico: amor propio que la hacía horrorizarse ante la idea de que la pudiesen juzgar interesada, y amor propio que la traía de cabeza, a fin de precaver todo peligro de la menor censura, de la reprensión más leve.

Con un altísimo concepto de la propia dignidad—influencia de la educación de su padre—la posibilidad de ser mirada como comerciante de sí misma—eran sus palabras—constituía para ella una obsesión. No sólo quería ser desinteresada, sino parecerlo, por donde, antes consentiría que se dudase de su decoro, que de su desinterés.

Le gustaba a ella tanto, ¡pero tanto! compararse a sus solas con sus primos y verse incontaminada en ese punto, que casi llegaba a la soberbia satánica de la oración del fariseo del Evangelio: «Os doy gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres y como ese publicano»...

Porque hay almas por ahí, y Maravillas

era una de ellas, para quienes los malos ejemplos de los demás, lejos de servirles de piedra de escándalo, se les convierten en estímulo o acicate para darse a la virtud con más celo y ahinco. Pues basta de media vez que vean practicado tal vicio o tal defecto por cierta clase de gente, para hacer los imposibles, con tal de no parecerse, ni con cien leguas, a aquellos que los practican... Almas enamoradas de la virtud, quizás más que por lo que la virtud tiene de hermoso, por lo mucho que de repugnante tiene su opuesto, sobre todo: ejecutado y «vivid» por quien lo ejecuta y «vive»... ¡De eso a las renunciaciones de la humildad cristiana!...

Y aquí de sus grandes luchas consigo propia: querer ser agradecida y parecerlo, y conjurar toda ocasión y peligro de que por adulatora y vividora se la tuviese... ¡diferenciarse *toto coelo* de todos los de la casa! pero sin humillarlos lo más mínimo, a fin de que no se exasperasen contra ella... Le dolía tantísimo el desamor, que era apuñalarle el alma una sola mirada de desdén, cuanto más de malquerencia, como las con que tropezaba por todas partes.

Otra cosa no de santos: este desmedido afán de ser querida; esta preocupación constante del concepto ajeno; este soberano mentís a lo de *pati et contemni*, «padecer y ser despreciado,» de San Juan de la Cruz, en que estriba la quinta esencia de la mística.

Padecer, aunque, claro, le dolía, no le importaba cosa mayor. Pero, amigo: con ser despreciada, mal mirada siquiera, no podía transigir en su amor propio, y de ahí el secreto de su impecabilidad.

Al Cura de Pimpollares, que era su director y que siempre que venía por Sevilla le daba un pasavolante en el confesonario, se lo dijo una vez, abriéndole de par en par el sagrado de su conciencia:

—Aunque no tengo lengua para alabar a Dios, por su providencia para conmigo, crea usted que se puede perdonar el pan por el coscorrón. Estar a cara de nadie es una cosa [pero muy triste] y no le quiero decir a usted cuando hay que estar mirándosela a tantísima gente, como una.

Cierto que después de todo yo no tengo que ver más que con tía Flora. Pero, como

la otra es también mi tía, lo mismo que ella, no quiero en mi soberbia dar lugar a que imagine nadie que venero a la rica, porque es rica, y que desdén o tengo en menos a la pobre, porque es pobre... Así es que las trato lo mismo, aunque a la una me lo dicte el corazón y a la otra la cabeza, y la una me lo recompense con amor de madre, porque más buena mentira, y la otra me corresponda con un despego que me deja helada. ¡Disimula tan poco!...

A los primos, aunque me esfuerzo por quererlos, todo lo que consigo es no odiarlos. Devolverles bien por mal en todas las ocasiones que se presentan y hasta ponderándole a mi tía lo buenos que son conmigo: pero quedándome en el corazón un desasosiego muy grande por si esto será ser hipócrita y embustera, siendo así que me traen por la calle de la Amargura.

Claro está que si mi tía se enterase de la misa la media, pondría correctivo, pues cuando hay que echar la voz gorda, ¡vayan con Dios los sochantres de la Catedral. Pero como delante de ella me tratan con corrección, y hasta a veces con cariño, la

señora ni barrunta mi calvario ni lo amargo y reteamargo del pan que estoy comiendo.

¡Me doy cada cascada de llorar!...

Algunas veces, en que ya no puedo más, porque la carne es flaca y el demonio no deja parar a una, hasta me he ido en busca de mi tía a ponerla en antecedentes de lo que ocurre. Pero el concepto de mi dignidad se me rebela ante la bajumbra del papel de «acusona», y aquí me tiene usted como el médico a palos: santa a la fuerza: dejando que me crucifiquen a mansalva, sin rechistar; y todo por este condenadísimo amor propio, que me hace sufrir por mí misma lo que acaso no fuese capaz por sólo Dios.

—Bueno: pero lo cierto es que lo haces: ¿no es verdad?

—Sí señor: aunque a regañadientes y a testarazos y como la que se toma una medicina.

—Pues bueno; ya que lo haces, que es lo más arduo, procura purificar la intención y supernaturalizar lo que haces. No contentarte con sólo la plata, digámoslo así, de la obra buena al natural y por miras terrena-

les, sino darle el baño de oro de la gloria de Dios, por la que debemos hacer todo lo que hagamos, siendo así que no nos crió el Señor para nosotros, sino para Sí, según aquello de los Proverbios: «para Sí hizo el Señor todas las cosas.»

¡Se pierden tantas obras buenas en el mundo sólo por falta de miras sobrenaturales en quien las pone! ¡Se desperdician tantos que pudieran ser merecimientos a los divinos ojos, sólo por no enderezarlos a la gloria de Dios, que es una lástima el que quede sin opción a la divina recompensa lo que, hecho por Dios, merecería a ojos cerrados la bienaventuranza!

Ya ves: el vaso de agua fría, que según el Santo Evangelio merece el cielo, no lo merece ni por ser agua, ni siquiera por aplacar la sed del que lo recibe. ¡El merecer premio tamaño una obra tan insignificante, es por el nombre de Dios en que se da!

Así pues, purifica, hija mía, tu intención y diviniza, vamos al decir, la finalidad de tus obras. Y esos padecimientos que estás tolerando, dejarán de ser bellas... tontadas de un alma noble (que quedarían recompen-

sadas cumplidamente con un aplauso), para ser inefables heroismos de un alma cristiana, que mereciendo quizá la rechifla de los hombres, obtendrán ciertamente ¡dogmáticamente! la corona de justicia que esperaba el Apóstol, del que es justo Juez. . . Lo que se hace por Dios, Dios lo paga, por pequeño que sea... Lo que no se hace por El... no tiene por qué pagarlo.

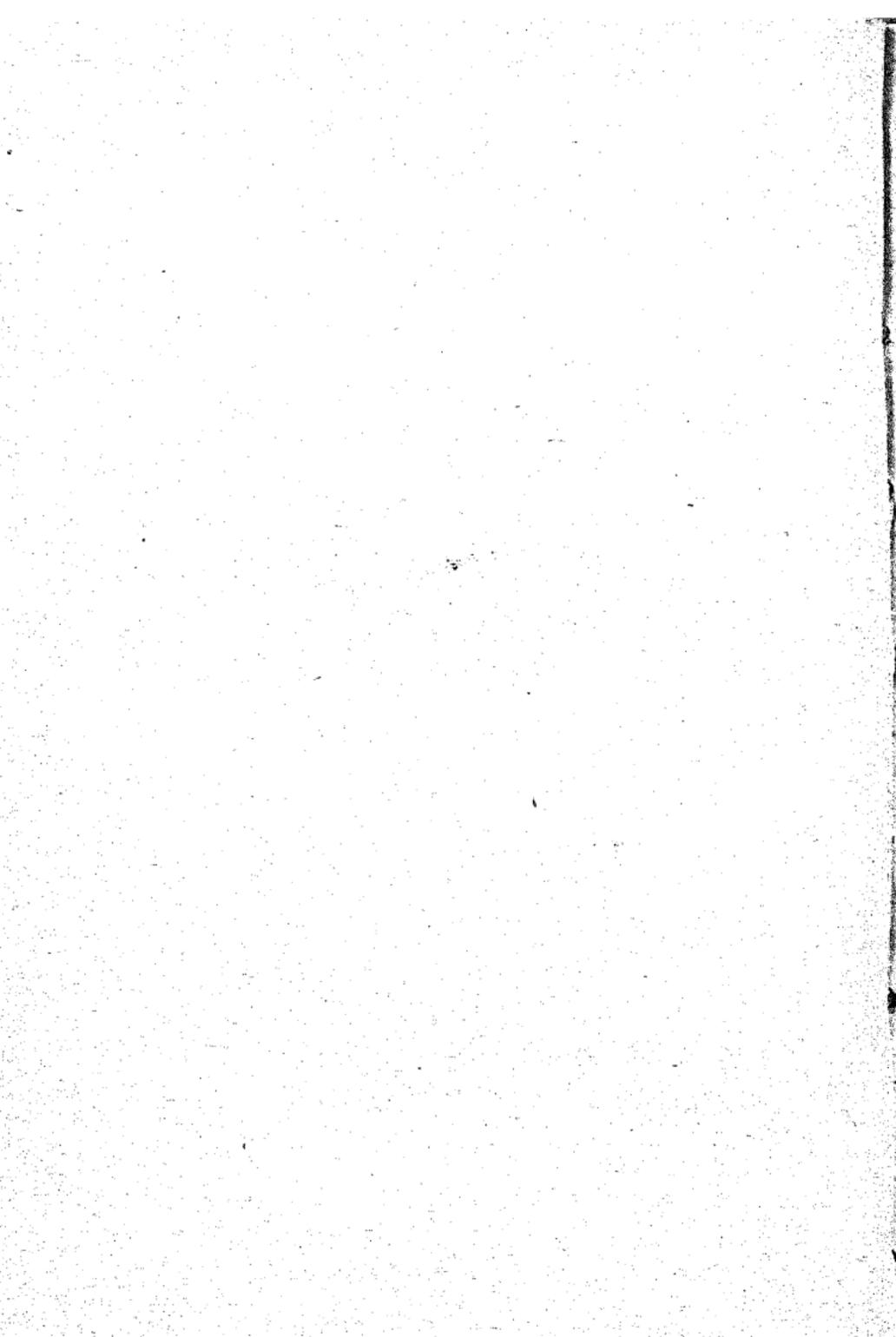
Conque a dorar a fuego en el horno del divino amor toda esa plata labrada de tu honrado proceder, y a no contentarte sólo con ser buena... Sobre la bondad está la santidad, como sobre la naturaleza está la gracia y sobre la tierra, el cielo... ¡No murió, ciertamente, Jesucristo en una cruz, para que hubiese en el mundo sólo hombres de bien! ¡El fin de la Encarnación es algo más que despoblar presidios!... El fin de la Encarnación, y de la Redención por consiguiente, es la santificación de los hombres: «y vosotros sed perfectos, como perfecto es el Padre celestial»... Todo está escrito, hija. Lo que falta es... jorobarse y cumplirlo.

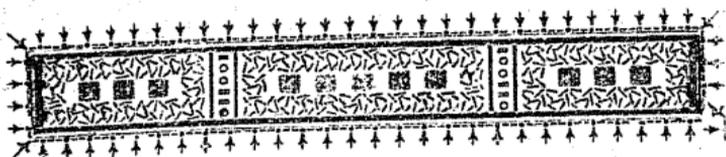
Reza en penitencia de todo lo confesado tres Ave-Marías a la Santísima Virgen de

los Dolores, en memoria de las tres horas que estuvo al pie de la cruz; y con dolor de todos los pecados de tu vida y propósito de la enmienda, reza el Acto de contrición.

Misereatur tui Omnipotens Deus...







CAPITULO VIII

A Roma por todo.

—¿Carlos?

—¿.....?

—¿Se puede?...

—¡Pasa!... ¿Qué hueso se te ha salido de su sitio?

—¡Ninguno, hijo, gracias a Dios! Hablar contigo de la operación de tía.

—¿Tanto te importa?

—¿No ha de importarme, hombre? ¿Es quizá un perro?

—Pues bueno: dí.

—¿Se ha encontrado la piel para el injerto?

—¡En eso está pensando la humanidad!
¡en sacrificar el negro de una uña por su
prójimo! ¡Voy a eso!

—Pues yo... cuento con quien propor-
cione toda la que sea precisa.

—¡A ver, a ver!... ¿¿¿.....???

—¿Me guardarás secreto? Tan sólo ba-
jo tu palabra de caballero: ¡así! ¡bajo tu pa-
labra de caballero de que no ha de saberlo
ni la tierra, es como te lo digo! Así, pues,
tú dirás.

—Pues bueno: mi palabra de caballero,
de que la cosa no sale de entre los dos...
¿Quién es ese buen alma?

—Una mujer... que dice que está muy
agradecida a la señora, y ha estado a pro-
ponérmelo.

—¿¿A tí... y no a mí??...

—¿Qué quieres? A la cuenta ha tenido
más confianza conmigo. Pero, en vista de
lo que tú eres en la casa, a tí se te propone
antes que a nadie.

—¡Ah, yal... ¿Y qué pide por eso?

—Pues juramento de que nunca habrá de
saberlo la señora.

—¡Cosa más rara!

—Dice que le debe tanto mas cuanto y que le quiere corresponder de esa manera.

—¡Pues créete que no caigo en quién pueda ser esa persona que deba tanto a tía!... ¿Quién es, si puede saberse?

—Como descanso ya en tu palabra de caballero, y ahora en tu juramento de cristiano, de que tía no habrá de saberlo ni ahora ni nunca, (me lo juras ¿verdad?)

—¡Por esta santa cruz!

—¡Bésala!

—¡Míralo!

—Pues.... tu prima Maravillas.

—¿Tú???

—La misma que viste y calza.

—Y ¿porqué ese juramento de que no ha de decírsele ni ahora ni nunca?

—Ahora, para que en su delicadeza no vaya a no consentirlo. Y nunca, para que no se crea ni siquiera en el deber de agradecerlo.

—¿Pero...

—Alguien lo tenía que hacer. Y, como el más obligado para con ella soy yo, quiero hacerlo y lo hago, si tú, apoderado suyo, me lo consientes.

—¡Pues, hija de mi alma!—prorrumpió.

el mayordomo, realmente conmovido ante aquellas sublimidades, expuestas con aquella sencillez.—¡¡Dios te lo pague, Dios te lo pague!! Pero, como además de lo que eso tiene que merecer ante Dios, (y conste que no tengo nada de beato) yo le había puesto precio, de acuerdo con Alburquerque, dispón para tus gastos., para alfileres... ¡aunque no sea más que para los pobres!, de tantos miles de duros, como centímetros suministres.

¡Ay no, hijo, no! Sin que lo tomes a des-
plante, mi carne ¡un pelo de mi cabeza! no
hay dinero en el mundo para comprarlo...
Yo me doy, por cariño y gratitud, toda en-
tera si es preciso. Venderme, no me vendo.
Si Dios me lo quiere pagar, que me lo pa-
gue: y, si tú, apoderado de la señora, te
crees en el deber de remunerármelo de al-
guna manera, remuneráramelo con lo que va-
le para mí más que la plata y más que el
oro...: ¡con un poquitito de cariño!... ¡Que
cese esa hostilidad con que me recibísteis y
ese helado desamor con que me tratáis!—Y
la probecita se echó a llorar.—Yo no he
venido a hacerle sombra a nadie, ni a pu-

jarle la plaza, ni a desbancarlo .. He venido a recibir una limosna de quien tiene de sobras para darla y se la da a manos llenas a todo el que se la pide. De aquí mi irrevocable decisión de que ella no lo sepa jamás ni nunca: no sólo para que no vaya a pagármelo en especies, pero ni en gratitud... ¡Descargarme ante Dios y ante mi conciencia, siquiera un poquitín, de tantísimo ¡tantísimo! como le debo, es todo lo que busco!

—Pero eso ¿cómo va a hacerse, sin que ella se percate, si eso hay que hacerlo en la misma habitación?

—¡Pues en el cuarto de baño, que está tabique en medio del dormitorio!... ¿Es preciso quizás que el operado esté viendo a quién y cómo se le arranca la piel?... Alburquerque, la Sierva y yo nos metemos en el cuarto y ¡adivina!... Más aún y aunque yo me tome atribuciones que no tengo: ¿a qué santo tiene ella que enterarse de que se le va a injertar piel de este ni del otro?... Yo entiendo que lo mejor sería hacerle la cura, sin que ella se diese cuenta de lo que era... ¿Por qué decirle que se le va a injertar piel y no que se le va a aplicar una ga-

sa... o... un tafetán?... ¡Ya ves: hasta se le ahorraría a la infeliz la repugnancia que dará de que le cosan a una carne de otro! ¡Beeeer!... ¡Qué asco!...

—¿Sabes, nenita, que tienes mucho talento?— exclamó el primo encantado.

—¡Tomadura de pelo, no; ¿sabes?!... Yo no tengo talento, ni lo he tenido nunca, ni lo necesito, después de todo... Las mujeres, con que tengamos corazón tenemos bastante.

.....
—¿Se puede?...
.....

Y entró Albuquerque.

Tan atinado pareció a Carlos el plan de Maravillas, sobre todo, el que la Marquesa no se percatase de la cosa, que se aceptó por todos sin rechistar, aunque con insistentes meneos de cabeza, por parte de la viuda de Almonasterio, que no se fiaba nada de grajas peladas. Se hizo traer a escape una cama de operaciones que se colocó a toda prisa en el cuarto tocador y antes de un cuarto de hora todo estaba consumado.

—Que no, que no, y que no; —empezó a

decir a su hijo con grandes aspavientos la Viuda, alenterarse de que Alburquerque disponía que se trajese de su clínica una mesa de operaciones.—Todo se sabe en el mundo, lo mismo lo bueno que lo malo, y lo que hay que pedir a Dios es que una cosa no sea, pues como llegue a ser, ni en tanto así, tarde o temprano se tiene que saber, y hasta lo mismo que no es ni ha sido nunca pasa muchísimas veces como cierto, solo con que se diga. Que no, que no y que no.

La cosa es que Alburquerque lo sabe ya y la Sierva también está al cabo de la calle. Venirnos, por consiguiente, ahora nosotros con una prohibición, es cantar la palinodia, como quien dice, y dar un cuarto al pregonero, de por qué se lo prohibimos. Déjala. En nosotros está que la otra no se entere ni ahora ni nunca, haciéndole de esta manera infructuoso su sacrificio.

—Pero ¿de verdad no ha habido más remedio que el injerto de piel, ni nadie se ha prestado más que ella?

—Ya tú lo has visto. Ni Trinidad la planchadora, ni Reyes la costurera, con tantísi-

mo como le deben la una y la otra, han abierto el pico.

—¡Como que qué mundo éste! ¡Es que no puedo con las ingratitudes!.. ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! Ponte a darles a manos llenas, hasta volcarles la casa, si es menester, y cuando llegue la hora de que los necesites para algo, ¡por otra puerta!... ¡Dios, y como está el mundo, y la gente, y tantísima sinvergonzona y chupetona que no la quieren a una más que para sacarle la cerilla de los oídos.. (Pausa)... Pues bueno: puesto que ella se me ha adelantado ofreciéndose, quiere decir que se lo aceptaremos y en paz... Pero que no vaya a creerse que pone ninguna pica en Flandes; pues, como yo se lo tengo que decir en cuanto me la eche a la cara, ya yo había pensado en ofrecerme y deseandito estaba coger a solas a Albuquerque para decírselo.

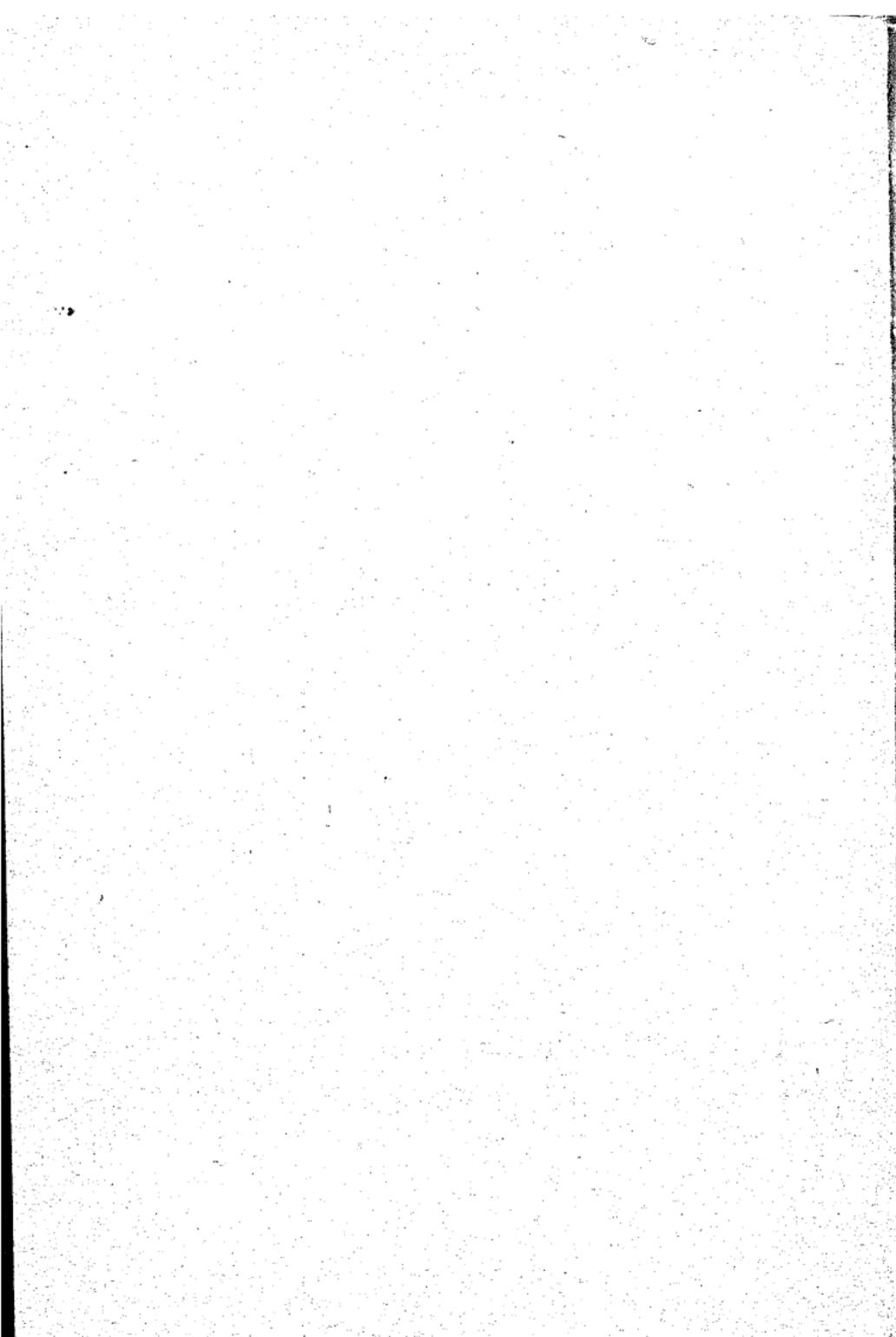
—Bueno, mamá: una cosa es que le vayas con esos cuentos a los criados y hasta, si a mano viene, a las visitas, y otra cosa es querer hacerme comulgar a mí con ruedas de molino. Ni tú has pensado jamás en sacrificar el negro de una uña, ni por tu madre,

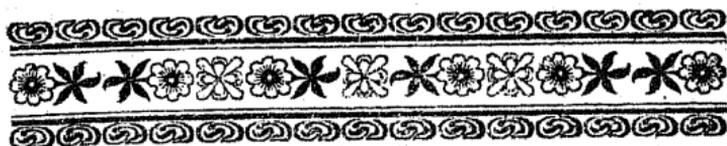
ni ese es el camino del Puerto. Así es que estás mejor calladita, que diciendo tonterías.

—¡Jesús, hijo! y que indirectas las que le sueltas a una!...

Y se fué hacia el lecho de la paciente, maldiciendo de todos los sobrinos agradecidos.







CAPITULO IX

Bien vienes, mal, si vienes solo.

«Mi queridísima Maravillas: Hemos sabido por los periódicos el triste accidente de tu tía, lamentando de todo corazón los tormentos que estará pasando la pobrecita y el disgusto consiguiente que habréis tenido todos.

Me imagino, dado tu modo de ser, todo lo que habrás hecho por aliviarla, con ese corazón tan hermosísimo que Dios te ha dado y esa manera tan fina que tienes de agradecer. Y a propósito de esto: por Dios no le mandes más regalos a tu hermanita, que bastante haces con querernos como nos

quieres. El cariño lo paga todo y deja la puerta abierta.

Aquí también hemos tenido un disgusto, que ha llenado a todo el pueblo de consternación. El pobre de tu compadre fué anteayer al coto de Valdebrujas, de montería con unos cuantos, y su primo Damián le dió un tiro en la cabeza, que por poco lo deja en el sitio.

Figúrate el dolor de los pobres padres y la desesperación de Damián al darse cuenta, pues lo tomó por un jabato y por eso disparó. Dicen que hasta se quería matar, al ver lo que había hecho, y gracias a que le quitaron la escopeta y lo encerraron en la casa del guarda, no hizo un disparate.

El herido está gravísimo y con la bala dentro de la cabeza. Donde no te quiero decir la ansiedad en que estamos todos los que lo queremos.

Tú, que tan buena eres, pídele a Dios que lo mire con ojos de misericordia, aunque no sea más que por estos pobres padres, que están los infelices como locos, al ver en peligro de muerte a este hijo tan bueno, y luego único.

Con recuerdos de mi madre y de Miguel, y muchos besos de tu hermanita, recibe un fuerte abrazo de esta tu amiga del corazón que tantísimo te quiere,

Maricruz.»

.....
Y un dolor: ¡un dolor... como de despeleamiento, pero de todas las entrañas a la vez!, sacudió a Maravillas de arriba abajo, nublándole la vista... atenazándole la garganta... ¡emborrachándola en hiell y haciéndole dar vueltas como loca, con la carta entre las manos...

¿Matado como una fiera aquel hombre tan bueno... ¡aquel amigo, como Dios no había hecho otro!... ¡aquel... compadre... ¡un cuerno retorcido de compadre! ¡¡Aquel... novio!! , como para volverse loca, pero loca ¡loquita de remate! por él?...

¿Qué hacía una, Dios eterno?... ¿Escribir a doña Cruz preguntándole y esperar a que contestara, o tomar el primer tren... o irse andando si ya no era hora... y verlo vivo o muerto... (¡ay no, por Dios! ¡muerto no! ¡Dios era muy padre, para no compadecer-

se de una soledad tan regrandísima, como la en que quedaría su corazón?!)...

¡Ay no, no, no!... ¡Dios apretaba; pero no ahogaba!... ¡Dios probaba a los suyos, pero no más allá de lo que los suyos pueden sufrir, y aquello era superior a todas las energías, aunque fuesen de un gigante!... ¡Aquello era... como para ahogar en hieles a todas las que hubiesen amado en este mundo!..

¿Qué hacer, Dios suyo?...

¡Sí! ¡no echar cuenta en la fiebre de reacción, que la estaba abrasando!... ¡Tomar el reloj de oro de su madre, que era su mejor alhaja, para ver si se lo querían admitir en la taquilla como precio del billete!... Si no lo querían tomar, irse andando por la vía... llegar a la cabecera del lecho del pobrecito suyo de su alma y ¡morirse allí con él, si llegaba a morir, o ir con él, descalza y pidiendo limosna, al Rocío... al Pilar... a Covadonga, ¡a la casa santa de Jerusalén! si se ponía bueno!...

Y abrió el cajón alto de la cómoda. Se prendió el velo de luto, que le daba aspecto de Dolorosa de Guido Reni, y se lo quitó al momento, horrorizada de su exaltación, de su locura...

¿Qué era ella de él en el mundo, para, decentemente, poder hacer aquello?..

¡Ni su hermana... ni su prima... ¡ni siquiera su novia en el concepto público, (testigo Doña Cruz, que le daba la noticia, sin ni barruntos de lo que había entre los dos)!... Su aparición, por consiguiente, en el pueblo y su entrada por las puertas del paciente sería... ¡qué vergüenza, Madre suya de su alma! un meterse por los ojos inaudito... ¡un pretender a un hombre ¡y en la agonía! sin precedente en la historia!... ¡un mentís a toda idea de dignidad y de decoro!...

¡Ah! ¿Por qué?... ¿Por qué éramos tan desgraciadas las mujeres, que no habíamos de tener libertad para nada... nada más que para morirnos en un rincón, sin derecho a exteriorizar nuestros sentires, aunque fuesen tan legítimos como el interesarse por un amigo, adorable ¡y adorado!?

Y sin enjugarse los lagrimones como puños que le corrían hilo a hilo por la cara hasta entrársele en la boca y amargársela como el agua del mar, requirió papel y lápiz, pues no tenía pluma ni tintero, y se puso a escribir sobre la cómoda con pulso de perlático:

«Sra. Doña María de la Cruz Almonte:

Queridísima amiga de mi alma: Su noticia de usted sobre el accidente de Manolo ha sido para mí una puñalada, que me ha atravesado de parte a parte el corazón.

No solamente es mi amigo, como usted cree. Sino... todo lo que puede ser un hombre para una mujer... de bien.

Nadie lo sabe, nada más que usted ahora, y eso por que lo necesito para que por todo lo que usted más quiera en este mundo y por Dios, en cuyo nombre se lo pido, me tenga al corriente de todos los trámites de la enfermedad y de... ¡Horror me da pasar de ahí!

Usted, que tanto ama y que tan bien sabe amar, compadézcase de esta desgraciada, que se ve como ni usted misma se vió nunca, y haga conmigo lo que usted hubiese querido que con usted hiciesen, de haberse usted encontrado en tan amargo trance.

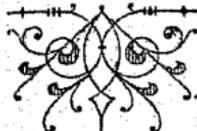
Escríbame por Dios todos los días y telegráfeme... No: no me telegráfie. Prefiero morirme de ansiedad a meter en sospechas a esta familia, que muy buena para conmigo

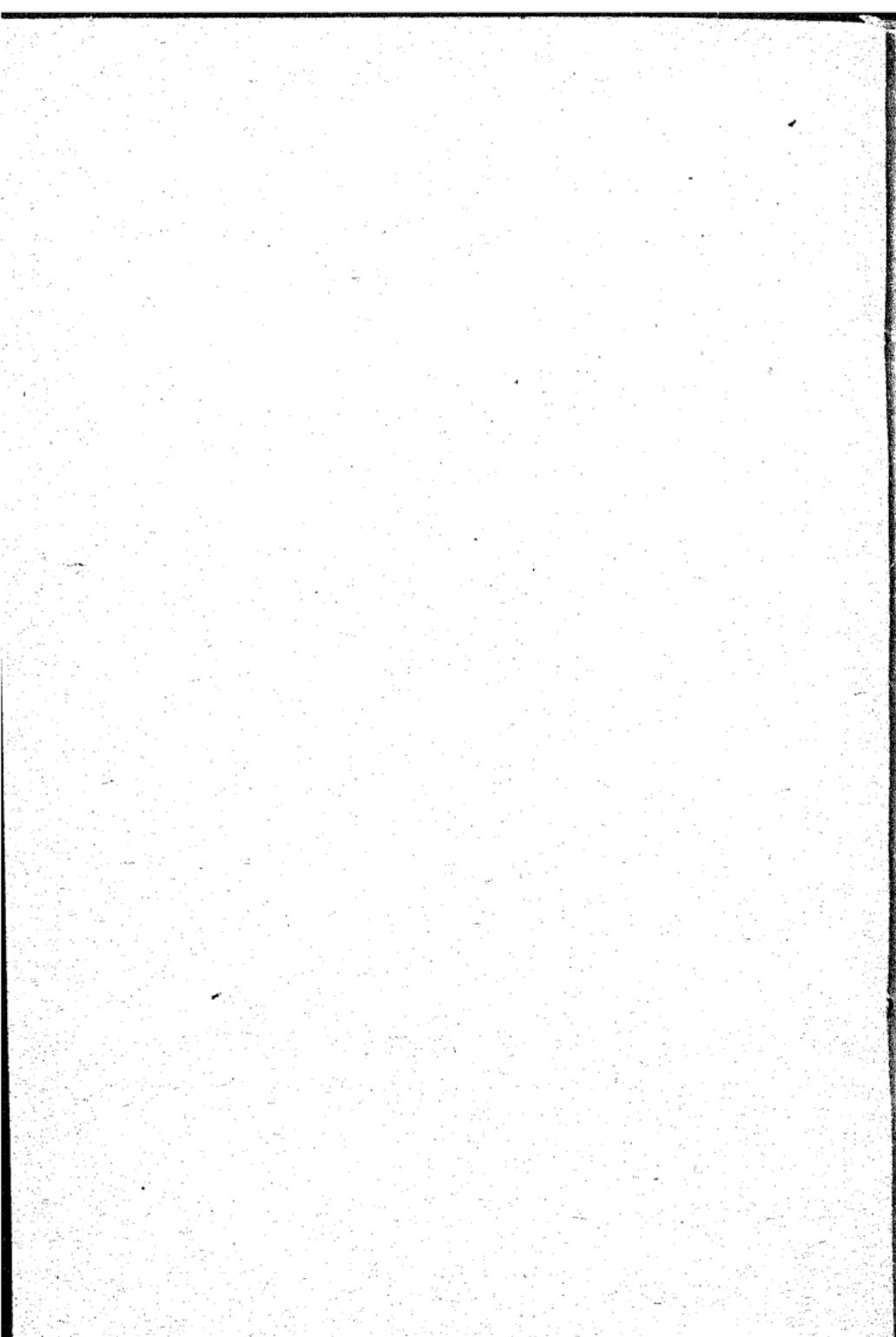
y todo lo que se quiera, habría de extrañarse de que yo recibiera telegramas.

En usted, pues, confío y en ese corazón tan de madre, que ha tenido para mí desde el primer momento de mi orfandad. Y con muchísimas gracias por su interés por el estado de mi tía, que ha mejorado algo, se despide de usted, hecha un mar de lágrimas su desgraciada hija,

Maravillas.

Mis recuerdos a Doña Juana y Don Miguel y un chaparrón de besos a mi hermanita. »







CAPÍTULO X

Aegri somnia.

Lo dijo el Hijo del hombre y su palabra no puede quedar fallida: aunque el espíritu esté pronto, la carne a lo mejor se nos declara enferma. Todos los bríos y denuedos y arriscos de Maravillas, hubo un instante en que flaquearon. Fué aquella tarde: la tarde de la carta, en que la fiebre diaria de reacción llegó a ser tan intensa, que la Sierva se creyó en el deber de decírselo a Alburquerque; éste la amenazó con echarlo todo a rodar, si no se metía en cama; la religiosa se la llevó a empujones, la ayudó a desnudarse y la acostó, como pudiera una madre hacerlo con una hija.

—¡Oigal... ¿Pero y las mantas?

—¡Por Dios, cállese usted!

—¿Qué había de callarme, criatura?...

¡Pase usted, señor Alburquerque!.. ¡Aquí la tiene usted sin cobertor, y diciéndome que me calle!

—¡Eres.... para matarte! ¿¿Por qué estás sin mantas??

—Porque... no me la han puesto por olvido, y me ha dado fatiga de pedir las...

¡Por Dios, que no se enteren, no vaya a ser peor!—Y lo dijo con un miedo en el acento y un terror en los ojos, que sus interlocutores se sintieron conmovidos.

—Haga el favor, Hermana, de decir a Don Carlos de mi parte que la señorita Maravillas está con fiebre y necesita más ropa... ¡Que le dé tres cobertores!... Y tú, aquí hasta mañana que yo vuelva. A líquido solamente, y a callar y a obedecer.

—¿Y si tía Flora me echa de menos en la velada?

—Se le dice que estás rendida de velar y que te has acostado por prescripción facultativa.

—¡Ay, no, por Dios!

.
.
.
La noche fué horrorosa: una pura pesadilla, desde el principio hasta el fin.

—¡Por Dios, hombre, Damián! ¡Cuidado con la escopeta!... ¿Tú no has oído decir que el diablo las dispara?.. ¿Vaya que haces una de las tuyas?..

A ver si mata usted un zorro, y me regala la piel, y me hago un boa ... Bueno: ¡mejor!... con eso me hago el manguito, y tengo ese recuerdo de mi compadre... Sí: *compadre* nada más!... ¡No, no: a mi tía no! ¡Me moría de vergüenza, si se enteraran! ¿Usted no ha oído decir que con el tiempo y la esperanza todo se alcanza?..

¡¡Dios mío! ¡lo que me daba el corazón!.. ¡Si ese demonio de Damián es loco de remate!.. ¿¿Qué has hecho, desgraciado?.. ¿¿Matarme mi corazón y mis entrañas??. ¡Doña Cruz! ¡Don Miguel!... ¡Un criado a Sevilla, volando, por Alburquerque, que es muy buen médico, y que se traiga a la Sierva!... ¡Aunque está muy mal herido, quizás podamos salvarlo!... ¿Piel?.. ¡Yo doy

cuanta sea precisa! ¡Así: lo liamos muy liadito en estos tres cobertores, y le escribo una carta a Doña Cruz con un escapulario para Juanita...

¿La bala?.. ¡Damián tiene la culpa, por haberlo tomado por un jabato!..

¿Qué vas a hacer, criatura? ¿Matarte tú?.. ¡A la casa del guarda con ese loco! ¡Tirad esa escopeta donde no la vea yo más!..

¡Mi velo!.. sí: sí: a liárselo muy liadito en la cabeza, para que le sujete tanta sangre... ¿Hilas?.. ¡Venda usted el reloj de mi mamá y compre hasta donde alcance!..

¡Manolo! ¡Manolo!! Yo: ¡su comadre!: que me he enterado ahora mismo de lo ocurrido, y he venido andando por la vía, a que vayamos andando a la casa santa de Loreto...

¿Le duele mucho, compadre?... Bueno: ¿te duele mucho, Manolo de mi alma?... ¡Por Dios que no se enteren de que somos novios, y Carlos, menos! Si acaso Doña Cruz, y eso para qué me escriba todos los días...

No: no me arroje usted a mí. A él que se está muriendo, de un tiro que le han dado

en la cabeza... Si acaso, lléguese usted a la capillita del Señor de los Desamparados y encargue usted una misa por su salud....

.....
¡Compadre (digo) Manolooo!.... ¿Te duele mucho, alma mía? ¡Por lo que tú más quieras en el mundo, contéstame por Dios!..

....—*¿Amo la vita?*—.....

Pues lo que es yo no la amo ni tanto así, si no ha de ser contigo... De modo que ponte bueno, o que Dios me recoja cuando quiera...

¡Ande usted, Sor!: que mi hermanita reece con usted, pues ni cabeza tengo para rezar, y las oraciones de los niños son muy gratas a Dios... Anda, mi alma: por la señal...

¡No, no, por Dios!.. ¡muerto no! ¡Eso habrá sido un síncope!.. ¡Dios es muy padre, para no compadecerse de un dolor tan amargo, tan infinito!..

¡Ande usted, Albuquerque, papaito!.. ¡Sáquele usted la bala! .. Si acaso, que la Sierva le dé su crucifijo, para que lo tenga en la mano durante la operación y no le duela tanto...

¡¡Por el amor de Dios, cuidado con ese hombre: ¡que el que hace un cesto hace ciento!!!

¿¿Otro tiro, cruel?? ¡Tú si que eres un jabato! ¡¡Un tigre sin entrañas!.. ¡Ea! ¡Ya se acabó! ¡¡Trae para acá esa escopeta! ¡No oyes que me la des?.. Bueno: ¡apúntame a mí, pero a mi compadre, no!.. ¿No ves que es mi.... compadre?

¡Sí! ¡sí! ¡eso es lo mejor!: ¡el automóvil de Don Miguel, y a Pimpollares!.. ¡A su casa, que para eso la tiene..

No se alarmen ustedes, por Dios, que no ha sido nada..... ¡¡Por Dios, no llore Vd. de esa manera, que se va a despertar! ¡Viene dormido! ¡Sí: dormido nada más!.. ¡La sangre?... ¡De un jabato, que tiró el atolon-drado de Damián, y se refugió en el puesto de Manolo y me lo llenó todo de sangre!.. Eso no es nada, eso se le refriega con mi velo de luto... y se pone a secar encima de mi sombrilla... Una vara de nardos, pintada por él, a la acuarela... Si que pinta muy bien... Pues todavía escribe mejor. ¡Pone unas cartas.....

¡No, no!: ¡telegramas no!.. ¿Para que en-

tren en sospechas, y me amarguen la vida más aún?

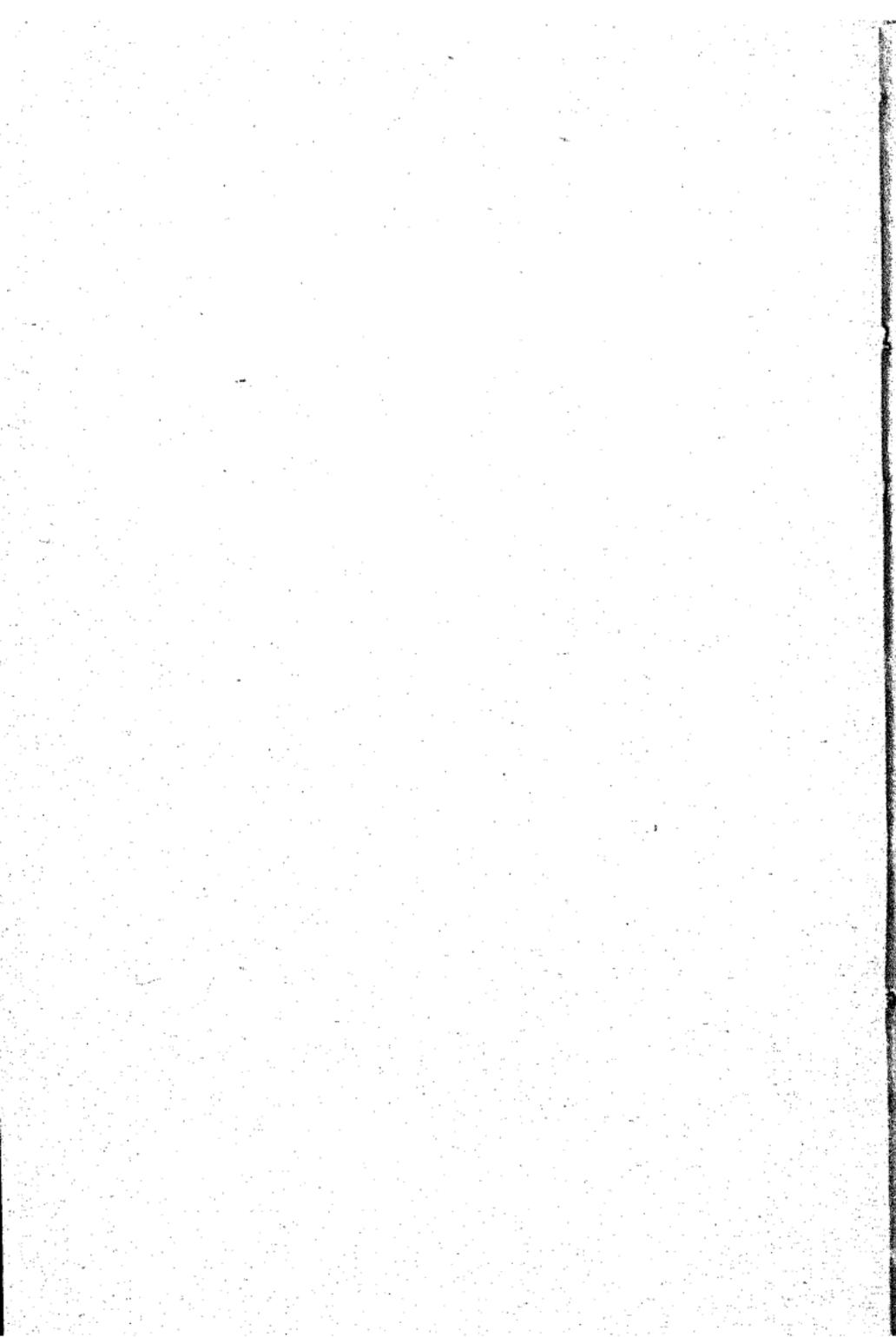
Sí que me quieren mucho y son muy buenos... Eso de que no me quieren, hablarías...

.....
 Y así toda la noche, cuan larga fué, hasta allá a la madrugada, en que remitió la fiebre y cesó el delirio. Tanto, que cuando el médico volvió por la mañana a la hora de costumbre, se la encontró dormida, y no quiso despertarla.

—Nada: ¡que no se levante! Y la pulsó: Qué alma más grande, hermana!

—Lo que es a mí me tiene edificada enteramente. Si en mi mano estuviera le quitaba la peineta y le ponía un nimbo...







CAPÍTULO XI

«Noche, lóbrega noche...»

«Hija mía de mi alma: ¡Qué impremeditación tan grande haberte dado la puñalada que te he dado con la noticia del accidente de Manolo!

¿Cómo, si yo me barrunto que estabas interesada por él, hasta el punto que me dices que lo estás, te hubiera dado la noticia, y tan a boca de jarro? Pero el que no sabe es como el que no ve, así es que he dado un palo de ciego, que te habrá desbaratado el corazón.

Perdóname, así pues, y cuenta en reparación del mal que te he hecho, con que antes faltará el sol en su carrera, que dejar tú de

recibir un solo día noticias de mi parte, y para que estas te tranquilicen, te prometo fielmente decirte la verdad, por dolorosa que sea.

Dentro de la gravedad extrema en que sigue, no se ha conseguido poco con haberle podido extraer la bala. Tengo mucha fe en Dios y en la Virgen Santísima del Rocío, y me da el corazón que contra todos los pronósticos pesimistas de los médicos saldrá con vida, aunque no sea más que por tí, que tan buenísima eres.

Es cuanto hoy por hoy puedo decirte.

Sigue confiando en mí y en la formalidad con que procedo en todo, a fin de no añadir a tus tormentos el horroroso de la incertidumbre por la desconfianza.

Sus padres te agradecen tu interés por el enfermo y así me encargan que te lo diga. Están inconsolables.

Adiós, hasta mañana.

Tu amiga del alma, que comprende todo lo horrendo de tu situación y que con todo su corazón te compadece.

Maricruz».

—¡Pronósticos *pesimistas* de los médicos?
¡Eso quiere decir que no lo fían! O que, si
fían su vida, sabe Dios cómo quedará de las
resultas...

Y ya, ¡hasta mañana, Dios mío! Sin más
derecho en el mundo, que a morirse de pe-
na y de ansiedad... ¡Padre mío de los ¡Des-
amparados, ¡y qué desamparo tan grande,
y qué noche tan negra la en que la ha su-
mido a una tu voluntad santísima!...

—Oiga, señor Albuquerque:

—¿Qué es eso de «señor» Albuquerque??

—Bueno: papá ¿Un balazo en la cabeza,
que no deja en el sitio ¿qué consecuencias
puede tener??

—Pues... según como haya sido, y la par-
te del cerebro que haya lesionado... Puede
causar mudez...

—¡Ay qué horror!

—...pérdida total de la memoria...

—¡Santísimo Sacramento!

—...pérdida de la razón... ¡Puede hasta
dejar idiota!...

—¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal. .

Y la interlocutora de Albuquerque era la imagen del terror, petrificada.

—Pero ¿a qué viene este interrogatorio? ¿Piensas darle un tiro a alguien?... ¡La verdad que es para escamarse la consultita!...

—Es que un... amigo nuestro ¿sabe usted?: un... señor de Pimpollares, de los más... afectos al pobrecito de papá, le han dado un tiro en la cabeza y, la verdad: me intereso... por el pobre... Ya le han extraído la bala, no sé si abriéndole el cráneo, porque eso no me lo han dicho, y quería orientarme acerca de las consecuencias que eso pudiera tener.

—¡Pues muchas, hija mía: y ninguna buena! Eso depende de las celdillas destruidas o lesionadas... Sin que la frenología sea un dogma, lo cierto es que el cerebro es el... instrumento del alma: y sienta tú al mejor organista del mundo ante el teclado de un órgano, con los fuelles rotos y los pitos por el suelo... .

—¿De modo que mudez... o falta de memoria...

—¡O de voluntad, o de razón, o todo ello junto!

—¡¡¡Pobrecito de mi alma, tan bueno y tan desgraciado!!!

Y rompió en un llanto, aunque sin aspavientos ni fermatas, tan hondo, tan del alma, tan sincero, como no es corriente que se llorare por la malaventura de «un amigo de papá.» Por lo menos Albuquerque llegó a escamarse. (Pausa)

—¿Y tú eres la que me quieres tanto mas cuanto? —Preguntó insinuante.

—¡Sí, señor, que lo quiero!

—Entonces ¿a que vienen esos tapujos?..

—Pero ¿tapujos de qué?

—¡De lo que quiera que haya entre tí y el herido!

—¡Pero si no hay nada... todavía!

—¿Cómo que no? ¿Se la van a pegar los pollos a los recoveros?... ¡Ese hombre es algo más para tí que simplemente un amigo de tu padre! ¡Aquí hay gato encerrado, y nadie con más derecho a que le abras tu corazón! ¿Qué hay entre tí y ese hombre? ¡La verdad!

—Pues... nada: que él me quiere, y que

yo lo quiero a él. Ahora: que aunque él me ha pretendido, yo no le he dicho que sí. Así es, que lo que se llama novios, no lo somos todavía. Nada más que era amigo de papá, y luego mi compadre. ¡Eso es todo lo que hay!... Ahora: que es muy bueno, ¿sabe usted? Y luego, con su carrera de Ingeniero de Montes, ¡¡¡y aun cuando estuviera cogiendo colillas por las calles!!! (Llora).

—¡Y tienes valor de decirme que no hay nada *todavía!*... ¿Pues qué más querías tú que hubiera? ¿Estar de vuelta ya del viaje de novios? ¿O no es nada, quererse, como (no sé él, porque es la primera noticia que tengo): pero como tú lo quieres, a juzgar por lo que acabas de decir, de aunque estuviera cogiendo colillas por las calles? ¡Si esto no es estar colada hasta los tuétanos, que venga Dios y lo vea! Lo que es yo, en mis cortas luces, no he visto cosa más parecida. ...Pues bueno: eso es menester que lo sepa tu tía, cuanto antes.

—¡Ay no, por Dios!

—¡Verás lo que va a tardar que yo se lo diga!

—¿Lo ve usted?... ¡Le abre a usted una

su corazón como si fuera su padre, para que abuse usted de esa manera! ¡¡Por Dios, no le diga nada! ¿Para qué, estando en peligro de muerte el pobrecito? ¡Que Dios me lo ponga bueno! Y entonces, ¡¡aunque se me quede idiota mi corazón!

Pero no: ¡Dios es muy grande!—exclamó con clarividencia de profetisa,—Dios es muy grande, y se apiadará de mí!

Y si usted fuera otro—prosiguió, poseída de su influencia:—¡si usted me quisiera a mí como quieren los padres a las hijas, y a las hijas tan desgraciadas como yo, se liaba usted la manta a la cabeza y se plantificaba en Pimpollares, aunque hubiera que pedirlo de limosna.

Y lo veía... y celebraba una consulta con el médico de cabecera... y me traía razón del verdadero estado de mis entrañas... y yo le besaba a usted los pies hasta comérmelos, ¡y me iba con usted de esclava para todos los días de mi vida!

¡¡Ande usted, papaíto de mi alma!!—Y le cogió las manos y se hartó de besárselas.

—¿Vale una condición?

—¡La que usted quiera: menos que el que sepa mi tía lo de la piel! A ese precio, prefiero una y mil veces morirme de ansiedad. ¡Pida usted lo que usted quiera, que no sea eso, ¡y firmado, hasta con sangre de mis venas!

—Pues... darle cuenta a tu tía de todo esto, tan pronto como de ello esté capaz. Así: sin apelación de ningún género! ¿O es que vas a ser tú la que va a partir aquí el bacalao por donde te dé la gana, y yo no voy a hacer más que mirar como un doctrino? De modo que, si me quieres de cómplice en tus manejos, ya sabes lo que te cuesta: confesarte con tu tía como te has confesado conmigo, y cumplir la penitencia que te imponga.

—Pero irá usted a Pimpollares mañana mismo ¿no es verdad?

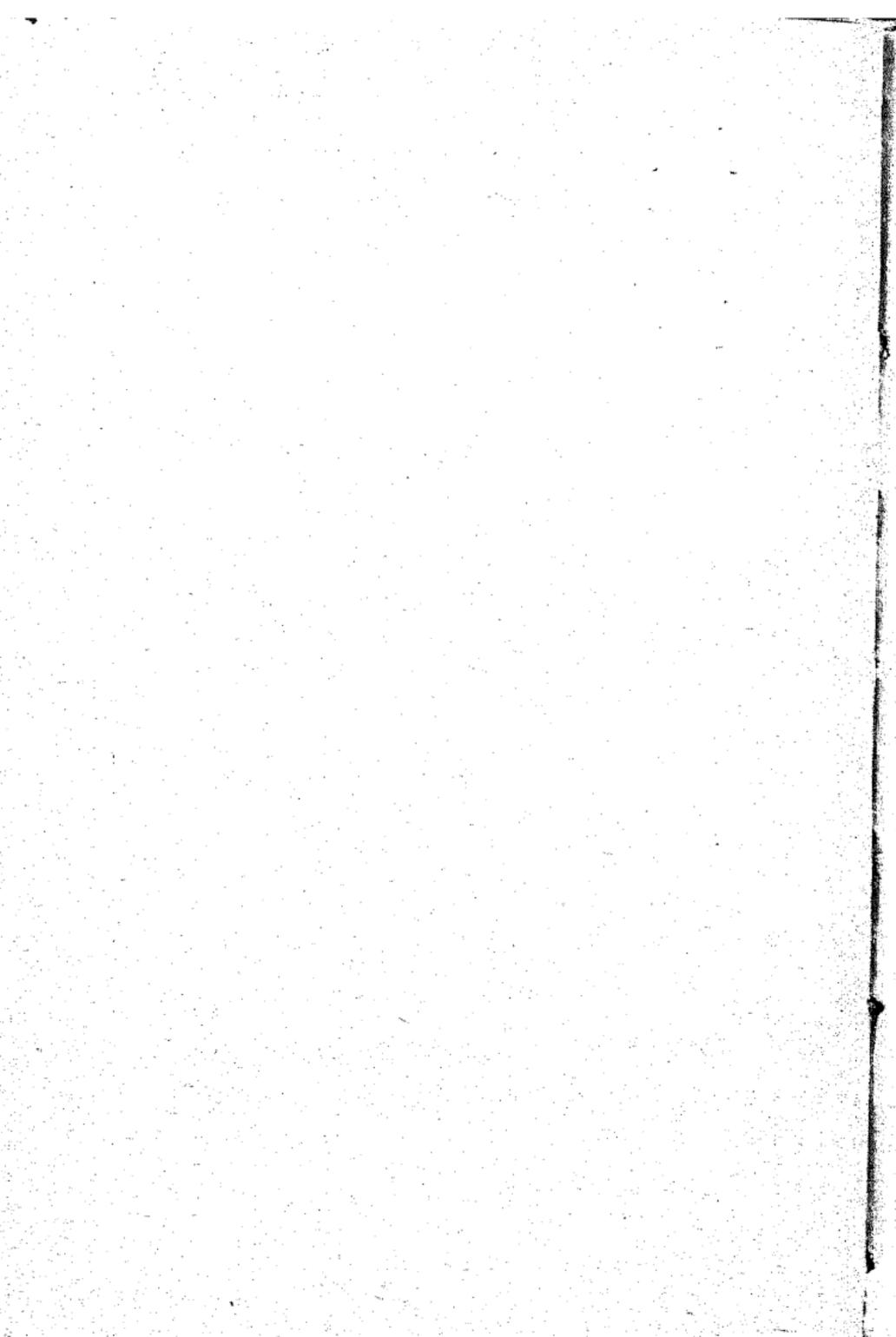
—¿Que mañana, ni mañana? ¡Ahora mismo alquilo yo un automóvil. ¿Sabes tú lo que yo te quiero, criatura?

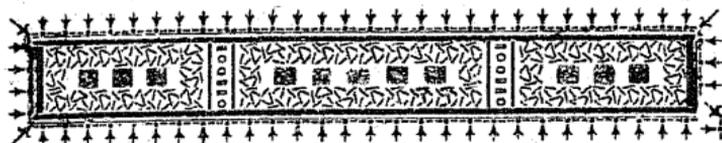
—¡Pues bueno! ¡convenido! Usted va a Pimpollares a hacerle una visita... como que sale de usted, (porque de parte mía no es decente) y... ¡Calle usted, calle usted, que

se me ha ocurrido la gran idea!... Usted va a Pimpollares ¿sabe usted? a hacerle una visita en nombre mío, a la Señora de Diosdado... Allí se habla del incidente, porque no hay más remedio que se tiene que hablar... Usted manifiesta deseos de ver al herido, y excuso decirle a usted si es cosa de despreciar la visita de un médico, ¡y de su fama! Usted lo examina bien; se entera perfectamente de todo lo que le han hecho, dispone usted lo que le parezca y me trae razón de la verdad.

¿Que es muy triste lo que tiene usted que decirme? ¡No ha de ser el cuervo más negro que son las alas! ¡¡Pobrecito de mi alma, tan bueno y tan desgraciado!!







CAPITULO XII

Alborada.

Con la sonrisa en los labios, sin embargo, aunque con su entrecejo de Dolorosa, por ese arte exquisito que tienen para el disimulo las almas superiores, Maravillas se ajustó al plan de la casa desde el siguiente día al de la fiebre: oyendo misa y comulgando en el oratorio—¡Con qué fervor lo hacía la infeliz!—comiendo en el comedor, con todos los de la familia, ya más humanos con ella,—quizás y sin quizás más que por su sacrificio en pro de la paciente, por la juramentación a rajatablas que había exigido a todos, uno por uno, antes de entregar su cuerpo al bisturí;—dejando las visitas para que las demás

las recibiesen, y pasando las noches, de pa-
lique espiritual con la Sierva, que la tenía
realmente hipnotizada. ¡Monja más pico-
tera!

Como velaba todas las noches, la mayor
parte del día se lo pasaba en sus habitacio-
nes, con el achaque del natural descanso:
pero aguardando el correo primeramente...
devorando después la indefectible carta de
Maricruz... releyéndola como quien hace
meditación después de la primera lectura,
porque esa era de un solo trago, y « ejecu-
tando las acotaciones » de llantos y aperreos,
que el texto iba reclamando en ley de Dios.

El proceso fué muy largo y muy preñado
de inquietudes y de anhelos, ¡como el de
una lucha, titánica, cuerpo a cuerpo con la
muertel...

Los pronósticos pesimistas de los faculta-
tivos, aunque dulcificados por Maricruz, y
por el mismo Alburquerque, eran de una
descorazonadora cerrazón de horizontes, que
la tenían sumida en una noche eterna, y
aquello, más que vida, era interrogación des-
concertante.

.....

¿Mudo aquella criatura que hablaba tan rebién y que cantaba como los ángeles?... ¡Idiota aquella inteligencia tan clara, aquel muchacho tan listo, tan poeta, que cogía la tontería de una copla y se la parafraseaba a usted en una carta, que ¡hasta allí las criaturas escribiendo!?

¡Ay no, no!: ¡idiota, no!... ¡Primero mudo, y ciego, y paralítico!... Mudo, ella le hablaría... Ciego, ella lo llevaría de la mano... Paralítico, ella se lo haría todo como a un niño... ¡y hasta idiota: ¡hasta idiota, ella lo soportaría como una desgracia!

¡¡Todo, menos dejarlo!!...

¿Condenarlo al desamor, sólo por desgraciado?... ¿Ensañarse con él en su infortunio, sin más razón para ello, que su infortunio mismo? ¡Ay no, no, no!: por nada de este mundo haría ella semejante crueldad con quien la había amado sano y bueno, guapo e inteligente, cifrando la suprema aspiración de su alma en que ella lo sacara de las sombras de apretada noche en que ella lo había sumido con su ausencia:

«¡Ay amor mío,
Ni los pájaros cantan
Ni corre el río!...»

.....
¡Qué sarcasmo, recordar aquellas cosas tan idílicas en aquellos instantes de tragedia... ¡aquellas bocanadas de aroma de rosal musgo en flor, en medio de aquella noche interminable de nieve y de ventisca!!...

.....
¡Con qué ahinco cantaré ahora el pobrecito de su alma, de poder cantar, aquel

«Amo la vida,»

de la ópera «Tosca»!... ¡Quién le había de decir en la noche de compadres que aquella vida tan amada había de estar muy pronto tan en peligro.

.....
¡Y Maravillas se volvía local

.....
Había oído hablar de cilicios, y pidió uno a las monjas de Santa Clara y se lo puso... quitó las mantas del lecho, y pareciéndole esto poco todavía, dormía a suelo pelado... o, mejor que «dormía», se acostaba.

Y así, un día, y otro día, y la primera semana, inacabable ¡eterna!...

Así, la otra semana, en la que estuvo tres días sin noticias, por una huelga de carteros...

Y así otra semana más, en que no perdió la cabeza, de insomnio y de dolor, porque Dios es muy grande en todos sus atributos, y uno de ellos es su misericordia.

.....
Hasta que quiso Dios y su Santísima Madre que empezaran a alborear algunas esperanzas... (—¡Ay, sí, por Dios!—)

.....
que las esperanzas, remotas primeramente, se fuesen acentuando cada vez más... (—¡Ay qué alegría tan grande, Santísimo Sacramento!—)

.....
que viniese, aunque a paso de tortuga, una franca convalecencia..., ¡sin mudez!... (—Ay, Madre mía!—) ¡Sin idiotéz, ni falta de memoria, pues lo primero que había hecho al ver a Maricruz, había sido preguntar por su comadrel...

¡Y aquí sí que soltó la carta y se tendió en la cama boca abajo, a fin de ahogar con la almohada la llantina tan tremenda que le entró!!

¡SII ¡si no era posible que el Señor de los Desamparados la hubiese desoído en su aflicción!:

—¡Que no se quede mudo, madrecita mía del Rocío—había sido su oración de día y de noche—¡Que no pierda la memoria! ¡Que no se quede idiota!! no sea que no estuviese en gracia de Dios cuando el percance, y se pierda su alma eternamente!... ¡¡¡Horror!!!—¡Lo que ahonda una mujer! ¡Y mire usted por dónde, Dios la había oído, con lo que era menester tener corazón de fiera, para no derretirse de gratitud por tamaño beneficio!...

Los nueve duros y medio que había tomado de la venta del relojito de su madre —a espaldas por supuesto de la Marquesa— los había gastado ya, en misas de impetración al Señor de los Desamparados... ¿Qué vendía ahora, para poder mandar decir siquiera tres, de acción de gracias, siendo así que suyo, suyo, no tenía más que los mue-

bles, que estaban en el desván?... ¡Solamente la sombrilla, pintada por «él»!... Y como quien se arranca las entrañas, la sacó de cajón de la cómoda y se la entregó a doncella, encargándole como la otra vez sigilo de confesión...

—Ya ve usted: ¡en cuanto las obras de caridad se hagan del dominio público, ya no tienen ningún mérito!

—Descuide la señorita.

.
.
.

Y así, sus tres meses largos, que duraron las enfermedades y las convalecencias de sus dos enfermos. Hasta que el mismo día en que Alburquerque le dió el alta a la Marquesa, Maravillas recibía una epístola de letra conocida, por la que dió por bien empleadas todas sus penas.

Decía así:

«*Mi adorada Maravillas* es lo primero que escribo, después del percance.

Dios te pague, mi alma, tu interés por mi salud, aunque tú me pagues el amor infinito, con que te adora tu

Manolo.»

Y porque fuera cosa de... herejes y de judíos no contestar al pobrecito de su alma como se merecía, Maravillas contestó, liándose la manta a la cabeza, pues librenos Dios de las resoluciones de los irresolutos:

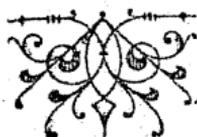
«Sí, Manolo de mi alma: ¡te pago y te re-
te pago! Cuando te pongas bueno del todo,
hablaremos.

Ahora, nada que pueda ceder en menos-
cabo de tu salud: es decir: de mi vida.

Toda tuya, y nada más que tuya, y para
siempre,

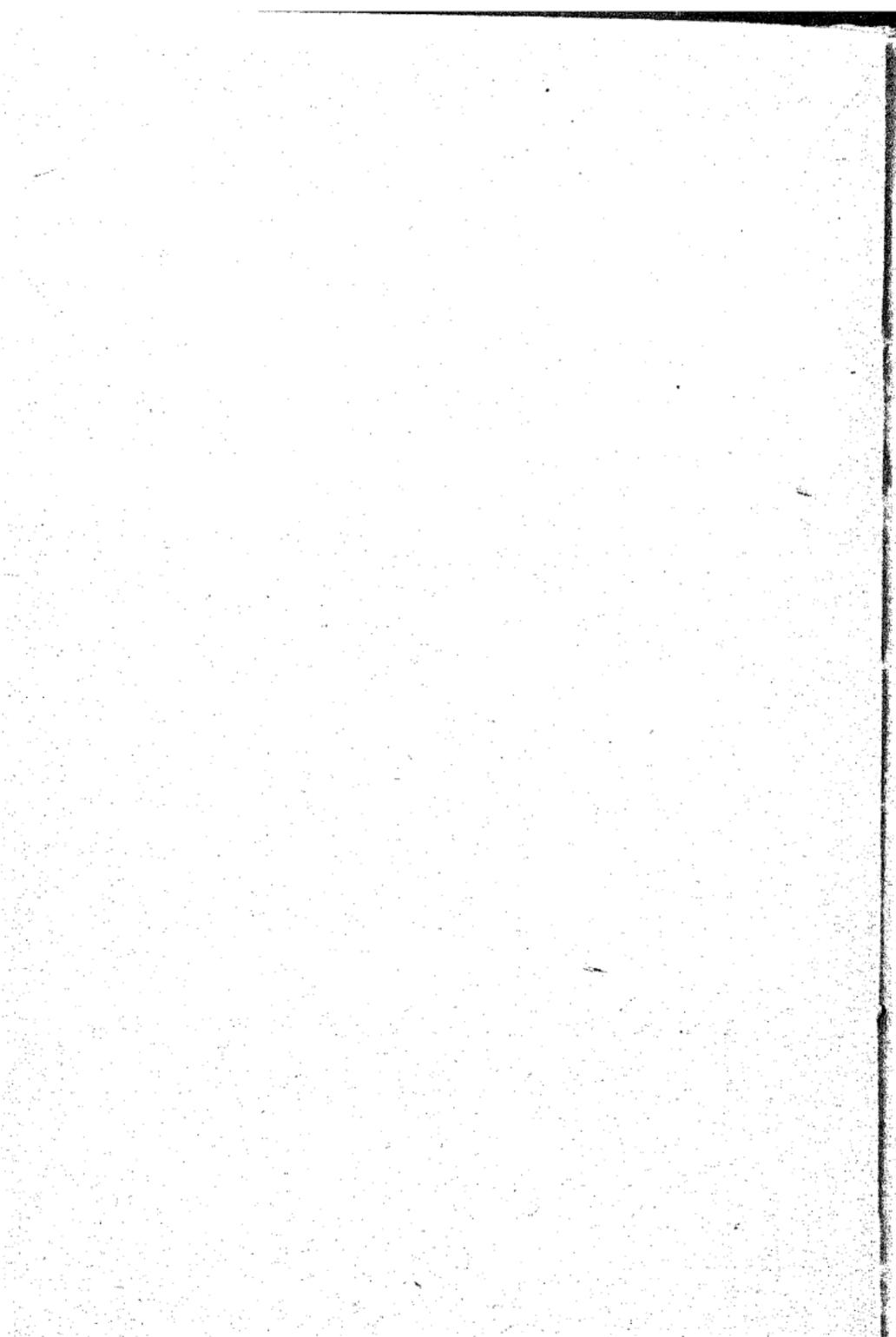
Maravillas.

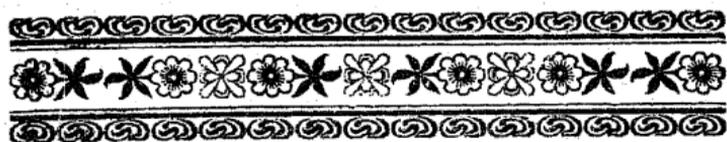
P. D. Pero por Dios no me escribas. Si
acaso, ven, cuando puedas.»



LIBRO CUARTO

AMOR.. DE LARGA VISTA





CAPITULO I

En que el doctor vuelca la pileta.

La gratitud de la Marquesa a Alburquerque no tuvo límites, cuando se vió «con cara en que persignarse», que era su expresión, y tan perfectamente disimuladas las cicatrices, que ¡cualquiera diría que había habido allí quemaduras, y de tercer grado nada menos! ¡Con decir que no necesitaba ni la tabla salvadora del velillo, asidero en el naufragio de tantas hermosuras en el mar de las humanas averías!

Así pues, permitiérale que tuviera con él la confianza de preguntarle qué correspon-

dencia de gratitud sería de su gusto...—Como usted comprenderá, a mí lo mismo me da que sea blanco que sea negro, y sería una tontería regalarle lo que no le gustara. La minuta, eso es cosa del escritorio. El regalo, o fineza, es cosa mía, y quisiera acertar con sus deseos... Conque recete usted lo que sea de su agrado. A bien que es rica la orden, gracias a Dios, y el dinero es para gastarlo cuando se debe gastar... De todos modos va a ser a costa de mis herederos, conque ya ve usted.

— Con la minuta hay bastante, y eso, porque los pobres tenemos que vivir de nuestro trabajo. De modo que déjese usted de regalos, que el que paga por sus cabales no tiene que gratificar encima. Con que le mande usted a Angeles el día de su santo una cesta de flores, y a mí un retrato de V., todavía guapa, para encima del sofá del despacho, estamos de la otra banda. ¡Es chica satisfacción para mí un triunfo clínico, como su curación?

— ¡Como que se dice y no se cree!

— Aquí, señora, a quien hay que agradecer, ya que no pagar, porque ha sido tan

desinteresada y tan noble, que hasta ha exigido juramento,—que yo no he hecho: ¡constel—de que no habrá de decirse a usted jamás ni nunca, es a esa niña.

—¿?...??

—¡ese ángel del cielo, andando por la tierra!

—¿...???

—¡¡esa santa de los altares, que ha aprontado cuanta piel de su cuerpo ha sido menester, ¡¡¡y hasta sin cloroformo ni anestesia!!!, para que tenga usted cara en que persignarse, y no se haya quedado eternamente hecha una monstruosidad!!

—¿¿¿Maravillas???

—¡Maravillas, que no sé cómo vive; pues hasta ha pasado en pie las calenturas de reacción, a fin de que usted no se percatara de la cosa,

—¡!!!.....¡!!!

—y que ¡admírese usted, Marquesa!: ¡ni mantas tenía en la cama, ¡y con el invierno que hemos pasado!!

—¡¡Ay, por Dios!! ¡Que me lo está usted diciendo, y no lo creol... ¡¡¡Hija de mi cora-

zón y de mi alma, y qué alma tan rehermosísima!!

¡Riiiiin!

—Pero ¿qué va usted a hacer, criatura?

—¡¡A llamarla ahora mismo y a besarle los pies!!

(Alburquerque, al criado que se asoma, al oír el timbre)—No es nada: muchas gracias... Es que he tocado al botón distraídamente.

(Mutis del criado)

—Juramentados todos a no decírselo a usted, figúrese el lugar en que yo quedaría. Así pues, exijo a usted, en gratitud a mí, que no me descubra, y en gratitud a ella, que no se de usted por entendida con ella ni con nadie. Su vida se le haría imposible entre estos... egoístas—y usted perdone—, que la tienen a usted enteramente secuestrada...

—¿Secuestrada?

—Sí señora: ¡secuestrada! No viendo, más que por los ojos de ellos, y no sabiendo, más que lo que ellos le dicen... ¡Pregunte usted a toda Sevilla y verá cómo la voz pública no es otra, sino que esa pobre niña

es una mártir, sin que usted esté enterada de la misa la media!

—¡Por Dios, Julián! ¡que la maledicencia es muy grande y el temor de Dios ninguno! Yo le aseguro a usted como Flora me llamo, que todo eso es falso. ¿Cómo, si hubiera de cierto tanto así, esa niña no se hubiese franqueado conmigo alguna vez?

—Porque es tonta...o es santa: no porque no tenga motivos para haberse tirado de la azotea. El estado de la infeliz desde que entró en la casa, es el de un miedo, rayano en el terror. Y el miedo sella sus labios y sintetiza su vida... Quien se pasa un invierno entero, tiritando de frío, por no pedir unas mantas, está juzgado; y quien se entrega a la brutal carnicería a que ella, pero con la condición inapelable de que usted no se entere jamás si nunca, revela un temperamento de delicadeza tal y de heroísmo tan sin medida, que no merece otro marco, que la hornacina de un altar en que ponerla.

¡La Marquesa está hecha una canasta!

Deber su curación y hasta su hermosura..... relativa, a una infeliz sin mantas en la cama ¡y en su casa! le tiene desbaratado

el corazón, hasta no poder romper a llorar, por más que hace...

Se levanta del sofá... Cierra la puerta de la habitación por hacer algo, y vuelve al lado del médico...

Se torna a levantar... en busca de un abanico..

Vuelve a sentarse.

—¿Y dice usted que sin cloroformo ni anestesia?

—¡A palo seco, como los mártires!

Y otro acceso de gratitud que la descomunta, sin que pueda llorar...

—¡Ea!—concluye el doctor—¡A no hablar más de la cosa, que no hay que perder de vista a su señoría el corazón!. ¿Dónde está el agua de azahar? (La busca y da con ella.)

—¡A tomar una poquita,—(le sirve una cucharada).—y a serenarse.

.....
¡Asinita!... ¡A llorar, todo lo que usted quiera, que es el gran atiespasmódico!...

Yo me entretengo con el periódico mientras se desahoga del todo y se serena—
(Coge uno y lee.)

—Conque ya sabe usted mi regalo si hemos de ser amigos: chitón y punto en boca.

—¿Pero...

—¡Chitón y punto en boca!

—¿Aunque me ahogue?

—¡¡Aunque se muera!! Quererla, cuanto el alma mía se merece, y nada más. ¿Palabra de señora?

—¡Palabra... de caballero!

Y cuando la Labrantíos la empeñaba, la cumplía

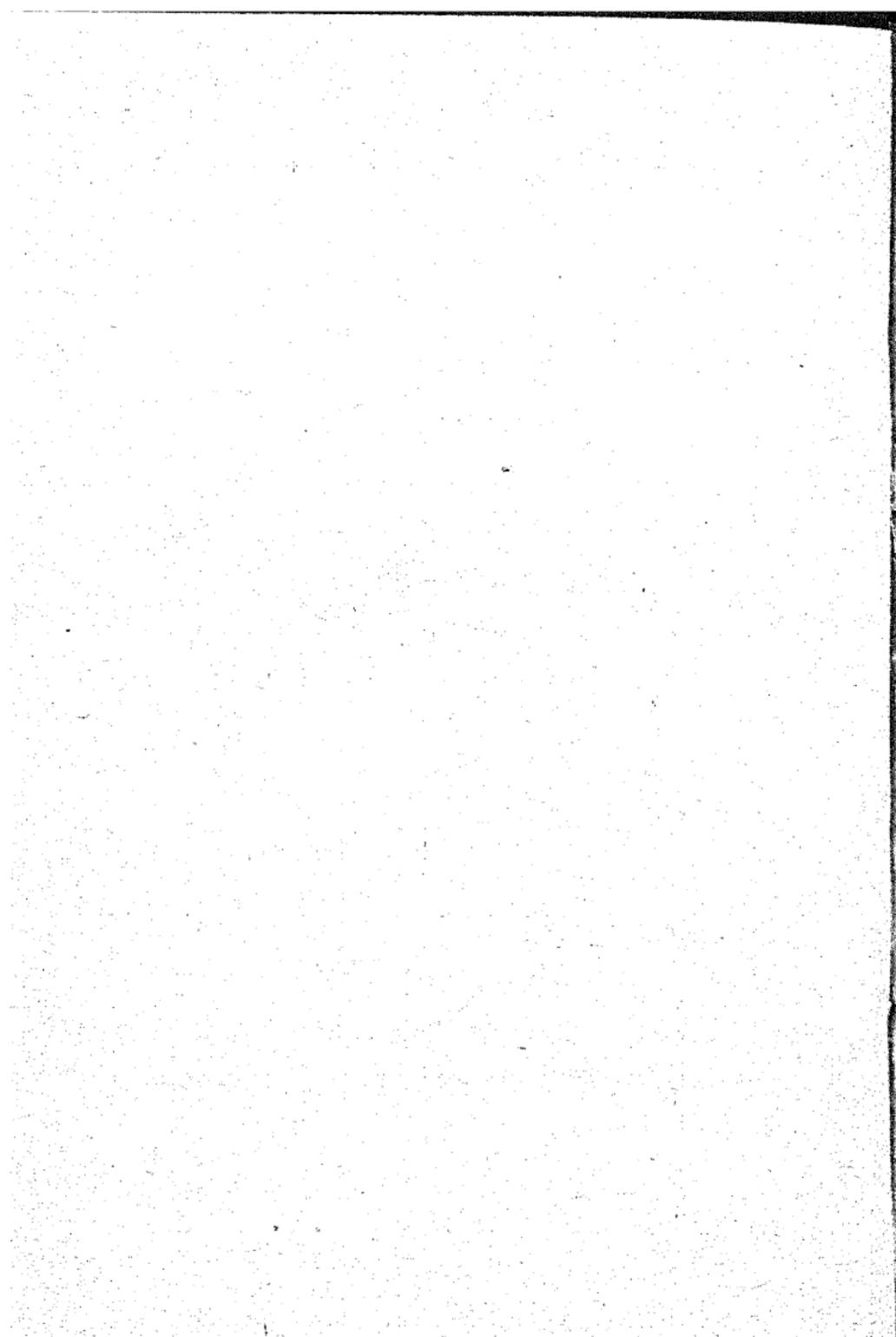
.....
¡Pero mira que no haberle dicho nadie ni palabra!

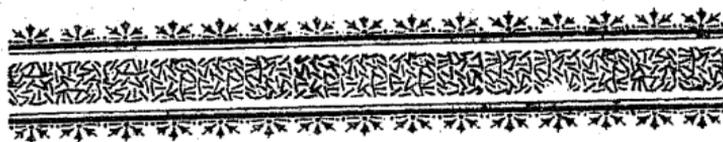
¡Saber cosa de tanta importancia por gente de la calle... Bien estaba que la interesada llevase su delicadeza hasta ese extremo. ¿Pero todos los demás, Carlos sobre todo?... Quizás no fuera así; pero en verdad que tenía todas las trazas de la conspiración del silencio.

No era Albuquerque el primero que se había dejado caer con lo de secuestrada...

¡Eso tuviera que ver!

.....
.....
.....





CAPÍTULO II

En que se escribe derecho,
con pautas torcidas.

—¡Hija! ¡qué buen resuello tienes para buzo

Y Maravillas se murió, se murió, ¡se murió!... ¿Quién habría sido el perjuro?...

—¡Nunca te creí capaz de esa... falta de ¡confianza, con quien te quiere tantísimo como yo!

Y Maravillas, respirando tranquila, por lo que creyó en un principio alusión al suministro de su piel, se puso colorada como una guinda, trasladándose de un vuelo a Pim-

pollares... ¿Habría el muy... impaciente del enemigo roto las lindes?... ¡Madre, y qué apuro tan regrandísimo y qué vergüenza tan reatroz!... ¡Uy!..

—Eso, aunque tú en tu delicadeza creas otra cosa, es una falta de confianza conmigo, que yo no merezco. ¡Tú no has debido olvidar nunca que estabas en mi casa y que la dueña y señora de mi casa soy yo y nada más que yo!

—¡¡Tía, por Dios!! ¡Que yo pensaba decirselo a usted, en cuanto usted se hubiera puesto buena del todo!... ¡Mire usted que no hay nada todavía!

—Pero nada ¿de qué?

—Pues de... eso: de... Y se atarugó y se hizo un ovillo, al ver que en su impremeditación se había pasado de lista:—de... ¡ejem!... ¡ejem!—y no cerraba el periodo.

—¡De que has pasado el invierno sin mantas en la cama! ¿no es verdad?

—¡Sí señora!—y se puso más colorada todavía por el embuste (pausa)

—¡Oyel: ¿y para un notición así, era menester que yo estuviera restablecida por completo?

—¡Es natural! —Y aquí, otro pavo, pero «sobrenatural.»

—¡Ah pícara, y más que pícara!... ¡Cógelas al tiento y mátalas callando!... ¡Tú te has creído que yo iba por lo de las relaciones con el chico del Barón, y te me quieres escapar por la tangental... Bueno: ¿y qué hay de eso por fin?... El decirme que no hay nada *todavía*, pero pensar decírmelo cuando estuviera buena, quiere decir que hay algo... ¿Qué es lo que hay?

—Pues... que está cada vez más pegajoso. Pero que a mí resueltamente no me gusta.

—Pero, ¿porqué? muchacha.

—Pues porque... es muy bonito.

—¡¡El dulcísimo nombre de Jesús!!

—y luego muy insustancial. En sacándolo de los perros, ya no habla de nada. Claro que yo no le he dicho nada de eso. Con huirle cielo y tierra me las compongo.

—¿Y eso era lo que pensabas decirme, cuando estuviera buena del todo?

—¡Eso!

—Pues, hija: no creo yo que para decir una tontería como esa, sea menester en el oyente un certificado de buena salud...

¡Otra cosa de más miga sería lo que tendrías que decirme, y te me escurres otra vez de entre las manos!...

Y otro pavo... pavoroso, en la interlocutora de la Marquesa. Las mejillas eran flores de granado.

—¿Hay quizás otros moros en la costa? (Maravillas inclinando la cabeza como el reo convicto y confeso de sus crímenes:)

—¡Sí señora!...

—Y ¿se puede saber quién es el agraciado?

—El... ¡ejem! hijo del Notario.. ¡ejem! de Pimpollares: el muchacho aquel que estuvo a visitarnos aquel día, de parte de Doña Cruz y llevó los regalos para Juanita.

—¿Y tú eres la que dices que no te gustan los hombres guapos?... Sí: ¡ponte colorada que eso es muy socorrido! ¿Y desde cuándo estáis en relaciones?

—No: si en relaciones, lo que se dice en relaciones, no estamos todavía. Nada más que él me ha pretendido y yo le he dicho que sí, pero porque se ha estado muriendo, de un tiro que le dieron en la cabeza,

—¡¡Ay Jesús!!

—al día siguiente del percance de usted, y de la alegría tan grande que me dió cuando ví letra suya, le contesté que sí. ¡Pero que no nos escribimos, ¿sabe usted? ¡Yo no quiero que me escriba mientras usted no lo sepa, y ni me he atrevido a decírselo yo a usted ni he consentido tampoco que él se lo diga... (Gran pausa)...

—Pues bueno, aunque yo tenía mis planes sobre tí... pues no en balde soy tu tutora curadora, yo no quiero prescindir de tu corazón. Los matrimonios de conveniencia son cruz sin Cirineo, y harto tiene el matrimonio con ser cruz. Así pues, si tú lo quieres y él es bueno.,

—¡Más rebueno que el pan!

—Y tiene su carrera...

—¡Su carrera de Ingeniero de Montes y una fortuna de las mayores de Pimpollares! Después de la casa de Diosdado va la suya.

—no seré yo, ni mucho menos, quien se oponga a que entréis en relaciones. Ese es el guisado que tenemos la mujeres, a quienes no llama Dios por el camino del convento.

—¡Ya vé usted!: ¿a qué más puedo yo aspirar en el mundo, huérfana, pobre y fea?

—¡Eh! ¡alto ahí! Que a falta de tus padres, aquí estoy yo: que quizás por mucho que él traiga al matrimonio, tú heredes más, y en lo de fea o bonita, ¡que quiten la Inmaculada de Murillo, a ver si hay otra cara como la tuya! ¡¡Ven acá, mi corazón!!

Y la Marquesa, que necesitaba dar riendas sueltas a la plétora de cariño que le congestionaba el alma desde su diálogo con Alburquerque, apretó entre sus brazos a Maravillas y se desató besándola y tornándola a besar... Y abrazadas, y besándose, y llorando las dos: la una de gratitud y la otra de alegría, se las encontró el Mayordomo cuando vino a dar cuenta a la señora de estar saldada la minuta del médico.

—¡Nada más?—fué todo el comentario de la señora.

—Nada más.

—Pues encarga a París un automóvil, co-

mo el blanco de casa, y se lo regalaremos...

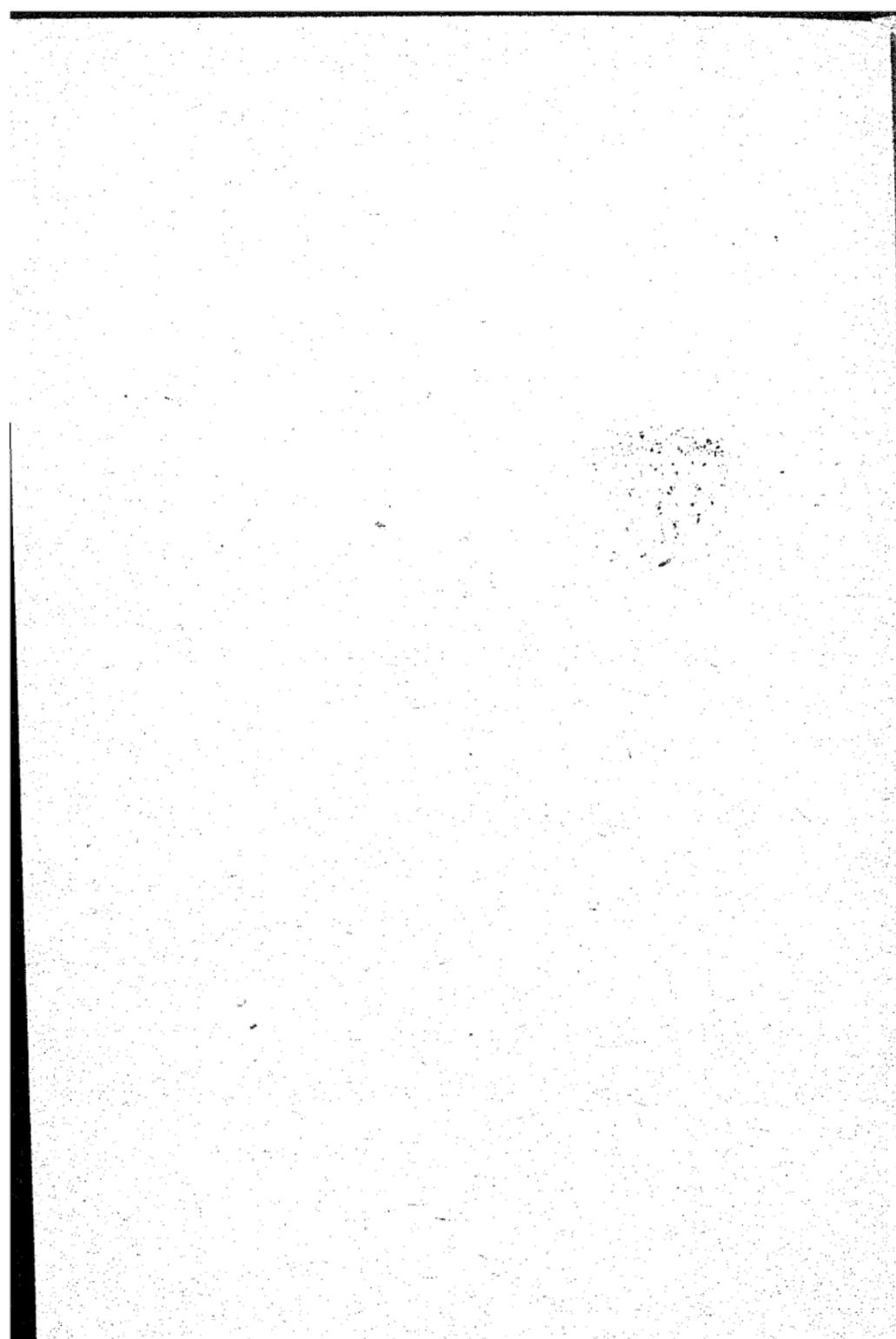
Digo: si te parece.

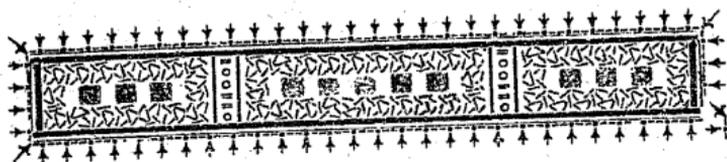
—Lo que tú digas. ¡Tuviera que ver que no!

Y miró a Maravillas, con la ropa desgastada de cuerpo, no sé cuantas varas.

—¿¿¿¿.....?????







CAPITULO III

En que cae en la cuenta el autor, de que acaso esté abusando del género epistolar.

Maravillas se quedó helada, cuando al ir a acostarse de allí a unas cuantas noches, se encontró entre las sábanas con un sobre, lacrado, con esta cariñosa dirección:

«A la Srta. Maravillas Bohórquez,
Su amantísimo

Carlos»

—¿Aaaaay?...

Y un horror instintivo, que se revolvió en un temblor hasta castañetearle los dientes,

como el que da con el frío de la entrada de la calentura, invadió todo su cuerpo de arriba abajo...

¿Qué habría detrás de la careta de aquel sobre, de redacción o dirección tan expresiva? . . . ¿Sería capaz aquel hombre, de atreverse al insulto, a la bofetada, ¡al salivazol de venirle, si no con proposiciones rotundas, con insinuaciones indecorosas?... ¿Por quién la habría tomado, para así, de buenas a primeras, venirse con... lo que quiera que fuese lo que dijera aquella carta malhadada y que desde luego no habría de ser nada honrado, ni nada decente, cuando se la hacía llegar a su destino por tan desusados trámites?

¿Qué impremeditación habría ella cometido para que él se encontrase con derecho a venírsele al toro por medio de una carta... ¡y una carta entre las ropas de su cama, Jesús suyo!

Y como las mujeres, y de la exquisitísima sensibilidad de nuestra heroína, lloran por todo, allá va un aperreo a toda orquesta a cuenta de los motivos, que a pesar de su meticulosidad y pudibundez «seguramente habría dado», para que él, tan correcto, tan

educado, se atravesase a desacato ¡a atentado y atropello semejante!

Lloró, pues, cuanto quiso, pues, como ella decía muy bien, llorar no cuesta dinero, y, rehecha con el llanto y cayendo en la cuenta de que lo mejor era leer para salir de dudas, rompió el sobre y se puso a leer con culebrinas en los ojos y con carne de gallina en todo el cuerpo.

«Mi adorada Maravillas:»

— ¡Aaaaay!

«Nadie más prevenido contra tí que yo, ni nadie más desengañado de las mujeres. Sinnúmero de veces me habrás oído despotricar en contra del matrimonio.

Pero es, primita adorada, que yo no contaba contigo: contigo, cuya virtud, porque eres santa, ha llegado a subyugarme por completo y cuya olímpica hermosura (por que mira que eres hermosa) me ha levantado de cascos... El bien dicen que no puede dejar de ser amado, una vez conocido, y eso me ha pasado a mí, nenita mía. Te he conocido, aunque tarde, y me he perdido.

¿Cómo no amar hasta el delirio a la he-

roína que apronta su propia carne, sólo por gratitud, renunciando irreductiblemente a toda recompensa presente y futura y contentándose sólo con «un poquito de cariño»?

Pues no un poco, mi alma: sino una infinidad de él es lo que en aquel momento te conquistates, desarmándome por entero de todas mis infundadas prevenciones en contra de tí y rindiéndome a tu albedrío, hasta tenerme por el más dichoso de los hombres, si me correspondieras.

Piénsalo, Maravillas de mi alma, y verás cómo el único hombre que puede hacerte feliz, porque es el único que te conoce en todo lo que vales, es tu primo que te ama de amor y que queda sin vida hasta que tenga la dicha de hacerte suya,

Carlos.»

Y respiró: ¡respiró la infeliz como si le hubiesen quitado de sobre el pecho una montaña! ¡Usted ve? ¡Ya eso era otra cosa muy distinta!

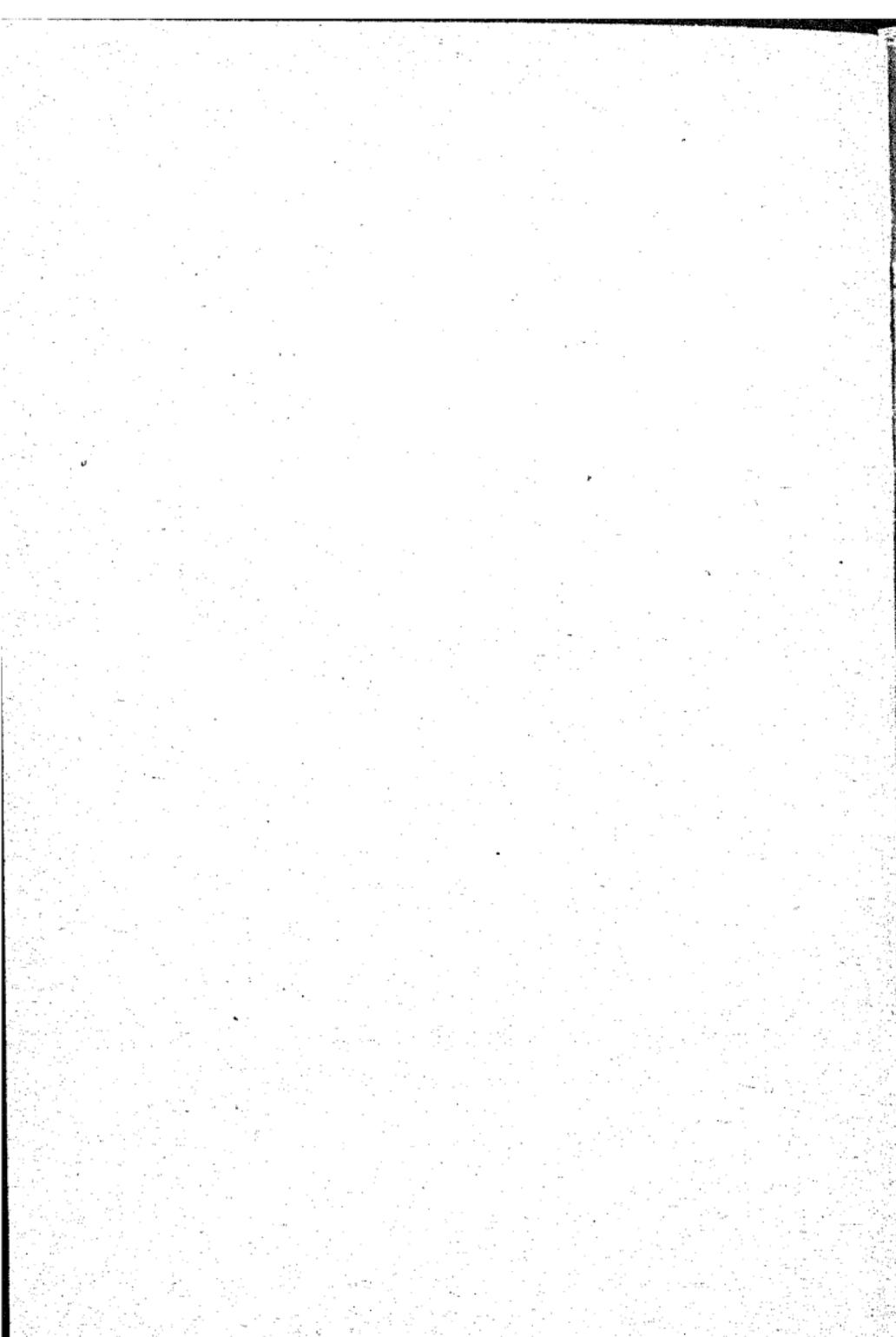
Posible era que persuadido Carlos de que no había habido más miras en lo hecho por ella, que pagar honradamente una deuda de gratitud, hubiese dejado ya de mirarla

con prevención... y hasta ¿por qué no creerlo? se hubiese... ¡vaya! prendado de su estampa:—lo bonito y lo feo dicen que no está más que en los ojos del que mira—, y posible era que el desamor pasado hubiérase convertido en franco enamoramiento... ¡De muchísimo menos había hecho Dios a Cañete, que lo había hecho de un puñete.

Somos tan fáciles para creer todo lo que nos halaga, y halagaba tantísimo por otra parte a la inocente ser querida, no del modo indecoroso que sospechó en un principio, sino con la limpia honradez y plena licitud que de la carta se desprendía, que hasta bendijo la hora en que había roto el sobre. ¡Con decir que casi le escrupulizó la conciencia de haber llegado a ser tan mal pensada!

He ahí un pecado para confesar: haber formado un juicio temerario con menoscabo de la honradez de un prójimo, suponiéndolo capaz de atropellar el respeto de que era merecedora una casa, como la de su tía, y de pecar nada menos que mortalmente, induciendo a cosas malas...

¡Lo que es ella no comulgaba al día siguiente sin previa confesión!





CAPITULO IV

En que se hace por sincerar
el capítulo antecedente.

Una cosa es enamorarse de una mujer, y otra muy distinta es gustar de ella.

Lo segundo puede darse perfectamente sin lo primero, siquiera lo primero no se dé sin lo segundo.

Sea de ello lo que sea, lo cierto es que a pesar de la malevolencia *ab ovo* de Carlos a Maravillas, la hermosura de la muchacha no pasó inadvertida para el primo desde el primer instante; pareciéndole más bella físicamente, mientras más la veía, y más mo-

ralmente bella, mientras más la trataba; y aunque de esto a lo que se llama enamorarse de ella iba todo un abismo, la antipatía primera dejó de serlo, sin que él mismo se hubiese dado cuenta de cuándo y cómo fué.

¡Ah! ¡y! ¡sí! cuando se le hechó a llorar el día del ofrecimiento de la piel para la cura, pidiendo en trueque y retorno del sacrificio de sí propia «un poquitito de cariño»... ¡Era una niña de muy nobles sentimientos.... aunque hubiese venido a hacerles un pie agua con su incardinación en el palacio de la Marquesa!

Otra cosa, que también le arañó el corazón, dándole otro dato más de cómo era por dentro aquella criatura: cuando Alburquerque se excusó con él de haberle pedido por conducto de la Sierva tres mantas de un porrazo.

—Ya ve usted: ¡con el invierno que está haciendo y con una fiebre como la que tiene encima, estar sin mantas!

—¿Y por qué no las ha pedido ese angelito patudo?

—Dice que para que no se tomara a imposición ni exigencia...

—¡¡Es tonta de remate!!

¡Pero le hizo su efecto allá en las profundidades de su propio «yo»!

.....

Ni dejó de producirle escalofrío por la espalda, cuando refirió la Sierva la mansedumbre con que se entregó a la operación quirúrgica y la entereza de mártir con que supo soportarla...

—¡Todo el anestésico que ha consentido fué pedirme el crucifijo y apretárselo contra el seno, que hasta se ha hecho un arañón con él la pobrecita!

—La mujer que hace eso (fué la conclusión mental de Carlos) por de pronto, no es aborrecible... Y luego, tan bonita... tan joven... ¡tan espléndida, porque hay que ver cómo está la criatura!...

.....

Pues también la condición con que se había prestado a la brutal carnicería, era, o de una hipocresía realmente satánica, o de un heroísmo realmente celestial... Y reconstruyó en su memoria el trozo del diálogo sos-

tenido con ella en la mañana de la «obla-
ción».

—Y ¿porqué no ha de enterarse ni ahora
ni nunca?

—Ahora, para que en su delicadeza no
vaya a no consentirlo. Y nunca, para que
no se crea ni siquiera en el deber de agra-
decérmelo.

Y aquí: aquí fué cuando se echó a llo-
rar y pidió por toda recompensa «un poqui-
tito de cariño.»

—¡Que cese esa hostilidad con que me
recibísteis y ese helado desamor con que
me tratáis!... Yo no he venido a hacerle
sombra a nadie, ni a pujarle la plaza ni a
desbancarlo... He venido a recibir una li-
mosna de quien tiene de sobras para darla
y se la da a manos llenas a todo el que se
la pide...

¡Era una niña muy buena, y luego...
¡tan bonita!... ¡tan codiciable!...

.....
¡Por galantería pues, que tan bien «viste»
en todo caballero, si no lo fuera de extricta
justicia, era preciso tratarla bien!

.....
.....

¡Y cualquierilla entiende el corazón humano! La que hasta con lágrimas en los ojos había pedido a su debido tiempo un poquitito de cariño, cuando vió que se le otorgaba por parte del apoderado de la señora, empezó a sentir un... miedo, un... asco, una... aversión tan indomable e irreductible, que hubiera preferido milenta veces los despegos, desdenes y hostilidades de los pasados tiempos.

Porque empezó a notar (no era menester para ello ser muy lince) que delante de su madre y sus hermanas seguía tan displicente para con ella como tenía por costumbre. Y únicamente cuando estaban solos y sin testigos de vista, era cuando echaba mano de las miradas insinuantes... de las galante-rías a pelo y a pospelo y de las frases bonitas y almibaradas... Una vez, hasta «pichona»...

—¿Aaaaay?...

Y si antes le huía cielo y tierra, ahora le huía como el pajarillo al gavilán... ¿Qué era aquello, madre suya de su alma?... ¿Por quién la habría tomado?...

Desde luego que lo que quiera que fuese

lo que había levantado la cabeza en el corazón de aquel hombre, no era nada ni honrado ni decente... Lo honrado y honesto no hay por qué embotellarlo delante de los demás, y solamente lo no limpio y como Dios manda es lo que hay que disimular para que no lo columbre ni la tierra... ¿Para qué? ¿para que pediría ella aquel poquitito de cariño?... ¿Cuánto mejor no era hasta el odio descarado y la persecución a sangre y fuego, que aquel... lo que ello fuese, menos amor de verdad?...

¿Es que querían de aquella suerte hacerla saltar de la casa?... ¡Pues quizá y sin quizá lo que no habían conseguido con el desdén sistemático y la malevolencia sin paliativos, lo consiguieran ahora de seguir aquel hombre, «capaz de todo,» la comenzada ruta!...

¡Madre: y qué horror y qué asco!... ¡Primero a las hogueras, como las mártires!...

De aquí que rehuyera los encuentros a solas con el galán, como se rehuye el contacto con un leproso, no separándose un punto de la tía Almonasterio o de alguna de sus hijas, como si no pudiera vivir sin

ellas... ¡Qué cosas hay que hacer en la vida!

En este estado las cosas, fué cuando el «Mayordomo mayor de palacio» hubo de sorprender a «la Soberana» en aquel desate de ternura con Maravillas, que le dejó la ropa despegada del cuerpo no sé cuantas varas. Y entonces, entonces fué cuando discurrió por su mente como un relámpago este plan erótico-financiero, que ¡hasta allí los hombres de trastienda!... Verá usted:

La muchacha le gustaba cada día más. La tía, aun sin saber lo hecho por la sobrina, estaba más babicaída con ella cada vez... ¡Allí había un filón de oro nativo, que era toda una primada no poner en explotación, y cuanto antes.

A un lado, pues, insinuaciones y tonterías; a la muchacha se la pretendía en toda regla... La muchacha, con más o menos arrumacos, tiquismiquis, melindres y repulgos, porque eso era de cajón, decía que sí: (¿adónde, si no, iba ella por un hombre como él)... Y, puestos en relaciones y con el beneplácito de la tía por de contado (pues era de suponer que la tía no la codiciaría

para echarla en salmuera), se le decía a la señora, tan agradecida como lo era de suyo, la hazaña de la sobrina... y entonces, entonces sí que el testamento «en ley de Dios» se resolvería en la mitad, por lo menos, para Maravillas solamente... y de la otra mitad, quitara usted su mejora «de clavo pasado»... mas su parte de sobrino..., y total: todo dentro de casa como quien dice y una bicoca para «las niñas»!...

Además que, casándose y quedándose en la casa «como era natural», ya la tía se iría encariñando con «lo que fuese viniendo» ¡Y ahí es nada en una casa un serafín de carne, revolviéndolo todo y trasteándolo todo y trayéndolos a todos a orza con sus diabluras y sus monadas, y ¿para qué quería él más que una muñeca, una Florita, escaranchada en las rodillas de la Marquesa y y diciéndole:—¿Me teres, titi Zora?!....

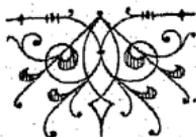
.....

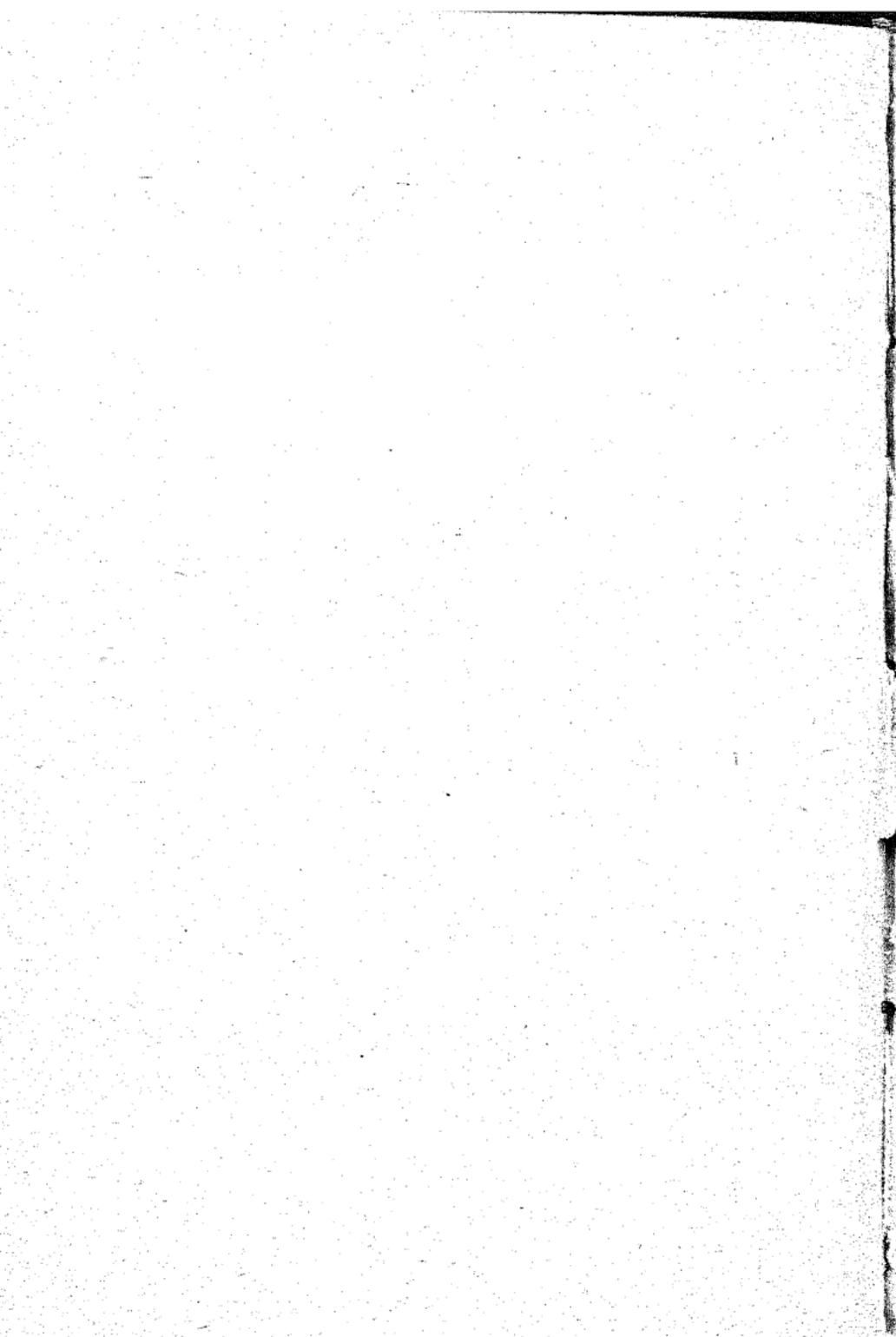
¡Pues nada!: ¡pecho al agua!... Sobre ser una santita la criatura, era una belleza despampanante, y a nadie le podría extrañar el que un hombre, joven todavía,—¿qué eran treinta y siete años en el mundo?—hi-

ciera «el disparate» de casarse con la diosa Venus.

.....
¡El que pensaba llevar la palma de Santa Rosa.....

Y entoces fué cuando escribió la carta.







CAPITULO V

Los cascabeles al gato.

Las tantas de la madrugada eran por filo, cuando todavía Maravillas no se había acostado: sino dale que dale en su caletre a la carta declaratoria de su primo, y aun más que a la carta recibida, a la contestación que había de darle.

¿Quién era el guapo que se iba a un requerimiento así con una negativa monda y lironda, con un «no» rotundo y categórico, con unas calabazas morrocotudas, ni quién se descolgaba con esperanzas, siquiera remotas, siendo así que, aun descontado Ma-

nolo, antes se metería a pregonar por las calles «agujas fiñas y alfileres,» que hacerle cara a aquel hombre, cuyo solo eco le lastimaba los oídos y cuya sola mirada le pinchaba en los ojos?

¿Dar, entonces, la callada por respuesta? ...Sobre que no contestar una carta es una desconsideración, una grosería, impropia de una persona medianamente educada, allí no había más remedio que contestar; siendo así que por la mañana tenían que verse, lo más tarde a la hora del almuerzo, y que lo que no hubiese dicho la pluma para entonces, tendrían necesariamente que decirlo los ojos.... Lo primero que haría Carlos en cuanto la viese entrar en el comedor, si antes no había recibido carta de ella, sería dirigirle una mirada equivalente a

—¿?...??,

y ella tendría que decirle con igual léxico, o—¡que sí, hombre: que sí! ¡tuviera que ver que no!—o —¡naranjas de la China!—o, finalmente:—¡veremos!—

Y, como antes que «sí», primero muerta y entre cuatro blandones; y como primero que «veremos», saltarse con un punzón los

ojitos con que se ve, no quedaba otro miembro del *trilema*, que un «no» como... un Vaticano, porque como una casa era poco... ¡y esperar las consecuencias de la repulsa, que desde luego no habían de ser manojos de claveles...?

Así pues, a escribir sin preparación de ningún género lo que su corazón, que no engaña nunca, le dictara, y a meterle la carta por... debajo de la puerta de su cuarto, para que se diese de cara con ella cuando se levantase... Y escribió:

«Mi querido primo Carlos: Con todo mi corazón, que es de suyo muy agradecido, te agradezco y te agradeceré siempre el cariño que me has llegado a tomar. —

El amor, sin embargo, que me ofreces y que sería un honor muy grande para mí, no lo puedo aceptar de ningún modo, por estar en relaciones—tú lo sabe—, con un hombre que merece desde luego todo el infinito amor con que lo amo.

No tomes a desaire—¿quién soy yo, para desairar a nadie y menos a un hombre de tus méritos y de tu posición?—, si no acepto a ojos cerrados la mano que me

ofreces. Estoy comprometida como te he dicho, y ni por todos los reinos de la tierra faltaría a mi palabra.

Tu afectísima prima que te estima en todo lo que vales,

Maravillas.»

Y saliendo de su cuarto, recelosa y aturullada como el que va a cometer un crimen, llegó a las habitaciones del Mayordomo, donde le metió la carta por debajo de la puerta. Y tornándose a su punto de partida, toda medrosa, cual si hubiese hecho una muerte, dió un fuerte cerrojazo que resonó como un grito en el silencio de la noche... sentándose a llorar su desventura, por haber dejado de ser aborrecible a «aquel hombre»...

¡Y cualquierilla entiende el corazón humano!... La verdad que misterio más insondable, ni más enrevesado jeroglífico, no ha salido de las manos del Todopoderoso.





CAPITULO VI

Rumia de hieles.

¡Y era de ver al otra día la cara del «interfecto»!.. ¡Él, que había soñado hasta con una muñeca, diciendo «titi Zora»...!

Y sin que la muchacha le dejase de parecer cada vez más linda—estaba en el punto culminante de su hermosura—, más acendradamente buena y hasta más elegante y distinguida—se le había pegado la distinción y la aristocratiquez, como si las hubiera mamado—la mortal antipatía del primer momento retoñó vigorosa en su corazón, como retoña pujante en terreno bien abo-

nado la mala yerba que rozó la guadaña; y el tormento de los celos, pero de unos celos tan gratuitos—eran celos sin amor— como africanos, fué el inseparable compañero de sus días y la horrenda pesadilla de sus noches.

¡Mira que no haberse enamorado nunca — (aparte) ni ahora tampoco—y una vez en la vida que se había decidido a una pretensión formal, obtener unas morrocotudas calabazas... ¡y por parte de una descamisada pordiosera, a quien hacía el honor de elevar hasta sí él, muchacho, aunque treintón, el más codiciable de Sevilla!! ¡Por Dios, que merecía un abucheo, por tan imperdonable cadetada!... ¡Si se enteraran las niñas... ¡y la madre! de que la cateta, y palurda, y advenediza, y famélica se había hecho de pen-cas para con él y dajádolo con tres cuartas de narices... A él, con fama de listo y hombre de mundo, conocedor del corazón de las mujeres como nadiel...

¿Y quién? ¿quién sería el agraciado con tan «infinito amor,» como el que decía la carta?... A la fuerza algún zafio corredor de granos de Pimpollares, o algún hambrón

barbilindo, estudiante del primero de facultad, también de Pimpollares por supuesto; pues lo que tocaba a Popó Castañares e habían dado también la boleta, a juzgar por sus «flirteos» con Amparito Acuña.

—¿Y que tía lo sabe—dice?—¿Y cómo, sabiéndolo tía, no lo sé yo, para quien ella no tiene secretos ni los ha tenido nunca?... Por otra parte, aquí no vienen ni han venido cartas para ella, más que durante el período de la gravedad de tía y para eso de la de Diosdado, a juzgar por la que ella le escribía diariamente, contándole de seguro el proceso de la enfermedad... a no ser que la tal Doña Cruz en su afán de hacer caridades con el prójimo se haya echado a corre-ve-y-dile... ¡Tonto yo que no abrí ninguna para orientarme!... ¡Esto es lo que se saca de ser honrado!

Que esos amores no se sostienen en Sevilla, no cabe duda. Ni mamá ni las niñas han olido tanto así, y buenas son las tres, para que se les escape el nacimiento de la grama... ¡O esos amores, pues, son una añagaza de la muy hipócrita para darme el pasaporte con decoro, o se sostienen en Pim-

pollares, de donde, aunque de higos a brevas, han venido algunas cartas con letra desde luego no de mujer, a ninguna de las cuales ha contestado ella... a lo menos por medio del escritorio!... ¡Está una mosquita muerta, que ya, ya!...

¿Por qué no las abriría yo? Bien es verdad que era en el tiempo en que me tenía sin cuidado que se tirase por el tajo de Ronda, y nada más descartado de mi baraja que el que pudiera merecerme ni un bostezo...

E iracundo y despechado por el desprecio infamante que aquello suponía, pensó en... ¡todo!: desde el asalto a la fortaleza, hasta la vil calumnia.. ¡Inutilizarla!: así: inutilizarla a los ojos de aquel otro hombre aborrecido sin conocerlo, que con sus manos lavadas—él las tenía muy limpias—había venido a atravesarse en su camino de amante y de heredero.

¿Los millones de Labrantíos, que él había adorado como a un ídolo y cuidado y mimado y... ¿qué sé yo?... porque adorarlos le parecía poco, ir a parar, si no en su totalidad, en parte, a manos de un cualquiera, porque aquel condenado tío Enrique había

dejado a su paso por la historia la rastra de una hija, y ésta. en vez de cohesión y de hacinamiento y todos a una, había venido a hacer tiras la inconsútil vestidura del Justo?... ¿Qué leyes eran aquellas, que amparaban semejantes monstruosidades?... ¡A saber de quién sería hija, después de todo, para entrar a partir ¡y como una de tantas! con los que, de haber justicia en el mundo, debían ser los exclusivos poseedores!...

¡Pues que abriera el ojo la señora Marquesa!... ¡No sería la primera a quien se le incapacita legalmente! —Aunque eso no: ¡caramba!; puedo cogerme los dedos, jugando a una mala carta mi porvenir... para sacarle las castañas del fuego, después de todo, a esta mujer maldita, tan legítima heredera como yo mismo ¡Ah!.....

Y un odio reconcentrado a la «primita adorada,» tanto más reconcentrado cuanto más inconfesable era la herida abierta en su amor propio, le avinagró el genio y le exasperó el carácter con todos los de la casa, empezando por las hermanas y la madre, a quienes llegó a poner hasta de gorrónas, por haberse incardinado en el palacio con moti-

vo del percance... claro que con protestas y dicterios de las primeras y jermías las lamentaciones de la segunda.

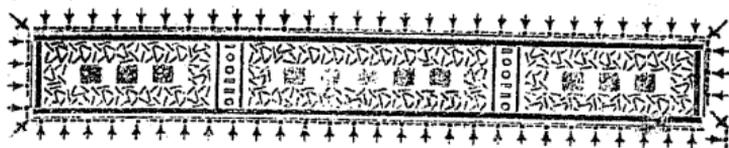
A Maravillas, como andaba siempre en un pie como las grullas la infeliz, no le pudo llegar nunca ni salpicadura siquiera de ningún roción.

....¡Ah! ¿por qué era aquella mujer tan invulnerable... tan incontaminada... tan intangible?... ¡Creyera usted que era para desesperarse, tener o que hablar bien de ella, o calumniarla!

Y luego tan bonita... tan mansa.... ¡tan femenina!... ¡¡tan tentadora!! ¡Maldita fuera su estampa, si había de ser para otro, que no él!...

—¡Ah....!





CAPÍTULO VII

Idílico... de soslayo.

¡A las tres Almonasterio se les desgonzaba el brazo, de hacerse cruces!

Había evolucionado tan radicalmente Maravillas, que nadie reconocería en el responso ambulante que vino de Pimpollares, aquel manojó de cascabeles.

Eso sí: la misma meticulosidad en todo, la misma mansedumbre y la misma exquisitísima delicadeza, que la hacían enteramente invulnerable. Pero unas ganas de reír por todo y un estar siempre en un punto de peinada, acicalada y peripuesta, que parecía

que se habían llevado una y traído otra.
!!....!!

Nada de grandes atrevimientos en la indumentaria, que ni encajaban en su elegancia nativa—nada desquiciado es elegante—ni decían bien con su luto, del que era cuidadísima: pero sí lo suficiente, para estar dentro de los patrones de la moda y hecha el encanto de los salones de su tía.

«Los tés de los martes,» de ritual en la casa de Labrantíos, se habían reanudado después de la convalecencia de la dama: y sin presentación oficial ni ruidosa de la nena, ésta alternaba en sociedad, como una de tantas, trayendo a orza a todos los muchachos, quizás más por su inocencia e ingenuidad, que por su misma hermosura.

Vaya usted a averiguar si sería causa y motivo para traerlos a todos al retortero, la parta de herencia del capital de la Labrantíos, que desde luego se le asignaba por la opinión pública, siendo sobrina, y carnal, y representante única de los derechos de su padre; pero, fuese de esto lo que fuese, lo cierto era que el asedio de pretendientes con que a su llegada a Pimpollares se le re-

cibió, se repitió en Sevilla no bien hizo su entrada en el gran mundo, y que era necesario mucho aplomo y mucho dominio de sí misma para, sin preferencias por ninguno, ser con todos amable y asequible.

Al pobrecillo Popó sobre todo, cosa era que lo traía de cabeza, y hasta al mismo Castañares, su suegro *in fieri*... y testigo del testamento—¡todo hay que decirlo!—teníalo boquiabierto y turulato.

¿¿.....?? ¡Adivina!

Mas, como todo lo que arrojaban los acontecimientos, por parte de Maravillas, era el perfecto encajamiento de su figura en el cuadro de suprema distinción de la casa de Lambrantíos, y por lo que decía relación a la Marquesa, ésta seguía siendo la misma para todos, los temores de las Almonasterio de que la dama hubiese barruntado lo hecho en su obsequio por la sobrina se fueron disipando poco a poco, hasta que respiraron a pulmón abierto cuando se percataron de que la causa de toda la evolución y metamorfosis de la palurda era... ¡un pedazo de «nevio» que no cabía entrar por esa puerta!

- ¡A ver la santurrona!
 —¡La mosquita muerta!
 —¡La beata, en olor de santidad!

Porque el tal Manolo Ponce se plantificó allí un día, acabado el almuerzo, claro que con su permiso otorgado por la señora, previa la presentación de la tarjeta:

«Manuel Ponce y Benjumea
 Ingeniero de Montes

Altozano, 3.

Pimpollares»

—¡Sí, hija mía! ¡que pase! ¡Con mucho gusto!

(Las tres Almonasterio):

—¿...?

—¿.....?

—¿.....?

—El novio de esta:—explicó la Labran-
 tós, sin pelillos en la lengua.

—¡.....!

—¡.....!

—¡.....!

Y se quedaron, como el que ve visiones.
 A ver:

—¿¿¿.....???

Y entró en escena el aludido.

.....
.....
¡Madre, y qué cosa más... interesante, con la demacración de la enfermedad!... ¡Si no le habían quedado más que ojos!... ¡Eso! unos ojos castaños, muy grandes, en una cara fina y aguileña de color de marfil antiguo, con una barba a la nazarena, de color de caoba hueso.

.....
Pues ¡y la alegría tan regrandísima que le dió al pobrecito, cuando la vió, que hasta se le saltaron las lágrimas, y todo lo que se le ocurrió fué sonreír entre ellas como sonrío el sol de Abril entre los goterones del chubasco, dejando ver aquel hechizo de dentadura apretada y recia, blanca como la leche y más blanca todavía por el contraste con el bigote?

¡¡Las cosas tan repreciosas, que criaba Su Divina Majestad!!

.....
Como es la hora precisamente de que la Almonasterio madre y su hija Concha se tengan que ir a la Junta de la Cuna, se des-

piden y hacen mutis, camino de sus habitaciones, a ponerse las *toquettes*. ¡Anda y que los aguante el que tiene la obligación! A Clotilde no sé que le ocurre, que también desaparece en derechura del salón azul, y la misma Labrantíos, sin salir del escenario, se va al cierro de cristales del balcón a deshacer el enredo que se le ha hecho en la lanilla, con que hace unos patines... ¡Enredo más oportuno, no lo ha permitido jamás la divina Providencia!

Los novios quedan solos... relativamente: ella en la sillita baja en que hacía un encaje de doce bolillos y él en un butacón tapizado de negro brocatel, que era... ¡vaya! lo *ultra chic*, según la última real orden de la moda.

.....

Pues sí: ¡había estado muy malo! ¡Si se iba, si se quedaba!... ¡Gracias que la bala se le pudo extraer sin daño del cerebro y todo se había reducido a la trepanación!... ¡Mirara la cicatriz!...

—¡Ay, por Dios!

Ayer había salido a misa por vez primera, a la ermita de la Virgen... Por-cierto que no había querido salir, hasta estar algo fuerte a fin de al siguiente día, en el «auto» que le había comprado su padre como agasajo a niño en convalecencia, venir a verla a ella, para darle las gracias por su interés... ¡Ya Maricruz le había dado a leer todas sus cartas!... ¿Sería tonta, para ponerse tan colorada, por una cosa así?

¡Pues si supiera ella la primavera de rosas y claveles que le floreció en el alma, cuando recibió aquella otra, tan cortita pero tan sustanciosa, diciéndole que sí; que le correspondía y que era toda suya!... ¡¡Qué pena haberse muerto ¿no es verdad?! ¡Dispensara que se desahogase llorando! ¡Había salido más tonto de la enfermedad, que por todo lo de Maravillas se le saltaban las lágrimas!... Así pues, ella dijera ¡¡.....!?

(El enredo de la lanilla de los patines sigue cada vez más embrollado, y la Marquesa, zorra que es tarde, en que lo ha de desenmarañar o ha de poder poco... ¡Dios es muy grande!)

Pues.... lo que Maravillas decía era lo siguiente; primero: que se pusiera él bueno del todo, que era lo principal. Que mientras estuviese convaleciente, no le escribiera ¡ni media letral Y que cuando estuviese repuesto y fuerte, que viniera su papá a hablar con tía Flora, la cual estaba ya al cabo de la calle de todo lo temporal y lo eterno y conforme de toda conformidad en todo lo de este mundo y lo del otro.

Ahora bien: que pensara él desde luego, (puesto que a tiempo estábamos) que ella era más pobre que la tierra. Y que si a él le parecía un serafín, con lo bonito no se comía... No sabía por qué le daba el corazón que tía Flora no había de dejarla salir de su casa con las manos en el seno... pero lo comido era lo seguro y ella se creía en el deber de decirle que lo que tocaba suyo, suyo, no tenía más que su cuerpo pelado y mondado y los cuatro chismes que él conocía de la casa de su padre... ¡Las cosas claras y las cartas boca arriba!

¿Otra llantina, criatura? ¡Por vida de...

—¡Estoy tan débil con tanta sangre co-

mo he perdido, que no puedo con los nervios!.. Y ea, adios, mi corazón: que quiero llegar al pueblo antes de la caída de la tarde. Aunque yo no te escriba, puesto que me lo prohibes, escíbeme tú.

—¡Eso ya es otra cosal Pero con la condición de que no has de contestarme.. ¡¡Míralo: ¡tan rechico y malito!!...

Y lo envolvió en una mirada, que era un cielo en la tierra.

.....
Por el puente de Triana iría el «auto,» cuando recibía Maravillas una espléndida cesta de violetas de Parma. Y quizás por Castilleja de la Cuesta, cuando ya aromatizaban con su perfume de mirra bíblica la capillita del Señor de los Desamparados...

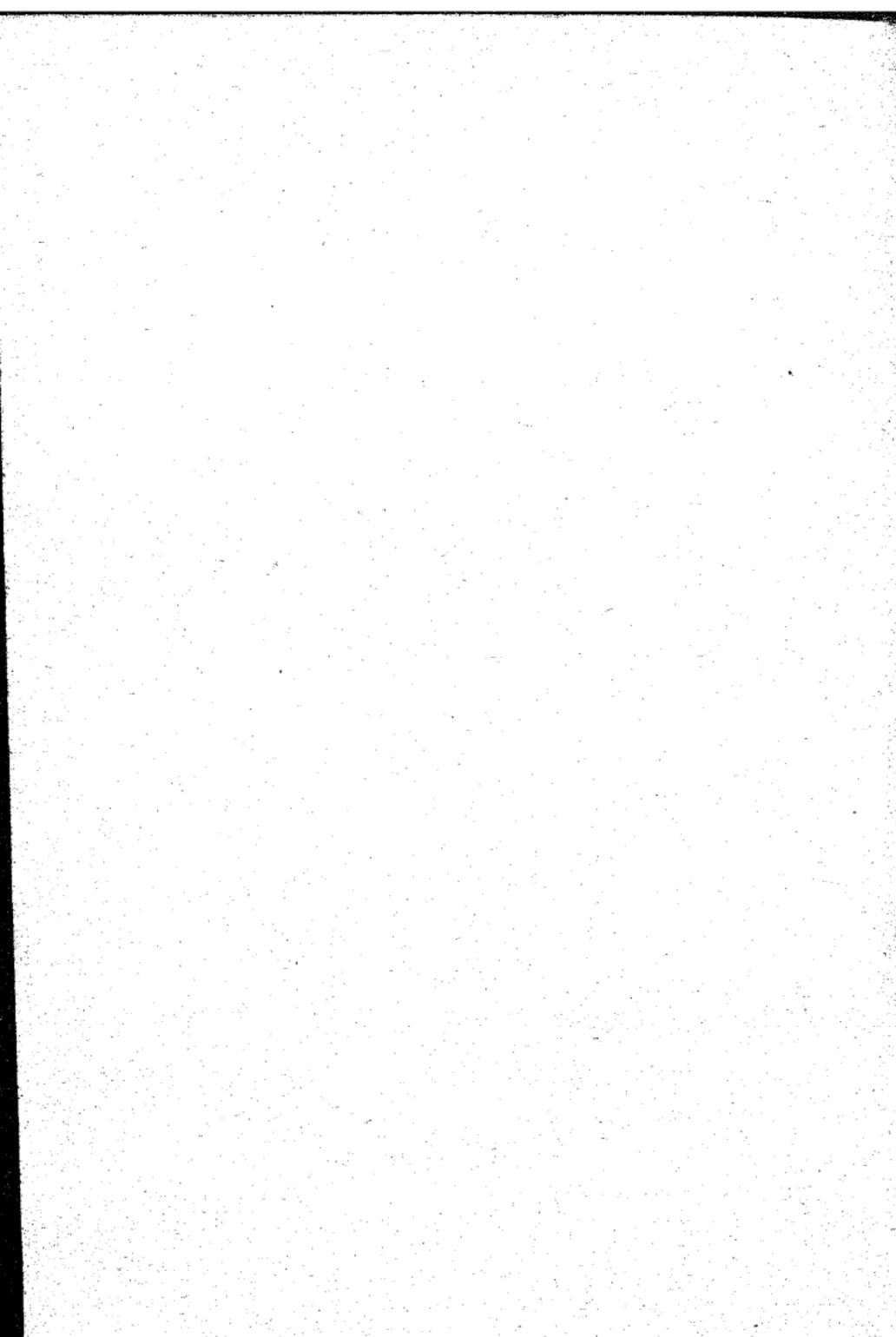
¡Le debía ella tantísimo!

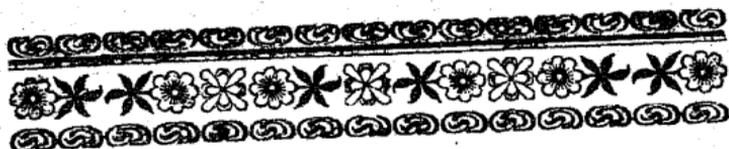
Ella con una para recuerdo tenía bastante.... ¡su beso, y de registro al libro de devociones!...

¡La habilidad que tienen las mujeres para barajar lo divino con lo humano! ¡Hacen cada mezcolanza!...

¡Y las más santurronas son las peores!

—¡Estas católicas!—como decía la viuda de Almonasterio....





CAPITULO VIII

En los nudillos.

—Hijo: ¡gracias a Dios que mejora sus horas! ¡Tanto como se lo he pedido a Dios, y mira como Su Divina Majestad ha oído mis oraciones! ¡*Te Deum laudamus!*

—¿¿...??

—¡Lo del novio de tu prima! ¡uno de Pimpollares, con facha como de escribiente del juzgado, que ha estado esta mañana, apenas acabamos de almorzar y tú saliste para el Círculo!... Tu tía muy a ríto lleno, (según me ha dicho Clotilde, que lo estuvo atisbando todo desde el salón azul, detrás

del biombo) tanto, que dice que se fué al cierro y se sentó allí a hacer *crochet*, para que ellos se despacharan a su gusto.

No sé en qué habrán quedado, ni los planes que tendrán. Pero aquí, lo que estaba haciendo falta como el comer, era una solución, y mejor a ocho que a ochenta, y mira tú cómo Dios, que siempre saca la cara por los suyos, nos la quita de encima sin palo ni piedra y se la lleva a donde Cristo dió las tres voces... ¡De modo que estaba deseandito de verte entrar, para darte el noticia y hasta pedirte albricias si a mano vienel

¡Te digo que no he bailado, porque los malditos pies me hacen ver las estrellas del firmamento! ¡No sé para qué sirven los callistas! Por lo menos a mí, me dejan igual..

Pues sí: ahora mismo la acaba de mandar una cesta de violetas, de esas grandes que parecen pensamientos, que lo menos, lo menos que le habrá costado serán sus diez duros... Lo cual que la muy beato-na del enemigo se las mandó enseguida al Señor de los Desamparados... ¡Mira tú! ¡tantísimo como me gustan a mí las violetas, y

no fué para darnos un manajo a cada una, ni por compromiso! Por cierto que me alegré, no te creas: ¡para que vea la estúpida de tu tía con quién se gasta los dineros! ¡Toma y vuelve por otra!

Luego ha dicho Clotilde que es hijo del Notario de Pimpollares; que estuvo a visitarlos a ustedes cuando estábais almorzando el día en que fueron ustedes al pueblo a recogerla, y que también estuvo aquí meses pasados, con una carta de Maricruz... De modo que la cosa tiene rastra, según parece, aunque lo hayan tenido tan embuchado.

Yo, con tal de perderla de vista para ciento y un día, ¡aunque acá se le paguen los derechos del casamiento! ¡A enemigo que huye, puente de plata.. ¡Es mucha cuñía, y lo que es lo del suministro de la piel para la cura, eso tarde o temprano se tenía que saber!... ¡Las carnes se me abrían!

Así es, hijo del alma, que algún santo habrá estado velando por nosotros (y milagro será que no sea San Expedito).. De modo, que a las niñas se lo he dicho: que las voy a convidar, y a tí también por supuesto, a lo que queráis, en celebración de esta

alegría tan regrandísima, porque esto es como para que repiquen solas las campanas. ¡No es nada verla salir, ¡y con las bendiciones, que eso es para siempre!, ¡y con uno de pueblo, que lo natural será que se quede a vivir en el terruño!! La única pena que tengo es que, en lugar de Pimpollares, que está ahí a un salivazo, no sea en Zumárraga, o en uno de esos pueblucos de Pereda, que hay que recibir el Santoleo antes de salir de ellos... ¡Mira que no haber dicha completa en este mundo!....

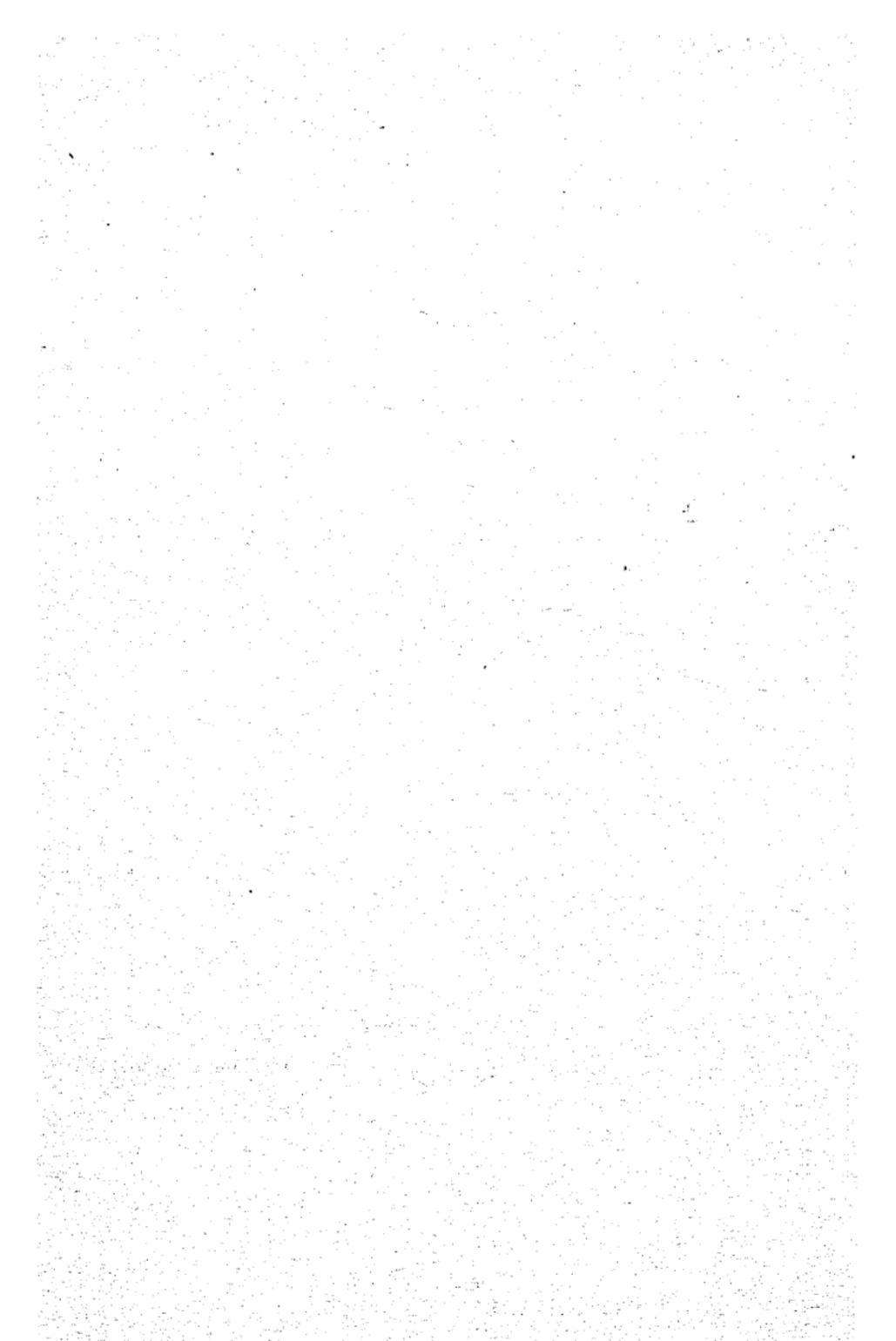
—Bueno: ¿has acabado ya?

—¡Hijo: qué desagradable! ¡Nunca tienes para esta madre, toda ternura, más que arrancabotones!... ¡Parece que te destetaron con leche de rabiacanas! Viene una creyendo que va a ponerte una corona, y la recibes con dos tejas... ¡Descuida: que no te volveré a hablar más que lo preciso, y que zapatitos de hierro has de romper, para volverme a ver a mí la gracia! ¡Grosero, mal educado!... ¡Mira tú, cuando debías bailar de coronilla, quedarte como al que le hacen un pie igual... ¡Hipócrita y más que hipócrita!

Y salió del despacho cogiendo el viento a brazadas, que se le podían tostar habas en la boca del estómago.

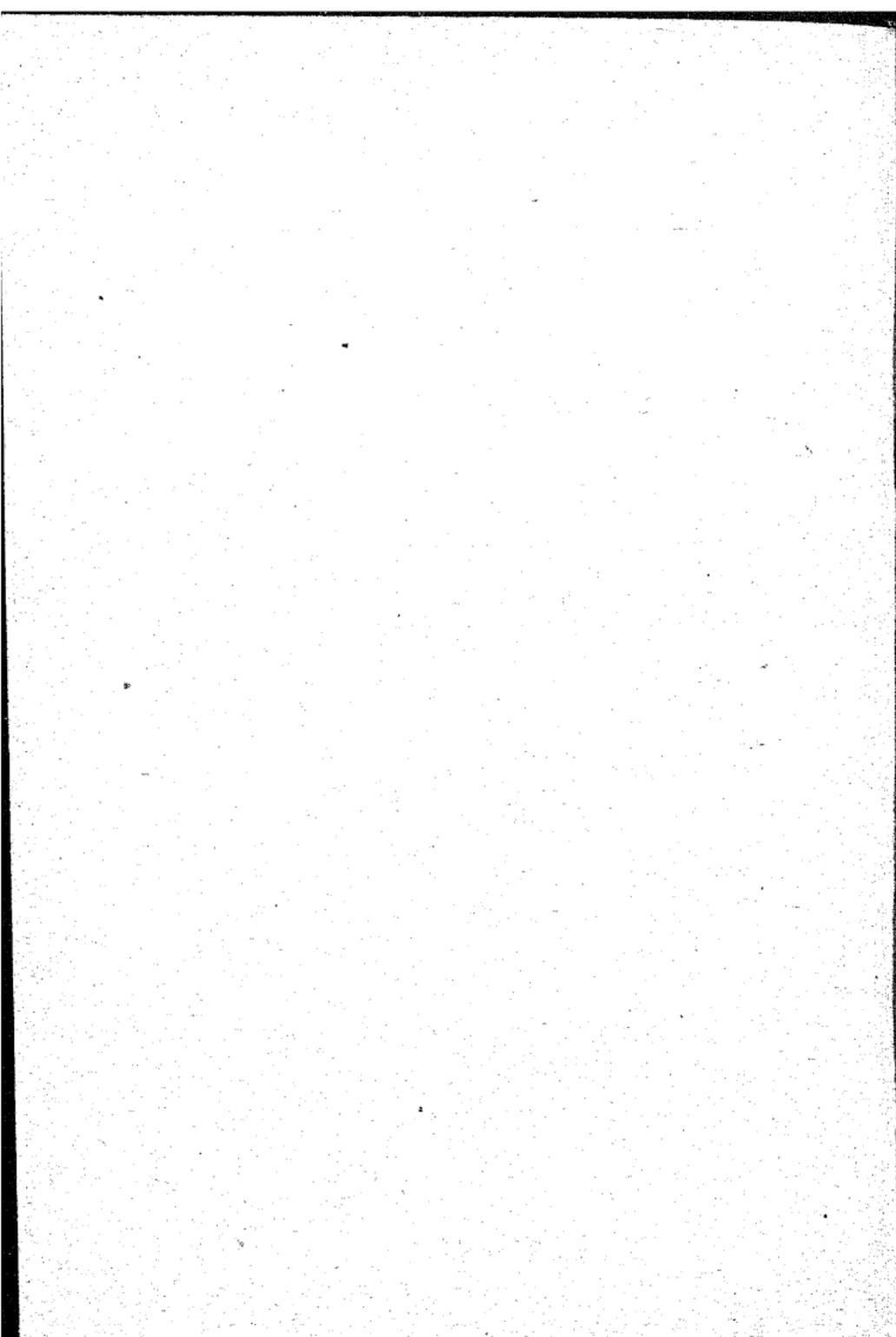
—¡Cuidado con la criatura! ¡Tantos jarritos a la tía porque es rica, y tantos sofiones a una porque es pobre!... ¡Cría cuervos, y te sacarán los ojos!





LIBRO QUINTO

AMOR TRIUNFANTE





CAPÍTULO I

El derecho de pataleo.

Y pasaban los días y los días, las semanas y los meses, y el entripado del apoderado de la Marquesa no sólo no se aliviaba lo más mínimo, sino que se recrudecía cada vez más: pues aunque hacía titánicos esfuerzos por llegar a aborrecerla resueltamente, lo cierto es que la muchacha, por lo buena y por lo hermosa, cada vez le resultaba más adorable...

Era tan dulce... tan inofensiva... y luego ¡tan hechicera!, que la vida de nuestro hombre era una pura lucha: lucha que sostenían

dentro de su corazón el ángel del amor y el demonio del odio, prevaleciendo a las veces el primero sobre el segundo, pero sin llegar a domeñarlo por entero y para siempre; sino antes bien, viendo a su contendiente a lo mejor levantar la cabeza erizada de víboras como la de las furias del averno y sintiéndose vencido y acorralado por él, como la tímida paloma por el ave rapiña.

Terreno más apropiado para la cicuta del odio que para la malva-rosa del amor el corazón de nuestro heroe, los movimientos amatorios hacia su prima eran rachas pasajeras, aunque con ímpetu y fuerza de huracán... El desamor, el odio reconcentrado era en él lo permanente... la noche interminable y apretada en que fulgía de cuando en cuando el resplandor de un lucero... pero lucero tan claro, tan brillante, tan luminoso, que disipaba la noche enteramente hasta convertirla en día... pero para apagarse y extinguirse no bien había brillado en su horizonte, como el fugaz areolito, que lo mismo es lucir en la atmósfera, que perderse y diluirse en el cielo de las noches de verano,

Un psicólogo se devanaría los sesos hasta

atinar, si atinaba, con el verdadero estado psíquico del primo de Maravillas; pues el odio y el amor, por antitéticos, son pasiones de todo punto incompatibles, y ni él dejaba de amarla, ni dejaba tampoco de aborrecerla, pero tan desbaratadamente lo uno y lo otro, que lo mismo se dejaba invadir de la ternura, que sacudir por la furia.. ¡lo mismo la pondría en un altar, que le daría una puñalada!

¡Ah! Por qué?... ¿Por qué la había conocido tan tarde, o sea cuando ya era «de otro,» pero con toda la firmeza de roca y la inmutabilidad de montaña, con que se dan al amor las almas de su temple, si mansas como corderos para dejarse matar sin exhalar balido, fieras como leonas para defender los fueros de su ídolo?

¿Por cuánto aquella paloma sin hiel, que lo perdonaba todo, le perdonaría un conato siquiera de asalto en el huertecillo de lirios que tenía en su corazón para el amado?

Insistir, pues, en las aproximaciones y solicitudes, sobre ser el más visible de los fracasos, sería exasperarla inútilmente y no conseguir de ella más que el desprecio...

Las santas, o no aman a ningún hombre, o cuando dicen a amar, aman al elegido un punto menos que a Dios.

Y aquella niña era santa: fácil para perdonar, como si no conociera el amor propio; heroica para sufrir con la sonrisa en los labios la persecución sistemática y el odio sin paliativo de que había sido objeto desde su entrada en el palacio, cual si tuviese atrofiada toda sensibilidad, e invulnerable, a fuerza de inmaculada, cual si más que mujer que gravitara hacia la tierra, fuese un ángel humanado que gravitara hacia el cielo.

Y luego (la muletilla de siempre) tan hermosa... tan joven... ¡tan divina!

.
¡Ah! ¿Ser ella venturosa y él desgraciado?... ¿Ella, haciendo feliz con el tesoro de sus hechizos a otro hombre que no él, y él condenado a sed eterna como otro Tántalo?...

Y un acceso de odio, digno del pecho de Lucifer, lo llevó a la ruindad a donde no llega ningún hombre... que lo sea... ¡A apuñalar a mansalva un corazón y a mancillar una honra, por medio de un anónimo!...

Carlos concibió uno, y como lo concibió lo puso en práctica... sin que le temblara la mano.. sin que le remordiera la conciencia, ni se le enrojeciera la cara. Bien es verdad que quien escribe un anónimo es porque ni tiene conciencia, que pueda escarabajearle, ni jeso que sale a la cara y la enrojecel —

Y Carlos—vuelvo a decir—concibió uno al novio de Maravillas, y lo escribió: tan artero, tan nefando, que no habrá pluma honrada, que se atreva a transcribirlo... pero que, *precisamente* por las monstruosidades que entrañaba, no produjo otro efecto en su destinatario, que el desprecio más olímpico hacia quien quiera que fuese el infame, y bellaco, y mal nacido, que en él se retrataba tan sin pudor—no hay anónimo que no sea una fotografía... iluminada—y junto con el desprecio hacia el cobarde, un recrudescimiento de su desbaratado amor a Maravillas, por buena y por calumniada, que llegó a los linderos de la adoración: ¡del éxtasis!

Y guardándose el papelucho en la cartera, escribió al florero de Sevilla, a quien compró la cesta de violetas, encargándole

un *bouquet*, pero de sólo varas de nardos, con igual destino, «más la adjunta tarjeta» en la que escribió con gruesos caracteres esta lacónica frase: «Como tu alma.»

.

—¿Para quién es esto? —Preguntó Carlos con muy mal talante, al criado que subía por la escalera principal, dejando tras de sí una estela de perfume:

—Para la Señorita Maravillas, de parte del Sr. D. Manuel Ponce.

.

De seguro que el tal no se lo había propuesto. ¡Pero a fe que no pudo quedar mejor vengado!...

—¡Justo!: ayer *lo* recibiría, y hoy, ésta contestación... ¡Pero anda: calumnia, que algo queda!...

Y sonrió, sonrió, como sonreiría Lucifer si cupiera la sonrisa en el dolor eterno.





CAPÍTULO II

Tristeza del bien ajeno.

Si la envidia es la tristeza por el bien ajeno, lo que toca la viuda de Almonasterio no tenía ni tanta así por el casamiento de su sobrina: sino antes una alegría que le retozaba en el cuerpo y que contrastaba con lo hocicudo y cejijunto de Carlos y lo hosco y taciturno de sus otros dos pimpollos.

—Sí: hijas: ¡que se case y que se vaya bendita de Dios! ¡Un enemigo menos y una ración más!.. ¡En mi vida he hecho un regalo de bodas con más gusto!

• • • • •

Un poco le aguyó la fiesta, sin embargo, la dote de cincuenta mil duros en acciones navieras, con que se descolgó la Labrantíos, amén el ajuar de ropa, muebles, encajes, joyas... ¡el mundo de madre!, con que creyó en su decoro de gran señora que debía contribuir al casamiento de una sobrina, y como hija. Pero, lo que decía a sus nenas la primera vez en que cambiaron impresiones, a raíz de «la locura»: No hay que perder de vista que todo ha de ser en su día para los suyos, y ella ha de tener en cuenta el día de mañana lo que le da a esta ahora, a fin de que no salgamos nosotros perjudicados.

Que «el alma mía» entra en partes como una de ustedes, ¡eso lo tengo yo más que tragado, desde que dijo delante de ella lo del testamento «en ley de Dios»!... Esto no pasa del lado allá de un adelanto, y un..... afán de quedar, en su soberbia, a la altura de una princesa de la sangre. Si cualquiera de ustedes se casara, ¿creeis que no haría lo mismo? Esos cincuenta mil duros se los apunta ella a ustedes en vuestro haber, como Petra me llamo, y milagrito será que no os dé en su día hasta los réditos... ¡hijas

de mi corazón y de mi vida, que si no hubiese sido por esa intrusa, podíais quedar poderosas! (Pausa).

¡La suerte de las criaturas!: ¡un cateto de pueblo, embolsicándose un millonaje de reales, por casarse con una buena moza, y una palurda desconocida, casándose con el hombre que le llena y encima cincuenta mil duros como cincuenta mil soles, por resultar sobrina de una loca.

¡Cuántas, con menos razón, no han sido incapacitadas?... Lo que tiene es que da con nosotros, que no queremos escándalos y que más bien nos pasamos de desprendidos.

¿Sabéis de lo que me alegro después de todo?

—¿....?

—¿....?

—De que se hayan quedado con tres cuartas de narices los Castañares. ¡Eso hubiera tenido que ver!: que el zascandil del Barón, que fué el que nos la metió hasta la taza, fuera a regodearse en su día con lo nuestro... ¡Pues verla Baronesa también hubiera tenido lo suyo!... ¡Nada: que un ángel del cielo ha velado por nosotros!

Las hijas no decían nada. Sino se limitaban a oír y a roer el cartucho; pues, aunque ninguna de ellas se lo confesó a la otra, les sabía a cuerno quemado el que el *exeat* (la salida) de la intrusa fuese por la puerta grande del «matrimonio católico.»—¡Ah!—

Solteras contra todo el torrente de su voluntad, pues aunque en sus «primeras instancias» tuvieron sus pretendientes, eran de las que profesaban el principio de «o conde o nada,» habían salido del positivo de solteras, para entrar en el aumentativo de solteronas.. La opinión pública les había puesto el brazalete de incasables y no había casamiento de gente conocida que no fuese para ellas un cuchillo, que ni el de Guzmán el Bueno.

¿Cómo ver, pues, con buenos ojos una boda tan refregada por sus mismas narices, y por parte de seres tan antipáticos como los novios, pues si la novia les daba tres patadas en la boca del estómago, el novio les hacía sangre torcida, y no digamos nada del caimiento de baba de la Marquesa, como chiquillo con zapatos nuevos con la boda?

¿Que se fuera bendita de Dios—había dicho la madre?—Sí: ¡que se fuera donde no la volviesen a ver, ni por telescopio!: pero no del brazo de un buen mozo, con el traje de desposada, un velo nupcial y una corona de azahares. ¡Mira tú el azahar, cuando estaban ellas deseando siempre que pasara con veinte mil pares de demonios el mes de Abril, para no verlo ni en los naranjos de las Delicias!...

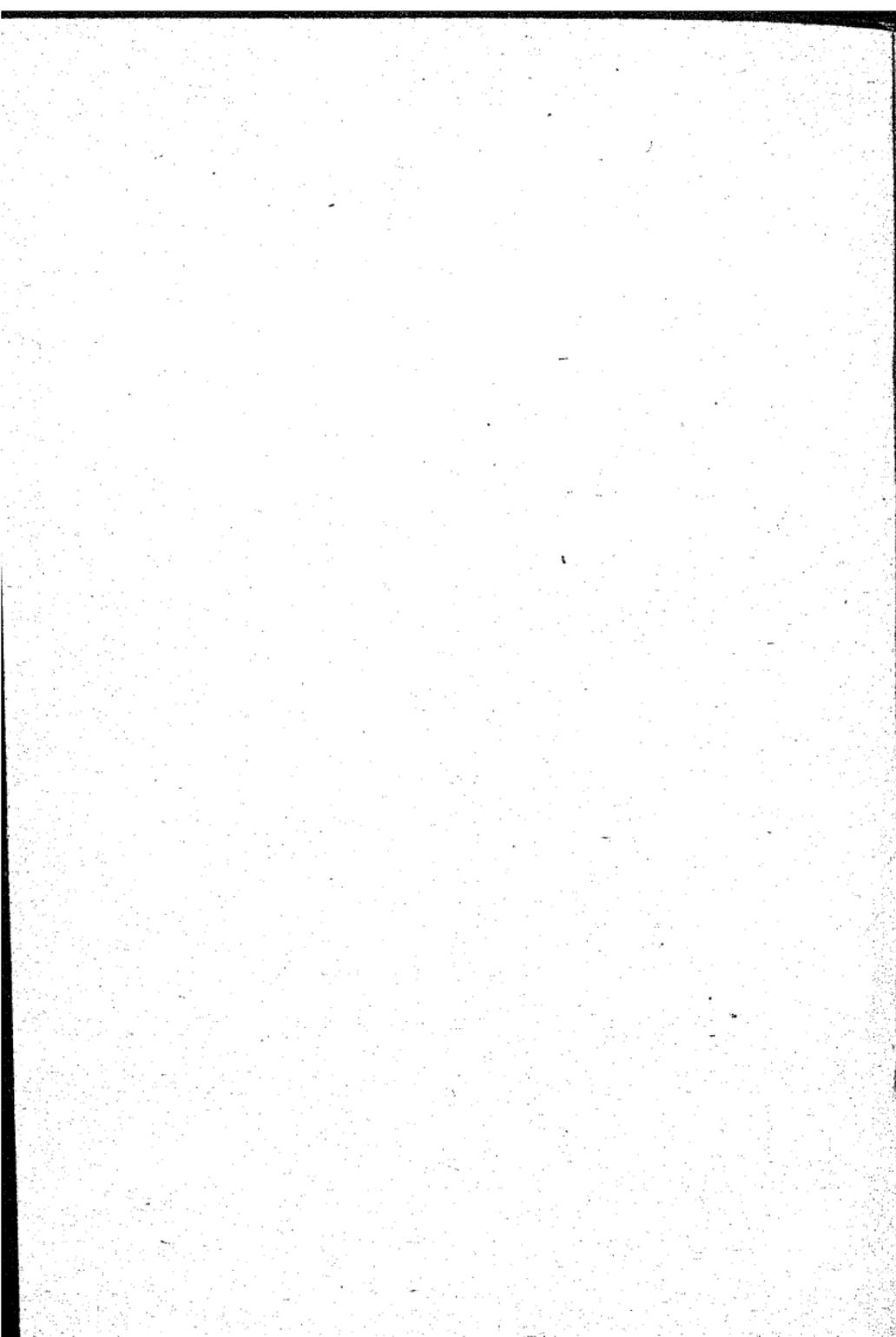
¡Era muy duro, hija, que se casaran hasta... los perros, y ellas, con la palma de Santa Rosa por vitalicio!... Y aunque no se lo confesaba la una a la otra—ciertas cosas no se dicen—a sus solas era «el llanto y el crujir de dientes»... ¡Ah!...

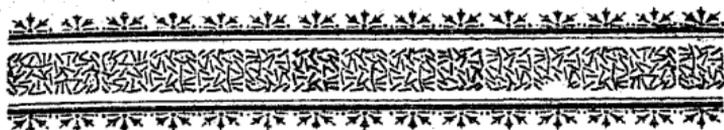
—Se casa. Pero se va:—les arrullaba al oído el hada del consuelo, para hacer por endulzarles un poco su amargura...

—Se va. ¡Pero se casa! —les decía haciéndoles roña el demodio del berrinche.. Donde no le quiero decir a usted el «equinoccio» que estaban pasando las criaturas!

¡Dios castiga sin palo ni piedra!

Y la envidia, que es pecado, lleva en sí misma el castigo.





CAPITULO III

«Aires» de Pimpollares.

—¡Te has enterao, hermanita, que se casa la Señorita Maravilla con Dor Manuel Ponce? ¡Por supuesto: que endeje que yo lo ví a é tan «asistente a esta santa novena»: lo mismo en er velatorio, que en el intierro, que en la salía de misa, que a lospué en er funerá de tó lujo de cabo é mé, dije, digo: ¡milagrito será que no téngamo aquí que comé pan de boa! Por supuesto: que dicen está la muchacha, ¡pa chillarla, vamo!; má bonita que una onza, y más fina y más delicá que un arfilé de pecho, de filigrana.

Dicen que la tía la dota en ¡en qué sé yo cuantísimos millonel!: lo cuá que yo no sabía, hermanita, que los barco valían esos dinerale tan regrandísimo.

Po sí: dicen que está loca con ella, y que tó le está pareciendo poco pa echárselo en la canastilla.

La que tiene que oí es la Notaria; y es naturá: haberlo visto muerto, como quien dice (porque milagro más grande no se ha visto en er mundo) y verlo güeno y sano, y alospué con los dichos tomaos como la gente y en víspera de un casamiento tan reagustísimo, porque es que andan tirando piedras por las calle.

La otra noche estuvo en mi casa a enseñarle a los señores dos perlas, que é er regalo que le jacen a la novia, der gordó de arvellanas americana... Lo cuá que dijo la Señora que, de tantísimas perla como había visto en este mundo, no había visto dos más atroce. ¡Sesenta y dos mí reale! ¡Lo que vale un molino aceitero, arrecor-gando de las oreja! ¡Contral

Pero lo que dice ella, y tiene razón: hay que vé con quién se casa, y los regalos tan

regüenísimos que le están haciendo tó er mundo, porque jasta er Rey, hermanita: ¡jasta er Rey de las España! le ha mandao su fineza, claro que por la tía, que será amiga suya.

Mis señore le van a regalá un... una cosa que se arrecuerga, que no pueo encarruchá la nombradía, porque está en latín. (1) Es como a moo de un arfilé de pecho, ¿sabes tú?: na ma que arrecorgando de una caena como si fuá un guardapelo, con dos o tres piedra verdes empotrás, y alospués otra entrelarga, na má que se menea... A la Notaria le ha gustao mucho, y dice que le parece mucho regalo, pa unos simples amigos como ellos.

La cuá que yo, hermanita, no sé qué regalarle: porque yo, basta que haiga estao en la casa como uno de la familia, pa que le haiga tomao voluntá. De moo que yo sin regalarle no me queo, aunque tuviá que quitármelo der comé. Ahora: lo que yo no sé e si regalarle unos agarraores pa las plancha, de esos que jacen las monja, tan reprecioso,

(1) ¿Pendentif?

que parecen un gallo mesmamente con su cresta y tó, si mandarle jacé un rosco de piñonate, que en una boa tó es poco, mucho má en una boa como esa, que irá toa Sevilla.

Y la masa frita de Pimpollare hay que vé lo rica que está, y la vista que tiene un rosco de piñonate, con su grajea poncima y sus paloma con orito por tó arreó... De inoo que quizá no lo piense má, y le encargue uno a la Getrúe, cuésteme lo que me cueste, aunque yo le dé los güevo y la jarina, que no creo yo que me lo nieguen los señore.

Porque yo soy mu reagradecia, ¿sabes tú? Y na má que considerá yo lo que ella quiere a mi niña de mi arma, porque e un sin cesá lo de regalo que le manda con tó er que viene, porque ella, escapulario... ella, muñeca... ella, cajas de durce, lo cuá que la úrtima que le ha mandao es una vaca, que menea la cabeza y tó, lo cuá que se le arranca la cabeza y está llena por dentro de bombone... ¡Lo que saben esos cuerpo, pa sacá er dinero... Po güeno: na ma que considerá yo lo que quiere a mi niña

de mi arma, era escapá de regalarle ¡una burra para que tuviera!

¡Yo sí, hija! Yo quiero mucho a mis señore, y er que quiere la có, quiere los cojollitos de arreó, y los regalos e boa son arcancija, ande se va echando, echando, jasta er día en que se rompe; y anque yo no piense de casarme (¿Casarme? ¡Con la tierra!) po mi niña se casará er día de mañana, y entonce llegará la hora de arrecogé lo que una haiga sembrao; porque la lotería é y no le sale má que ar que se arrasca la barciguera pa jugá.

Conque ya tienes ahí tó el espirituar parentesco. Yo, hermanita, soy como la vía, que tó lo hecha fuera, lo cuá que en la edá que tengo no he dío a Malascañas... Ar Rocío es ande he dío, y pa eso de promesa, lo cuá que vy a tené que dí otra vé, porque la promesa era dí callá, y titito lo que púe resistí fué hasta el álamo reondo.

¡Es que no pueo, hermanita, por má de fuerza que jago! Pero lo que yo digo: la gente jablando se entiende, y preguntando, preguntando, se va a Roma....

Otras que tamié tienen que oí, aunque en otro sentío, son las Morale, que tenían un ojito sartao por é, pa la má chica. De moo, que la están poniendo de güerta y media y ofendiendo a Su Divina Majestá... y echándose tierra encima espués e tó: porque to er mundo está conociendo que no es má que la invidia que las repudre, que si la invidia fuá tiña, no se iba a poé pará en er mundo, de tiñoso.

Y yo, hijz, no le tengo invidia a nadie ni se la he tenío nunca. Cata ahí un pecao que no me he tenío en mi vía que acusá de é. Yo me alegro de las alegría de titito er mundo, y cuantito oigo una gallina cacareando en los corrale, ya esty loca de contenta, de ve que una infelí ya tiene un güevo pa echá un trancajilo a la vía, porque cá casa es un mundo, y una gallina poneora es una providencia pa una pobre.

Yo, es cosita, hermanita, que no pueo matá una. ¡Me da muchísima lástima, de darle a un animalito, que ha jecho tanto a una casa de familia, er pago der capacho, y lo má que me atrievo y me atermino es a pelarla!

¡Por mú güenas armoja, no creas tú, se jacen con las pluma de la pechuga! De moo que eso se van juntando en una talega, y alospué, cuando hay pa una armoja, se llena y santas pascua.

Una le esty yo juntando ahora a mi Dolore, que me la vió el otro día y se le antojó, cuantito le echó la vista encima.

Yo, hija, no me gusta la gente antojaiza ni peigüeña, y esa crú de Caravaca tengo con mi Dolore: que cosita que ven sus ojo, titito se le antoja, porque pa que se le antoje tó, ¡jasta un libro de ilesia, sin sabé leé!

¡Pa qué quedrá esa mujé ese libro?... ¡Po ahí la tienes muerta y tuerta por é, endeje que logró er catrecillo, que era otra de las cosa que la traían sin sueño! que no he visto en er mundo cosa más mala que una pobre mendicante, metía a paqueta.

Po ella, de sus mangas blanca con su gran tira bordá... ella, de su mantón de espuma, diario tos los días... ella, de su gran gasa, anlugá de su pañuelo a la cabeza, que es lo que nos himos puesto las pobre toa la vía e Dio, porque yo no me pongo la man-

tilla, na ma que er Jueve Santo, y pa eso endeje que nació mi niña; que no era cosa de llevarla a visitá los Sagrario el arma mía con un trapo atrás y otro alante, como si fuá nacía de las piedra.

Ahora, sin dí más lejo, me ha dao la señora un vestío de arpaca, y milagrito será que me lo ponga... ¡Me da mucha vergüenza salí por esas calle pegando arrelumbrone como un velón y que me vayan a tené por una gran señora, siendo una triste moza de servi, aunque esté una jubileá y sin más obligacione en er mundo, que jacé cuatro mandao y está de tritutrí con mi centraña.

¡No quisiá má en er mundo, que la vieras bailá las siguirilla! ¡Te digo que... ¡el arcánge San Gabrié, cuando vino a anunciá a la Vigen María que er Verbo Divino tomaría carne en sus entraña, sin destrimento de su virginal pureza! Así es, que me voy ya pa allá, a llevarle esta tórtola, que me ha dao er chiquillo de mi Juana, lo cuá que no me la quería dá er mardecío, y le he tenío que dá una perra gorda.

Conque adiós, y que haiga alivio, mujé. Dale tantas memoria de mi parte, y disle que

a vé si ura noche de esta tengo lugá, y vy a jacerle un ratito de compañía. (Medio mutis).

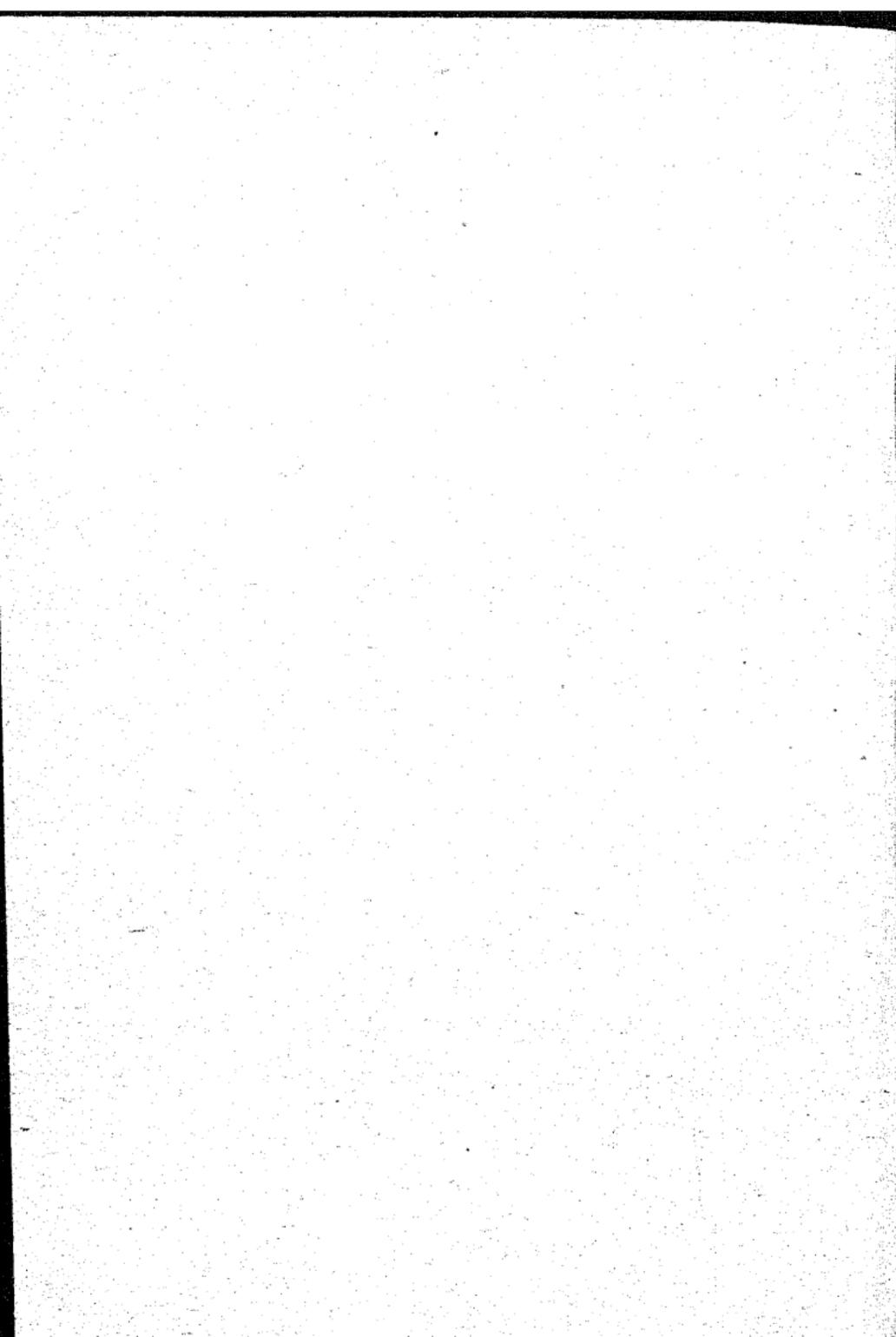
Disle que jaga un cocimiento de marva-bisco, arazú y jigos pasao. Que se junte por las noches injundia e gallina, y me tendrá que mentá. A ve si er marío le mata un mochuelo y se lo pone en la boca del estóga-mo, y tonce, ¡con la mano! (Medio mutis.)

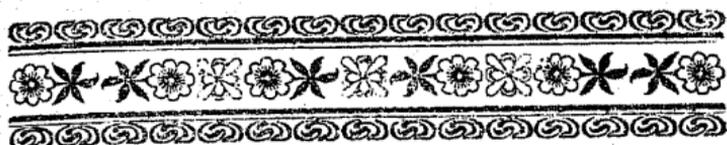
¡Ah, mujél! ¡A ve si me proporciona un cojollito e geranio, der que tienen las Lope en er barcón! Esty antojá por é, endeje que se lo mandaron de Sevilla, y tú, que entras y sale, se lo pues peí, anque esas, pa no dá, ni siquiá guenos consejo. .

¡Es que no pueo, hermanita, con la gente mísera; y si por argo me gustan mi señore, es porque son como Dió, que tó lo dan!

¡Míralal... ¡mírala, mujél! ¡Lmándome el arma mía deje er barcón!... ¡¡Espejitooooo!!!







CAPÍTULO IV

Aria de tiple.

—¿¿¿Otro regalo???... Pues señor: o hay que decir que en las joyerías dan ahora las cosas de balde, o la gente se ha vuelto loca de la cabeza.

¡Esto es un despilfarro! ¡Una locura; pero así: ¡una locura de remate!! Un ponerse a recoger a... cuatro manos lo que han sembrado otros, y arramblar ella sola lo que podía haber sido para mis hijas de mi alma.

¡Mira que desde las monjas... mendicantes hasta el Grande de España; desde la casa de Beneficencia, hasta el Palacio Real y

desde la planchadora, hasta el modisto... y por si esto le parece a usted poco todavía, tenga usted misma que regalarle, cuando lo que le regalaría usted de buena gana sería un par de tiros a cada uno!...

Pues ya sabes los resuellos de vuestra «augusta» tía: que quedemos a nuestra altura, que es cuestión de decoro...

¡Espantárame yo de que no saliese a relucir el decoro!... Herradura que se menea, clavo le falta... Pero convenid conmigo en que es un cuchillo muy grande para nuestra garganta tener que hacerle un regalo ¡y un gran regalo! aunque luego sea la otra quien lo pague. El otro día os dije que en mi vida había hecho un regalo de bodas con más gusto, ¿no es verdad?... Pues ahora os digo y os retedigo que sacrificios se habrán hecho en el mundo, pero como el que me cuesta a mí regalarle la valía de un alfiler, no lo ha habido, ni lo habrá.

¡Al cochino gordo untarle el rabo!: encima de lo que se lleva de la casa y de lo que le está regalando todo el mundo, porque esto es un desate, salga usted por esas platearías a comprarle un juego de tocador, y

quien dice un juego de tocador, dice de té, o de café... o ¡un rayo que la parta!... ¡No quisiera más en el mundo sino que hubiera en la platería una cosa falsa y nos la endosaran como buena! Con eso salían ellos de un hueso así y ella no se pavoneaba con lo nuestro.

¡Mira que no poder ver a una persona ni en la punta de un cañón, y encima regalarle lo que no se tiene, ni se puede, ni se quiere, es para dárselo al más pintado!...

De modo que ya lo sabéis: ustedes allá compradle lo que os parezca, aunque sea el rabo de un borrico. ¡Cuidado como regateais ni tanto así, aunque os pidan un ojo y parte del otro! ¡a bien que es rico el que pagal ¡Y una cosa que os encargo!: que procuréis que sea una cosa, que no sirva para nada.

¡Hipócrita! ¡vividora! ¡ladrona y reteladrona!: robarnos cincuenta mil duros ¡y en acciones de barcos, como quien no dice nada!... y encima, eche usted collares y zarcillos; *pendentif* y pulseras; *barrettes* y relojes; bandejas y centros de mesa y candelabros; paneras y cubiertos; juegos de todo lo

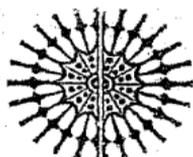
jugable en este mundo y en el otro, y encajes, y abanicos, y pieles, y... ¡el derroche! ¡el derroche más desatentado que se ha visto en el mundo ni se verá, y todo por ser sobrina de una loca, soberbia e impresionable, que se ha propuesto una boda, como de Princesa de Asturias, en la hija de un médico de aldea!

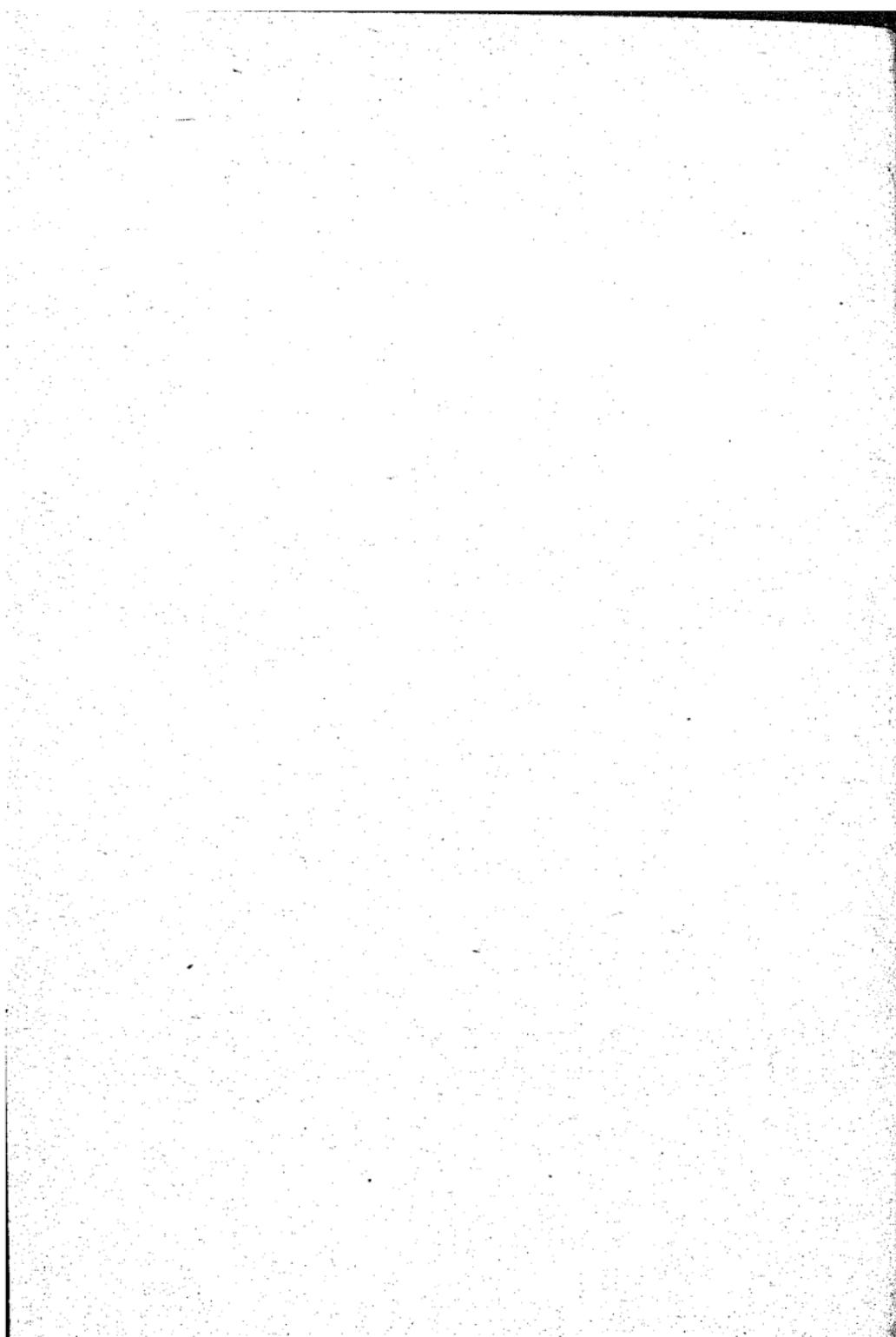
¡Cuando te digo que quizás me meta en cama desde hoy, para no ver con mis ojos ni sancionar con mi presencia semejante salirse de su esfera (porque ni a una pobre, acogida por caridad, le pega eso, ni a un triste perito agrónomo, que eso será después de todo lo que él será, con tanto matraquearnos los oídos, con que si Ingeniero de Montes para arriba, si Ingeniero de Montes para abajo!... ¡Todavía no he visto yo el título! y si es el uniforme, eso no falta nunca un amigo que lo preste o una casa de empeños que lo alquile.

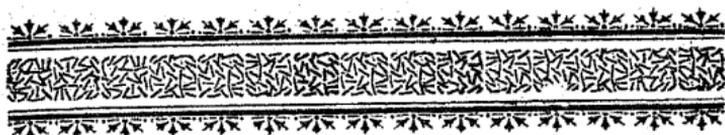
En fin: que me voy escapada a la Junta de la Cuna, a ver qué hacemos por fin con esos pobrecitos niños... De allí me pasaré por casa de Mercedes a probarme el traje y luego por la guantería, a comprarme unos

guantes, por si me decido a asistir a la ceremonia, y a la hora del té nos veremos.
(Medio mutis)

¡Ah! Que le saquéis al joyero cualquier cosa para ustedes, y que lo englobe con el regalo... ¡Sí, hijas: del lobo un pelo!... No se lo va a llevar ella todo, y ustedes a la luna de Valencia.







CAPÍTULO V

Duo de barítones

Han transcurrido seis meses desde la última entrevista de los novios, de que tomamos nota. El está ya respuesto y como si nada le hubiese sucedido, gracias a su temperamento de bronce y a los solícitos cuidados de una madre sin igual.

Los padres han estado en Sevilla a la petición de mano, con la obligada entrega de la pulsera,—tres brillantes sobre otras tantas piedras onix—claro que en compañía de su unigénito; habiendo vuelto al pueblo complacidos de la acogida de la Marquesa

y... ¡oh humano corazón!: de la dote señalada por la dama en las capitulaciones matrimoniales.

Esto les ha estimulado el amor propio, y aunque no sea más que por la negra honrilla, quieren tirar la casa por la ventana. No hay atajo sin trabajo, y el dinero debe ser para las ocasiones... ¡A no dolerse, así pues, del renegrado ochavo y a quedar a su altura!

Y la cosecha de vinos vendida a qué quieres boca: la de aceite, a cinco durazos en el molino, y la de cereales, que había sido famosa, a precios nunca soñados. Y la lana... y las mimbres... y el orujo, y una corta de eucaliptus... y los cerdos, y el corcho ¡y hasta el cielo de la boca! todo se redujo a pasta. Salieron del fondo de la gaveta las fajos de billetes de los ahorros de años anteriores... y una milada de duros, exactamente igual a la traída en dote por la novia, impuesta a tocateja a nombre del novio en el Banco de España.

—Sí: hijo mío de mi alma: que no pueda levantarte el gallo tu mujer.... Que, si ella trae al matrimonio cinco duros, tú llevas

cien reales y tu carrera encima: ¡que el hijo del Notario de Pimpollares se cambia y no se vende! ¡Pues no que no!

A pesar, sin embargo, de todo esto que haría al más descontentadizo reirse solo, nuestro Manolo Ponce tenía algo por dentro que lo desazonaba y mal traía. ¡Era mucho el engrudo del anónimo de marras, para que él se lo tragara sin más ni más!

Y no porque desconfiara de Maravillas el canto del pensamiento; sino por quién pudiera ser el malvado, que había pretendido en su insania amancillar con fango la limpieza de la luz.

Adoptando el método de exclusión, que suele dar satisfactorios resultados en este género de pesquisas, no le quedaron más autores posibles de la infamia, que la «razón social «Viuda e hijos de Almonasterio», cuya malevolencia a la muchacha era del dominio público, pues hasta para aborrecer se necesita talento en este mundo. Y como el estilo de la carta más delataba a un hombre que a una mujer, siguiendo el método de exclusión, que era su método, se quedó a última hora con Carlos solamente...

¡Ah!... ¡Si lo fuera en efecto y pudiera él demostrárselo!... ¡Qué placer, tan nada evangélico, ciertamente; pero tan de la naturaleza de hijo de Adán, cogerlo por el pescuezo y extrangularlo y por todo responso echarle una saliva!...

Y una de las mil veces en que estuvo en Sevilla por aquel entonces, como fuese invitado por la Marquesa a almorzar con ellos, tomó ocasión del agasajo de la dama para convidar a Carlos a almorzar con él al día siguiente. Y como no había razón para excusarse—hubiera sido una gansada—el invitado aceptó con mil amores, siquiera aparentemente, y a la hora convenida cátate el anfitrión en su automóvil en la puerta del palacio, para irse en amor y compañía anfitrión y convidado a uno de los varios restaurantes que con el nombre de ventas existen en las afueras de Sevilla.

Un *menú* selectísimo, elegido por Carlos y despachado por ambos con muy buen apetito... El café, los licores y los habanos, y el criado dejándolos solos, a una indicación del novio, en el risueño kiosco del ágape fraternal.

—Supongo que es un caballero con quien hablo.

—Quién lo duda?

—Y porque es un perfecto caballero con quien hablo, su caballerosidad invoco, para tener con él una confianza íntima.

—Es usted muy dueño. ¿.....?

—He recibido hace meses este anónimo— y lo sacó de la cartera y se lo puso delante a su interlocutor,—cuya cara no fué cara— y apelo a la caballerosidad de usted, a fin de que me informe.

—¿¿Yo??.....

—¡Sí, usted! Usted, que ha vivido bajo un mismo techo con Maravillas desde que salió de Pimpollares y que debe saber mejor que nadie el género de vida que haya hecho... Los caballeros dicen siempre la verdad, aunque sea en contra de ellos mismos, cuando en nombre de su caballerosidad se les conjura a que la digan... ¡Es usted demasiado caballero para engañar, y menos en una cosa que tanto atañe al honor del que pregunta! ¿Qué idea tiene usted de Maravillas? ¿Es una mujer de bien, como

por tal la tengo, desde el punto y hora en que me hallo decidido a darle mi nombre, o es... una mala hembra, como de este documento se desprende?... Usted tiene necesariamente que saberlo... Así pues, el caballero tiene la palabra.

—¡Hombre: ¿yo?!...

—Usted: usted, bajo cuya inspección inmediata ha vivido más de un año, es el que debe saber mejor que nadie si se trata de la leal advertencia de un buen amigo, o de la infame calumnia de un... desalmado.

—¡Hombre!... yo... la verdad: yo la tengo por muchacha correcta y decente. Yo...

—Me lo dice usted, sin embargo, tan de mala gana... ¡tan de soslayo y por compromiso!, que no sé ahora de qué dudar: si de la caballerosidad de usted que me la da por correcta y decente no siéndolo, si de la honradez de ella que no merece más entusiasmo en el informe.

—¿¡Caballero?!

¡¡Caballero!! ¡Sí señor!: ¡o es decente sin distingos y honrada sin vislumbres de lo contrario, (y en ese caso usted ha debido decírmelo hasta con orgullo, puesto que

se trata de un miembro de su familia: ¡su prima hermana!), o es una... desdichada, en inminente peligro de deshonar el limpio nombre de un caballero: y entonces su obligación de caballero es decir la verdad, por bochornosa que sea, en la seguridad de que es un caballero quien le escucha. Dígame, pues, qué pongo en tela de juicio: si la honradez de su prima, de quien no puede usted hablar de otra manera, si la caballerosidad de usted, que me la da, aunque de mala gana, por honrada, siendo lo que aquí dice.—Y le metió por los ojos una palabrota infame.

El dilema era brutal y el gesto del «diatéctico» de una fiera salvaje, que nadie esperaría en aquel hombre, todo cortesanía y corrección. Vivía, como hoy se dice, uno de esos instantes, en que pasa por el cerebro del hombre la racha del crimen... ¡uno de esos momentos de tragedia, en que se siente en la garganta arder la sed de sangre!..

Carlos, que no había sido nunca muy dado al drama, no quería ni por los catalanes un primo político criminal, ni un cenador

de una venta por «lugar del suceso», ni un hijo de su madre por «víctima del crimen»..

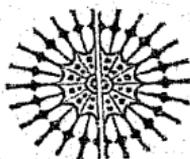
Y hay un pueblo en el mapa de Andalucía—¡bendito sea su nombre!—que se llama Chiclana, a donde se va todo el mundo que ve las de perder en trances en que se juega el pellejo... El primo, pues, de Maravillas «se vino a Chiclana», ante aquel cordero, con ojos de leopardo e inflexiones de rugido de chacal en el acento. Y, sirviéndose con mucha parsimonia un vaso de agua, con un terrón de azúcar de los sobrantes del café, empezó a decir con un fingido entusiasmo de cómico malo:

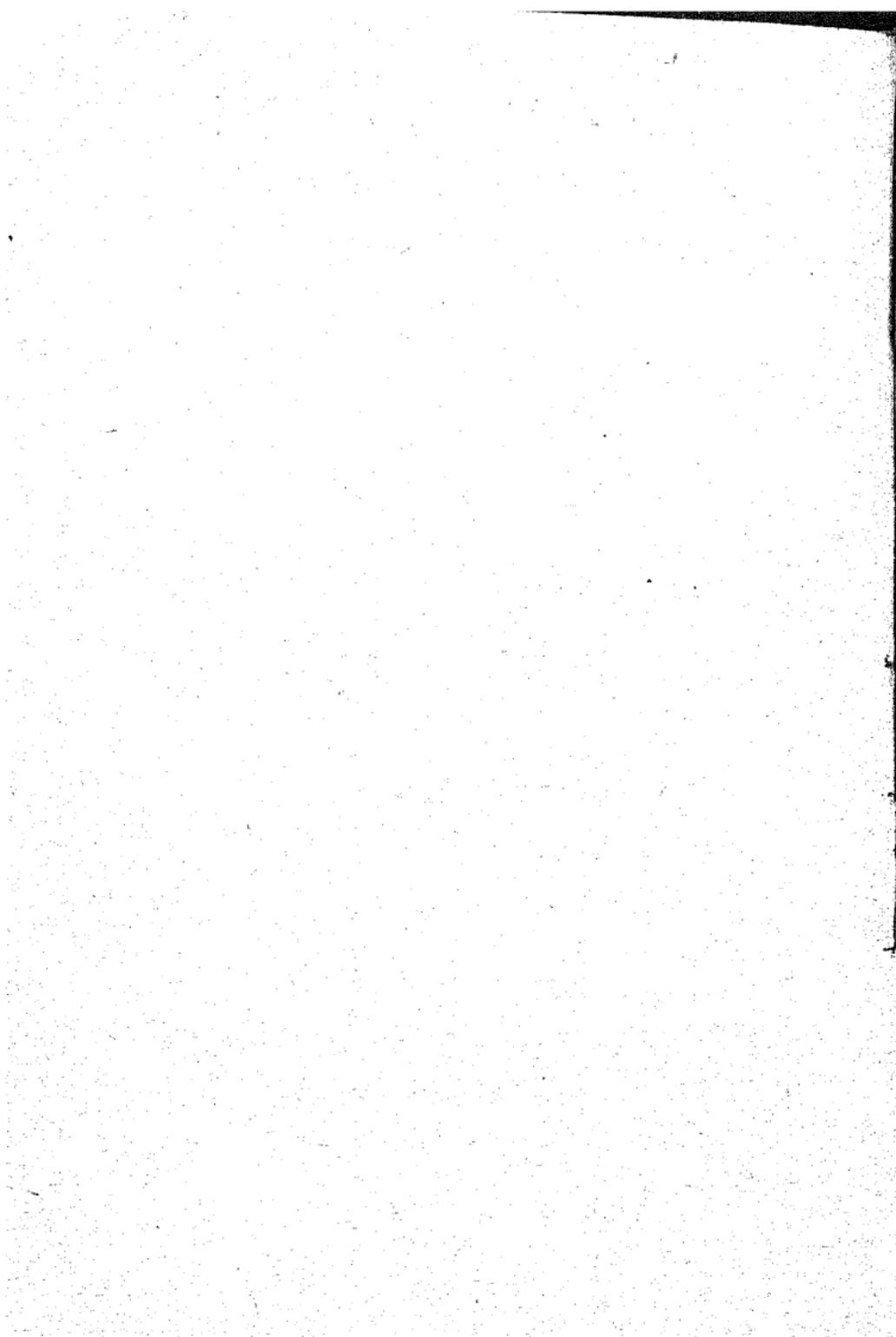
—¡Pues nada, amigo! ¡A no dudar, ni por un momento, ni de mi caballerosidad, a la que nunca se recurre en vano, ni de la honradez de esa pobrecita niña, que si de algo peca, es de meticulosa, honesta y... ¡santa! Lo que usted en su extremada susceptibilidad ha tomado por frialdad en el elogio, es que la alabanza en propia boca envilece, y porque se trataba de una prima hermana mía, es precisamente por lo que no he querido echar mano del bombo y los platillos, pero, puesto que usted lo nece-

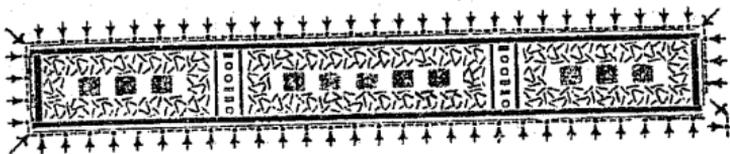
sita para quietarse, allá vá: ¡Esa niña está tan pura como el día en que la bautizaron! ¡Esa niña es una flor de azucena, que no ha olido nadiel... ¡Ese anónimo tiene que ser, a la fuerza, de . algún desocupado, que ha querido... mortificar a usted por algo que usted le deba!...

—O sea: de un... mala-madre, como decimos por aquí, capaz, si a mano viene, hasta de oír que se le llama de esa manera y no acusar recibo!... ¡Un cobarde, que no tendrá de hombre, más que la ropa, y a quien se le haría un gran honor con echarle una saliva en mitad de la cara!

—¡Cuanto diga usted es poco, para canallada semejantel... Digo: las tres. Y yo citado para dicha hora por el Alcalde.







CAPÍTULO VI

De mal en peor.

Cosas hay en la vida, que han dado lugar a la frase corriente «mejor es no meneallo.» Son esas... «malas horas», que solemos tener los hombres, hijas las más de las veces de nuestra impremeditación y falta de tino: pifias cuyo torcedor recuerdo nos acompaña toda la vida, dándonos a lo mejor un picotazo en la conciencia, aunque pasen días y meses, en que parezca haber sido borradas en la memoria.

Y Carlos Almonasterio tenía una en su historia, que no se perdonaba nunca jamás:

una mala hora, de ambición por un lado y de presunción por otro, que le había hecho escribir la célebre carta de petición de relaciones; página bochornosa de su vida, para conseguir borrar la cual, hubiérale parecido poca toda la sangre de sus venas... ¡Ah!...

¡Era mucho su orgullo de muchacho «bien», para resignarse con el apabullamiento y descalabro de una repulsa, y por parte precisamente de ser tan desvalido como lo era Maravillas! Y como quiera que ante los hechos consumados no hay más, sino inclinar la cabeza y aguantarse... o probar que no son tales hechos consumados, nuestro hombre, poniéndose por montera lo de «mejor es no meneallo», aprovechó un instante en que se encontró a solas con Maravillas, para tornar a hurgarse en la espina que llevaba clavada en lo más hondo y vivo del corazón y que se le clavaba más y más mientras más se la hurgaba.

¡El, pospuesto a un... «cateto» de Pimpollares y ella, apuntándose en la lista de sus triunfos haberle dicho que «naranjas de la China...?»

¿¿El, teniendo que inclinar la cabeza ante

ella y que soportar la mirada de desdén y la finísima sonrisa de acerada chunga, con que en su extremada susceptibilidad creía ser mirado «y reído» por la muchacha... que en todo pensaba, menos en eso?

Así es que, aprovechando una ocasión en que se encontraron solos en la *serre*, la llamó hacia la balaustrada de mármol por la que se enredaban un heliotropo, un jazmín y otras varias plantas trepadoras que subían del jardín, para sostener con ella este diálogo:

—¿Tienes la bondad de escucharme dos palabras?

—¡Y todas las que tú quieras! ¿?...??

—¡Nada, mujer! ¡no te alarmes!: no es más que pedirte perdón...

—¿Perdón... tú... a mí??—preguntó jadeante.

—¡Perdón, yo, a tí!

—Pero... ¿por qué?

—Por... haberte embromado con la carta en que te pedía relaciones...

—¡¡...!!

—Pedida como lo estás, y en vísperas de casarte, no me tendría por todo lo caballero

por que me tengo, si no te pidiera perdón por haberte hecho objeto de... una broma de mal gusto.

— ¡¡¡...!!!

— Comprendo que eso no debió hacerlo nunca un hombre serio como yo, y porque eso no se hace, y yo lo hice, es por lo que te suplico que me perdones.

Maravillas, a pesar de toda su ingénita mansedumbre, siente impulsos de abofetear a aquel canalla, capaz, o de la vileza de hacer objeto de burla el corazón de una mujer, o de calumniar su propio amor calificándolo de broma de mal gusto. ¡Aquel hombre era un canalla, mirárasele por donde quiera que se le mirase, y la bofetada era su único tratamiento!

Mas, como no es correcto el que una señorita abofetee a un hombre, y Maravillas «cuidaba» mucho su corrección, hizo por sonreír entre las lágrimas, que sin que fuera parte su voluntad a reprimirlas, le vidriaron los negros ojos, y poniendo... o esforzándose en poner en el acento la mayor posible ingenuidad, respondió con estudiada indiferencia:

—¡Pues no sabes, hijo, el peso tan regreande que me quitas de encima!

—¿??...???

—Aunque se me hacía un monte que un hombre... de tu talla llegase a poner los ojos en una insignificancia como yo, la verdad: te creí por tu palabra:—cosas más grandes se han visto en el mundo—: y como, por otra parte, no tenía más remedio que contestarte negativamente, por hallarme comprometida como luego has visto, me dolía haber tenido que mostrarme desdeñosa con quien me hacía el honor de elevarme hasta su altura... Ahora dices que es broma, y me alegro... Así, si ha habido incorrección entre nosotros, no ha sido por mi parte ciertamente!

—¡Ni por la mía tampoco: conste!

—Tomar a una mujer de bien por juguete—prosiguió con suprema dignidad—no tiene nada de correcto, que yo sepa. (Ya ves: has empezado por pedir perdón!

—¡Por que ha sido la única manera de abordar un asunto tan de vida o muerte para mí! ¡Yo no podía, en mi pundonor de caballero, tolerar que te apuntaras en la

lista de tus triunfos unas calabazas «que no me has dado», y por eso he querido, aun en trueque de la fórmula de pedirte perdón, quitarte unos pocos de muñecos de la cabeza!

—Pues nada: ¡ya están quitados!—y sonrió, con una sonrisa, que quiso hacer de indiferencia y le resultó una mueca de llanto: —Ya sé que todo lo que merezco para tí es servirte de burla... de juguete... ¡Insisto en que si ha habido incorrección entre nosotros, no ha sido por mi parte!... Mi desasosiego era haberte correspondido como tú no mereces. De que tú me hayas tratado como yo no merezco, eso, tú allá... Después de todo, cada uno se porta como quien es.

—¡¡Es que eso es ponerme de canalla!!

—Tú serás en todo caso quien te pongas....

Si lo que has hecho conmigo es una canallada, claro está que eres un canalla... Ahora: que como no pasa de una broma, de más o menos buen gusto, según tú, claro está que no pasas de bromista.... de más o menos buen gusto, por supuesto... ¡No le des vueltas, Carlos! cada uno se porta como quien es....

—La señora Marquesa, que haga el favor de ir el señorito.

—Bueno: pero que no creas tú que esto remata aquí. Nuestra cuenta está más enmarañada que todo eso.

—¿Pero qué enmarañamiento puede existir en nuestra cuenta? Que me has pretendido en broma y yo te he contestado de verdad.

—O lo que es lo mismo: que si lo de la pretensión fué pitorreo, lo de las calabazas fué verdad. Pero como quiera que eso no puede tolerarse, porque eso no es así, por que eso es lo que tú hubieses querido; que un hombre de mi posición y de mi altura se hubiese fijado en tí de verdad.

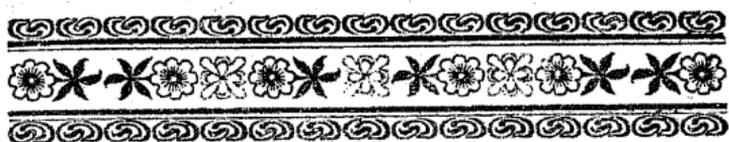
—¡Es que yo lo creí sinceramente!

—¿Conque sinceramente, eh? ¡Demasiado sabías tú, hipócrita y más que hipócrita, que es muy poco una palurda lugareña, recogida del arroyo por pura caridad, para ser pretendida en matrimonio por un hombre como yo. Por eso te hiciste de pencas, y no quiso el negrito pan: «poique non dan:» ¡¡al ¡¡al ¡¡al ¡¡al ¡voy a eso!

Y mirándola de arriba abajo con un des-

precio rayano en el ultraje, y volviéndole la espalda con un desdén equivalente a un salivazo, salió camino de las habitaciones de la Marquesa, dejando a la pobrecita de su interlocutora con los codos apoyados en la balaustrada de la *serre*, regando con sus lágrimas las flores de jazmineros y heliotropos.





CAPÍTULO VII

Botones de fuego.

—De modo que ya lo sabes: como si se tratara de una hija mía. La casa me la vistés de flores de arriba abajo, pero de azahar solamente. ¡Que no hay bastante en Sevilla! ¡Se trae de Valencia! El *bufet*, todo lo más suculento y exquisito que se haya servido nunca; y orquesta, la del teatro de San Fernando. Manda labrar cinco mil hogazas de pan para los pobres; y si te parecen pocas, las que tú quieras... ¡Hay que no desmentir el abolengo de esta casa! Es la primera solemnidad que se celebra, después

de la muerte de tu pobre tío, y hay que hacer todas las cosas, como él las hubiera hecho.

A los conventos de monjas manda quinientas pesetas a cada uno; mil a las Hermanitas de los pobres y otras mil a las de la Cruz; y al Protectorado, orden de una comida extraordinaria y dulces como para que se lo tienten con el dedo los angelitos... ¡Así: para que lluevan sobre ella las bendiciones de los pobres! ¡Más se merecel

Y aquí, a la hora del *express* de Huelva para que vayamos a la estación ella, tú y yo a esperar a los Diosdado... ¡Mentira me parece que los voy a tener en mi casa, para poder demostrarles mi gratitud por lo bien que lo hicieron con la pobrecita mía!... ¡Cuidado con el regalo que le han hecho! Créete que me han puesto una corona. Es gente muy señora y muy educada y esa Cruz vale un imperio... Yo, hijo, como procedo del arroyo como quien dice, es que siento reventarme el gozo por la cincha del caballo, cuando veo a los de la plebe como yo con esa aristocratiquez en las acciones. ¡Eso es ser aristócrata: serlo! Y aunque parezca una

perogrullada, fijate y verás cómo está muy bien dicho.

Lo mismo que tu prima: criada en los patanes en que se ha criado y educada en un pueblo entre patanes, y ahí la tienes, siendo la admiración de todo el mundo: no como tanto potro como hay por ahí, que todo lo que sacan de los colegios es esa letra picuda que hemos dado en tener por el *non plus ultra* de la elegancia.

.....
 ¡La alegría tan grandísima que hubiera sido para mí que os hubiéseis gustado mutuamente y que os hubiéseis casado!... Pero tú no has echado cuenta en ella, ni ella en tí por lo visto, y ha venido uno de fuera a llevarse ése tesoro. ¡Ese tesoro!

Y no porque el muchacho no me guste; porque ¡hasta allí los hombres finos y bueno y queriéndola... y los informes que da todo el mundo no pueden ser mejores! pero que, ¡vamos! yo hubiera visto eso con mucho gusto; así no me separaba del alma mía.
 (Llora)

¡Dispensa este desahogo! Con los años me estoy poniendo imposible de llorona...

¡Yo creí que no iba a costarme tanto trabajo separarme de ella, y veo que es arrancarme un ala del corazón! (Llora)

¡Halaga tanto verse querida, que para mí no hay regalo en el mundo como saber que se me quiere! Y es tan fina queriendo esa criatura, que dudo haya en el mundo quien quiera como ella.

¡Así está el novio, que se le cae la baba enteramente! ¡Suerte de las criaturas: llevarse una maravilla de esa índole!... Albuquerque no le dice más que «Maravilla», y con razón: lo mismo que tiene el cuerpo, tiene el alma, porque es que no hay otra ni la habrá.

¡Dios la haga tan feliz como merece serlo, aunque a mí me haya hecho desgraciada! (Llora)

Porque eso me digo yo, cada vez que lo pienso: ¿cómo avenirme a perderla para siempre?... Así que, mientras andan por esos mundos, de viaje de novios, quiero que te ocupes de prepararles el departamento de la plazuela, para que se vengan de temporada siempre que les sea posible. Con la dote que se le ha señalado a ella y con lo que a él le ha dado el padre, no tiene que

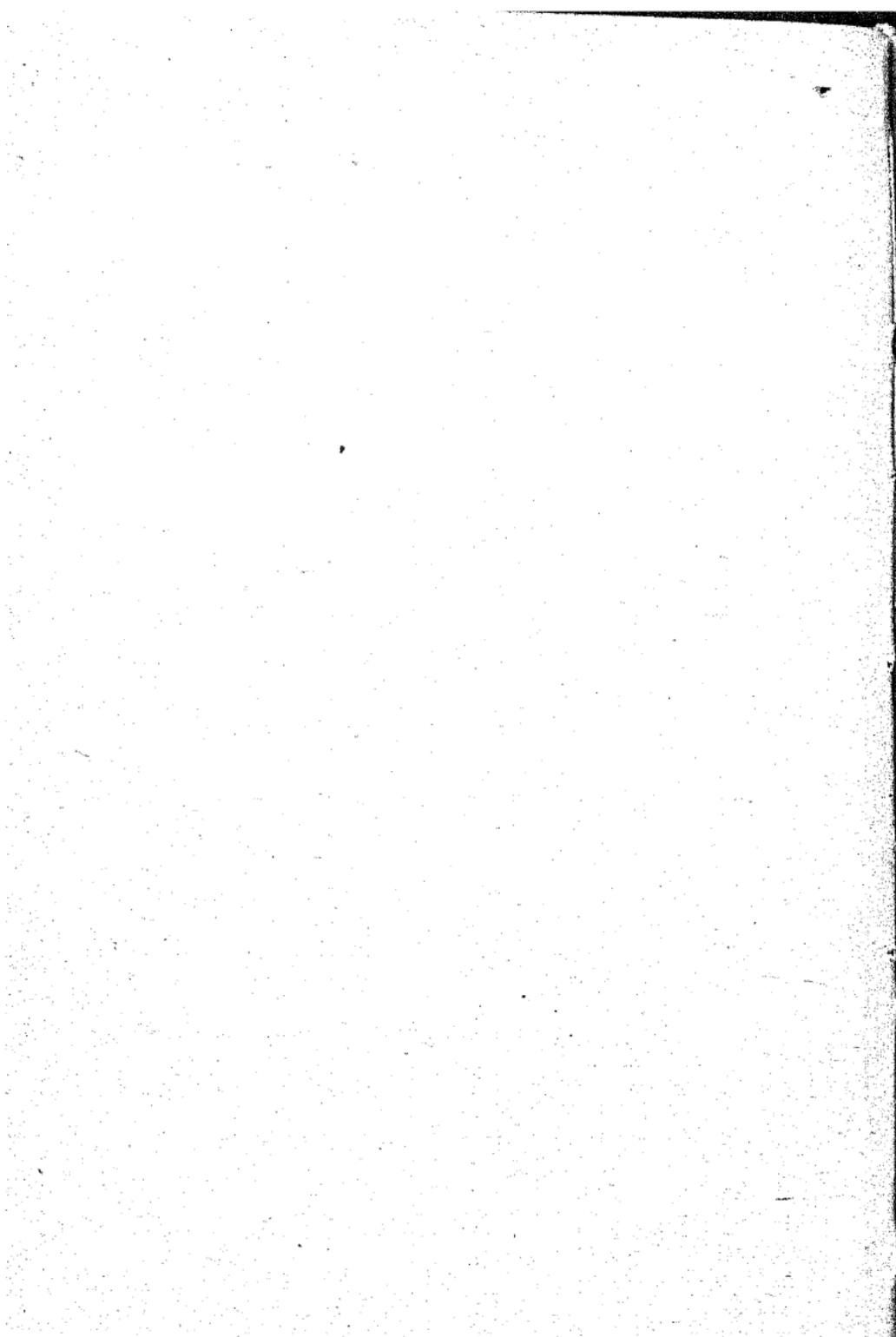
ejercer. De modo que bien pueden vivir donde les dé la gana, y así puedo yo tenerlos a mi lado con frecuencia, aunque vivan en el pueblo oficialmente.. ¡Es tan hermoso poder hacer la felicidad de los demás, aunque esté uno por dentro crucificado!... (Llora mucho)

Y ¡eal a hablar de otra cosa. ¡Lo que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor, como dice el refrán! Toma nota de los encargos que te he hecho, y si se te ocurre otra cosa, ya sabes: letra abierta. ¡Ya ves si con lo que han subido las acciones el mes pasado, nos podemos permitir el lujo de escupir por el colmillo!...

—¿Tiene algo más que mandar la señora?

--Deje el señor mandado... ¡Ah, sí! Que me gratifiques a la servidumbre ¡a lo casa real! Todos somos hijos de Dios y los pobrecitos no tienen más que eso.

¡Ah! y a las Siervas, dos mil pesetas y una comida extraordinaria. ¿Cuándo olvidaré yo lo que hicieron conmigo durante mi enfermedad? ¡Angeles de Dios sobre la tierra, sin cuerpo mas que para traerlo crucificado!...





CAPITULO VIII

“De sociedad”

En el oratorio particular del palacio de la Excma. Sra. Marquesa de Labrantíos ha tenido lugar esta mañana el matrimonio enlace de la bellísima señorita Maravillas Bohórquez y Sanjuán, sobrina de la Marquesa, con el Ingeniero de Montes Sr. D. Manuel Ponce y Benjumea.

A los acordes de la marcha de El Profeta, magistralmente ejecutada por la orquesta del teatro de San Fernando, salieron del salón de honor, precioso camarín de tallas y brocados que parece un rincón de Versa-

lles, los felices prometidos: ella del brazo del Sr. D. Eugenio Ponce y Ahumada, padre del novio, de rigurosa etiqueta, con las insignias de Caballero Comendador de la Real y Distinguida Orden de Isabel la Católica, y el futuro consorte, con el honroso uniforme del cuerpo a que pertenece, dando el brazo a la Marquesa de Labrantíos, quien con el padre del novio había de apadrinarlos en la solemne ceremonia.

Espléndida de hermosura, arrobadora de encantos y subyugante de gracia, apareció la novia a los ávidos ojos de todos los concurrentes, con su traje de ceremonia, de *charmeusse* blanco, bordado en cristal, el regio manto de tisú de plata y el vaporoso velo, punto ilusión, que envolvía por entero su arrogante figura de diosa griega, aunque con la hierática actitud de una virgen del cristianismo. Un murmullo de admiración, que era todo un poema de simpatías hondas, fué la acogida que tuvieron para ella todos los invitados que en incontable número macizaban enteramente los amplísimos salones de la señorial morada.

No menos prendida que la misma novia,

iba la gentil madrina, con magnífica *toilette* de ceremonia, color malva y amplio manto de corte, de tisú heliotropo con vueltas de armiños; ostentando la corona más estupenda, que han podido ensoñar joyeros de Bizancio... Era la misma que lució en sus desposorios con el ilustre procer, que fué el último Marqués de Labrantíos: el Excmo. Sr. Don César Paracuéllar y Alvarez de la Cuja, Grande de España de primera clase y Senador del Reino por derecho propio, de recordación imborrable para cuantos tuvieron la dicha de tratarlo.

Dos serafines, aunque sin alas: las monísimas Fifi Angulema y Lulú Valdecarrizos, hijas respectivamente de los Marqueses de Aguilaherida y de los Condes de Soluluce, sostenían la fimbria del manto de la novia, cual pudieran dos ángeles de Murillo sostener el de una Inmaculada del Pintor del cielo.

Espléndidas toaletas y vistosísimos uniformes; encajes costosísimos de peregrina urdimbre y joyas de incalculable valor deslumbrando los ojos con sus cambiantes de iris; compacta masa, en fin, de distinción y

de elegancia, de hermosura y de riqueza, era el fondo, realmente fantástico, sobre el que se destacaba el aristocrático grupo de novios y padrinos, ante aquel ensueño de altar gótico, macizado de plata antigua, cuajado de luces y cubierto de azahares.

Actuaron de testigos: el Excmo. Sr. Marqués de Aguasalobre, el Barón de Castaña, res, el decano de la Escuela de Medicina señor Doctor Don Julián Alburquerque y San Román y el Sr. Don Carlos de Almonasterio y Bohórquez, por parte de la novia: y por parte de la novia el Conde de los Fresnos, los Ingenieros de Montes Don Felipe de Zúñiga y Maestre y Don Diego Zurita y del Rosal, y el multimillonario de Pimpollares, Don Miguel de Diosdado y Quiñones.

Bendijo a los esposos el Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Arzobispo, quien les dirigió una hermosísima y conmovedora plática, modelo de oratoria, justamente encomiada por todos los concurrentes.

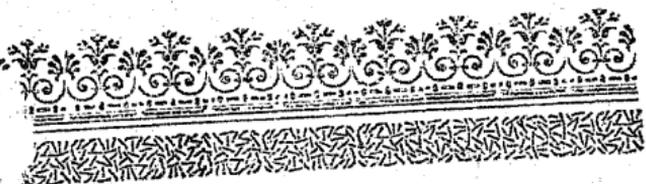
En nuestro deseo de no cometer olvidos lamentables, omitimos el nombre de los invitados. Pero no sin decir a nuestros lecto-

res que toda la aristocracia de Sevilla, así la rancia y linajuda de la sangre, como la no sujeta a leyes, del dinero y del talento, se hallaba congregada en el palacio, donde después de la nupcial ceremonia de obsequió a todos los asistentes con un suculento y delicado almuerzo, que amenizó la orquesta de San Fernando..

Dijo la misa de velaciones el Sr. Cura de Pimpollares, director espiritual de la novia, quien ha hecho a su dirigida un delicado presente que ha sido muy comentado. Es un devocionario de cabritilla blanca, con esta frase del Evangelio, escrita por el donante, por toda dedicatoria:

«Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra».





EPÍLOGO

La Marquesa de Labrantíos daba gracias después de comulgar aquel primer viernes de mes, último de la serie de nueve, que hacía todos los años, en honor del Sagrado Corazón de Jesús, en demanda del cumplimiento de su divina promesa:—la de la gracia final—

Una cosa muy rara, que sintió en el pecho y que le nubló la vista como una oleada negra, hízola levantarse del reclinatorio con un salto inverosímil. Y, llevándose las manos a la garganta y exhalando un grito,

cayó muerta de repente, sobre las mismas gradas del altar del oratorio del palacio.

¡Los males del corazón son tan traicioneros!...

.....

Pero donde había habido traición... y enañamiento y hasta alevosía, según la viuda e hijos de Almonasterio, fué en el testamento ológrafo que presentó sellado y retesellado el confesor de la Marquesa, insepulto todavía el cadáver de la dama.

Hé aquí la sustancia, pues no es cosa de transcribirlo por entero.

«Por este mi testamento ológrafo, con el que anulo totalmente el que otorgué (fecha) ante el Notario de esta Ciudad don Luis Castrillo y Cantillana, y que es fiel expresión de mi terminante última voluntad

I. Lego a mi hermana la Sra. Doña Petra Bohórquez y Lucena, viuda de Almonasterio, la ropa de mi uso, los muebles de mi dormitorio y la cantidad de doscientas cincuenta mil pesetas, por una sola vez.

II. Lego a mi sobrino carnal, el señor don Carlos de Almonasterio y Bohórquez los muebles del escritorio de mi casa, el

automóvil blanco y la cantidad de doscientas mil pesetas por una sola vez.

III. Lego a mi sobrina carnal la señorita doña Clotilde de Almonasterio y Bohórquez el aderezo, abanico, mantón bordado y mantilla de parches, que se hallarán en una caja lacrada y con el nombre de la destinataria, escrito de mi letra, en el ropero llamado «de montería» que hay en mi cuarto de vestir, más la cantidad de ciento veinticinco mil pesetas, por una sola vez.

IV. Lego a mi sobrina carnal, la señorita doña María de la Concepción de Almonasterio y Bohórquez el aderezo, abanico, mantón bordado y mantilla de chantilly, que se hallarán asimismo en la caja lacrada y con su nombre, en el mencionado ropero; más la suma de ciento veinticinco mil pesetas, por una sola vez.

V. Lego a la Sierva de María, Sor Felipa de Neri, que con tanta caridad me asistió en mi pasada enfermedad, el Crucifijo de marfil e imagen de Ntra. Sra. de los Dolores, con su mesa estilo Luis XV, que hay en el oratorio, y la suma de cien mil pesetas por una sola vez.

VI. A mi doncella, Dolores Babio y Neira, lego los muebles de sus habitaciones y veinticinco mil pesetas por una sola vez.

VII. Al portero de mi casa Manuel Muñoz y Moreno lego los muebles de sus habitaciones y quince mil pesetas por una sola vez.

VIII. A cada uno de los criados, que hubiese en mi casa el día de mi fallecimiento, lego dos mil pesetas por una sola vez.

IX. Descontadas estas mandas, que percibirán los legatarios libres todo gravamen, y de mi cuenta corriente en el Banco de España, es mi libre y firme y decidida voluntad instituir, como instituyo por mi única y universal heredera, para todos los efectos de la ley, a mi sobrina carnal la señora doña María de las Maravillas Bohórquez y San Juan, casada con el señor don Manuel Ponce y Benjumea, pagándole, o intentando pagarle, de esta suerte, la caridad que hizo conmigo, entregando la piel de su propio cuerpo para curar la mía.

A su mucha cristianidad encomiendo los sufragios que por mi alma hayan de hacerse, segura de que no la abandonará quien

tan generosamente atendió a mi carne, aun con el sacrificio de la propia suya.

Disfrute de todo ello en quieta y pacífica posesión, para sí y sus sucesores, con la bendición de Dios que para ella le pido y con la mía que con todo el corazón le otorgo, en el nombre del Padre + del Hijo + y del Espíritu Santo + Amén.

Sevilla a tanto de tantos.

C. Flora Bohórquez y Lucena,
Marquesa Viuda de Labrantíos.»

FIN DE LA OBRA

NIHIL OBSTAT

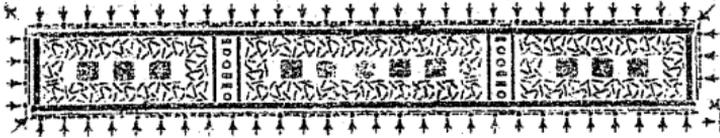
Juan F. Sánchez.

Sevilla, Enero-Febrero de 1920.

Sevilla, 24 de Noviembre de 1920.

IMPRIMATUR

† *Enrique, Card. Arzobispo de Sevilla.*



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Al Excmo. Sr. D. Antonio Maura . . .	V
LIBRO PRIMERO.—LA TUTORÍA.	
CAPÍTULO I.—La Labrantíos.	3
» II.—Díptico epistolar	13
» III.—Tal para cual	19
» IV.—El jicarazo.	23
» V.—En familia	35
» VI.—Tresillo de cartas que honraría a cualquiera	43
» VII.—En la íntima intimi- dad	47
» VIII.—«El Noticiero» de Pimpollares.	55
LIBRO SEGUNDO.—COPLAS DE AMORES	
CAPÍTULO I.—Copla primera.	65
» II.—Que pueden muy bien pasar por alto las lectoras,	..

	por que no trata más que de quién era Manolo Ponco y de cómo y hasta qué punto se enamoró de Maravillas.	73
CAPÍTULO	III.—«Más precia el ruise- ñor su pobre nido.»	83
»	IV.—El caballo de batalla.	95
»	V.—En que prosigue el gé- nero epistolar.	105
»	VI.—Antipatías y simpa- tías	115
»	VII.—Visita inesperada. . .	125
»	VIII.—Última copla.	129

LIBRO TERCERO.—RENUNCIACIÓN.

CAPÍTULO	I.—Lamentable accidente.	141
»	II.—El sacrificio.	149
»	III.—Que merece leerse por que hace historia.	153
»	IV.—Que también merece ser leído, porque sigue ha- ciendo historia.	159
»	V.—«Idiosincrasias» del Doctor	167
»	VI.—Un ratito de mística.	177
»	VII.—En que dan ganas de decir: líbrenos Dios de caer en manos de un novelista.	183
»	VIII.—A Roma por todo.	193
»	IX.—Bien vienes, mal, si vienes solo.	203
»	X.—Aegri somnia	211

